(22)

JULIO VERNE.

EL DESIERTO DE HIELO.

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HEREDIA
PLAZA DE LA SEO 2
ZARAGOZA

LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERRERA
PLAZA NUEVA NUM. 2
ZARAGOZA

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

EL DESIERTO DE HIELO.

AVENTURAS DEL CAPITAN HATTERAS.

SEGUNDA PARTE.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. A. RIBOT Y FONTSERE.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR, EDITORES,

(ANTES GASPAR Y ROIG)

Calle del Príncipe, núm. 4.

1875.

AVENTURAS DEL CAPITAN HATTERAS.

SEGUNDA PARTE.

EL DESIERTO DE HIELO.

CAPITULO PRIMERO.

EL INVENTARIO DEL DOCTOR.

Era un audaz designio el que habia concebido el capitan Hatteras de elevarse hasta el Norte, y de reservar á Inglaterra, su patria, la gloria de descubrir el polo boreal del mundo. Aquel valiente marino acababa de hacer cuanto era posible dentro de los límites de las facultades humanas. Despues de haber luchado por espacio de nueve meses contra las corrientes y contra las tempestades, despues de haber quebrantado montañas de hielo y destrozado bancos, despues de haber luchado contra los frios de un invierno sin ejemplo en las regiones hiperbóreas, despues de haber resumido en su espedicion los trabajos de sus predecesores, y comprobado y rehecho, si así puede decirse, la historia de los descubrimientos polares, despues de haber conducido su bergantin el *Forward* mas allá de los mares conocidos, en fin, despues de haber cumplido la mitad de la mision que se habia impuesto, veia sus grandes propósitos súbitamente anonadados. La traicion ó, por mejor decir, el desaliento de su tripulacion, abatida por las dureza de las pruebas, y la criminal locura de algunos escitadores le dejaban en una espantosa situacion: de diez y ocho hombres que se embarcaron en el bergantin, no quedaban mas que cuatro, abandonados sin recursos y sin buque á mas de 2,500 millas de su pais.

La esplosion del *Forward*, que acababa de volar delante de ellos, les arrebataba los últimos medios de existencia.

Sin embargo, el valor de Hatteras no disminuyó en presencia de aquella terrible catástrofe. Los compañeros que les quedaban eran los mejores de su tripulacion, eran verdaderos héroes. Habia hecho un llamamiento á la energía y á la ciencia del doctor Clawbonny, al celo y adhesion de Johnson y de Bell y á su propia fe en su propia empresa, atreviéndose á hablar de esperanzas en aquella situacion desesperada. Sus intrépidos camaradas no fueron sordos á sus insinuaciones, y tenian un pasado de hombres resueltos que respondia de su denuedo futuro.

El doctor, despues de las enérgicas palabras del capitan, quiso darse exacta cuenta de la situacion, y dejando á sus compañeros parados á quinientos pasos del desmenuzado buque, se dirigió hácia el teatro de la catástrofe.

Del *Forward*, de aquel buque construido con tanto esmero, de aquel bergantin tan querido, no quedaba

ya nada. Témpanos removidos, restos informes, ennegrecidos, calcinados, barras de hierro torcidas, pedazos de cable que ardian aun como mechas de artillería, y, á lo lejos, algunas espirales de humo trepando á trechos por tal ó cual ice-fiel, atestiguaban la violencia de la esplosion. El cañon del alcázar ó castillo de proa, echado á la distancia de algunas toesas, estaba tendido á lo largo sobre un témpano como sobre una cureña. El piso estaba sembrado de fragmentos de todo género en un radio de cien toesas; la quilla del bergantin yacia sobre un monton de hielo, y los ice-bergs, derretidos en parte por el calor del incendio, habian ya recobrado su dureza de granito.

El doctor pensó entonces en su gabinete devastado, en sus colecciones perdidas, en sus instrumentos hechos pedazos, en sus libros quemados, reducidos á cenizas. ¡Tantas riquezas, irreemplazables en su mayor parte, anonadadas! Contemplaba con los ojos húmedos aquel inmenso desastre, pensando, no ya en el porvenir, sino en la irreparable desgracia que tan directamente le afectaba.

Muy pronto acudió Johnson á su lado. El semblante del viejo marino llevaba impresas las huellas de sus últimos padecimientos. Sin duda habia tenido que luchar contra sus compañeros rebelados para defender el buque confiado á su cuidado.

El doctor le tendió una mano que el contramaestre apretó tristemente.

—¿Qué va á ser de nosotros, amigo mio? dijo el doctor.

—¿Quién es capaz de adivinarlo? respondió Johnson.

—¡Sobre todo, repuso el doctor, no nos entreguemos á la desesperacion, y seamos hombres!

—Sí, señor Clawbonny, respondió el viejo marino, teneis razon; en el momento de los grandes desastres deben tomarse las grandes resoluciones; nos hallamos en un atolladero; pensemos en salir de él á fuerza de perseverancia.

—¡Pobre buque! dijo suspirando el doctor, yo le habia tomado cariño, le amaba como se ama el hogar doméstico, como la casa en que se ha pasado toda la vida, y no queda de él un pedazo del cual se sepa lo que ha sido.

—¡Quién diria, señor Clawbonny, que este conjunto de vigas y de tablas echa raices en nuestro corazon!

—¿Y la lancha? preguntó el doctor buscándola en torno suyo con ávidas miradas, ¿no se ha podido librar tampoco de la destruccion?

—Sí, señor Clawbonny. Shandon y los demás que nos han abandonado la llevaron consigo.

—¿Y el bote?

—¡Hecho trizas! mirad todo lo que de él queda, unos cuantos pedazos de hoja de lata todavía calientes.

—¿No tenemos, pues, mas que el Halkett-boct (1)?

—Sí, gracias á la buena idea que tuvísteis de llevárosla en vuestra escursion.

—Poca cosa es, dijo el doctor.

—¡Miserables traidores que han huido! esclamó Johnson. ¡Así el cielo les dé su merecido!

—Johnson, respondió apaciblemente el doctor, no olvidemos que el dolor les ha sujetado á pruebas muy duras. ¡Solo los mejores saben permanecer buenos en la desgracia, que hace sucumbir á los débiles! ¡Compadezcamos á nuestros compañeros de infortunio, y no les maldigamos!

Despues de estas palabras, el doctor guardó algunos instantes de silencio, y paseó por el pais una mirada inquieta.

—¿Qué se ha hecho el trineo? preguntó Johnson.

—A una milla de aquí le hemos dejado.

—¿Bajo la custodia de Simpson?

—¡No, mi buen amigo! Johnson, el padre Simpson ha sucumbido á la fatiga.

—¡Muerto! esclamó el contramaestre.

—¡Muerto! respondió el doctor.

—¡Desventurado! dijo Johnson. ¡Y quién sabe, sin embargo, si no deberíamos nosotros envidiar su suerte!

—Pero si hemos dejado un muerto, repuso el doctor, traemos en cambio un moribundo.

—¿Un moribundo?

—Sí, el capitan Altamont.

El doctor refirió en pocas palabras al contramaestre la historia del encuentro.

—¡Un americano! dijo Johnson reflexionando.

—Sí, todo nos induce á creer que Altamont es un ciudadano de la Union. ¿Pero qué buque es ese *Porpoise* que evidentemente ha naufragado? ¿qué venia á buscar á estas regiones?

—Venia á perecer, respondió Johnson, á arrastrar á la muerte á su tripulacion, como á todos aquellos á quienes su audacia conduce bajo cielos semejantes! ¿Pero al menos, señor Clawbonny, habreis alcanzado el objeto de vuestra escursion?

—¡El criadero de carbon! respondió el doctor.

—Sí, dijo Johnson.

El doctor movió tristemente la cabeza.

—¡Nada! dijo el viejo marino.

—¡Nada! ¡Los víveres nos han faltado, y nos ha rendido la fatiga! ¡Ni siquiera hemos ganado la costa indicada por Edward Belcher!

—Así, pues, repuso el viejo marino, ¿no hay nada de combustible?

—¡No!

—¿Ni víveres?

—¡No!

—¡Ni hay buque para volver á Inglaterra!

El doctor y Johnson callaron. No habia valor bastante para mirar frente á frente una situacion tan terrible.

—¡En fin, repuso el contramaestre, nuestra situacion al menos es franca! ¡Sabemos á qué atenernos! Pero vamos á lo mas preciso; la temperatura es glacial; es menester construir una casa de nieve.

—Sí, respondió el doctor, con el auxilio de Bell será cosa fácil; despues iremos á buscar el trineo; nos traeremos al americano, y hablaremos de todo con Hatteras.

—¡Pobre capitan! dijo Johnson, que hallaba medios de olvidarse de sí mismo, ¡cuánto debe sufrir!

El doctor y el contramaestre volvieron á donde estaban sus compañeros.

Hatteras permanecia en pie, inmóvil, con los brazos cruzados, segun su actitud habitual, mudo y mirando el porvenir en el espacio. Su semblante habia recobrado su firmeza acostumbrada. ¿En qué pensaba aquel hombre estraordinario? ¿Se preocupaba de su situacisn desesperada ó de sus proyectos frustrados? ¿Pensaba en retroceder, viendo que todo, hombres y elementos, conspiraba contra su tentativa?

Nadie hubiera podido conocer su pensamiento, que no se traslu ia esteriormente. Su fiel Duk estaba junto á él, desafiando á su lado una temperatura que habia descendido á 32° bajo 0 (—36° centíg.)

Bell tendido sobre el hielo, no hacia ningun movimiento; parecia un ser inanimado, su sensibilidad podia costarle la vida, y corria el riesgo de quedar todo enteramente helado.

Johnson le sacudió vigorosamente, le frotó con nieve, y no sin trabajo consiguió sacarle de su estado de entorpecimiento.

—¡Ea, Bell, valor! le dijo; no te dejes abatir, levántate; vamos á hablar juntos de la situacion, y necesitamos un abrigo. ¿Has olvidado tal vez cómo se ha-

(1) Canoa de cautchuc, hecha á manera de vestido, y que se hincha cuando se quiere.

ce una casa de nieve? ¡Ven á ayudarme, Bell! ¡Hé aquí un ice-berg que está pidiendo que le ahuequen! ¡Trabajemos! ¡El trabajo nos dará lo que aquí no debe faltarnos, valor y corazon!

Bell, algo alentado por estas palabras, se dejó dirigir por el viejo marino.

Entre tanto, repuso éste, el señor Clauwbonny se tomará la molestia de ir á buscar el trineo, y volverá con él y con los perros.

—Estoy pronto á partir, respondió el doctor, y dentro de una hora estaré aquí de vuelta.

—¿Le acompañais vos, capitan? añadió Johnson dirigiéndose á Hatteras.

Este, aunque abismado en sus reflexiones, habia oido la proposicion del contramaestre, pues le respondió con voz dulce:

—No, amigo mio, si el doctor se quiere tomar la molestia de ir solo... Es preciso que antes que concluya el dia se tome una resolucion definitiva, y tengo necesidad de estar solo para reflexionar. Id. Haced lo que juzgueis conveniente para salir del paso en estos momentos. Yo pienso en el porvenir.

Johnson volvió hácia donde estaba el doctor.

—Es singular, le dijo, el capitan parece que ha olvidado toda cólera; nunca su voz me habia parecido tan afable.

—¡Bien! respondió el doctor; ha recobrado su sangre fria. Creedme, Johnson, el capitan es hombre capaz de salvarnos.

Dichas estas palabras, el doctor se encapuzó lo mejor que pudo, y apoyándose en un palo con punta de hierro, emprendió el camino del trineo en medio de una bruma que la luna volvia casi luminosa.

Johnson y Bell empezaron inmediatamente su obra. El viejo marino escitaba con sus palabras al carpintero que trabajaba en silencio; no habia nada que construir, sino que ahuecar un gran témpano; el hielo, muy duro, volvia muy penoso el uso del cuchillo, pero en cambio su dureza aseguraba la solidez del albergue, y muy pronto Johnson y Bell pudieron trabajar á cubierto en su cavidad, echando fuera lo que quitaban de la masa compacta.

Hatteras andaba de cuando en cuando algunos pasos, y se detenia de pronto. Evidentemente, no queria llegar al sitio en que habia sido destruido su desgraciado bergantin.

El doctor, como lo habia prometido, estuvo pronto de vuelta. Traia á Altamont tendido sobre el trineo y envuelto en los pliegues de la tienda. Los perros groenlandeses, flacos, estenuados, hambrientos, podian apenas tirar y roian sus correas. Tiempo era ya de que todos, hombres y animales, tomasen algun alimento y se permitiesen algun descanso.

En tanto que la casa se iba ahuecando mas profundamente, el doctor, husmeando de un lado á otro, tuvo la buena suerte de hallar una pequeña estufa que la esplosion habia casi respetado, y cuyo tubo torcido pudo fácilmente enderezarse. El doctor cargó con ella dándose aires de triunfo. A las tres horas, la casa de hielo era habitable, y se colocó en ella la estufa, llenándola de astillas. Ardió al momento, y esparció alrededor un calor benéfico.

El americano fué introducido en el albergue y se le tendió en el fondo sobre mantas. Los cuatro ingleses se colocaron alrededor del fuego, y bien ó mal les dieron vigor las últimas provisiones del trineo, un poco de galleta y té caliente. Hatteras no decia una palabra, y todos respetaban su silencio.

Terminada la comida, el doctor hizo señal á Johnson de que le siguiese.

—Ahora, le dijo, vamos á hacer el inventario de lo que nos queda. Es preciso que conozcamos exactamente el estado de nuestras riquezas, que se hallan esparcidas en el mayor desórden. Se trata de juntarlas. Puede nevar de un momento á otro, y si tal sucediese, nos seria imposible encontrar luego el menor resto del buque.

—No perdamos, pues, tiempo, respondió Johnson; víveres y leña, hé aquí lo que tiene para nosotros una importancia inmediata.

—Pues bien, busque cada cual por su lado, respondió el doctor, de manera que recorramos todo el radio de la esplosion; empecemos por el centro y luego ganaremos la circunferencia.

Los dos compañeros se trasladaron inmediatamente al lecho del hielo que habia ocupado el *Forward*, y á la luz dudosa de la luna, examinaron con cuidado los restos del buque. Aquello fue una verdadera caza, á que el doctor se entregó con la pasion y casi con el placer de un cazador, palpitándole el corazon con fuerza cuando descubria alguna caja casi intacta. Desgraciadamente, estaban en su mayor parte vacías, y sus restos diseminados por el campo de hielo.

La violencia de la esplosion habia sido considerable. Muchos objetos no eran mas que polvo y ceniza. Las grandes piezas de la máquina yacian distantes unas de otras, torcidas y fracturadas; las ramas del hélice rotas, arrojadas á veinte toesas del buque, penetraban profundamente en la nieve endurecida; los cilindros estaban doblados, y habian sido arrancados de sus quicios; la chimenea hendida de arriba abajo, y de que colgaban aun algunos trozos de cadena, aparecia medio aplastada bajo un enorme témpano; los clavos, las escarpias, la armazon de hierro del gobernalle, las planchas del forro, todo el metal del bergantin se habia esparcido á lo lejos como una verdadera metralla.

Pero aquel hierro, que hubiera hecho la fortuna de una tribu de esquimales, no era de ninguna utilidad en aquellas circunstancias. Lo que principalmente convenia hallar eran víveres, y víveres hallaba el doctor muy pocos.

—La cosa no marcha, se decia; es evidente que la despensa, situada cerca de la Santa Bárbara, ha quedado por la esplosion enteramente destruida, y lo que no ha sido quemado debe estar reducido á moléculas imperceptibles. Mal anda el negocio. Si Johnson no ha sido mas afortunado que yo, no sé lo que va á ser de nosotros.

Sin embargo, ensanchando el círculo de sus investigaciones, el doctor llegó á recoger como cosa de quince libras de pemmican (1), y cuatro botellas de barro que, arrojadas á lo lejos sobre una nieve blanda, habian escapado de la destruccion y contenian cinco ó seis pintas de aguardiente.

Mas lejos recogió dos paquetes de granos de coclearia, que venian de molde para compensar la pérdida del lime-juice, tan propio para combatir el escorbuto.

Al cabo de dos horas, el doctor Johnson se reunieron, y se participaron recíprocamente sus descubrimientos, que respecto de víveres eran desgraciadamente poco importantes, reduciéndose á algunos pedazos de carne salada, unas cincuenta libras de pemmican, tres sacos de galleta, una pequeña cantidad de chocolate, aguardiente, y unas dos libras de café que se recogieron sobre el hielo grano tras grano.

No se hallaron mantas, ni coys, ni vestidos. Evidentemente el incendio los habia devorado.

En resúmen, el doctor y el contramaestre recogieron los víveres estrictamente necesarios para tres semanas, consumiéndolos de una manera insuficiente para vigorizar á personas estenuadas. Así, pues, á consecuencia de circunstancias desastrosas, Hatteras, despues de haber carecido de carbon, estaba en vísperas de carecer de alimentos.

En cuanto al combustible suministrado por los restos del buque, los pedazos de sus palas y de su

(1) Preparacion de carne condensada.

carena, podia durar unas tres semanas, y aun así el doctor, antes de destinarlo á calentar la casa de hielo, queria que Johnson le dijese si con aquellos informes despojos se podria reconstruir un buque pequeño, ó por lo menos una lancha.

—No, señor Clawbonny, le respondió el contramaestre, no hay que pensar en eso, no hay una pieza de madera intacta de que se pueda sacar partido; todo lo que hay no sirve mas que para calentarnos algunos dias, y despues...

—¿Despues, qué? dijo el doctor.

—¡Despues, Dios dirá! respondió el bravo marino.

Terminado el inventario, el doctor y Johnson fueron á buscar el trineo. Engancharon á él los pobres perros rendidos de fatiga, volvieron al teatro de la esplosion, cargaron aquellos restos tan escasos, pero tan preciosos, y los condujeron cerca de la casa de hielo. Despues, medio helados, se sentaron junto á sus compañeros de infortunio.

CAPITULO II.

LAS PRIMERAS PALABRAS DE ALTAMONT.

Despues de anochecer, á cosa de las ocho, el cielo quedó por algunos instantes despejado de sus brumas de nieve, y las constelaciones brillaron con un vivo resplandor en una atmósfera mas fria.

Hatteras aprovechó aquella variacion para ir á tomar la altura de algunas estrellas. Salió sin decir una palabra, llevándose los instrumentos. Queria determinar la posicion, y averiguar si el ice-fiel seguia aun derivando.

A la media hora volvió, y se echó en un rincon de la casa, quedando abismado en una profunda inmovilidad que no debia ser la del sueño.

Al dia siguiente, cayó una nueva nevada muy abundante, por lo que el doctor se felicitó de haber emprendido sus pesquisas el dia antes, pues una vasta cortina cubrió muy pronto el campo de hielo, y todos los vestigios de la esplosion desaparecieron bajo una capa de nieve que no tenia menos de tres pies de profundidad.

Durante aquel dia no fue posible salir del albergue. Afortunadamente, la habitacion era cómoda, ó al menos lo parecia á aquellos viajeros molidos que no estaban en el caso de pedir gollerías. La estufa se conducia admirablemente, menos cuando algunas ráfagas violentas rechazaban el humo hácia el interior de la morada. Su calor procuraba además sendas tazas de té y café, cuya influencia tan maravillosa es en las bajas temperaturas.

Los náufragos, pues bien merecen este nombre, esperimentaban un bienestar á que desde mucho tiempo no estaban acostumbrados, y así es que no pensaban mas que en aquel instante presente, en aquel calor benéfico, en aquel reposo momentáneo, olvidando y desafiando casi el porvenir, que les amenazaba con una muerte tan próxima.

El americano sufria menos y volvia poco á poco á la vida. Abria los ojos, pero hablaba, pues sus labios ostentaban las huellas del escorbuto y no podian formular un sonido. Oia, sin embargo, y se le puso al corriente de la situacion. Meneó la cabeza dando gracias. Se veia salvado de un hundimiento en la nieve, y el doctor tuvo la discrecion de no darle á conocer cuán corto era el aplazamiento que se habia concedido á su muerte, pues dentro de quince dias, ó todo lo mas tres semanas, los víveres habian de faltar absolutamente.

A cosa de medio dia, salió Hatteras de su inmovilidad, y se acercó al doctor, á Jhon y Bell.

—Amigos mios, les dijo, vamos á tomar juntos una resolucion definitiva respecto de lo que nos queda que hacer. Pero antes quisiera que Johnson me dijese en qué circunstancias se ha consumado la traicion que nos pierde.

—¿Para qué quereis saberlo? respondió el doctor; el hecho es cierto, y no hay que pensar en él.

—Al contrario, respondió Hatteras, yo pienso en él, pero despues de la narracion de Johnson, lo olvidaré para siempre.

—Voy, pues, á decir lo que ha sucedido; respondió el contramaestre. Yo he hecho cuanto he podido para impedir el crímen...

—No lo dudo, Johnson, y añadiré que los agitadores tenian el plan preconcebido desde mucho tiempo.

—Tal creo, dijo el doctor.

—Y yo lo mismo, repuso Johnson, pues casi inmediatamente despues de vuestra partida, capitan, al dia siguiente de haberos marchado, Shandon, enojado contra vos, Shandon, que se volvió malo, y sostenido, además, por los otros, tomó el mando del buque, á pesar de mi resistencia. Desde entonces, hizo cada cual lo que le dió la gana, y Shandon dejaba hacer, porque queria dar á entender á la tripulacion que habia pasado el tiempo de las fatigas y de las privaciones. Así, pues, cesaron todas las economías, se cargó la estufa de leña hasta la prodigalidad, pensando en darle á devorar el bergantin entero. Pusiéronse las provisiones á disposicion de todos, y lo mismo los licores, y de consiguiente ya podeis figuraros el abuso que de ellos harian los que tan á pesar suyo se veian privados desde mucho tiempo de bebidas espirituosas. Así fueron siguiendo las cosas desde el 7 hasta el 15 de enero.

—¿Por lo visto, dijo Hatteras con voz grave, fue Shandon el verdadero agitador, el jefe de la revuelta?

—Sí, capitan.

—Pues no hablemos mas de él. Proseguid, Johnson.

—Hácia el 24 ó 25 de enero se concibió el proyecto de abandonar el buque. Se resolvió ganar la costa occidental del mar de Baffin, y desde allí, con la lancha, ir en busca de los balleneros, ó alcanzar los establecimientos groenlandeses de la costa oriental. Las provisiones eran abundantes, y los enfermos, sonriéndoles la esperanza del regreso á su patria, habian mejorado mucho. Empezaron, pues, los preparativos de marcha; se construyó un trineo á propósito para trasportar los víveres, el combustible y la lancha; y de él debian tirar los hombres mismos. Los preparativos les ocuparon hasta el 15 de febrero. Yo ansiaba veros llegar, capitan, y sin embargo temia vuestra presencia; vos no hubiérais recelado de la tripulacion, que hubiera preferido acabar con vos á permanecer á bordo. Aquello era una verdadera hambre de licencia. Yo les cogí á todos á solas uno tras otro; les hablé, les exhorté, procuré hacerles comprender los peligros de su espedicion, y al mismo tiempo la cobarde felonía que cometian al abandonaros. Nada de ellos pude obtener, ni aun de los mas sensatos. La partida se fijó para el 22 de febrero. Shandon estaba impaciente. Metieron en el trineo y en la lancha cuantas provisiones y licores pudieron embutir en esta y en aquel; hicieron un considerable cargamento de leña, demoliendo al efecto la obra muerta de estribor hasta su línea de flotacion. En fin, el dia último fue un dia de orgía; se pilló, se saqueó, y en medio de su borrachera Pen y otros dos ó tres prendieron fuego al buque. Yo me batí con ellos; luché á brazo partido; pero me derribaron, me descalabraron, y despues los miserables, con Shandon á la cabeza, emprendieron su fuga hácia el Este y desaparecieron á mis miradas. Estaba solo; ¿qué podia hacer para cortar aquel incendio que se apoderaba del buque todo entero? El pozo estaba obstruido por el hielo, y no tenia por consiguiente á mi disposicion una gota de agua. El *Forward*, y por espacio de dos dias, se retorció en las llamas, y ya sabeis lo demás.

Terminada esta narracion, reinó en la casa de hielo un silencio bastante largo. El sombrío cuadro de

incendio del buque, la pérdida de aquel bergantin tan precioso, se presentaron mas vivamente á la imaginacion de los náufragos, que se sintieron en presencia de lo imposible, y lo imposible era el regreso á Inglaterra. No se atrevian á mirarse, temiendo el uno sorprender en el semblante del otro la espresion de una desesperacion absoluta. No se oia mas que la respiracion precipitada del americano.

Hatteras tomó en fin la palabra.

—Johnson, dijo, os doy gracias; habeis hecho todo lo posible para salvar mi buque, pero solo, no podiais resistir. Repito que agradezco vuestros esfuerzos, y no hablemos mas de la catástrofe. Reunamos nuestras facultades para la salvacion comun. Somos aquí cuatro compañeros, cuatro amigos, y la vida de uno vale tanto como la del otro. Que cada cual manifieste, pues, su opinion acerca de lo que conviene hacer.

—Interrogadnos, Hatteras, respondió el doctor; os

Altamont indica donde está el *Porpoise*.

somos todos enteramente adictos, y nuestras palabras saldrán del corazon. ¿Teneis vos alguna idea?

—Yo solo no me atrevo á tener ninguna, dijo Hatteras con tristeza. Mi opinion podria parecer interesada. Quiero, pues, conocer antes la vuestra.

—Capitan, dijo Johnson, antes de pronunciarnos en tan graves circunstancias, tengo que haceros una pregunta importante.

—Hablad, Johnson.

—Ayer fuisteis á determinar nuestra posicion. ¿El campo de hielo ha derivado aun mas, ó se encuentra en el mismo sitio?

—No se ha movido, respondió Hatteras. Se encuentra lo mismo que antes de nuestra partida, á los 80° 15′ de latitud, 87° 35′ de longitud.

—¿Y á qué distancia, dijo Johnson, nos hallamos del mar que tenemos mas cercano por la parte del Oeste?

—A unas 600 millas (1), respondió Hatteras.

—¿Y este mar es?...

—El estrecho de Smith.

—¿El mismo que pudimos haber pasado en abril último?

—El mismo.

—Bien, capitan, nuestra situacion nos es ahora conocida, y podemos tomar una resolucion con conocimiento de causa.

(1) Unas 247 leguas.

—Hablad, pues, dijo Hatteras, dejando caer su cabeza entre sus dos manos.

Asi podia oir á sus compañeros sin mirarles.

—Veamos, Bell, dijo el doctor, ¿cuál es, vuestro concepto, el mejor partido que debe tomarse?

—No es necesario reflexionar mucho tiempo, respondió el carpintero. Es menester que sin perder un dia ni una hora, volvamos hácia el Sur ó hácia el Oeste, y ganemos la costa mas próxima, aunque tengamos que gastar dos meses en el viaje.

—No tenemos víveres mas que para tres semanas, respondió Hatteras sin levantar la cabezar

—Pues bien, repuso Johnson, en tres semanas debemos recorrer el trayecto, puesto que no tenemos otro medio de salvacion; aunque, para acercarn s á la costa, nos veamcs obligados á arrastrarnos de rodillas, debemos partir y llegar en veinticinco dias.

—Esta parte del continente boreal no es conocida, respondió Hatteras. Podemos encontrar obstáculos, montañas, témpanos que obstruyan completamente el camino.

—No veo en eso, respondió el doctor, una razon suficiente para no intentar el viaje. Sufriremos, y mucho, es evidente; tendremos que limitar nuestra alimentacion á lo mas estrictamente necesario; á no ser que los azares de la caza...

—No nos queda mas que media libra de pólvora, respondió Hatteras.

—Veamos, Hatteras, repuso el doctor, conozco todo el valor de nuestras objecciones y estoy muy lejos de mecerme en una vana esperanza. Pero creo leer en vuestro pensamiento: ¿teneis algun proyecto practicable?

—No, respondió el capitan despues de algunos instantes de vacilacion.

—Vos no dudeis de nuestro valor, añadió el doctor, somos gentes capaz de seguiros hasta el último estremo, ya lo sabeis; ¿pero no es preciso en este momento renunciar á toda esperanza de elevarnos al polo? La traicion ha frustrado vuestros planes; habeis podido luchar contra los obstáculos de la nataraleza y vencerlos, no contra la perfidia y debilidad de los hombres; habeis hecho cuanto humanamente era posible hacer, y estoy seguro de que habriais alcanzado el éxito apetecido; ¿pero en la situacion actual, no estais obligado á aplazar nuestros proyectos, y para realizarlos otro dia, procurar volver á Inglaterra?

—¿Y bien, capitan, qué decís? preguntó Johnson á Hatteras, que permaneció largo tiempo sin responder.

El capitan levantó en fin la cabeza, y dijo con una voz que revelaba su embarazosa posicion:

—¿Estais, pues, seguros de alcanzar el lado del estrecho, fatigados como estais, y casi sin alimentos?

—No, respondió el doctor, pero estamos seguros de que la costa no vendrá á nosotros; es menester que vayamos á buscarla. Acaso encontremos mas al Sur tribus de esquimales con quienes podamos fácilmente entrar en relaciones.

—Además, repuso Johnson, ¿no podemos encontrar en el estrecho algun buque obligado á invernar?

—Y en caso necesario, respondió el doctor, si el estrecho está obstruido, ¿no podremos, atravesándolo, alcanzar la costa occidental de Groenlandia, y desde allí, ya sea desde el cabo de Prudhoe, ya sea desde el cabo de York, ganar algun establecimiento dinamarqués? ¡En fin, Hatteras, nada de eso se encuentra en este campo de hielo! ¡El camino de Inglaterra está allí abajo, al Sur, y no aquí, al Norte!

—Sí, dijo Bell, el señor Clawbonny tiene razon, debemos partir, y partir sin tardanza. Hasta ahora hemos olvidado demasiado nuestro pais y las personas queridas que hemos dejado allí.

—¿Es esta vuestra opinion? preguntó de nuevo Hatteras.

—Sí, capitan.

—¿Y la vuestra, doctor?

—Sí, Hatteras.

Hatteras volvió á quedar silencioso; su rostro, á pesar suyo, reproducia todas sus agitaciones interiores. Con la decision que iba á tomar se jugaba la suerte de toda su vida. Si retrocedia, se despedia para siempre de sus atrevidos designios, pues no podia renovar una cuarta tentativa del mismo género.

El doctor, viendo que callaba el capitan, volvió á tomar la palabra.

—Añadiré Hatteras, dijo, que no debemos perder un instante; carguemos cuanto antes el trineo con nuevas provisiones, y llevémonos toda la leña posible. Convengo en que un camino de 600 millas en las condiciones en que nos hallamos es largo, pero no impracticable. Podemos, ó por mejor decir, debemos hacer diariamente veinte millas (1), lo que en un mes nos permitiria llegar á la costa, es decir, hácia el 26 de marzo.

—¿Pero, dijo Hatteras, no podemos aguardar algunos dias?

—¿Qué esperais? respondió Johnson.

—¡Qué sé yo! ¿Quién puede prever el porvenir? ¡Algunos dias mas! ¡Los suficientes para reparar vuestras fuerzas agotadas! ¡Apenas habreis andado dos jornadas, caereis rendidos de cansancio sin una casa de nieve en que acogeros!

—¡Pero una muerte horrible nos aguarda aquí! esclamó Bell.

—¡Amigos mios, repuso Hatteras con una voz casi suplicante, desesperais antes de tiempo! Si os propusiese buscar hácia el Norte el camino de la salvacion os negariais á seguirme. Y sin embargo, ¿no existen acaso cerca del polo tribus de esquimales lo mismo que en el estrecho de Smith? Un mar libre, cuya existencia es, sin embargo, segura debe bañar continentes. La naturaleza es lógica en todo lo que hace.

Pues bien, debemos creer que la vegetacion recobra su imperio donde cesan los grandes frios. ¿No es acaso una tierra prometida la que nos aguarda en el Norte, de la cual intentais alejaros?

Hatteras hablando se animaba. Su imaginacion sobrescitada evocaba los cuadros encantadores de aquellas comarcas de una existencia tan problemática.

—¡Un dia mas! repetia, ¡una hora siquiera!

El doctor Clawbonny, con su carácter aventurero y su ardiente fantasía, se sentia conmover poco á poco, é iba á ceder; pero Johnson, mas discreto y mas frio, le llamó al camino de la razon y del deber.

—¡Vamos, Bell, dijo al trineo!

—¡Vamos! respondió Bell.

Los dos marinos se dirigieron á la abertura de la casa de nieve.

—¡Oh! ¡Johnson! ¡vos! ¡vos! esclamó Hatteras. ¡Pues bien! ¡partid! ¡yo me quedaré, yo me quedaré!

—¡Capitan! dijo Johnson, deteniéndose á pesar suyo.

—¡Os digo que me quedaré! ¡partid! ¡abandonadme como los otros! ¡Partid!... ¡Ven, Duk, nos quedaremos los dos!...

El valiente perro se volvió junto á su amo ladrando. Johnson miró al doctor. Este no sabia qué hacer. El mejor partido era calmar á Hatteras y sacrificar un dia á sus ideas. El doctor iba á resolverse, cuando sintió que le tocaban el brazo.

Se volvió. El americano acababa de dejar sus mantas; se arrastraba por el suelo; se levantó en fin sobre sus rodillas, y de sus labios enfermos brotaron sonidos inarticulados.

El doctor atónito, casi espantado, le miraba en silencio. Hatteras se acercó al americano y le examinó atentamente. Procuraba sorprender palabras que el desventurado no podia pronunciar. En fin, despues de cinco minutos de esfuerzos, el enfermo dejó oir esta palabra:—*Porpoise*.

—¡El *Porpoise*! esclamó el capitan.

El americano hizo una señal afirmativa.

—¿En estos mares? preguntó Hatteras con el corazon palpitante.

La misma señal del enfermo.

—¿Hácia el Norte?

—¡Sí! indicó el desgraciado.

—¿Y sabeis su posicion?

—¡Sí!

—¿Exacta?

—¡Sí! siguió indicando Altamont.

Hubo un momento de silencio. Los espectadores de aquella imprevista escena estaban palpitantes.

—Oidme bien, dijo Hatteras al enfermo, nos interesa conocer la situacion del buque. Voy á contar en voz alta, y vos me detendreis haciéndome una seña.

El americano movió la cabeza en señal de aprobacion.

—Veamos, dijo Hatteras, se trata de grados de longitud. ¿Ciento cinco? No. ¿Ciento seis? ¿Ciento siete? ¿Ciento ocho? ¿Es al Oeste?

—Sí, indicó el americano.

—Continuemos. ¿Ciento nueve? ¿Ciento diez? ¿Ciento doce? ¿Ciento catorce? ¿Ciento diez y seis?

(1) Unas 8 leguas.

¿Ciento diez y ocho? ¿Ciento diez y nueve? ¿Ciento veinte?...

—Sí, respondió Altamont.

—¿Ciento veinte grados de longitud? dijo Hatteras.

—¿Y cuántos minutos? Ciento...

Hatteras empezó con el número uno. Al llegar al quince, Altamont le hizo señal de que no siguiese adelante.

—¡Bueno! dijo Hatteras. Pasemos á la latitud. ¿Me entendeis? ¿Ochenta? ¿Ochenta y uno? ¿Ochenta y dos? ¿Ochenta y tres?...

El americano le detuvo con un gesto.

—¡Bien! ¿Y los minutos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince? ¿Veinte? ¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco?...

Nueva señal de Altamont, el cual se sonrió ligeramente.

—Así, pues, repuso Hatteras con voz grave, el *Porpoise* se encuentra á los 120° y 15′ de longitud y 83° 35′ de latitud?

—¡Sí!... indicó el americano cayendo sin movimiento en brazos del doctor.

Aquel esfuerzo le habia quebrantado.

—Amigos mios, exclamó Hatteras, ya veis que la salvacion está en el Norte, siempre el Norte. ¡Nos salvaremos!

Pero despues de estas primeras palabras de alegría, Hatteras se sintió súbitamente asaltado por una idea terrible. Se alteró su fisonomía, y sintió que le mordia el corazon el áspid de la envidia.

¡Otro, un americano, habia llegado 3° mas allá que él en el camino del polo! ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

CAPITULO III.

DIEZ Y SIETE DIAS DE MARCHA.

Este nuevo incidente, estas primeras palabras pronunciadas por Altamont, habian variado completamente la situacion de los náufragos. Antes se hallaban fuera del alcance de todos los auxilios, sin ninguna esperanza fundada de ganar el mar de Baffin, amenazados de carecer de víveres durante una peregrinacion demasiado larga para sus cuerpos fatigados; y despues á menos de 400 millas (1) de su casa de nieve, habia un navío que les ofrecia abundantes recursos, y tal vez los medios de continuar su atrevida marcha hácia el polo. Hatteras, el doctor, Johnson y Bell empezaron á esperar despues de haber estado tan cerca de la desesperacion, y su alegría era casi un delirio.

Pero las indicaciones de Altamont eran aun incompletas, y despues de algunos minutos de descanso, entabló de nuevo conversacion con él, presentándole sus preguntas bajo una forma que para toda respuesta no requeria mas que una simple inclinacion de cabeza ó un movimiento de ojos.

Pronto supo que el *Porpoise* era una fragata americana, de Nueva-York, que habia naufragado en medio de los hielos, con mucho acopio de víveres y de combustibles; y aunque echada sobre un costado, debia haber resistido, y era posible poder salvar su cargamento.

Altamont y su tripulacion la habian abandonado hacia dos meses, llevando la lancha en un trineo. Querian ganar el estrecho de Smith y alcanzar algun ballenero para hacerse conducir á América; pero poco á poco las fatigas y las enfermedades se apoderaron de ellos, y fueron quedando unos tras otros en el camino. En fin, el capitan y dos marineros fueron los únicos que quedaron de una tripulacion de treinta hombres, y si él, Altamont, sobrevivia, era verdaderamente por un milagro de la Providencia.

Hatteras quiso que el americano le dijese por qué el *Porpoise* se habia comprometido bajo una latitud tan elevada.

(1) 160 leguas.

Altamont dió á entender que habia sido arrastrado por los hielos sin poder contrarestarles.

Hatteras le interrogó con ansiedad acerca del objeto de su viaje.

Altamont pretendió haber intentado el paso del Noroeste.

Hatteras no insistió ya mas, y no volvió á dirigirle ninguna pregunta de este género.

El doctor tomó entonces la palabra:

—Ahora, dijo, todos nuestros esfuerzos deben encaminarse á encontrar el *Porpoise*, ya que en lugar de aventurarnos hácia el mar de Baffin, podemos por un camino mucho mas corto llegar á un buque que nos proporcionará todos los recursos que necesitamos para una invernada.

—No podemos tomar otro partido, respondió Bell.

—Añadiré dijo el contramaestre, que no debemos perder un instante, pues es menester calcular la duracion de nuestro viaje por la duracion de nuestras provisiones, en sentido inverso de lo que se hace generalmente, y ponernos cuanto antes en camino.

—Teneis razon, Johnson respondió el doctor, emprendiendo la marcha, mañana, martes, 26 de febrero, debemos llegar el 15 de marzo al *Porpoise*, so-pena de morir de hambre. ¿No os parece lo mismo, Hatteras?

—Hagamos inmediatamente nuestros preparativos, dijo el capitan, y partamos. Acaso empleemos en el viaje mas tiempo del que suponemos.

—¿Por qué? replicó el doctor. Parece que el americano está seguro de la situacion de su buque.

—¿Y si el *Porpoise*, respondió Hatteras ha derivado en su campo de hielo, como hizo el *Forward*?

—En efecto, dijo el doctor, es posible.

Johnson y Bell nada tuvieron que replicar á la posibilidad de una derivacion, de que ellos mismos habian sido víctimas.

—Pero Altamont, que no perdia una palabra de la conversacion, hizo comprender al doctor que deseaba decir algo. El doctor accedió á sus deseos, y despues de un cuarto de hora de circunloquios y vacilaciones, adquirió cierta seguridad de que el *Porpoise*, parado junto á una costa, no podia haber abandonado su lecho de rocas.

Esta noticia volvió la tranquilidad á los cuatro ingleses, si bien les quitaba toda esperanza de regresar á Europa, á no ser que Bell llegase á construir un buque pequeño con los restos del *Porpoise*. De todos modos, lo mas esencial era trasladarse al lugar mismo del naufragio.

El doctor hizo otra pregunta al americano, y fue la última. Le preguntó si habia encontrado el mar libre bajo aquella latitud de 83°.

—No, respondió Altamont.

Aquí terminó la conversacion. Empezaron inmediatamente los preparativos de marcha; Bell y Johnson se ocuparon del trineo que requeria una reparacion completa; como no faltaba madera, se establecieron sus montantes de una manera mas sólida, y aprovechando la esperiencia adquirida durante la escursion al Sur, que dió á conocer el lado débil de aquel género de trasporte, y los obstáculos que oponen las nieves abundantes y espesas, se le dispuso de modo que le fuese mas fácil deslizarse.

Interiormente, Bell dispuso para el americano una especie de cama cubierta con la tela de la tienda. Las provisiones, desgraciadamente poco considerables, no debian aumentar mucho el peso del trineo, pero, en cambio, se completó su cargamento con toda la leña que pudo recogerse.

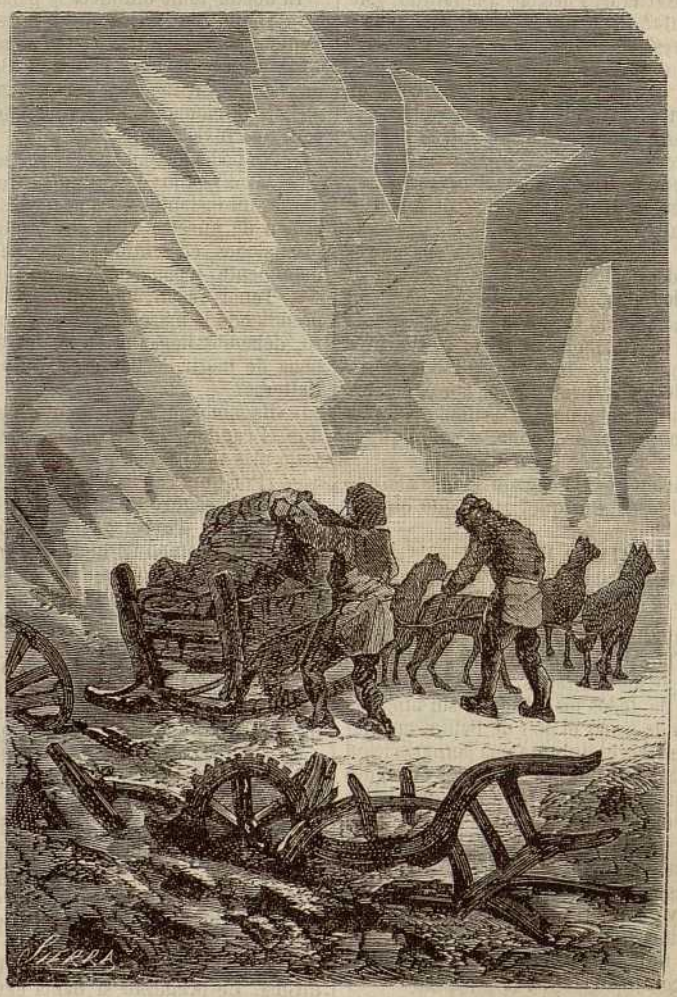
El doctor, arreglando las provisiones, las inventarió con la mas escrupulosa exactitud, y resultó de sus cálculos que cada viajero para un viaje de tres semanas debia reducirse á tres cuartas partes de racion. Se reservó racion entera á los cuatro perros de tiro

teniendo Duk derecho tambien á ella en el caso de tirar como los otros.

Estos preparativos fueron interrumpidos por la necesidad de sueño y de reposo que se hizo sentir imperiosamente desde las siete de la noche; pero antes de echarse, los náufragos se reunieron alrededor de la estufa, en que no se escaseó el combustible. Los desventurados se daban un lujo de calor á que no estaban acostumbrados desde mucho tiempo.

Un poco de pemmican, algunas galletas y sendas tazas de café no tardaron en ponerles de buen humor, á lo que contribuia poderosamente la esperanza que les sonreia de tan lejos.

A las siete de la mañana se emprendieron de nuevo



Los preparativos de marcha.

los trabajos, y se hallaron enteramente terminados á las tres de la tarde.

Empezaba ya á oscurecer; el sol desde el 31 de Enero habia reaparecido en el horizonte, pero no daba aun mas que una luz débil y poco duradera. Afortunadamente, la luna debia aparecer á las seis y media, y estando el cielo tan puro, sus rayos bastarian para alumbrar el camino. La temperatura, que hacia ya algunos dias que bajaba sensiblemente, alcanzó al fin 33° bajo 0 (37° centígr.)

Llegó el momento de partir. Altamont acogió con alegría la idea de ponerse en camino, no obstante saber que el traqueteo aumentaria sus padecimientos. Habia hecho comprender al doctor que éste encontraria á bordo del *Porpoise* los antiescorbúticos que su curacion requeria.

Se le trasladó, pues, al trineo, donde se le acomodó lo mejor posible. Se destinaron al tiro todos los perros, incluso Duk, y los viajeros entonces dirigieron la última mirada á aquel lecho de hielo en que habia dormido el *Forward*. En las facciones de Hatteras se pintó un instante un violento sentimiento de cólera, pero se hizo dueño de sí mismo, y en breve la comitiva, estando el tiempo muy seco, se abismó en la bruma del Nornoroeste.

Cada cual ocupó su sitio de costumbre. Bell á la cabeza, indicando el camino, el doctor y el contramaestre al lado del trineo, vigilando y empujando en caso necesario, y Hatteras detrás, rectificando el rumbo y manteniendo á la tripulacion sobre la línea que Bell iniciaba.

La marcha fue bastante rápida. Estando tan baja la temperatura, el hielo ofrecia una dureza y una tersura favorables al deslizamiento del trineo; y los cinco perros arrastraban fácilmente aquella carga que no pasaba de novecientas libras. Sin embargo, lo mismo ellos que las personas se ahogaban rápidamente, y tuvieron que detenerse con frecuencia para tomar aliento.

A cosa de las siete de la noche, la luna desalojó con

su disco rojizo las brumas del horizonte. Sus tranquilos rayos atravesaron la atmósfera, y derramaron alguna luz que los hielos reflejaron con pureza. El ice-field presentaba hácia el Noroeste una inmensa llanura blanca perfectamente horizontal. Ni un pahk, ni un hammok. Parecia que aquella parte del mar se habia helado pacíficamente como un lago sereno.

Aquello era un inmenso desierto, llano y monotono.

Tal fue la impresion que causó aquel espectáculo en el ánimo del doctor, y que él comunicó á sus compañeros.

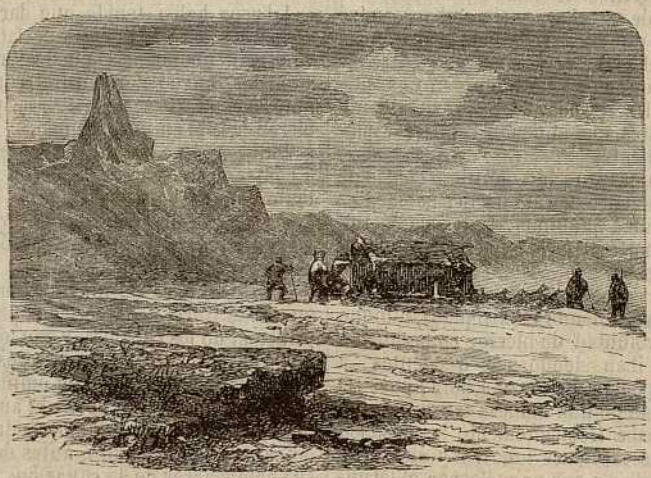
—Teneis razon, señor Clawbonny, respondió Johnson; estamos en un desierto, pero no corremos el peligro de morir de sed.

—Lo que, respondió el doctor; es una ventaja evidente. Esta inmensidad me prueba, sin embargo, una cosa, y es que debemos hallarnos muy lejos de tierra. La aproximacion de las costas está en general indicada por una multitud de montañas de hielo, y no hay á nuestro alrededor un solo ice-berg al alcance de nuestra vista.

—El horizonte, observó Johnson, está muy circunscrito por la bruma.

—Sin duda, pero desde nuestra partida estamos pisando un campo llano que parece que no ha de concluir nunca.

—¿Sabeis señor Clawbonny, que nuestro paseo es peligroso? Nos acostumbramos á él y ni siquiera nos fijamos en el peligro, pero la verdad es que esta superficie hela da sobre la cual andamos, cubre abismos sin fondo.



Marcha en busca del *Porpoise*.

—Teneis razon, amigo mio, pero no corremos ningun riesgo de que estos abismos nos traguen. Con el frio que hace de 33° la resistencia de esta blanca corteza es muy considerable. Notad que tiende á ser cada vez mayor, porque bajo estas latitudes nieva casi todos los dias, hasta en Abril en Mayo y en Junio, y yo creo que en su mayor profundidad no medirá menos de 30 ó 40 pies.

—Eso es tranquilizador, respondió Johnson.

—En efecto, no somos nosotros como esos patinadores de la Serpentineriver (1) que temen á cada instante que el frágil suelo les falte bajo los pies; nosotros estamos libres de este percance.

—¿Se conoce la fuerza de resistencia del hielo? preguntó el viejo marino, ávido siempre de instruirse en compañía del doctor.

—Perfectamente, respondió este. ¿Quién ignora actualmente nada de lo que es susceptible de medirse, esceptuando la ambicion humana? ¿No es ella en realidad la que nos precipita hácia ese polo boreal que el hombre quiere al fin conocer? Pero volviendo á nuestra pregunta, hé aquí lo que puedo responderos. Teniendo dos pulgadas de grueso, el hielo resiste un hombre; teniendo tres y media resiste un caballo con su ginete; teniendo cinco resiste una pieza de á ocho; teniendo ocho, resiste una batería de campaña con sus tiros, y, por último, teniendo diez, resiste todo un ejército, una multitud inmensa. En el punto en que nos hallamos en este momento se podria edificar sobre el hielo la aduana de Liverpool ó el palacio del parlamento de Lóndres.

(1) Rio de Hyde Park, en Lóndres.

—Cuesta trabajo, respondió Johnson, concebir una resistencia semejante; pero hace poco, señor Clawbonny, hablabais de la nieve que cae casi todos los dias en estas comarcas. El hecho es evidente, y de consiguiente no lo discuto, ¿pero de donde procede toda esta nieve? Estando los mares helados, no veo cómo pueden ellos dar orígen á la inmensa cantidad de vapor que forma las nubes.

—Vuestra observacion es justa, Johnson, y no se puede contestar á ello sino admitiendo, como admito yo, que la mayor parte de la nieve ó de la lluvia que recibimos en estas regiones polares está formada del agua de los mares de las zonas templadas. Hay copo tal vez que, siendo en un principio una simple gota de agua de un rio de Europa, se ha elevado por el aire en forma de vapor, se ha convertido en nube, y ha venido, en fin á condensarse aquí, de suerte que es muy posible que bebiendo nosotros esta nieve, apaguemos la sed con el agua de los mismos rios de nuestro país.

—Tenes siempre respuesta para todo, respondió el contramaestre.

En aquel momento, la voz de Hatteras rectificando los errores del camino, interrumpió la conversacion. La bruma se condensaba mas y mas, y volvia difícil de seguir la línea recta.

En fin, la comitiva se detuvo á cosa de las ocho de la noche, despues de haber ganado quince millas. El tiempo permanecia seco; se levantó la tienda; se encendió la estufa; se cerró y se pasó la noche pacíficamente.

Hatteras y sus compañeros estaban realmente favorecidos por el tiempo. Su viaje en los dias siguientes se hizo sin dificultades, si bien el frio era suma-

mente interno y el mercurio permanecia helado en el termómetro. Si hubiese hecho viento, ningun viajero hubiera podido soportar una temperatura tan baja. El doctor confirmó en aquella ocasion la rectitud de las observaciones de Parry, durante su escursion en la isla de Melville. El célebre marino dice que por mucho que sea el frio, con tal que la atmósfera esté tranquila, un hombre convenientemente abrigado puede salir impunemente al aire libre; pero como se levante un poco de viento, se esperimenta en la cara un escozor doloroso y un dolor de cabeza tan vivo que á él sucede muy pronto la muerte. El doctor no las tenia, pues, todas consigo, sabiendo que una ráfaga repentina les hubiera helado á todos hasta la médula de los huesos.

El 5 de marzo fue testigo de un fenómeno particular de aquella latitud. El cielo estaba perfectamente sereno y tachonado de estrellas, y sin embargo nevó abundantemente sin que hubiese la menor apariencia de nube. Las constelaciones resplandecian entre los copos que caian en el campo de hielo con una elegante regularidad. La nevada duró próximamente dos horas, y cesó antes que el doctor pudiese esplicársela satisfactoriamente.

Se habia entonces desvanecido el último cuarto de luna, y de las veinticuatro horas del dia habia diez y siete de una oscuridad profunda. Los viajeros tuvieron que unirse unos á otros por medio de una larga cuerda para no separarse, siendo absolutamente imposible seguir el camino en línea recta.

Sin embargo, aquellos hombres intrépidos, aunque sostenidos por una voluntad de hierro, empezaban á fatigarse. Los altos iban siendo mas frecuentes, á pesar de que no no podian perder una hora, pues las provisiones disminuian de una manera sensible.

Hatteras determinaba frecuentemente la posicion con el auxilio de observaciones lunares y siderales. Viendo que pasaban dias y que no se llegaba al término del viaje, se pregutaba algunas veces si el *Porpoise* existia realmente, pues era muy posible que el americano se hubiese vuelto loco á consecuencia de sus padecimientos, y tampoco hubiera sido muy estraordinario que, por ódio á los ingleses, viéndose él perdido irremisiblemente, quisiera arrastrarles á una muerte cierta.

Comunicó sus recelos al doctor, el cual los rechazó de una manera absoluta, pero comprendió que entre el capitan ingles y el americano existia una rivalidad funesta.

Difícil será, se dijo, mantener en buenas relaciones á esos dos hombres.

El 14 de marzo, despues de diez y seis dias de marcha, los viajeros no se hallaban aun mas que á los 82° de latitud; sus fuerzas estaban agotadas, y se veian aun á 100 millas de distancia del buque. Para colmo de desdichas, fue menester reducir á una cuarta parte la racion de los hombres para poder seguir dándola entera á los perros.

Desgraciadamente, no se podia contar con los recursos de la caza, porque no quedaban ya mas que siete cargas de pólvora y seis balas. Se habian tirado inútilmente algunas zorras y liebres blancas, que eran además muy escasas, y no se mató ninguna.

Sin embargo, el viernes, 15, el doctor tuvo la buena fortuna de sorprender una foca tendida en el hielo. La hirió con varias balas, y el animal, no pudiendo escaparse por su agujero cerrado de antemano, fue muy pronto cogido y rematado. Era de gran tamaño; Johnson la hizo pedazos con gran destreza, pero estaba el anfibio tan sumamente flaco, que apenas sacaron de él partido alguno unos hombres que no podian resolverse como los esquimales á beber su aceite.

Sin embargo, el doctor intentó resueltamente introducir en su boca aquel licor pegajoso, pero con toda su fuerza de voluntad no pudo conseguirlo. Conservó la piel del animal, sin saber por qué, por instinto de cazador, y la colocó en el trineo.

Al dia siguiente, 16, se percibieron en el horizonte algunos ice-bergs y montecillos de hielo. ¿Era aquello el indicio de una costa próxima ó un mero accidente del ice-field? ¿Quién era capaz de decirlo?

Llegados á uno de los hummocks, los viajeros se aprovecharon de él para ahuecarlo y formarse una guarida mas cómoda que la tienda con el auxilio del cuchillo para nieve (1), y despues de tres horas de un trabajo asíduo, pudieron tenderse en fin alrededor de la estufa.

CAPITULO IV.

LA ULTIMA CARGA DE POLVORA.

Johnson habia tenido que dar asilo en la casa de hielo á los perros rendidos de fatiga. Cuando la nieve cae en abundancia, puede servir de abrigo á los animales, cuyo calor natural conserva. Pero al aire libre, con un frio seco de 40°, las pobres bestias se hubieran helado en poco tiempo.

Johnson, que era un escelente dog-driver (2), dió á comer á los perros la carne negra de foca que tanto repugnaba á los viajeros, y vió con asombro que era para los animales un verdadero regalo. El viejo marino, muy alegre, contó esta particularidad al doctor.

A este no le causó ninguna sorpresa, porque sabia que en el Norte de América el pescado es el alimento principal de los caballos, y con lo que bastaba á estos, que son esencialmente herbívoros, bien podian contentarse los perros, que son omnívoros.

Para gentes que acaban de andar 15 millas por el hielo, el sueño era una necesidad imperiosa, y sin embargo el doctor quiso, antes de dormirse, hablar á sus compañeros de la situacion, sin atenuar su gravedad.

—No hemos llegado aun, dijo, al 82° paralelo, y estamos ya casi sin víveres.

—Por lo mismo, no debemos perder un instante, respondió Hatteras. ¡Es preciso partir! Los mas fuertes arrastrarán á los mas débiles.

—¿Hallaremos siquiera un buque en el punto indicado? preguntó Bell, á quien las fatigas del camino abatian á pesar suyo.

—¿Por qué dudarlo? respondió Johnson; la salvacion del americano responde de la nuestra.

El doctor, para mayor seguridad, quiso interrogar de nuevo á Altamont. Este hablaba con bastante facilidad, aunque con voz débil, y confirmó todos los pormenores que tenia dados. Repitió que el buque, varado en rocas de granito, no habia podido moverse, y que se hallaba á los 12° 15′ de longitud y 83° 35′ de latitud.

—No podemos dudar de esta afirmacion, repuso entonces el dobtor, la dificultad no está en encontrar el *Porpoise*, sino en llegar á él.

—¿Qué nos queda de provisiones? preguntó Hatteras.

—Lo suficiente, todo lo mas, para vivir tres dias, respondió el doctor.

—Pues bien, es preciso llegar en tres dias, dijo enérgicamente el capitan.

—En efecto, es preciso, repuso el doctor, y si conseguimos nuestro objeto, no tendremos motivo de queja, pues nos hemos visto favorecidos por un tiempo escepcional. La nieve nos ha concedido quince dias de tregua, y el trineo ha podido deslizarse fácilmente por el hielo endurecido. ¡Ah! ¡si tuviésemos doscientas libras de alimentos! nuestros valientes perros lle-

(1) Cuchillo ancho, á propósito para tallar los témpanos de hielo.
(2) Adies rador de perros.

varian esta carga sin dificultad alguna. Pero puesto que la suerte ha dispuesto otra cosa, no podemos hacer mas que tener paciencia.

—Con un poco de buena fortuna y de destreza, respondió Johnson, ¿no podríamos utilizar las cargas de pólvora que nos quedan? Si cayese un oso en nuestro poder, quedaríamos abastecidos para el resto del viaje.

—Sin duda, replicó el doctor, pero los osos escasean mucho y son muy ariscos. Además, basta pensar en la importancia del tiro para que se turbe la vista y tiemble la mano.

—Vos sois, sin embargo, muy buen tirador, dijo Bell.

—Sí; cuando la comida de cuatro personas no depende de mi destreza. Con todo, si la ocasion se presenta, haré lo que pueda. Entre tanto, amigos mios, contentémonos con esta pobre cena de migajas de pemmican, procuremos dormir y al amanecer proseguiremos nuestro camino.

Algunos instantes despues, el esceso de fatiga se sobrepuso á todas las consideraciones, y todos quedaron profundamente dormidos.

El sábado, muy temprano, Johnson dispertó á sus compañeros. Los perros ocuparon su puesto en el trineo, y éste siguió su marcha hácia él Norte.

El cielo estaba magnífico, pura la atmósfera y muy baja la temperatura. Cuando apareció el sol en el horizonte, tenia la forma de una elipse prolongada. Su diámetro horizontal, con motivo de la refraccion, parecia ser doble mayor que su diámetro vertical, y el astro despedia sobre la inmensa llanura helada su haz de rayos claros pero frios. Aquel regreso á la luz, ya que no al calor, era agradable.

El doctor, armado de su escopeta, se separó una ó dos millas del resto de la comitiva, desafiando la soledad y el frio. Antes de alejarse, habia medido exactamente sus municiones, y vió que no le quedaban mas que cuatro cargas de pólvora y tres balas. Era muy poca cosa, si se atiende á que un animal tan fuerte y de vida tan dura como el oso polar, no sucumbe frecuentemente sino al décimo ó duodécimo tiro.

Asi es que la ambicion del buen doctor no le llevaba á la persecucion de una caza tan terrible. Hubiera estado muy contento con encontrar algunas liebres ó dos ó tres zorras, que hubieran producido un aumento de provisiones.

Pero durante aquel dia, si apercibió alguna zorra ó liebre, no se pudo acercar á ella, ó engañado por la refraccion, perdió su tiro. Aquel dia le costó inútilmente una carga de pólvora y una bala.

Sus compañeros, que se habian entusiasmado llenos de esperanza al oir el tiro, le vieron volver cabizbajo. No dijeron una palabra. Por la noche se echaron todos como de costumbre, despues de haber apartado las dos cuartas partes de racion reservadas para los dos dias siguientes.

Al otro dia el camino pareció mas penoso. Los viajeros no andaban, sino que se arrastraban, y los perros, que habian ya devorado hasta las entrañas de la foca, empezaban á roer sus correas.

Pasaron algunas zorras á lo largo del trineo, y el doctor, habiendo perdido otro tiro que le costó el perseguirlas, no se atrevió á aventurar su última bala y su penúltima carga de pólvora.

Por la tarde se hizo alto mas temprano, pues los viajeros no tenian ya aliento para dar un paso, y aunque el camino estaba alumbrado por una magnífica aurora boreal, tuvieron que detenerse.

La última comida, que se hizo el domingo por la noche bajo la helada tienda, fue muy triste. Si no les venia del cielo algun auxilio, los desventurados estaban perdidos.

Hatteras no hablaba, Bell no pensaba, Johnson reflexionaba á solas, pero el doctor no estaba aun completamente desesperado.

Johnson tuvo la idea de armar algunas trampas durante la noche, pero no teniendo cebo que poner en ellas, contaba muy poco con el éxito de su ocurrencia, y tenia razon, pues por la mañana, al ir á recorrer los cepos, vió huellas de zorras, pero ni un solo animal habia caido en el lazo.

Regresaba por lo mismo muy afligido cuando percibió un oso de colosal tamaño que olfateaba las emanaciones del trineo á menos de 500 toesas. El viejo marino se empeñó en que la Providencia le dirigia aquel animal inesperado para que le matase, y sin dispertar á sus compañeros, cogió la escopeta del doctor, y se dirigió hácia el punto en que se hallaba el oso.

Llegado á la distancia conveniente, se echó la escopeta á la cara, pero en el momento de ir á poner el dedo en el gatillo, sintió temblar su brazo. Los gruesos guantes de piel que llevaba le servian de estorbo, por lo que se los quitó al momento y asió el arma con mano mas segura.

De repente lanzó un grito de dolor. El tegumento de sus dedos, abrasados por la frialdad del cañon, quedó adherido á él; el arma cayó al suelo, y salió el tiro, perdiéndose en el espacio su última bala.

Al oir el estampido, el doctor acudió, y al momento lo comprendió todo. Vió al animal marcharse tranquilamente y á Johnson desesperado que no pensaba siquiera en sus padecimientos.

—¡Soy una verdadera señorita! esclamaba, ¡un niño que no sabe soportar un dolor! ¡Yo! ¡yo! ¡y á mi edad!

—Vamos, Johnson, le dijo el doctor, retiraos, vais á quedar helado; teneis ya las manos blancas; ¡venid! ¡venid!

—¡Soy indigno de vue tros cuidados, señor Clawbonny! respondia el contramaestre. ¡Dejadme!

— ¡Seguidme y no seais terco! ¡seguidme! ¡dentro de un momento será ya tarde!

Y el doctor, arrastrando hácia la tienda al viejo marino, le hizo sumergir las manos en agua que el calor de la estufa mantenia líquida, aunque fria, pero al contacto de las manos de Johnson, quedó helada inmediatamente.

—Ya veis, dijo el doctor, cuánto apremiaba el tiempo; si hubiéseis tardado un poco mas hubiera tenido que proceder á la amputacion.

Gracias á sus cuidados, todo peligro habia desaparecido al cabo de una hora, pero no sin trabajo, pues hubo necesidad de repetidas friegas para restablecer en los dedos del viejo marino la circulacion de la sangre. El doctor recomendó á Johnson que no acercase las manos á la estufa, pues el calor hubiera acarreado graves accidentes.

Aquella mañana no hubo almuerzo. No quedaba una pizca de pemmican, ni de carne salada, ni siquiera de galleta. Todas las provisiones estaban reducidas á media libra de café, con cuya infusion tuvieron los náufragos que contentarse y se pusieron en marcha.

—¡No hay ya ningun recurso! dijo Bell á Johnson, con un acento indecible de desesperacion.

—¡Tengamos confianza en Dios! dijo el viejo marino, es omnipotente y puede salvarnos.

—¡Ah! ¡ese capitan Hatteras, repuso Bell, ha podido salir con vida de sus primeras espediciones, el insensato, pero en esta se queda, y no volveremos á ver nuestro pais!

—¡Valor, Bell! confieso que el capitan es un hombre audaz, pero hay junto á él otro hombre fecundo en espedientes.

—¿El doctor Clawbony? dijo Bell.

—¡El mismo! respondió Johnson.

—¿Qué puede hacer en una situacion semejante?

replicó Bell encogiéndose de hombros. ¿Convertirá estos témpanos en pedazos de carne? ¿Es un Dios para hacer milagros?

—¡Quién sabe! respondió el contramaestre á las dudas de su compañero. Yo tengo en él confianza.

Bell meneó la cabeza, y cayó de nuevo en una completa taciturnidad, durante la cual ni siquiera pensaba.

En aquel dia se anduvieron apenas 3 millas. Por la noche tampoco se comió; los perros querian devorarse unos á otros, y los hombres esperimentaban con violencia los dolores del hambre.

No se vió animal alguno, ni tampoco hubiera servido de nada verlo, careciendo de municiones. Solo Johnson, á una milla á sotavento, creyó reconocer el oso gigantesco que seguia á la desgraciada comitiva.

—¡Nos acecha! dijo para sí; ve en nosotros una presa segura!

Pero Johnson no dijo nada á sus compañeros. Por la noche se hizo el alto de costumbre, y la cena no se compuso mas que de café. Los desventurados sentian estraviarse sus miradas, entorpecerse su cerebro, y atormentados por el hambre, no podian hallar una hora de sueño. Estrañas y dolorosas apariciones asaltaban su imaginacion enferma.

Bajo una latitud en que el cuerpo pide imperiosamente confortativos, los desgraciados, cuando llegó la mañana del martes, habian pasado treinta y seis horas sin probar un bocado. Animados sin embargo, por una voluntad y un valor sobrehumanos, volvieron á emprender su camino, empujando el trineo, que os perros no podian ya arrastrar.

Johnson vió en sueños gigantescos osos.

Al cabo de dos horas cayeron aniquilados. Hatteras queria seguir adelante. El, siempre enérgico, recurrió á los ruegos y á las súplicas para obligar á sus compañeros á levantarse, pero se empeñaba en lo imposible.

Entonces, con el auxilio de Johnson, talló en un ice-berg una casa de hielo. Aquellos dos hombres, trabajando asíduamente, estaban al parecer cavando su tumba.

—Quiero morir de hambre, decia Hatteras, pero no de frio.

Despues de crueles fatigas, quedo la casa concluida y toda la comitiva se embutió en ella.

Así pasó aquel dia. Por la noche, mientras sus compañeros permanecian inmóviles, Johnson tuvo una especie de alucinamiento; vió en sueños gigantescos osos.

Esta palabra, repetida por él con frecuencia, llamó la atencion del doctor, el cual, saliendo de su entorpecimiento, preguntó al viejo marino por qué hablaba de osos y de qué osos se trataba.

—El oso que nos sigue, respondió Johnson.

—¿El oso que nos sigue? repitió el doctor.

—¡Sí, de dos dias á esta parte!

—¡De dos dias á esta parte! ¿Le habeis visto?

—Sí, está á una milla de sotavento.

—¿Y no me lo habeis prevenido, Johnson?

—¿De qué hubiera servido?

—Decís bien, contestó el doctor; no tenemos ni una bala para darle un susto.

—¡Ni siquiera un pedazo de hierro, un clavo cualquiera! respondió el viejo marino.

El doctor calló y empezó á reflexionar. Luego dijo al contramaestre:

—¿Estais seguro de que el animal nos sigue?

—¡Sí, señor Clawbonny, cuenta con un banquete de carne humana! ¡Sabe que no podemos escaparnos!

—Johnson, dijo el doctor conmovido por el acento desesperado de su compañero.

—¡Está seguro de saciar en nosotros su hambre! replicó el desgraciado que estaba casi delirando; está hambriento, y no sé por qué le hacemos esperar tanto.

—¡Johnson, calmaos!

—No, señor Clawbonny; puesto que al fin y al cabo nos ha de comer, ¿por qué prolongamos la ansiedad de ese pobre animal? Está hambriento como nosotros, sin encontrar una foca en qué hincar el diente. ¡El cielo le envia hombres! pues bien; ¡tanto mejor para él!

El viejo Johnson estaba como loco. Queria abandonar la casa de hielo. El doctor pudo difícilmente contenerle, y si lo consiguió, no tanto lo debió á la fuerza como á las siguientes palabras que pronunció con un acento de conviccion profunda:

—¡Mañana, dijo, yo daré muerte al oso!

—¡Mañana! contestó Johnson que parecia despertar de un mal sueño.

—¡Mañana!

—¡No teneis bala!

—La haré.

—¡No teneis plomo!

—No, pero tengo mercurio.

Y sin decir mas, el doctor cogió el termómetro, que marcaba en el interior de la casa 50° sobre 0 (+ 1° centíg.) El doctor salió, colocó el instrumento encima de un témpano y volvió á entrar. La temperatura era de 50° bajo 0 (—47° centíg.)

—Hasta mañana, dijo al viejo marino; dormid y aguardaremos la salida del sol.

La noche se pasó con las molestias del hambre. El contramaestre y el doctor fueron los únicos que pudieron templarlas algo, porque tenian un poco de esperanza.

Al dia siguiente, á los primeros rayos del alba, el doctor seguido de Johnson se precipitó fuera y corrió á ver el termómetro, cuyo mercurio se habia refugiado todo en el tubo, bajo la forma de un cilindro compacto. El doctor rompió el instrumento, y con sus dedos prudentemente resguardados por el guante, sacó un verdadero pedazo de metal muy poco maleable y sumamente duro. Era una verdadera barra.

—¡Ah señor Clawbonny! esclamó el contramaestre; ¡eso es maravilloso! ¡Sois un grande hombre!

—No, amigo mio, respondió el doctor; no soy mas que un hombre dotado de buena memoria y que he leido mucho.

—¿Qué quereis decir?

—Me he acordado con oportunidad de un hecho referido por el capitan Ross en la relacion de su viaje. El capitan Ross dice que atravesó una plancha del grueso de una pulgada con un fusil cargado con una bala de mercurio helado. Si hubiese tenido aceite á mi disposicion, no hubiera tenido necesidad de mercurio, pues cuenta el mismo capitan que una bala de aceite de almendras dulces, disparada contra un poste, lo rajó, y botó en el suelo sin romperse.

—¡Eso no es creible!

—Pero es verdad, Johnson. Hé aquí, pues, un pe-

dazo de metal que puede salvarnos la vida. Dejémosle espuesto al aire antes de servirnos de él, y veamos si el oso tiene aun paciencia para aguardarnos.

En aquel momento salió Hatteras de la choza. El doctor le mostró la barra y le dió á conocer su proyecto. El capitan le apretó la mano, y los tres cazadores empezaron á observar el horizonte.

El tiempo estaba muy claro. Hatteras, que andaba delante de sus compañeros, distinguió al oso á menos de seiscientas toesas.

El animal, sentado sobre sus pies traseros, balanceaba tranquilamente la cabeza, aspirando las emanaciones de aquellos huéspedes insólitos.

—¡Le veo! esclamó el capitan.

—¡Silencio! dijo el doctor.

Pero el enorme cuadrúpedo, cuando distinguió á los cazadores, no se movió. Los miraba sin miedo y sin cólera. Sin embargo, debia ser muy difícil acercarse á él.

—Amigos mios, dijo Hatteras, no se trata de proporcionarnos un vano placer, sino de salvar nuestra existencia. Obremos con prudencia.

—¡Sí, respondió el doctor, no tenemos á nuestra disposicion mas que un solo tiro, y si no lo aprovechamos, el animal se nos escapará y será perdido para nosotros, pues ya sabeis que corre mas que una liebre!

—Pues bien, respondió Johnson, es menester ir derecho á él. ¡Se arriesga la vida! ¿Qué importa? dejarme arriesgar la mia.

—¡La mia será! esclamó el doctor.

—¡La mia! respondió sencillamente Hatteras.

—¡Cómo! esclamó Johnson, ¿no sois vos acaso mas útil para la salvacion de todos que este pobre viejo que no sirve ya para nada?

—No, Johnson, repuso el capitan, dejadme hacer, yo no arriesgaré mi vida mas que lo absolutamente necesario, y todo lo mas será posible que os llame para auxiliarme

—Hatteras, preguntó el doctor: ¿vais, pues, á salir al encuentro al oso?

—Si estuviese seguro de derribarle, aunque supiese que me habia de hacer pedazos, me dirigiria á él resueltamente, pero al acercarme podria evadirse. Es un animal lleno de astucia, y hemos de procurar ser mas astuto que él.

—¿Qué pensais hacer?

—Ponerme á diez pasos de él, sin que él sospeche mi presencia.

—¿Y cómo?

—El medio es peligroso, pero sencillo. ¿Conservais la piel de la foca que matásteis?

—Está en el trineo.

—¡Corriente! volvamos á nuestra casa de hielo, y que Johnson se quede observando.

El contramaestre se puso detrás de un hummock que le ponia enteramente á cubierto de las miradas del oso.

Este, siempre en el mismo sitio, continuaba sus singulares balanceos, sorbiendo el aire.

CAPITULO V.

LA FOCA Y EL OSO.

Hatteras y el doctor se metieron en la casa.

Ya sabeis, dijo el primero, que los osos del polo persiguen á las focas, que son su principal alimento. Las acechan desde los bordes de las quebrajas por espacio de dias enteros y las ahogan entre sus patas apenas aparecen en la superficie de los hielos. La presencia de una foca no puede espantar á un oso. Todo lo contrario.

—Creo adivinar vuestro proyecto, dijo el doctor; es peligroso.

—Pero ofrece probabilidades de éxito, respondió el capitan, y de consiguiente debemos emplearlo. Voy á vestirme con la piel de foca y á echarme al campo de hielo. No perdamos tiempo. Cargad vuestra escopeta y dádmela.

El doctor no tenia nada que argüir, pues él hubiera hecho lo mismo que iba á intentar su compañero. Salió de la casa proveyéndose de dos hachas, una para Johnson y otra para él, y despues, acompañado de Hatteras, se dirigió al trineo.

Allí tomó Hatteras su traje de foca, cuya piel le cubria casi completamente.

Entre tanto, el doctor cargó su escopeta con su última carga de pólvora, y echó dentro del cañon la barra de mercurio que tenia la dureza del hierro y la pesadez del plomo. Entregó el arma á Hatteras, el cual se ocultó con ella bajo la piel del anfibio.

—Id, dijo al doctor, al encuentro de Johnson, y quedaos con él; yo voy á aguardar algunos instantes para desorientar á mi adversario.

—¡Valor, Hatteras! dijo el doctor.

—Estad tranquilo, y sobre todo no os pongais en evidencia antes de haber oido el escopetazo.

El doctor llegó pronto al hummock detrás del cual estaba Johnson.

—¿Y bien? dijo éste.

—¡Allá veremos! Hatteras se sacrifica para salvarnos.

El doctor estaba conmovido. Miró al oso, el cual daba señales de una agitacion mas violenta, como si se hubiese sentido amenazado de un peligro próximo.

Al cabo de un cuarto de hora, la foca se arrastraba por un témpano. Habia dado una vuelta al abrigo de algunas grandes moles de hielo para engañar mejor al oso, del cual entonces se encontraba á la distancia de cincuenta toesas. El oso le percibió y se agachó como si tratase de ocultarse.

Hatteras imitaba con una habilidad suma los movimientos de la foca, de modo que el mismo doctor le hubiera tomado por una foca verdadera, si no hubiese estado en el secreto.

—¡Es una foca hecha y derecha! decia Johnson en voz baja.

—El anfibio, al mismo tiempo que se iba acercando al oso, parecia no percibirle, y queria dar á entender que buscaba una quebraja para sumergirse en su elemento.

El oso, por su parte, dando vuelta alrededor de los témpanos, se dirigia hácia él con la mayor prudencia. Sus ojos inflamados revelaban el mas ardiente afan, pues habia pasado tal vez un mes ó dos sin comer, y la casualidad le ofrecia una presa segura.

Apenas llegó la foca á diez pasos de su enemigo, éste se levantó de pronto, dió un salto gigantesco, y atónito, espantado se detuvo á tres pasos de Hatteras, el cual con una rodilla hincada en tierra y echando atrás su piel de foca, le apuntó en el corazon.

Salió el tiro, y cayó el oso.

—¡Adelante! ¡adelante! esclamó el doctor.

Y seguido de Johnson, se precipitó hácia el teatro del combate.

La enorme bestia se habia vuelto á levantar, hiriendo el aire con una pata delantera, mientras que con la otra cogia un puñado de nieve con que tapaba su herida.

Hatteras no se habia movido de su sitio. Aguardaba, cuchillo en mano; pero habia apuntado bien, y herido con una mano que no temblaba. Antes que llegasen sus compañeros, su cuchillo estaba hundido todo entero en la garganta del animal, que caia para no volverse á levantar.

—¡Victoria! esclamó Johnson.

—¡Hurrah, Hatteras! ¡hurrah! dijo el doctor.

Hatteras, sin la menor conmocion, miraba, cruzándose de brazos, el cuerpo gigantesco.

—Ahora me toca á mí, dijo Johnson; gran cosa es

haber muerto al animal, pero no aguardemos á que el frio le endurezca como una piedra, porque despues nada podrian contra él ni nuestros dientes, ni nuestros cuchillos.

Johnson empezó entonces á desollar aquella bestia monstruosa cuyas dimensiones alcanzaban casi las de un buey; pues media 9 pies de longitud y 6 de circunferencia. Dos colmillos enormes, que no bajaban de 3 pulgadas, salian de sus encías.

Johnson lo abrió, y no encontró en su estómago mas que agua. Evidentemente, el oso no habia comido desde mucho tiempo, y sin embargo estaba muy gordo y pesaba mas de mil quinientas libras. Se le descuartizó, y cada cuarto dió doscientas libras de carne, que los cazadores arrastraron á la casa de nieve, sin olvidar el corazon de animal, que tres horas despues latia aun con fuerza.

Los compañeros del doctor querian echarse sobre aquella carne cruda, pero el doctor se lo impidió y les suplicó que le diesen tiempo de asarle.

Clawbonny, al entrar en la casa, habia notado que hacia en ella mucho frio. Se acercó á la estufa y la encontró completamente apagada. Las ocupaciones y conmociones de aquella mañana habian hecho olvidar á Johnson este cuidado que corria habitualmente á su cargo.

El doctor quiso encender de nuevo la estufa, pero no encontró ni una chispa de lumbre entre las cenizas ya frias.

—¡Vamos, un poco de paciencia! se dijo.

Fué al trineo á buscar yesca, y pidió su eslabon á Johnson.

—La estufa está apagada, le dijo.

—Yo tengo la culpa, respondió Johnson.

Y buscó su eslabon en el bolsillo donde solia llevarlo, pero en vano.

Tentó los otros bolsillos con no mejor éxito, regresó á la casa, volvió en todas direcciones la manta sobre la cual habia pasado la noche, y el eslabon no pareció.

—¿Y bien? gritaba el doctor con impaciencia.

Johnson volvió, y miró á sus compañeros.

—¿No teneis vos el eslabon, señor Clawbonny? dijo

—No, Johnson.

—¿Ni vos, capitan?

—No, respondió Hatteras.

—Siempre ha estado en vuestro poder, repuso el doctor.

—¡Es verdad! pero no le encuentro... murmuró el viejo marino palideciendo.

—¡No le encontrais! esclamó el doctor, sin poder dejar de manifestarse afectado.

No habia otro eslabon, y aquella pérdida podia acarrear consecuencias terribles.

—Buscadlo bien, Johnson, dijo el doctor.

Johnson corrió hácia el témpano desde el cual habia acechado al oso, y despues al lugar mismo del combate en que lo habia desollado; pero no encontró nada. Volvió desesperado. Hatteras le miró sin dirigirle reconvencion alguna.

—La cosa es grave, dijo al doctor.

—Sí, respondió éste.

—No tenemos ningun instrumento, ni siquiera un anteojo de que podamos sacar el cristal de aumento para procurarnos fuego.

—Lo sé, respondió el doctor, y es una desgracia, porque los rayos del sol tendrian bastante fuerza para encender yesca.

—Pues bien, respondió Hatteras, es preciso matar el hambre con esta carne cruda; emprenderemos luego la marcha, procuraremos llegar al bosque.

—¡Sí! decia el doctor abismado en sus reflexiones, sí, esto en rigor seria posible. ¿Por qué no? Podríamos probar.

—¿En qué pensais? preguntó Hatteras.

—Se me ocurre una idea.

—¿Una idea! esclamó Johnson. ¡Una idea vuestra! ¡Entonces nos hemos salvado!

—¿Tendrá buen éxito? respondió el doctor. Allá veremos.

—¿Cuál es vuestro proyecto? dijo Hatteras.

—No tenemos ningun lente, y trato de hacer una.

—¿Cómo? preguntó Johnson.

—Con un pedazo de hielo que tallaremos.

—¿Cómo? ¿y creeis?...

—¿Por qué no? se trata de hacer converger los rayos del sol en un foco comun, y para el caso puede servirnos el hielo lo mismo que el mejor cristal.

—¿Es posible? dijo Johnson.

—Sí, sólo que yo preferiria hielo de agua dulce á hielo de agua salada. El de agua dulce es mas trasparente y mas duro.

—Pero, si no me engaño, dijo Johnson indicando un hummock á cosa de cien pasos, aquel témpano de aspecto casi negruzco y aquel color verde indican...

—Teneis razon; venid, amigos; tomad, Johnson vuestra hacha.

Los tres se dirigieron hácia el témpano indicado, el cual se hallaba efectivamente formado de hielo de agua dulce.

El doctor hizo saltar un pedazo que tendria un pie de diámetro, y empezó á tallarlo groseramente con el hacha; despues con un cuchillo volvió mas igual su superficie, y por fin lo pulimentó poco á poco con la mano, obteniendo muy pronto una lente trasparente como si fuese del mas magnífico cristal.

Volvió á entrar entonces en la casa de nieve, donde cogió un pedazo de yesca, y empezó su esperimento.

El sol brillaba entonces con un resplandor bastante vivo, y el doctor espuso su lente de hielo á los rayos que se concentraron en la yesca.

Esta estuvo encendida á los pocos segundos.

—¡Hurrah! ¡hurrah! esclamó Johnson, que no podia dar crédito á sus ojos. ¡Ah! ¡señor Clawbonny! ¡señor Clawbonny!

El viejo marino no podia contener su alegría; iba y venia como un loco.

El doctor se metió en la casa; algunos minutos despues estaba encendida la estufa, y luego un delicioso olor á asado sacaba á Bell de su entorpecimiento.

Se comió con el ánsia que fácilmente se adivina. El doctor, sin embargo, aconsejó á sus compañeros que se moderasen, y predicó con el ejemplo. Durante la comida, volvió á tomar la palabra.

—Hoy es un dia de ventura, dijo tenemos provisiones aseguradas para el resto del viaje. Sin embargo, conviene no dormirnos en las delicias de Capua; y haríamos bien en ponernos inmediatamente en marcha.

—No debemos distar mas que unas cuarenta y ocho horas del *Porpoise*, dijo Altamont, que habia recobrado ya casi enteramente el uso de la palabra.

—Espero, dijo riendo el doctor, que hallaremos allí con qué echar lumbre.

—Sí, respondió el americano.

—Porque, repuso el doctor, si bien mi lente de hielo es buena, dejaria algo que desear los dias en que no hace sol, y estos dias son numerosos á menos de 4° del polo.

—En efecto, respondió Altamont con un suspiro; ¡á menos de 4°; mi fragata ha ido á donde jamás antes que ella se habia aventurado otro buque!

—¡En marcha! gritó Hatteras con voz breve.

—¡En marcha! respondió el doctor dirigiendo á los dos capitanes una mirada inquieta.

Las fuerzas de los viajeros se habian reparado con prontitud; los perros participaron á discrecion de los despojos del oso, y se volvió á emprender rápidamente el camino del Norte.

Durante el viaje, el doctor quiso que Altamont le dijese algo acerca de las razones que le habian arrastrado tan lejos, pero el americano respondió evasivamente.

—Dos hombres que es preciso vigilar, dijo el doctor al oido del viejo contramaestre.

—Sí, respondió Johnson.

—Hatteras no dirige nunca la palabra al americano y este parece poco dispuesto á mostrarse reconocido. Afortunadamente estoy yo aquí.

—Señor Calwbonny, respondió Johnson, desde que el yankee ha vuelto á la vida, su fisonomía me inspira cierta alarma.

—O mucho me engaño, respondió el doctor, ó él debe sospechar los proyectos de Hatteras.

—¿Creeis, pues, vos, que ese estranjero haya tenido los mismos designios?

—¡Quién sabe, Johnson! Los americanos son atrevidos y audaces; lo que un inglés ha querido hacer, un americano puede tambien haberlo intentado.

—¿Pensais vos que Altamont?...

—Yo no pienso nada, respondió el doctor, pero la situacion de un buque en el camino del polo hace reflexionar.

—Sin embargo, Altamont dice que ha sido arrastrado á pesar suyo.

—Lo dice, sí, pero yo he creido sorprender en sus labios una singular sonrisa.

—¡Diablos, señor Clawbonny, seria una circunstancia fatal una rivalidad entre dos hombres del temple de los dos capitanes!

—¡Quiera el cielo que me engañe, Johnson, porque esta situacion podria acarrear complicaciones graves, tal vez una catástrofe!

—Espero que Altamont no olvidará que le hemos salvado la vida.

—¿No va él á su vez á salvar la nuestra? Confieso que sin nosotros él no existiria; pero sin él, sin su buque, sin los recursos que este contiene, ¿qué seria de nosotros?

—En fin, señor Clawbonny, vos estais aquí, y espero que con vuestra intervencion todo irá bien.

—Lo espero igualmente, Johnson.

El viaje se prosiguió sin ningun incidente que digno de referirse sea. La carne de oso no escaseaba, y se hicieron con ella abundantes comidas. Hasta reinaba cierta alegría en la comitiva, gracias á las salidas del señor Clawbonny y á su amable filosofía. El digno doctor encontraba siempre en sus alforjas de sabio alguna enseñanza que sacar de los hechos y de las cosas. Su salud no se habia deteriorado, y, á pesar de las fatigas y las privaciones, habia enflaquecido tan poco, que sus amigos de Liverpool le hubieran reconocido sin trabajo, sobre todo por su buen humor inalterable.

Durante la mañana del sábado, vieron los viajeros modificarse sensiblemente la naturaleza de la inmensa llanura de hielo. Los témpanos conmovidos, los pecks mas frecuentes, los hummocks acumulados, demostraban que el ice-field sufria una presion inmensa. Evidentemente, algun continente desconocido, alguna isla nueva, estrechando los pasos, habia producido aquel trastorno. Moles de hielo de agua dulce, mas frecuentes y mas considerables, indicaban una costa próxima.

Existia, pues, á poca distancia una tierra nueva, y el doctor ardia en deseos de enriquecer con ella los mapas del hemisferio boreal. Nadie puede figurarse el placer que causa el levantamiento de planos de costas desconocidas y la formacion de su trazado con la punta del lápiz. Este era el objeto del doctor, así como el de Hatteras era pisar con su pie el mismo polo, y se entusiasmaba de antemano pensando en los nombres con que bautizaria los mares, los estrechos, las bahías, y hasta las mas insignificantes tortuosidades de aquellos nuevos continentes. Cierto es, que en aquella gloriosa nomenclatura no omitia ni á sus compañeros ni á sus amigos, ni á *su Graciosa Majestad*, ni á la familia real, pero tampoco se olvidaba de sí mismo, y atrevia cierto *cabo Clawbonny* con una satisfaccion legítima.

Estos pensamientos le ocuparon todo el dia. Se dispuso lo necesario para acampar aquella noche segun costumbre, y durante ella, pasada cerca de tierras desconocidas, cada cual estuvo un rato de centinela.

Al dia siguiente, domingo, despues de un abundante almuerzo suministrado por las patas del oso, que fue escelente, los viajeros se dirigieron al Norte, inclinando algo hácia el Oeste. Aunque el camino era mas difícil se andaba á buen paso.

Altamont, desde lo alto del trineo, observaba el horizonte con una atencion febril, y sus compañeros esperimentaban una inquietud involuntaria. Las últimas observaciones solares habian dado por latitud exacta 83° 35′ y por longitud 120° 15′. Ésta era la situacion que se decia ocupar el buque americano, y por tanto iba á recibir durante aquel dia su solucion la cuestion de vida ó muerte.

En fin, á cosa de las dos de la tarde, Altamont, poniéndose en pie, detuvo con un sonoro clamor á la comitiva, indicó con la mano una mole blanca que otra mirada cualquiera hubiera confundido con los ice-bergs circunstantes, y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡El *Porpoise*!

CAPITULO XXVII.

EL PORPOISE.

El 24 de marzo era domingo de Ramos, dia de gran fiesta, en que las calles de muchas aldeas y ciudades de Europa se cubren de flores y de hojas, y las campanas pueblan los aires de sonidos, y la atmósfera se llena de penetrantes perfumes.

Pero en aquel pais desconsolador, ¡qué tristeza! ¡qué silencio! ¡Nada mas que un viento desapacible y áspero, y ni una hoja seca, ni un tallo de yerba!

Y sin embargo, aquel domingo era tambien un dia de alegría para los viajeros, porque iban á hallar en fin recursos sin los cuales estaban condenados á una muerte próxima.

Apresuraron el paso; los perros tiraron con mas energía, Duck espresaba con sus ladridos su satisfaccion, y la comitiva llegó luego á un buque americano.

El *Porpoise* estaba enteramente sepultado en la nieve. No tenia ni palos, ni verjas, ni járcias; todos sus aparejos se rompieron cuando naufragó. El buque se hallaba encajonado en un lecho de rocas completamente invisible entonces. Echado sobre un costado por la violencia del choque, tenia abierta la carena, y parecia inhabitable.

Así lo reconocieron el capitan, el doctor y Johnson, despues de haber penetrado no sin trabajo en el interior del bergantin. Necesario fue quitar mas de quince pies de hielo para llegar á la escotilla; pero con alegría general se vió que los animales, de que se encontraban en el campo numerosas huellas, habian respetado el precioso depósito de provisiones.

—Si bien es verdad, dijo Johnson, que tenemos aquí combustible y municiones de boca en abundancia, este casco nos sirve de abrigo.

—Pues bien, respondió Hatteras, es preciso construir una casa de nieve y establecernos lo mejor que podamos en el continente.

—Sin duda, respondió el doctor; pero no nos precipitemos, y hagamos las cosas en regla. En rigor, podemos alojarnos provisionalmente en el buque, y y entre tanto construiremos una casa sólida, capaz de

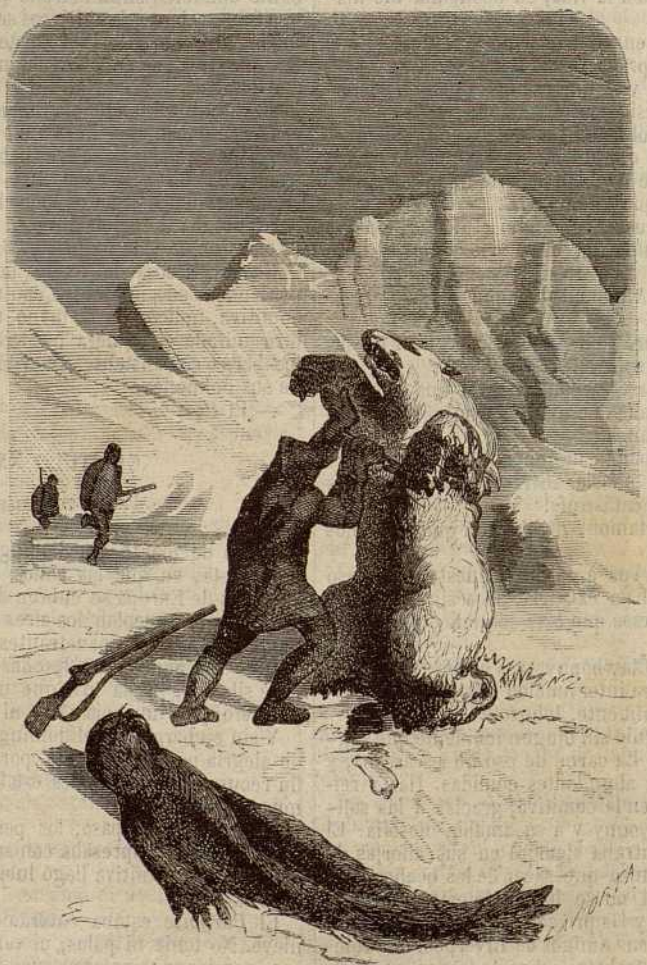
protegernos contra el frio y los animales. Yo seré el arquitecto y vereis cómo me porto.

—No dudo de vuestros talentos, señor Clawbonny, respondió Johnson, instalémonos aquí de cualquier modo, y haremos el inventario de lo que el buque contiene. No veo desgraciadamente ninguna lancha ni bote, y el mal estado de estos restos no nos permite pensar en ellos para construir una embarcacion.

—¡Quién sabe respondió el doctor; con reflexion y tiempo se hacen muchas cosas; pero ahora no se trata de navegar, sino de construir una morada sedentaria, por lo que propongo que no nos ocuparemos por ahora de otros proyectos, y mas adelante veremos.

—Es lo racional, respondió Hatteras; empecemos por lo que mas prisa corre.

Los tres compañeros dejaron el buque, volvieron al trineo, y participaron sus ideas á Bell y al americano. Bell se manifestó dispuesto á trabajar, y el americano sacudió la cabeza al saber que los restos



Hatteras hundió su cuchillo en la garganta del animal.

de su buque para nada servian; pero como esta discusion en aquel momento hubiera sido ociosa, se atuvieron todos al proyecto de refugiarse en el *Porpoise*, y de construir una vasta habitacion en la costa.

A las cuatro de la tarde, los cinco viajeros se hallaban, bien ó mal, establecidos en la cubierta. Por medio de tablones y restos de arboladura, Bell armó un entarimado casi horizontal en que colocó los coys endurecidos por el hielo y vueltos muy pronto á su estado propio con el calor de la chimenea Altamont, apoyado en el doctor, pudo sin gran trabajo trasladarse al lugar que le estaba reservado. Al poner el pie en su buque, no pudo contener un suspiro de satisfaccion que pareció de mal agüero al contramaestre.

—¡Se siente en su casa, pensó el viejo marino, y cualquiera diria que nos convida!

El resto del dia se dedicó al reposo. El tiempo tendia á variar bajo la influencia de las ráfagas del Oeste; el termómetro colocado al aire libre marcó 26° (—32° centíg.)

En resúmen el *Porpoise* se hallaba colocado mas allá del polo del frio y bajo una latitud relativamente menos glacial, aunque mas próxima al Norte.

Aquel dia se comió cuanto quedaba del oso, con galleta que se encontró en la despensa del buque, y algunas tazas de té; y despues, rendidos todos de fatiga, se durmieron profundamente.

Por la mañana, Hatteras y sus compañeros madrugaron poco. Las imaginaciones seguian la pendiente de las ideas nuevas. No les preocupaba ya la incertidumbre del dia siguiente y nadie pensaba ya mas que en albergarse de una manera cómoda. Aquellos náufragos se consideraban como colonos llegados á su destino, y, olvidando los padecimientos del viaje,

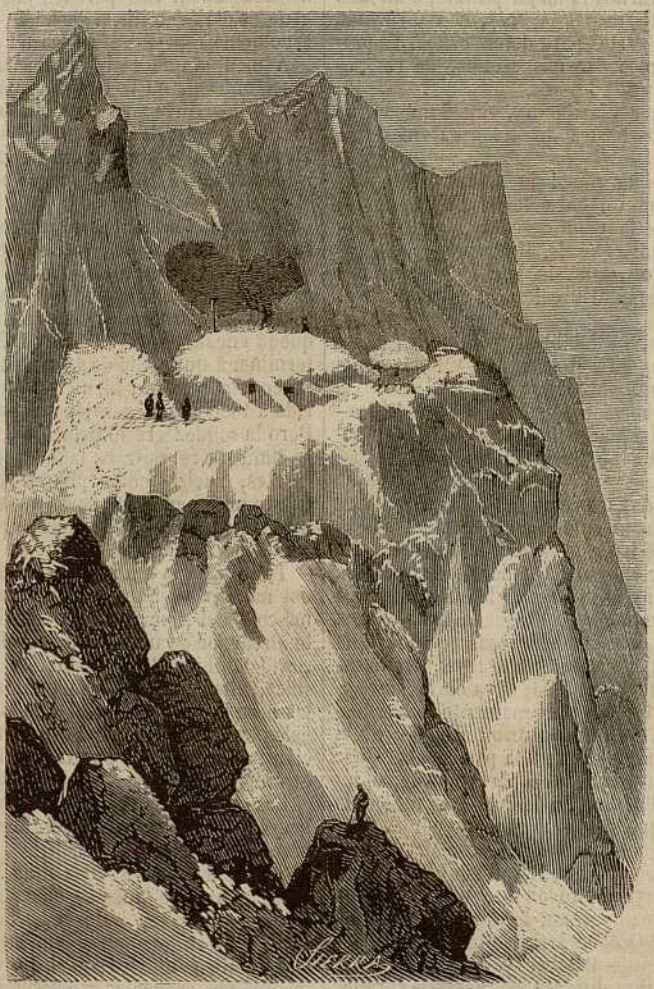
solo pensaban en crearse un porvenir lisonjero.

—¡Uf! exclamó el doctor desperezándose, es magnífico no tener que preguntarse dónde dormirá uno por la noche y lo que comerá al dia siguiente.

—Empecemos por hacer el inventario del buque, respondió Johnson.

El *Porpoise* habia sido perfectamente tripulado y abastecido para una escursion lejana.

El inventario dió las siguientes cantidades de provisiones: seis mil ciento cincuenta libras de harina; de manteca y de pasas para los pudings; dos mil libras de buey y cerdo salado; mil quinientas libras de pemmican; setecientas libras de azúcar y otras tantas de chocolate; una caja y media de té que pesaban noventa y seis libras; quinientas libras de arroz; varios barriles de frutas y legumbres en conserva; abundancia de lime-juice, granos de coclearia, acederas y berros y trescientos galones de rom y de aguardiente. La santa Bárbara ofrecia una gran cantidad de pólvora, balas y plomo, y el carbon y la leña abundaban mucho. El doctor recogió con afan los instrumentos de física y navegacion, y hasta una pila de Bunsen de gran potencia, que habia sido embarcada con objeto de hacer esperimentos sobre la electricidad.



La casa de nieve en el desierto de hielo.

En resúmen, las provisisiones de todo género eran mas que suficientes para cinco hombres por espacio de dos años, puestos á racion entera. Se desvanecian todos los riesgos de morir de hambre y frio.

—Hé aquí nuestra existencia asegurada, dijo el doctor al capitan, y nadie nos impedirá remontarnos hasta el polo.

—¡Hasta el polo! respondió Hatteras estremeciéndose.

—Sin duda, repuso el doctor, ¿durante los meses de verano quién nos impedirá verificar un reconocimiento por tierra?

—¡Por tierra sí! ¿pero por mar?

—¿No se puede construir una lancha con los tablones del *Porpoise*?

—Una lancha americana ¿no es verdad? respondió desdeñosamente Hatteras, ¿y mandada por ese americano?

El doctor comprendió la repugnancia del capitan, y no creyó oportuno llevar la cuestion mas adelante. Dió, pues, á la conversacion otro giro.

—Ahora que sabemos á qué atenernos respecto á provisiones, repuso, es menester construir almacenes para ellas y una casa para nosotros. Los materiales no faltan y podemos albergarnos muy cómodamente. Espero, Bell, dijo el doctor dirigiéndose al carpinte-

ro, que vais á luciros, amigo mio. Yo, además, podré daros algunos buenos consejos.

—Estoy dispuesto, señor Clawbonny, respondió Bell, y, si necesario fuese, me comprometeria á construir con los enormes pedazos de hielo que tenemos á nuestra disposicion una ciudad entera con sus casas y sus calles.

—No es necesario tanto. Sírvannos de ejemplo los agentes de la compañía de la bahía de Hudson, que construyen fortalezas que les guarecen de los animales y de los indios. Hé aquí todo lo que nosotros necesitamos, atrincherarnos lo mejor posible; á un lado la habitacion y al otro los almacenes, con un lienzo de muralla y dos baluartes para defendernos. Yo procuraré para el caso recordar mis estudios de castramentacion.

—¡A fe mia! señor Clawbonny, dijo Johnson, yo no dudo de que bajo vuestra direccion haremos algo de provecho.

—Pues bien, amigos mios! lo primero que hay que hacer es escoger un buen solar: un ingeniero, que sabe dónde tiene la mano derecha, reconoce antes que todo el terreno. ¿Venís, Hatteras?

—Apruebo cuanto vos hagais, doctor, respondió el capitan. Obrad, pues, á discrecion, y entre tanto yo recorreré la costa.

Altamont, demasiado débil aun para tomar parte en los rrabajos, se quedó en el buque, y los ingleses se trasladaron al continente.

El tiempo estaba borrascoso y encapotado. El termómetro al medio dia marchaba 11° bajo 0—23° centigrados); pero como no hacia viento, la temperatura era soportable.

—A juzgar por la disposicion de la costa, un mar considerable, á la sazon enteramente helado, se estendia hácia el Oeste hasta perderse de vista. Estaba limitado al Este por una orilla redondeada, cortada por profundas quebrajas, y levantada súbitamente á doscientas yardas de la playa. Formaba tambien una vasta bahía erizada de rocas peligrosas como las que hiciera naufragar al *Porpoise*, y á lo lejos, en tierra firme, se levantaba una montaña, cuya elevacion, segun cálculos del doctor, era próximamente de 500 toesas. Hácia el Norte, un promontorio terminaba en el mar, despues de haber cubierto una parte de la bahía. Una isla de mediana estension, ó por mejor decir, un islote, sobresalia del campo de hielo á tres millas de la costa, de suerte que si no hubiese sido por la dificultad de entrar en aquella rada, hubiese ofrecido un fordeadero abrigado y seguro. Habia tambien en una escotadura de la playa un ancon muy accesible á los buques, si alguna vez llegaba á verificarse el deshielo en aquella parte del Océano ártico. Sin embargo, segun las narraciones de Belcher y de Penny, todo aquel mar quedaba libre durante los meses de verano.

A la mitad de la costa, el doctor notó una especie de meseta circular que tenia mas de doscientos pies de diámetro, la cual dominaba la bahía por tres lados, estando el cuarto cerrado por un acantilado cortado á pico de una elevacion de veinte toesas, á cuya cima no se podia llegar sino por medio de peldaños labrados en el hielo. Aquel punto pareció propio para levantar una construccion sólida y fortificarse debidamente. La naturaleza habia hecho los primeros gastos, y bastaba aprovecharse de la disposicion del terreno.

—El doctor, Bell y Johnson alcanzaron la meseta tallando con el hacha los témpanos, que estaban perfectamente unidos. El doctor, despues de haber reconocido la escelencia del solar, resolvió librarlo de los diez pies de nieve endurecida que lo cubrian, pues era preciso edificar la habitacion y los almacenes sobre una base sólida.

El lunes, martes y miércoles se trabajó sin descanso. Apareció, en fin, la tierra, que estaba formada de un granito muy duro y de grano apretado, conteniendo además granates y grandes cristales de feldspato que descubrió el azadon.

El doctor dió entonces las dimensiones y el plano de la snow-house (1), que debia tener cuarenta pies de longitud, veinte de anchura y diez de altura. Estaba dividida en tres piezas ó departamentos, un salon, un cuarto para dormir y una cocina. No se necesitaba mas. La cocina estaba á la izquierda, el dormitorio á la derecha y el salon en medio.

—Se trabajó cinco dias asíduamente. Los materiales no escaseaban. Las paredes habian de ser bastante gruesas para resistir el deshielo, pues ni aun en verano debia correrse el riesgo de quedarse sin abrigo.

A medida que se levantaba la casa, tomaba buen aspecto. Tenia en la fachada cuatro ventanas, de las cuales dos correspondian al salon, una á la cocina y otra al dormitorio. Los cristales eran magníficas tablas de hielo, segun usanza de los esquimales, y permitian el paso á una luz suave como la que atraviesa el vidrio deslustrado.

Delante del salon, entre sus dos ventanas, habia un largo corredor, á manera de galeria cubierta ó colgadizo que daba entrada á la casa, cerrándolo herméticamente una puerta sólida que habia pertenecido á la cámara del *Porpoise*. Terminada la casa, el doctor quedó encantado de su obra. Difícil hubiera sido determinar á qué estilo de arquitectura pertenecia aquella construccion, si bien el arquitecto hubiera preferido á todo el gótico-sajon tan popular en Inglaterra. Pero la solidez era lo principal, por lo que el doctor se limitó á revestir la fachada de robustos contrafuertes, macizos como pilares romanos. Encima, un tejado muy pendiente se apoyaba en la pared de granito, la cual servia igualmente para sostener los tubos de las estufas que conducian el humo fuera.

Terminada la grande obra, se procedió al arreglo del mobiliario. Se trasladaron al cuarto de dormir los coys del *Porpoise*, que se colocaron circularmente alrededor de una grande estufa. En el salon, que sirvió tambien de comedor, se pusieron banquetas, sillas, sillones, mesas y armarios, y la cocina recibió los hornillos del buque con todos sus utensilios. Las velas tendidas en el suelo servian de tapices, y ejercian tambien en las puertas interiores, que no tenian otro medio de cerrarse, las funciones de mamparas.

Las paredes de la casa median comunmente un grueso de cinco pies, y los huecos de las ventanas parecian troneras de cañon.

Todo era de una solidez suma. ¿Qué mas podia exigirse? ¡Ah! si se hubiese ejecutado cuanto ideaba el doctor, ¡qué no se hubiera hecho con aquel hielo y aquella nieve que tan dócilmente se prestan á todas las combinaciones! Todo el dia estaba el doctor rumiando mil proyectos soberbios que no pensaba realizar, pero asi volvia mas divertido con los recursos de su ingenio al trabajo comun.

Además, á fuer de bibliófilo, habia leido un libro bastante raro de M. Kæeft, titulado: «Descripcion circunstanciada de la casa de hielo construida en San Petersburgo, en enero de 1740, y de todos los objetos que contenia.» Y aquel recuerdo sobrescitaba su inventiva. Una noche contó á sus compañeros las maravillas de aquel palacio de hielo.

—¡No podemos, les dijo, hacer nosotros aquí lo que se ha hecho en San Petersburgo? ¿Qué nos falta? Nada, ni siquiera la imaginacion.

—¿Tan hermoso era, pues? preguntó Johnson.

—Era un palacio de hadas, amigo mio. La casa construida por órden de la emperatriz Ana, que en 1740, hizo celebrar en ella los esponsales de uno de sus bufones, tenia casi las dimensiones de la nuestra; pero delante de su fachada habia, puestos en sus

(1) Casa de nieve.

cureñas, seis cañones de hielo, con que, sin que reventasen, se dispararon muchos cañonazos con pólvora y bala. Habia igualmente morteros que tiraban bombas de sesenta libras, y de consiguiente nosotros en caso necesario podríamos artillarnos de una manera formidable. El bronce no está lejos y nos cae del cielo. Pero donde sobresalieron el gusto y el arte fue en el fronton del palacio, adornado con estátuas de hielo de sorprendente hermosura. La gradería esterior de la fachada estaba llena de tiestos de flores y naranjos hechos de la misma materia, y á la derecha se levantaba un elefante enorme que durante el dia arrojaba agua y durante la noche nafta inflamada. ¡Oh! ¡qué casa tan completa haríamos nosotros si quisiéramos!

—Se me figura, replicó Johnson, que animales no nos faltarán, y no por ser de hielo serán menos interesantes.

—¡Que vengan! replicó el belicoso doctor; sabremos defendernos contra sus ataques. Pero volviendo á mi casa de San Petersburgo, añadiré que en su interior habia mesas, tocadores, espejos, candelabros, bugías, camas, colchones, almohadas, cortinajes, relojes, sillas, naipes y armarios con su servicio completo, todo de hielo cincelado, torneado, esculpido, en una palabra, un mobiliario al cual no faltaba nada.

—¿Era, pues, un verdadero palacio? dijo Bell.

—Un palacio espléndido y digno de una soberana. ¡Ah! ¡El hielo! ¡Qué bien ha hecho la Providencia en inventarlo, puesto que se presta á tantas maravillas, y puede proporcionar el bienestar á los náufragos!

Se llegó al 3 de marzo sin haber hecho mas que amueblar la casa de nieve. El 31 era domingo de Pascua, y este dia se consagró al reposo, pasándolo todo en el salon en que se leyó el Oficio divino, y todos pudieron apreciar la buena disposision de la snow-house.

El dia siguiente se empezaron á construir los almacenes y el polvorin, en lo que se intervinieron ocho dias, comprendiendo en ellos el tiempo empleado en la descarga completa del *Porpoise*, que no se hizo sin dificultad, pues lo bajo de la temperatura no permitia trabajar mucho tiempo. En fin, el 8 de abril, las provisiones, el combustible y las municiones se hallaban en tierra firme y perfectamente al abrigo. Los almacenes estaban situados al Norte de la meseta, y el polvorin al Sur, á unos sesenta pies de cada estremidad de la casa. Se construyó junto á los almacenes una especie de perrera para alojar á los groenlandeses, que fue honrada por el doctor con el nombre de «Dog-Palace.» Duk participaba de la morada comun.

Entonces el doctor pensó en los medios de defensa de la plaza. Bajo su direccion, se rodeó la meseta de una verdadera fortificacion de hielo que la ponia á cubierto de todas las invasiones. Su altura formaba una escarpa natural, y como no tenia puntos entrantes ni salientes, era igualmente fuerte en todos sus flancos. El doctor, organizando este sistema de defensa, recordaba invenciblemente al digno tio Tobías de Sterne, del cual tenia la dulce bondad y el apacible humor. Daba gusto verle calcular la pendiente de su escarpa interior, la inclinacion del terraplen y la anchura de la trinchera. Pero este trabajo se hacia con tanta facilidad con aquella nieve complaciente, que el amable ingeniero pudo dar á su muralla de hielo hasta siete pies de grueso, y además, como la meseta dominaba la bahía, no hubo necesidad de construir ni contra-escarpa ni escarpa esterior, ni glásis. El parapeto de nieve, despues de rodear la meseta, cogia la muralla de roca, y se unia con la casa por los dos lados. Aquellas obras de castramentacion terminaron hácia el 15 de abril. El fuerte estaba completo, y el doctor contemplaba su obra con orgullo.

Aquel recinto fortificado se hubiera en realidad sostenido mucho tiempo contra una tribu de esquimales, si semejantes enemigos se hubiesen encontrado bajo aquella latitud; pero no habia en aquella costa vestigio alguno de seres humanos. Hatteras, estudiando la configuracion de la bahía, no vió nunca un solo resto de las chozas que se encuentran comunmente en los parajes frecuentados comunmente por tribus groenlandesas. Los náufragos del *Forward* y del *Porpoise* eran al parecer los primeros que habian pisado aquel suelo desconocido.

Pero si los hombres no eran de temer, podian los animales ser peligrosos, y el fuerte debia poner á su pequeña guarnicion á cubierto de sus ataques.

CAPITULO VII.

UNA DISCUSION CARTOLÓGICA.

Durante estos preparativos de invernada, Altamont habia recobrado completamente sus fuerzas y su salud, y hasta pudo tomar parte activa en la descarga del buque. Su poderosa constitucion le valió, y su anemia no pudo resistir mucho tiempo al vigor de su sangre.

En él se vió renacer al individuo robusto y sanguíneo de los Estados-Unidos, al hombre enérgico é inteligente, dotado de un carácter resuelto, al americano emprendedor, audaz, dispuesto á todo. Era oriundo de Nueva-York, y navegaba desde niño, segun dijo á sus nuevos compañeros. Su buque el *Porpoise* habia sido tripulado y fletado por una sociedad de ricos negociantes de la Union, á cuyo frente se hallaba el famoso M. Grimel.

Habia ciertas relaciones entre Hatteras y él, semejanzas de carácter, pero no simpatías. Estas semejanzas no eran á propósito para hacer de aquellos dos hombres dos amigos. Todo lo contrario. Además, un observador hubiera en el acto notado entre ellos graves desacuerdos. Altamont, al mismo tiempo que parecia desplegar mas franqueza que Hatteras, era menos franco que éste. Con mas llaneza, habia en él menos sinceridad, y su carácter abierto inspiraba menos confianza que la índole sombría del capitan británico. Este afirmaba una vez su idea, y se aferraba á ella. El otro, hablan lo mucho, con frecuencia no decia nada.

Hé aquí lo que el doctor fue reconociendo poco á poco en el carácter del americano, y tenia razon en presentir una enemistad futura, ya que no un odio á muerte, entre el capitan del *Porpoise* y del *Forward*.

Y sin embargo, eran dos, y no podia mandar mas que uno. Hatteras tenia sin duda alguna todos los derechos á la obediencia del americano, los derechos de la prioridad y los de la fuerza. Pero si el uno se hallaba á la cabeza de los suyos, el otro se hallaba á bordo de su buque, lo que tambien era algo.

Por política ó por instinto, Altamont contrajo desde luego con el doctor amistosas relaciones. Le debia la vida, pero la simpatía le inclinaba hácia aquel digno hombre mas aun que el reconocimiento. Tal era el inevitable efecto del carácter del digno Clawbonny, á cuyo rededor nacian los amigos como los trigos al calor del sol. Se ha hablado de personas que se levantaban á las cinco de la mañana para crearse enemigos; el doctor no lo hubiera conseguido, aunque se hubiese levantado á las cuatro.

Resolvió no obstante sacar partido de la amistad de Altamont para conocer la verdadera razon de su presencia en los mares polares. Pero el americano, con toda su verbosidad, respondió sin responder, y volvió á su acostumbrado tema del paso del Noroeste.

El doctor sospechaba que el motivo de la espedicion era otro, el mismo precisamente que tenia Hatteras. Resolvió por lo mismo no provocar acerca del particular ninguna cuestion entre los dos adversarios,

pero no siempre lo consiguió, pues las mas insignificantes conversaciones tomaban á pesar suyo un giro peligroso, y bastaba una palabra cualquiera para hacer brotar la chispa al choque de los intereses rivales.

Asi sucedió en efecto. Concluida la casa, el doctor resolvió celebrar tan fausto suceso con una comida espléndida. Clawbonny tenia la idea de introducir en aquel continente desierto, las costumbres y placeres de la vida europea. Bell habia muerto precisamente algunos ptarmiganos y una liebre blanca, primer mensajero de la primavera nueva.

El festin se celebró el 14 de abril, segundo domingo de Cuasimodo, haciendo un tiempo muy seco, pero el frio no se atrevia á penetrar en la casa de hielo, seguro de ser vencido por las estufas que estaban atestadas de combustible.

Se comió perfectamente. La carne fresca formó un agradable contraste al lado del pemmican y de la cecina. Un maravilloso puding, obra del doctor, mereció los honores de la repeticion, y el sabio cocinero, con su mandil y su cuchillo en el cinto, no hubiera deshonrado las cocinas del gran canciller de Inglaterra.

En los postres aparecieron los licores, pues el americano no estaba sometido al régimen de los ingleses *teetotalerss* (1), y no habia ninguna razon para que él se privase de un vaso de ginebra ó de brandy. Los otros convidados, sóbrios ordinariamente, podian sin inconveniente permitirse en tan señalado dia una infraccion á la regla, sobre todo cuando para ello les autorizó el mismo médico. Durante los brindis dirigidos á la Union, Hatteras no hizo mas que guardar silencio.

Entonces fue cuando el doctor suscitó una cuestion interesante.

—Amigos mios, dijo, no basta haber salvado los estrechos, los bancos y los campos de hielo, y haber llegado hasta aquí; nos quedan aun que hacer algunas cosas. Os propongo dar nombres á esta tierra hospitalaria, en que hemos encontrado la salvacion y el reposo. Esta es la costumbre seguida por todos los navegantes del mundo, sin que ninguno haya faltado nunca á ella, y de consiguiente nosotros, al regresar á nuestra patria, debemos enseñarla, al mismo tiempo que la configuracion hidrográfica de las costas, los nombres con que se distinguen los cabos, las bahías, las puntas y los promontorios. Eso es absolutamente necesario.

—Muy bien dicho, esclamó Johnson. Además, cuando se puede dar á todas estas tierras un nombre especial, parecen ya una cosa distinta, y se adquiere el derecho de no considerarse como abandonado en un contenido desconocido.

—Sin contar, replicó Bell, con que asi se simplifican las instrucciones durante un viaje, y se facilita la ejecucion de las órdenes Podrá ser que nos veamos obligados á separarnos durante alguna espedicion ó en una cacería, y nada mejor para encontrar un camino que saber cómo se llama.

—Pues bien, dijo el doctor, puesto que acerca del particular estamos todos de acuerdo, procuremos ahora entendernos respecto de los nombres que vamos á dar, y no olvidemos ni nuestro pais, ni á nuestros amigos, en la nomenclatura. En cuanto á mí, cuando recorro un campo, nada me causa tanta alegría como ver el nombre de un compatriota en el estremo de un cabo, al lado de una isla ó en medio del mar. Así interviene de una manera encantadora la amistad en la geografía.

—Teneis razon, doctor, respondió el americano, y además, decís las cosas de una manera que aumenta mucho su precio.

—Veamos, respondió el doctor, procedamos con órden.

(1) Régimen que escluye toda bebida espirituosa.

Hatteras no habia tomado aun parte en la conversacion. Reflexionaba. Sin embargo, notando que se fijaban en él las miradas de sus compañeros, se levantó y dijo:

—Salvo mejor parecer, y nadie aquí me contradecirá, yo opino,—en aquel momento Hatteras miraba á Altamont,—que debemos dar á nuestra habitacion el nombre de su hábil arquitecto, el mejor de los aquí presentes, y llamarla Doctor's House.

—Perfectamente, respondió Bell.

—Perfectamente, respondió Johnson, ¡la Casa del Doctor.

—Es lo mejor que puede hacerse, respondió Altamont. ¡Hurra por el doctor Clawbonny!

Se echó un triple hurra de comun acuerdo, y tambien Duk ladró, sin duda en señal de aprobacion.

—Así pues, repuso Hatteras, que esta casa sea así llamada en tanto que una tierra nueva nos permita distinguirla con el nombre de nuestro amigo.

—¡Ah! esclamó el viejo Johnson, ¡si el paraiso terrestre no tuviese aun nombre, el de Clawbonny le sentaria á las mil maravillas!

El doctor, muy conmovido, quiso escusarse por modestia, pero tuvo que pasar por lo que querian todos. Quedó, pues, debidamente decretado que aquella alegre comida se habia celebrado en el gran salon de Doctor's-House, despues de haberse preparado en la cocina de Doctor's-House, y que se irian á acostar tranquilamente en el dormitorio de Doctor's-House.

—Ahora, dijo el doctor, pasemos á otros puntos mas importantes de nuestros descubrimientos.

—Hay, respondió Hatteras, este mar inmenso que nos rodea, y cuyas olas no ha surcado aun ningun buque.

—¡Ningun buque! Me parece, sin embargo, dijo Altamont, que el *Porpoise* no merece que se le olvide, á no ser que haya venido por tierra, añadió sarcásticamente.

—Bien podria creerse, replicó Hatteras, al ver las rocas sobre que duerme en este momento.

—En verdad, Hatteras, dijo Altamont algo amoscado, que, mal por mal, vale mas estar barado en las rocas como el *Porpoise*, que desparramarse por los aires como ha hecho el *Forward*.

Hatteras iba á replicar con vehemencia, cuando el doctor intervino.

—Amigos, dijo, aquí no se trata de buques, sino de un mar nuevo...

—No es nuevo, respondió Altamont, es un mar que se halla indicado en todas las cartas del polo. Se llama Océano boreal, y no creo sea oportuno variar su nombre. Mas adelante, si descubrimos que no es mas que un estrecho ó un golfo, veremos lo que hay que hacer.

—Sea, dijo Hatteras.

—Sea, respondió el doctor, sintiendo casi haber suscitado una discusion preñada de rivalidades nacionales.

—Lleguemos pues á la tierra que pisamos en este momento, replicó Hatteras. Yo no sé que tenga nombre alguno en las cartas mas modernas.

Tal diciendo, fijó una mirada en Altamont, el cual no bajó los ojos, y respondió:

—Acaso esteis engañado, Hatteras.

—¡Engañado! ¡Cómo! esta tierra desconocida, este pais nuevo...

—Tiene ya un nombre, respondió tranquilamente el americano.

Hatteras calló. Sus labios temblaron.

—¿Qué nombre tiene? preguntó el doctor, á quien la afirmacion del americano dejó casi atónito.

—Mi querido Clawbonny, respondió Altamont, todo navegante tiene la costumbre, por no decir el derecho, de dar nombre al continente á que él llega

primero. Me parece, pues, que en esta ocasion puedo y debo usar de este derecho incontestable.

—Sin embargo... dijo Johnson, á quien tenia en ascuas la mordaz sangre fria de Altamont.

—Me parece, repuso este, que seria temeridad ridícula empeñarse en sostener que el *Porpoise* no ha atracado á esta costa, y aun admitiendo que hubiese venido por tierra, añadió mirando á Hatteras, no habria cuestion.

—Es una pretension que yo no admito, respondió gravemente Hatteras conteniéndose. Para nombrar, es por lo menos necesario descubrir, y supongo que no es descubrimiento lo que vos habeis hecho. Ademas, sin nosotros, ¿dónde estaríais vos, caballero, vos, que quereis imponernos condiciones? ¡A veinte pies debajo de la nieve!

—Y sin mí, caballero, replicó con energía el americano, sin mí y sin mi buque, ¿qué seria de vosotros en este momento? ¡Estaríais muertos de hambre y de frio!

—Amigos, dijo el doctor interviniendo como pudo, un poco de calma, y todo puede arreglarse. Oidme.

—El caballero, continuó Altamont designando al capitan, podrá dar nombre á todas las demás tierras que descubra, si alguna descubre; pero este continente me pertenece. Ni siquiera podria admitir la pretension del que quisiera que llevase dos nombres, como la tierra Grinnel, que se llama igualmente tierra

Discusion categórica.

del príncipe-Alberto, porque un inglés y un americano la reconocieron casi al mismo tiempo. Aquí es otra cosa. Mis derechos de autoridad son incontestables. Ningun buque, antes que el mio ha rozado esta costa con su borda. Ningun sér humano, antes que yo, ha puesto el pie en este continente, al cual yo he dado un nombre, y lo conservará.

—¿Y qué nombre le habeis dado? preguntó el doctor.

—La Nueva América, respondió Altamont.

Los puños de Hatteras se crisparon sobre la mesa. Pero, haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo, se contuvo.

—¿Podeis probarme, repuso Altamont que un inglés haya pisado nunca este suelo antes que un americano?

Jonhson y Bell callaban, no obstante irritarles tanto como el capitan el imperioso aplomo de su contradictor. Pero no habia nada que responder.

El doctor volvió á tomar la palabra, despues de algunos instantes de un silencio penoso.

—Amigos mios, dijo, la primera ley humana es la ley de la justicia, que contiene todas las otras. Seamos pues justos, y no nos dejemos avasallar por los malos sentimientos. La prioridad de Altamont me parece incontestable. No hay para que discutirla. Nosotros tomaremos el desquite mas adelante, y tendrá Inglaterra una buena parte en nuestros descubrimientos futuros. Dejemos pues, á esta tierra el nombre de Nueva América. Pero supongo que Altamont, al darla este nombre, no habrá dispuesto de las bahías, de los cabos, de las puntas, de los promontorios que contiene, y no creo que pueda haber inconveniente en que llamemos á esta bahía la bahía Victoria.

—Ninguno, respondió Altamont, si el cabo que se estiende allá abajo en el mar lleva el nombre de cabo Washington.

—Habríais podido, caballero, esclamó Hatteras fuera de sí, escoger un nombre menos desagradable á un oido inglés.

—Pero no mas querido á un oido americano, respondió Altamont con mucha altanería.

—¡Veamos! ¡veamos! respondió el doctor, que tenia no poco que hacer para conservar la paz en aquella pequeña sociedad, ¡no haya discusion acerca del particular! ¡Que sea permitido á un americano estar orgulloso de sus grandes hombres! Honremos el génio donde quiera que se encuentre, y puesto que Altamont ha hecho su eleccion, hablemos ahora en pro de nosotros y de los nuestros. Que nuestro capitan....

—Doctor, respondió Hatteras, siendo esta tierra una tierra americana, deseo que mi nombre no figure en ella.

—¿Es una decision irrevocable? dijo el doctor.

—Absoluta, respondió Hatteras.

El doctor no insistió.

—Pues bien, ahora nosotros, dijo dirigiéndose al viejo marino y al carpintero, dejemos aquí alguna huella de nuestro paso. Os propongo llamar á la isla que vemos á tres millas de aquí Isla Johnson, en honor de nuestro contramaestre.

—¡Oh! dijo este algo confuso, ¡señor Clawbonny!

—En cuanto á esta montaña que hemos reconocido hácia el Oeste, le daremos el nombre de Bell-Mount, si nuestro carpintero lo consiente.

—Es demasiado honor para mí, respondió Bell.

—Es justicia, replicó el doctor.

—Perfectamente, dijo Altamont.

Ya no nos queda que bautizar mas que nuestro fuerte, repuso el doctor, y respecto del particular no habrá discusion, pues no es ni á su graciosa magestad la reina Victoria, ni á Washington, á quienes debemos el albergue que tenemos en este momento, sino á Dios, cuya inmensa bondad nos ha salvado á todos. ¡Que este fuerte se llame pues Fort-Providenze!

—Muy bien meditado, respondió Altamont.

—El Fort-Providenze, repuso Johnson, viene muy bien. Asi, pues, al volver de nuestras escursiones del Norte, tomaremos por el cabo Washington, para ganar la bahía Victoria, y desde allí el Fort-Providenze, donde hallaremos alimento y descanso en Doctor's House.

—Está entendido, respondió el doctor; mas adelante, á medida que vayamos descubriendo, tendremos que dar otros nombres que no provocarán desavenencia. Asi lo espero. Porque amigos mios, aquí es preciso sostenerse y amarse. Nosotros representamos la humanidad entera en este estremo de costa, no nos abandonemos, pues, á estas detestables pasiones que destrozan las sociedades; reunámonos de modo que seamos fuertes é inquebrantables contra la adversidad. ¡Quién sabe los peligros que el cielo nos reserva, y los padecimientos que tendremos que arrostrar antes de volver á ver á nuestro país! Seamos, pues, cinco en uno solo, y dejemos á un lado rivalidades que no tienen jamás razon de ser, y aquí menos que en ninguna otra parte. ¿Me entendeis, Altamont? ¿Y vos Hatteras?

Los dos capitanes no respondieron, pero el doctor hizo como si hubiesen respondido.

Despues se habló de otra cosa. Se trató de organizar cacerías para renovar y variar las provisiones de carne. Con la primavera debian volver las liebres, las perdices, las zorras y hasta los osos, por lo que se resolvió no dejar pasar un solo dia favorable sin practicar un reconocimiento en la tierra de la Nueva América.

CAPITULO VIII.

ESCURSION AL NORTE DE LA BAHÍA VICTORIA.

Al dia siguiente, apenas rayó el sol, Clawbonny se encaramó por las rudas pendientes del murallon de rocas en que se apoyaba Doctor's-Housse, murallon que terminaba en una especie de cono truncado. No sin trabajo consiguió el doctor llegar á su cima, y desde allí su mirada abarcó una vasta estension de terreno conmovido, que parecia ser el resultado de algun sacudimiento volcánico. Una inmensa sábana blanca cubria el continente y el mar, sin que fuese posible distinguir uno de otro.

Al reconocer que aquel punto culminante dominaba toda la llanura que le circuia, el doctor tuvo una idea, que no puede causar admiracion á los que saben lo que era el señor Clawbonny.

Maduró su idea, la combinó pero sin probabilidades de éxito, y cuando fue completamente dueño de ella, volvió á la casa de nieve y la comunicó á sus compañeros.

—Se me ha ocurrido, dijo, colocar un faro en la cúspide del cono que se levanta sobre nuestras cabezas.

—¿Un faro? contestaron todos.

—¡Sí, un faro! Un faro tendrá una doble ventaja, nos guiará durante la noche cuando volvamos de nuestras escursiones lejanas, y alumbrará la meseta durante nuestros ocho meses de invierno.

—Sin duda, respondió Altamont, un aparato semejante seria sumamente útil, ¿pero cómo vais á establecerlo?

—Con uno de los faroles del *Porpoise*.

—Convenido; ¿pero con qué alimentareis la luz de vuestro faro? ¿Con aceite de foca?

—¡No! la luz producida por el aceite que decis no alumbraria bastante, y podia apenas atravesar la niebla.

—¿Pretendeis estraer de nuestro aceite el hidrógeno que contiene, y hacernos gas de alumbrado?

—Tampoco. Esta luz seria tambien insuficiente, y tendria ademas el inconveniente grave de consumir una parte de nuestro combustible.

—Entonces, dijo Altamont, no veo...

—En cuanto á mí, respondió Johnson, desde lo de la bala de mercurio y lo de la lente de hielo, y lo de la construccion del For-Providenze, considero al señor Clawbonny capaz de todo.

—Pues bien, repuso Altamont, ¿quereis decirnos qué género de faro pretendeis establecer?

—Es muy sencillo, respondió el doctor, un faro eléctrico.

—¡Un faro eléctrico!

—Sin duda. ¿No teniais á bordo del *Porpoise* una pila de Bunsen en muy buen estado?

—Sí, respondió el americano.

Evidentemente, cuando os la trajísteis, teniais intencion de hacer algunos esperimentas, pues nada le falta, ni los hilos conductores perfectamente aislados, ni el ácido necesario para poner en actividad los elementos. Es, pues, fácil procurarnos luz eléctrica. Veremos mejor, y no nos costará nada.

—Perfectamente, respondió el contramaestre, y cuanto menos tiempo perdamos...

—Pues bien, los materiales están allí, respondió el doctor, y en una hora habremos levantado una columna de hielo de 10 pies de altura, que será mas que suficiente.

El doctor salió y sus compañeros le siguieron hasta la cumbre del cono. La columna se levantó con prontitud, y encima de ella se colocó uno de los fanales del *Porpoise*.

Entonces el doctor adaptó á él los hilos conductores que estaban en contacto con la pila, la cual, colocaea en la casa de hielo, estaba preservada de la helada por el calor de las estufas. Desde allí, los hilos subian hasta la linterna.

Todo se estableció rápidamente, y se aguardó la puesta del sol para gozar del efecto. Por la noche, las dos puntas del carbon, mantenidas en la linterna á una distancia conveniente, se acercaron una á otra y haces de una luz intensa, que el viento no podia moderar ni estinguir, brotaron del fanal. Era un maravilloso espectáculo el que ofrecian aquellos rayos deslumbradores, cuyo resplandor rivalizando con la llanura nítida de las llanuras, dibujaba vivamente los contornos de todas las prominencias circunstantes. Johnson palmoteó con entusiasmo.

—Hé aquí, dijo, á M. Clawbonny que hace sol.

—Es preciso hacer algo de todo, respondió modestamente el doctor.

El frio puso fin á la admiracion general, y todos fueron acurrucarse entre mantas.

La vida huedó entonces regularmente organizada. Durante los dias siguientes, desde el 15 al 20 de Abril, el tiempo estuvo muy inseguro. La temperatura saltaba súbitamente 20°. y la atmósfera esperimentaba variaciones imprevistas. Tan pronto estaba impregnada de nieve y agitada por los torbellinos, tan pronto se volvia fria y seca hasta el punto de no poder salir al aire libre sin mucha precauciones.

Sin embargo, el sábado calmó el viento, y esta circunstancia hizo posible una escursion, por lo que se resolvió dedicar un dia á la caza para renovar las provisiones.

Al amanecer, Altamont, el doctor y Bell, armado cada cual de su escopeta de dos cañones, municiones suficientes, una hacha y un cuchillo de nieve

para el caso en que fuese necesario crearse un abrigo, partieron estando el tiempo cubierto.

Durante su ausencia, Hatteras fué á reconocer la costa y á hacer algunas observaciones. El doctor había cuidado de hacer funcionar el faro, cuyos rayos lucharon ventajosamente con los del astro del dia. En efecto, la luz eléctrica, que equivale á la de 3,000 bugías ó 300 picos de gas, es la única que puede sostener la comparacion con el brillo del sol.

El frio era intenso, seco y tranquilo. Los cazadores se dirigieron hácia el cabo Washington, favoreciendo su marcha la nieve endurecida. En media hora anduvieron las tres millas que separaban el cabo de Fort-Providenze. Duk iba con ellos, retozando muy alegre.

La costa torcia hácia el Este, y las altas cimas de la bahía Victoria tendian á deprimirse por el lado del Norte, lo que permitia suponer que la Nueva-América podia muy bien no ser mas que una isla, pero entonces no se trataba de determinar su configuracion.

Los cazadores tomaron por la orilla del mar y avanzaron rápidamente por un terreno vírgen de todo paso humano en que no habia ningun vestigio de habitacion, ni el mas insignificante resto de una choza.

Así anduvieron quince millas durante las tres primeras horas, corriendo sin detenerse; pero no parecia que su caza debiese ser de algun provecho. Apenas vieron huellas de liebre, de zorra, ni de lobo, si bien algunos snow-birdis (1), revoloteando en distintas direcciones, anunciaban la vuelta de la primavera y de los animales árticos.

Los tres compañeros habian tenido que meterse tierra adentro para salvar los obstáculos que les ofrecian derrumbaderos profundos y peñascos cortados á pico que terminaban en Bell-Mount; pero despues de sufrir algun retraso, ganaron de nuevo la orilla y vieron que los hielos no estaban aun segregados. El mar permanecia helado y eso no obstante vestigios de focas anunciaban las primeras visitas de estos anfibios que pasaban ya á respirar á la superficie delice-field. Anchas huellas y roturas aun frescas de témpanos no permitian dudar que algunos de ellos habian recientemente tomado tierra.

Las focas son muy aficionadas á los rayos del sol, y se tienden en las orillas para dejarse penetrar por su benéfico calor.

El doctor hizo observar estas particularidades á sus compañeros.

—Examinemos este sitio con cuidado, les dijo, pues es muy posible que en él, al llegar el verano, encontremos focas á centenares, y en los parajes poco frecuentados por los hombres es fácil cogerlas, porque se dejan acercar cuanto se quiere. Pero es menester procurar no asustarlas, porque entonces desaparecen como por encanto y ya no vuelven. Asi es como algunos pescadores torpes, en lugar de matarlas aisladamente, las han atacado en masa, con gritos y ruidos, y han perdido ó comprometido su negocio.

—Se las caza solamente para utilizar su piel ó su aceite, preguntó Bell.

—Los europeos, sí, pero los esquimales se las comen, y se puede decir que de ellas viven, á pesar de que nada tienen de apetitoso los pedazos de foca que mezclan con sangre y grasa. Hay, sin embargo, cierta manera de prepararla, y yo me encargo de sacar de una foca unas chuletitas delgadas que no parecerán despreciables á los que se acostumbren á su color negro.

—Allá veremos, respondió Bell; lo que es yo, me comprometo á comer toda la carne de foca que os dé la gana. Tenedlo entendido, señor Clauwonny.

—Amigo Bell, lo que vos quereis decir es que comereis toda la carne de foca que os dé la gana á vos, no á mí. Pero cualquiera que sea vuestra voracidad, no igualará nunca á la del groenlandés, que consume diariamente de 10 á 15 libras de carne de foca.

—¡Quince libras! dijo Bell, ¡qué estómagos!

—Estómagos polares, respondió el doctor, estómagos prodigiosos y elásticos que se dilatan y contraen cuanto se quieren, pues son tan propios para soportar la abstinencia como la abundancia. Al principio de la comida, el esquimal está flaco, y á la conclusion de ella está tan gordo que parece una persona distinta. Verdad es que su comida dura á veces un dia entero.

—¿Evidentemeute, preguntó Altamont, esta voracidad es particular á los habitantes de los paises frios?

—Tal creo, respondió el doctor; en las regiones árticas es necesario comer mucho. Esta es una de las condiciones, no solo de fuerza, sino de existencia. Asi es que la compañía de la bahía Hudson señala á cada hombre diariamente 8 libras de carne, ó 12 de pescado, ó 2 de pemmican.

—Es un régimen confortativo, dijo el carpintero.

—No tanto como suponeis, amigo mio. Un indio, alimentado segun dicho régimen, no trabaja mas que un inglés nutrido como con una libra de buey y una botella de cerveza.

—Entonces, señor Clauwonny, bien estamos como estamos.

—Sin duda, pero ello es que una comida de esquimales debe causarnos sorpresa. En la tierra Boothia, sir John Ross, durante su invernada, se asombraba al ver la voracidad de sus guias. Cuenta que dos hombres, dos nada mas, devoraron en una mañana un cuarto de toro amizclado. Cortaban la carne á tiras que introducian en su gaznate; despues ras con ras de la nariz, cortando cada cual lo que no podia contener su boca, lo pasaba á su compañero. O bien, dejando colgar hasta el suelo las tiras de carne, las tragaban poco á poco, del mismo modo que una boca se traga un buey, y tambien comian tendidos á lo largo.

—Qué asco! dijo Bell; ¡qué brutos!

—Cada cual tiene su manera de comer, respondió filosóficamente el americano.

—¡Afortunadamente! replicó el doctor.

Ya no me estraña, repuso Altamont que siendo bajo estas latitudes tan imperiosa la necesidad de comer, en las relaciones de los viajes árticos se haga siempre mencion de la comida.

—Teneis razon, respondió el doctor, y yo he hecho la misma observacion. Esto depende no solo de que se necesita una alimentacion abuntante, sino tambien de que es con frecuencia muy difícil procurársela. Se piensa en ella sin cesar, y de consiguiente se habla de ella siempre.

—Sin embargo, dijo Altamont, si mal no recuerdo, en Noruega, en las comarcas mas frias, los indígenas no tienen necesidad de una alimentacion tan substancial, y se crian muy robustos sin mas que un poco de leche, huevos, pan, corteza de álamo, algunas veces salmon, y nunca carne.

—Cuestion de organizacion, respondió el doctor, que yo no me sé esplicar. Creo, sin embargo, que una segunda ó tercera generacion de noruegos, trasplantados en la Groenlandia, acabaria por aclimatarse á la manera groenlandesa. Y nosotros mismos, amigos mios, si permaneciésemos en este venturoso pais llegaríamos á vivir como esquimales, y seríamos tan voraces como ellos.

—Senor Clawbonny, dijo Bell, me abre el apetito hablando como habla.

—A fe mia, no, respondió Altamont, lo que cuenta me parece repugnante y me haria cobrar aversion á la carne de foca... Pero creo que ha llegado el caso de probarla, pues ó mucho me engaño, ó distingo allí abajo, tendida sobre los témpanos, una mole que me parece animada.

(1) Pájaros de nieve.

—¡Es una loba marina! esclamó el doctor; ¡silencio, adelante!

En efecto, un anfibio de los de mayor tamaño parecia desperezarse á cosa de 200 yardas de los cazadores, estendiéndose y retorciéndose con voluptuosidad á los pálidos rayos del sol.

Los tres cazadores evolucionarion de modo que pudieran cercar al animal para cortarle la retirada, y llegaron á algunas toesas de donde él se hallaba escondiéndose detrás de los hummocks, é hicieron fuego.

La loba marina herida se arrastró llena aun de vi-

El faro eléctrico.

gor, y rompia los hielos queriendo huir; pero Altamont la atacó con el hacha, y consiguió cortar sus aletas derechas. La loba intentó una defensa desesperada, y entonces nuevos tiros la remataron, y quedó tendida exánime sobre el ice-field enrojecido con su sangre.

Era un animal que media unos 15 pies desde su hocico á la estremidad de su cola, y hubiera podido suministrar algunas barricas de aceite.

El doctor cortó en la carne las parte mas sabrosas, y dejó el cadáver á la disposicion de algunos cuervos que, en aquella época del año, se cernian ya por el aire.

Empezaba á anochecer, por lo que se trató de volver al Fort-Providenze. El cielo estaba enteramente despejado, y en tanto que llegaban los próximos rayos de la luna, se ilumínaba con los magníficos resplandores siderales.

—En marcha, dijo el doctor, se va haciendo tarde. Nuestra cacería no ha sido de las mas felices, pero llevando para cenar, un cazador no tiene ya motivo de queja. Atajemos todo lo posible, y procuremos no estraviarnos; las estrellas nos indicarán el camino.

Pero en aquellas comarcas, en que la polar brilla derecha encima de la cabeza del viajero, es mala cosa tomarla por guía; porque cuando el Norte está exactamente en el centro de la bóveda celeste, son difíciles de determinar los otros puntos cardinales. Afortunadamente, la luna y las grandes constelaciones ayudaron al doctor á determinar su camino.

Resolvió, para atajar, evitar las tortuosidades de la costa y cortar por entre las sierras, lo que era mas directo, pero menos seguro. Asi es, que despues de algunas horas en marcha, los tres viajeros se hallaban completamente estraviados.

Se pensó en pasar la noche en una casa de nieve, y aguardar el dia para orientarse; volviendo si era ne-

cesario, á la playa, á fin de seguir el ice-field; pero el doctor, temiendo poner en zozobra á Hatteras y Johnson, insistió en que se continuase la marcha.

—Duk nos conduce, dijo, y Duk no puede engañarse. Está dotado de un instinto que no necesita brújulas ni estrellas. Sigámosle.

Duk marchaba delante, y todos se confiaron á su inteligencia. Hicieron bien, pues muy pronto en el horizonte apareció á lo lejos una luz que, saliendo de brumas bajas, no podia confundirse con una estrella.

—¡Hé aquí nuestro faro! esclamó el doctor.

—¿De veras, señor Clawbonny? dijo el carpintero.

—Estoy seguro. Adelante.

A medida que los viajeros avanzaban, la luz se hacia mas intensa, y muy pronto se quedaron envueltos en un torbellino de polvo luminoso. Marchaban dentro de un inmenso resplandor, y detrás de ellos sus sombras gigantescas, perfectamente contorneadas, se prolongaban desmedidamente sobre el tapiz de nieve.

Aceleraron el paso, y media hora despues se encaramaban por la escarpa del Fort-Providenze.

CAPITULO IX.

EL FRIO Y EL CALOR.

Hatteras y Johnson aguardaban con cierta inquietud á los tres cazadores. Estos se hallaban en sus glorias dentro de una habitacion caliente y cómoda. La

El doctor convertido en cocinero.

temperatura, llegada la noche, habia bajado considerablemente, de modo que el termómetro espuesto al aire libre marcaba 73° bajo 0 (31° centíg.)

Los recien llegados, rendidos de fatiga y casi helados, no podian con su alma. Afortunadamente las estufas estaban corrientes, y el hornillo no aguardaba mas que los productos de la caza. El doctor se convirtió en cocinero y se puso á asar algunas chuletas de loba marina. A las nueve de la noche, los cinco convidados se sentaban á la mesa delante de una buena cena.

A fé mia, dijo Bell, que, á riesgo de pasar por un esquimal, he de decir muy alto que la cena es lo mejor que tiene una invernada, y que delante de ella cuando se nos presenta, no debemos andarnos con escrúpulos ni dengues.

Como todos los convidados tenian la boca llena, ninguno pudo responder inmediatamente al carpintero, pero el doctor le dió á entender con su actitud que participaba de sus opiniones.

Las chuletas de loba marina fueron declaradas escelentes, y si no se las declaró tales, fueron ávidamente devoradas, lo que valia mas que todas las declaraciones del mundo.

Al llegar los postres, el doctor preparó el café como tenia de costumbre, pues no confiaba nunca á nadie el cuidado de destilar el magnífico brevaje. Lo hacia en la misma mesa, en una cafetera de espíritu de vino, y lo servia hirviendo. Para él, era necesario, para no considerarlo indigno de pasar por su gaznate, que le abrasase la lengua. Aquella noche lo tomó á una temperatura tan elevada, que sus compañeros no pudieron imitarle.

—Vais á incendiaros, doctor, dijo Altamont.

—No hay cuidado, respondió el doctor.

—Por lo visto, teneis el paladar forrado en cobre, replicó Johnson.

—Nada de eso, amigos, y os aconsejo que sigais mi ejemplo. Hay personas, en cuyo número me cuento, que beben el café á la temperatura de ciento treinta y un grados (+ 55° centíg.)

—¡Ciento treinta y un grados! exclamó Altamont; ni la mano podria soportar un calor semejante.

—Evidentemente, Altamont, porque la mano no puede tolerar mas allá de 122° (+ 50° centíg.) en el agua, pero el paladar y la lengua son menos sensibles que la mano, y resisten lo que esta no podria resistir.

—Me dejais atónito, dijo Altamont.

—Pues voy á convenceros.

Y el doctor, cogiendo el termómetro del salon, sumergió la esfera en su taza de café hirviendo, aguardó que el instrumento no marcase mas que 131° (+55° centíg.) y se tomó de un sorbo el benéfico licor con una satisfaccion evidente.

Bell quiso imitar resueltamente al doctor y se abrasó la lengua.

—Falta de costumbre, dijo el doctor.

—Clawbonny, repuso Altamont, ¿podríais decirnos cuáles son las mas altas temparaturas que el cuerpo humano es capaz de arrostrar?

—Muy fácilmente, respondió el doctor, es cosa esperimentada, y hay acerca del particular hechos curiosos. Uno ó dos se me vienen á la memoria, y os probarán que uno se acostumbra á todo, hasta á no cocerse donde se cocería un beefteak. Cuéntase de algunas jóvenes ocupadas en el horno de la ciudad de la Rochefocauld, en Francia, que podian permanecer diez minutos dentro del horno, hallándose éste á la temperatura de 300° (+ 132° centíg.), es decir, á una temperatura que escedia en 89° á la del agua hirviendo, en tanto que en torno suyo se asaban perfectamente carne y patatas.

—¡Qué mujeres! esclamó Altamont.

—Hé aquí otro ejemplo que no puede ponerse en duda. En 1774, nueve compatriotas nuestros, Fordyce, Banks, Solander. Blagdin, Home, Nooth, lord Seaforth y el capitan Philips, soportaron una temperatura de 295° (+ 128° centíg.), en tanto que junto á ellos se cocian huevos y un rosbeef.

—¡Y eran ingleses! dijo Bell con cierto sentimiento de orgullo.

—Sí, Bell, respondió el doctor.

—¡Oh! algo mas hubieran hecho si hubiesen sido americanos, dijo Altamont.

—Se hubieran asado, dijo el doctor riendo.

—¿Y por qué? respondió el americano.

—Ello es que no se ha sometido á la prueba, y de consiguiente la gloria es de mis compatriotas. Añadiré otro hecho, que seria increible si se pudiese dudar de la veracidad de los testigos. El duque de Ragusa y el doctor Jung, francés el uno y austriaco el otro, vieron á un turco meterse en un baño cuya temperatura era de 170° (+ 78° centíg.)

—Me parece, dijo Johnson, que eso no equivale á lo de las jóvenes del horno y á lo de nuestros compatriotas.

—Perdonad, respondió el doctor; hay mucha diferencia entre sumergirse en el aire caliente y en el agua caliente. El aire caliente determina una traspiracion que resguarda la carne, al paso que en el agua hirviendo, el cuerpo no traspira, y se quema. Así es que el límite estremo de temperatura prescrita para baños no es en general mas que de 107° (+42° centígrado.) Necesario era, pues, que el tal turco fuese un hombre muy estraordinario para sobrellevar un calor semejante.

—Señor Clawbonny, preguntó Johnson, ¿cuál es, pues, la temperatura habitual de los séres animados?

—Varía segun su naturaleza, respondió el doctor. Las aves son los animales de mas elevada temperatura, y entre ellos los mas notables son el ánade y la gallina, cuyo calor pasa de 110° (+43° centíg.) al paso que el halcon, por ejemplo, no llega mas que á los 140° (+40° centíg.) y vienen en segundo lugar los mamíferos, entre ellos los hombres, La temperatura de los ingleses, es en general de 101° (+37° centíg.)

—Estoy seguro de que el señor Altamont va á reclamar algun grado mas para los americanos, dijo Johnson riendo.

—Algunos hay muy calientes, dijo Altamont; pero como yo no les he colocado nunca un termómetro en el tórax ni debajo de lo lengua, nada seguro puedo decir acerca del particular.

—La diferencia, respondió el doctor, no es sensible entre hombres de razas diferentes, cuando se hallan colocados en idénticas circunstancias, aunque sea diferecte su género de alimentacion, y añadiré que la temperatura humana es á poca diferencia igual en el ecuador y en el polo.

—Así, pues, dijo Altamont, nuestro calor propio es el mismo aquí que en Inglaterra?

—Sin diferencia perceptible, respondió el doctor. En cuanto á los demás mamíferos, su temperatura es, en general, algo superior á la del hombre. A la de éste se acercan mucho la del caballo, la de la liebre, la del elefante, la de la marsopla y la del tigre; pero el gato, la ardilla, el raton, la pantera, el carnero, el toro, el perro, el mono, el macho cabrío y la cabra, alcanzan á 103°, y por último, el mas favorecido de todos, que es el cerdo, pasa de 104° (+40° centígrado).

—Lo que es humillante para nosotros, dijo Altamont.

—Vienen despues los anfibios y los peces, cuya temperatura varia mucho segun la del agua. La serpiente no alcanza mas que á los 86° (+30° centíg..), la rana 70° (+25° centíg.), y el tiburon otros tantos en agua que tiene un grado y medio menos. En fin, los insectos tienen al parecer la misma temperatura del agua y del aire.

—Lo que me decís me parece muy curioso, dijo Hatteras, que no habia tomado aun la palabra, y os doy las gracias, doctor, por haber puesto vuestra ciencia á nuestra disposicion; pero hablamos aquí como si tuviésemos que desafiar los calores de la zona tórrida. ¿No seria mas oportuno hablar del frio, saber á qué estamos espuestos, y cuáles han sido las temperaturas mas bajas observadas hasta ahora?

—Es verdad, respondió Johnson.

—Nada mas fácil, repuso el doctor, y acerca del particular puedo decir algo.

—Ya lo creo, dijo Johnson, vos lo sabeis todo.

—Amigos mios, yo no sé mas que lo que me han enseñado otros, y cuando haya hablado sabreis tanto como yo. Hé aquí lo que puedo deciros respecto del frio y de las bajas temperaturas que Europa ha esperimentado. Se cuentan varios inviernos memorables y parece que los mas rigurosos se han sometido á un regreso periódico cada cuarenta y un años, á poca diferencia, regreso que coincide con la mayor apariencia, de las manchas del sol. Os citaré el invierno de 1364, en que el Ródano se heló hasta Arles; el de 1408, en que el Danubio se heló en todo su curso y los lobos atravesaron el Cattegat á pie enjuto; el de 1509, durante el cual el Adriático y el Mediterráneo se solidificaron en Venecia, en Cette y en Marsella, y el 10 de abril se heló tambien el Báltico; el de 1608, que hizo perecer en Inglaterra todo el ganado; el de 1789, en que el Támesis se heló hasta Gravesend, á 6 leguas de Lóndres; el de 1813, de que conservan los franceses tan terribles recuerdos, y en fin, el de 1829, el mas precoz y el mas largo de los inviernos del siglo XIX. Eso en cuanto á Europa.

—Pero aquí, mas allá del círculo polar, ¿qué grado de temperatura puede alcanzarse? preguntó Altamont.

Creo en verdad, respondió el doctor, que hemos esperimentado los mayores frios que se hayan observado nunca, pues el termómetro de alcóhol ha marcado un dia 72° bajo 0 (—58° centí,), y si mis recuerdos son exactos, las mas bajas temperaturas reconocidas hasta hoy por los viajeros árticos son solo de 61 en la isla de Melville, 65 grados en puerto Félix, 70° en For-Reliance (—56°, 7° centíg.)

—Sí, dijo Hatteras, nos ha detenido un rudo invierno, y bien desgraciadamente.

—¿Os ha detenido? preguntó Altamonte mirando de hito en hito al capitan.

—En nuestro viaje al Oeste, se apresuró en decir el doctor.

—¡Así, pues, dijo Altamont, volviendo á la conversacion, el máximo y el mínimo de temperaturas arrostradas por el hombre ofrecen una diferencia de unos doscientos grados?

—Sí, respondió el doctor, un termómetro espuesto al aire libre y al abrigo de toda reverberacion no se eleva nunca mas de 135° sobre 0 (+57° centíg.), ni en los grandes frios desciende nunca debajo de los 72° (—58° centíg.) Ya veis, pues, camaradas, que sabemos á qué atenernos.

Sin embargo, dijo Johnson, si el sol se estinguiese de repente, ¿no quedaria la tierra sumida en un frio mas considerable?

—El sol no se estinguirá, respondió el doctor, pero aunque se estinguiese, no es de creer que la temperatura descendiese mas abajo del frio que os he indicado.

—Es cosa curiosa.

—Ya sé yo que en otro tiempo se admitian millares de grados para los espacios situados fuera de la atmósfera, pero estos grados se han rebajado mucho despues de los esperimentos del sabio francés Fourrier, el cual ha probado que si la tierra estuviese colocada en un medio destruido de todo calor, la intensidad del frio que observamos en el polo seria mucho mas considerable, y habria entre la noche y el dia formidables diferencias de temperatura. No hace de consiguiente mas frio á algunos millones de leguas de aquí que aquí mismo.

—Decidme, doctor, preguntó Altamont, ¿la temperatura de Africa no es mas baja que la de otros paises del mundo?

—Sin duda, pero no por eso os pongáis hueco, respondió el doctor riendo.

—¿Y cómo se esplica este fenómeno?

—Se ha procurado esplicar, pero de una manera poco satisfactoria. Se le ocurrió á Halley que habiendo un cometa chocado en otro tiempo oblícuamente con la tierra, varió la posicion de su eje de rotacion, es decir, de sus polos, y segun él, el polo Norte, situado en otro tiempo en la bahía de Huson, se encontró trasladado mas al Este, y las comarcas del antiguo polo, heladas por espacio de tanto tiempo, conservan un frio considerable, sin que hayan podido aun calentarlas largos siglos de sol.

—¿Y vos no admitís esta teoría?

—No puedo admitirla, porque lo que es verdad para la costa oriental de América, no lo es para la occidental, cuya temperatura es mas elevada. ¡No! es preciso comprobar que hay líneas isotermas diferentes de los paralelos terrestres, hé aquí todo.

—¿Sabeis, señor Clawbonny, dijo Johnson, que da gusto hablar del frio en las circunstancias en que nos hallamos?

—Ya se ve que sí, amigo Johnson, porque casi estamos en aptitud de llamar la práctica en auxilio de la teoría. Estas comarcas son un vasto laboratorio en que se pueden hacer curiosos esperimentos sobre las bajas temperaturas, pero importa mucho que seais siempre circunspectos y prudentes. Si alguna parte de vuestro cuerpo se hiela, frotadla inmediatamente con nieve para restablecer la circulacion de la sangre, y si os acercais al fuego, tened cuidado, porque podriais quemaros las manos ó los pies sin apercibiros de ello, en cuyo caso seria necesario recurrir á amputaciones, y debemos procurar á toda costa no dejar nada nuestro en las comarcas boreales. Ahora, amigos mios, creo que haríamos muy bien en pedir al sueño algunas horas de descanso.

—Teneis razon, respondieron los compañeros del doctor.

—¿Quién está de guardia junto á la estufa?

—Yo, respondió Bell.

—Pues bien, amigo mio, procurad alimentar bien el fuego, porque esta noche hace un frio de todos los diablos.

—Estad tranquilo, señor Clawbonny, mucho frio hace, y sin embargo, ya lo veis, el cielo parece un incendio.

—Sí, respondió el doctor acercándose á la ventana. ¡Una aurora boreal de las mas espléndidas! ¡Qué magnífico espectáculo! No me cansaria nunca de contemplarlo.

En efecto, el doctor admiraba incesantemente aquellos fenómenos cósmicos, que apenas llamaban la atencion de sus compañeros, porque él tenia observado que á su aparicion precedian siempre perturbaciones de la aguja imantada, y preparaba acerca del particular, observaciones destinadas al Weather Brook (1).

En tanto que Bell vigilaba la estufa, se echaron todos en su coy, y durmieron tranquilamente.

CAPITULO X.

LAS DELICIAS DE LA INVERNADA.

La vida en el polo es uniformemente triste. El hombre se encuentra enteramente sometido á los caprichos de la atmósfera, que ofrece sus tempestades y sus frios intensos con una monotonía que desespera. La mayor parte del tiempo hay imposibilidad de salir al aire libre, y es menester permanecer encerrado en las casas de hielo. Así se pasan largos meses, haciendo durante las invernadas una verdadera vida de topo.

Al dia siguiente el termómetro bajó algunos grados, y el aire se plagó de torbellinos de nieve que absorbian toda la claridad del dia. El doctor se vió, pues, encerrado en casa y se cruzó de brazos, no teniendo otra cosa mas que desobstruir de cuando en cuando el colgadizo que podia cerrarse y enlucir de nuevo las paredes de hielo que volvia húmedas el calor interior; pero la snow-house estaba construida con mucha solidez; y la nieve, engrosando sus paredes, acababa de fortalecerla.

Los almacenes se conservaban tambien perfectamente. Todos los objetos sacados del buque habian sido colocados con el mayor órden en aquellos «docks de mercancías,» como les llamaba el doctor. Pero si bien aquellos almacenes estaban situados á menos de 60 pasos de la casa, en ciertos dias de drift era imposible llegarse á ellos, por lo que para el consumo diario tenia que conservarse siempre en la cocina cierta cantidad de provisiones.

La precaucion de descargar el *Porpoise* habia sido oportuna. El buque esperimentaba una presion insensible y lenta, pero irresistible, que le aplastaba poco á poco, y era evidente que de nada servian sus restos. Sin embargo, el doctor esperaba poder sacar de ellos una lancha para regresar á Inglaterra; pero no habia llegado aun el momento de proceder á su construccion.

Así, pues, la mayor parte del tiempo, los cinco invernadores permanecian mano sobre mano. Hatteras estaba pensativo, echado en su coy; Altamont bebia y comia, y el doctor procuraba no sacarles de su modorra, porque temia siempre algun altercado peligroso. Los dos capitanes se dirigian muy rara vez la palabra.

Durante las comidas, el prudente Clawbonny procuraba ser él siempre quien guiase la conversacion para dirigirla de modo que no se hiriese ningun amor propio; pero le costaba mucho trabajo paralizar las susceptibilidades sobrescitadas. Tendia, en lo posible, á instruir, á distraer, á interesar á sus compañeros. Cuando no ponia en órden sus notas de viaje, se ocupaba en alta voz de objetos de historia, de geografía ó de meteorología que salian de la situacion misma; presentaba las cosas de una manera agradable y filosófica, sa-

(1) Libro del tiempo del almirante Fitz-Roy, en que se consignan todos los hechos meteorológicos.

cando de los mas pequeños incidentes una enseñanza saludable. Su inagotable memoria no le abandonaba nunca, hacia aplicacion de sus doctrinas á las personas presentes, á quienes recordaba tal ó cual hecho que se habia producido en tal ó cual circunstancia y completaba sus teorías con la fuerza de los argumentos personales.

Puede decirse que aquel digno hombre era el alma de aquella pequeña sociedad, un alma de que brotaban los sentimientos de franqueza y de justicia. Sus compañeros tenian en él una confianza absoluta, y causaba cierto respeto hasta al capitan Hatteras, el cual, por otra parte, le amaba cordialmente. Con sus palabras, con sus maneras, con sus costumbres, hacia que la existencia de aquellos cinco hombres abandonados á 6° del polo pareciese enteramente natural; cuando el doctor hablaba, se creia estarle oyendo en un gabinete de Liverpool.

Y sin embargo, ¡cuán diferente era aquella situacion de la de los náufragos echados á las islas del Océano Pacífico, de la de aquellos Robinsones cuya agradable historia causa casi siempre envidia á los lectores! Allí, en efecto, una tierra pródiga, una naturaleza opulenta, ofrecia mil recursos variados, bastando en aquellos privilegiados paises un poco de imaginacion y de trabajo para procurarse el bienestar material. Allí la naturaleza ayudaba al hombre, se le ofrecia espontáneamente; la caza y la pesca bastaban para cubrir todas las necesidades; los árboles le brindaban con sus frutos, las cavernas se abrian para darle abrigo, los arroyos corrian para apagar su sed; magníficas sombras le defendian contra el calor del sol, y nunca el terrible frio le amenazaba en sus apacibles inviernos; un grano echado de cualquier modo en aquel suelo fecundo, se convertia en una cosecha al cabo de algunos meses. Aquello era la felicidad completa fuera de la sociedad. Y además, aquellas islas encantadas, aquellas tierras caritativas se encontraban al paso de los buques, y el náufrago, que podia siempre esperar ser recogido, aguardaba pacientemente que le arrancasen de su feliz existencia.

Pero en la costa de la Nueva América, ¡qué diferencia! El doctor hacia algunas veces esta comparacion, pero la guardaba para sí, y solo echaba pestes contra su ociosidad forzosa.

Deseaba con ardor que llegase el deshielo para volver á sus escursiones, y sin embargo, no veia sin miedo hacercarse aquel momento, porque preveia entre Hatteras y Altamont escenas graves. Si se llegaba al polo, ¿dónde iria á parar la rivalidad de aquellos dos hombres?

Era preciso estar preparado para cuando el caso llegase, y entre tanto hacer todo lo posible para poner en buena inteligencia á los dos rivales é inducirles á adoptar una franca comunion de ideas. ¡Pero qué mision era tan difícil la de reconciliar á un americano y un inglés, dos hombres á quienes su comun orígen volvia aun mas enemigos, el uno penetrado de toda la version insular y el otro dotado del espíritu especulativo, audaz y brutal de su nacion poco aficionada á fórmulas!

Cuando el doctor reflexionaba sobre la implacable antipatía de los hombres y la rivalidad de las nacionalidades, no se encogia de hombros, como hacen muchos, sino que no podia dejar de lamentar amargamente las debilidades humanas.

Con frecuencia conversaba con Johnson acerca del particular, y estaban los dos enteramente conformes. Se preguntaban qué partido seria menester tomar, por qué camino llegarian á su objeto, y entrevieron para el porvenir muchas complicaciones.

El mal tiempo continuaba, y no habia que pensar en salir, ni siquiera una hora, del Fort-Providenze. Era preciso permanecer dia y noche en la casa de nieve. Todos se sentian aburridos, á escepcion del doctor que hallaba siempre medios de ocuparse en algo.

—¿No hay, pues, ninguna posibilidad de distraerse? dijo una noche Altamont. No es vivir como vivimos, á la manera de reptiles metidos en sus madrigueras durante todo el invierno.

—En efecto, respondió el doctor. Desgraciadamente, no somos bastantes para organizar un sistema cualquiera de distraccion.

—¡Cómo! repuso el americano, ¿creeis que mataríamos mejor el tiempo si estuviésemos reunidos en mayor número?

—Sin duda, y cuando tripulaciones completas han pasado el invierno en las regiones boreales, han hallado medios para no aburrirse.

—En verdad, dijo Altamont, quisiera saber cómo lo harian, pues se necesita verdadero genio para encontrar algun recreo en una situacion como la nuestra. Supongo que no pasarian el tiempo descifrando geroglíficos.

—No, respondió el doctor, pero introdujeron en estos paises imperbóreos dos grandes elementos de distraccion: la prensa y el teatro.

—¡Cómo! ¿Tenian un periódico? dijo el americano.

—¿Representaban comedias? esclamó Bell.

—Sin duda, y se divertian en grande. Durante su invernada en la isla de Melville, el comandante Parry propuso á los tripulantes estas dos diversiones, y la proposicion fue acogida con general entusiasmo.

—Confieso, respondió Johnson, que yo hubiera querido encontrarme allí. Es una cosa curiosa.

—Curiosa y recreativa, querido Johnson. El teniente Beechey fue nombrado director del teatro, y el capitan Sabine director y redactor principal de la *Crónica de invierno, ó Gaceta de la Georgia del Norte.*

—Buenos títulos, dijo Altamont.

—El periódico salió todos los lunes, desde el 1.° de noviembre de 1819 hasta el 20 de marzo de 1820.

Referia todos los incidentes de la invernada, las cacerías, los hechos diversos, las ocurrencias, imprevistas, la metorología, la temperatura Contenia crónicas mas ó menos divertidas. No estaba redactado con la chispeante gracia de Sterne, ni eran tan encantadores sus artículos como los del *Daisly-Telegraph,* pero era lo suficiente para distraerse, y como sus lectores no eran difíciles de contentar, el oficio de periodista se ejercia de una manera muy agradable.

—A fe mia, dijo Altamont, quisiera conocer, mi querido doctor, algunos estractos de la tal Gaceta, cuyos artículos debian estar helados desde la primera palabra hasta la última.

—No tanto, respondió el doctor; de todos modos, lo que tal vez hubiera parecido trivial á la sociedad filosófica de Liverpool ó al Instituto literario de Lóndres, era suficiente para aquellas tripulaciones sepultadas bajo la nieve. ¿Quereis juzgarlo vos mismo?

—¡Cómo! ¿reteneis en vuestra memoria?

—No, pero vos teneis á bordo del *Porpoise* los viajes de Parry, y bastará que os lea sus propias narraciones.

—¡Leedlas! esclamaron los compañeros del doctor.

—Con mucho gusto.

El doctor fué á buscar en el armario del salon la obra indicada, y apenas empezó á hojearla halló lo que en ella lamenta.

—Hé aquí, dijo, algunos estractos de la *Gaceta de la Georgia del Norte.* Es una carta dirigida al redactor en jefe.

«Con una verdadera satisfaccion hemos acogido »vuestras proposiciones para la publicacion de un pe»riódico, el cual, bajo vuestra inteligente direccion »nos procurará muchas diversiones y aligerará no »poco el peso de nuestros cien dias de tinieblas.

»El interés que me inspira vuestra publicacion me »ha hecho examinar el efecto que ha producido su

»anuncio en nuestra soledad, y puedo aseguraros, »para serviros de las frases de que se vale la prensa »de Lóndres, que la sensacion que ha causado en el »público ha sido profunda.

»Al dia siguiente de la aparicion de vuestro pros- »pecto, ha habido á bordo una demanda de tinta en- »teramente insólida y sin precedente. El tapete verde »de nuestras mesas se ha cubierto súbitamente de »plumas, con gran perjuicio de uno de los asistentes »que queriéndolas sacudir, se ha hundido una bajo »la uña.

»En fin, se de buena tinta que el sargento Martin »ha tenido que afilar nada menos que nueve corta- »plumas.

»Todas nuestras mesas rechinan sin cesar bajo el »peso de los pupitres á que no están acostumbradas. »Hasta se dice que las profundidades de la sentina »han sido cuidadosamente registradas para buscar »resmas de papel que no esperaban empezar á funcio- »nar tan pronto.

»No puedo dejar de deciros que tengo algunas sos- »pechas de que se trata de introducir fraudulenta- »mente en vuestras cajas algunos artículos que, ca- »reciendo del carácter de absoluta originalidad y no »siendo completamente inéditos, no pueden conveni- »ros en manera alguna. Puedo afirmar que ayer mis- »mo por la noche se vió á un autor inclinado sobre »su pupitre, con un volúmen del *Spectateur* en una

Trabajo que hacian los viajeros para librarse de los osos.

»mano, mientras que con la otra procuraba que la »llama de la lámpara desliese su tinta helada. Inútil »es recomendaros que os pongais en guardia entre »semejantes perfidias. Es preciso que no veamos re- »producido en la *Crónica de invierno*, lo que nues- »tros abuelos leian almorzando, hace ya mas de un »siglo.»

—Bien, muy bien, dijo Altamont, cuando el lector hubo concluido. Hay en lo que habeis leido verdadero buen humor, y bien se conoce que el autor de la carta era un mozo listo.

—Sin duda respondió el doctor. Ved ahora un anuncio que no carece de chiste:

«Se desea encontrar una mujer de mediana edad «y buena reputacion para ayudar á vestirse á las ac- »trices de la compañia del Teatro Real de la Georgia »septentrional. Se le dará un buen sueldo, y tendrá »té y cerveza á discreccion. Dirigirse al comité del »teatro.—N. B. Será preferida una viuda.

—No me parece que nuestros compatriotas estu- viesen muy afligidos, dijo Johnson.

—¿Y se encontró la viuda? preguntó Bell.

—Así parece, respondió el doctor, á juzgar por la siguiente respuesta dirigida al comité del teatro.

»Señores, yo soy viuda; tengo veintiseis años, y »hay personas irrecusables que podrán responder de »mi actitud y mis buenas costumbres. Pero antes de »encargarme del tocado de las actrices de vuestro »teatro, deseo saber si tienen intencion de conservar »sus pantalones, y si se me proporcionará el auxilio »de algunos marineros vigorosos para apretar con- »venientemente sus corsés. Siendo así, señores po- »deis contár con vuestra servidora,

»A. B.»

P. D. «¿En lugar de cerveza no podríais dar aguar- »diente?»

—¡Bravo! esclamó Altamont. Me parece que estoy viendo á esas doncellas que aprietan la intura de las actrices con un cabrestante. La verdad es que esta- ban alegres los compañeros del capitan.

—Como todos los que han alcanzado su objeto, res- pondió Hatteras.

Hatteras echó á volar esta especie en medio de la conversacion y se abismó de nuevo en su silencio acostumbrado. El doctor, no queriendo seguir el giro que parecia querer dar el capitan á la cuestion, vol- vió á su lectura.

—Hé aquí ahora, dijo, un cuadro de las tribula- ciones árticas, que se podria variar hasta lo infinito; pero algunas de las observaciones son bastantes jus- tas. Juzgadlas.

»Salir por la mañana para tomar el aire, y, al po- »ner el pie fuera del buque, tomar un baño en el »agujero que sirve de pozo.

»Partir á una caceria, acercarse á un soberbio reno, »apuntarle á boca de jarro, querer hacer fuego, y no »salir el tiro por haberse humedecido el piston.

»Ponerse en marcha con un pedazo de pan tierno »en el bolsillo, y cuando el hambre apremia, hallarlo »endurecido de tal modo por la helada, que él puede »romper los dientes, pero no ser roto por ellos.

»Levantarse precipitadamente de la mesa sabiendo »que pasa un lobo junto al buque, y á la vuelta ha- »llar la comida devorada por el gato.

»Volver de paseo entregándose á profundas y útiles »meditaciones, y verse de repente arrancado de ellas por los abrazos de un oso.»

—Ya veis, amigos, añadió el doctor, no nos cos- taria á nosotros mucho imaginar algunos otros per- cances polares; pero desde el momento en que es menester sufrirlos, sentiria un verdadero placer al consignarlos.

—A fe mia, respondió Altamont que es un periódi- co divertido la tal *Crónica de invierno*, y es sensible que no podamos nosotros suscribirnos á ella.

—¿Por qué no fundamos un periódico nosotros? dijo Jhonson.

—¡Nosotros cinco! respondió Clawbony, nosotros formaríamos la redaccion, y no quedarian lectores en número suficiente.

—Ni espectadores, si se nos metiese en la cabeza representar comedias, añadió Altamont.

—Al grano, señor Clawbonny, dijo Johnson, contadnos algo del teatro del capitan Parry. ¿Se representaban en él piezas nuevas?

—¡Vaya si se representaban! En un principio hicieron todo el gasto dos volúmenes embarcados á bordo del *Hecla*, y habia representaciones cada quince dias; pero se apuró el repertorio, y entonces autores improvisados tomaron la pluma, y el mismo Parry compuso para las fiestas de Navidad una comedía de circunstancias titulada *El paso del Noroeste* ó el *Término del viaje*, que alcanzó un éxito inmenso.

—El título es soberbio, respondió Altamont, pero confieso que si yo tuviera que desenvolver semejante argumento, me daria mucho que hacer el desenlace.

—Teneis razon, dijo Bell, porque ¿quién sabe cómo concluirá nuestro drama?

—¿Por qué, esclamó el doctor, pensar en el último acto? Hasta ahora los primeros no salen del todo mal. Dejemos hacer á la providencia, amigos; desempeñemos nuestro papel lo mejor que podamos, y puesto que el desenlace pertenece al Autor de todas las cosas, tengamos confianza en su sabiduría. El sabrá sacarnos de apuros.

—Vámonos, pues, á soñar con todo lo que se ha dicho respondió Johnson; es tarde, y puesto que es ya hora de dormir durmamos.

—Mucha prisa teneis, amigo mio, dijo el doctor.

—¿Qué quereis señor Clawbonny? ¡me encuentro tan perfectamente entre mantas! Además, yo he adquirido la costumbre de tener buenos sueños. ¡Sueño con paises calientes, de lo que resulta que paso la mitad de mi vida bajo el ecuador, y la otra mitad en el polo!

—¡Diablo! dijo Altamont, poseeis una organizacion envidiable.

—Escelente, respondió el contrapuestre.

—Pues bien, repuso el doctor, seria una crueldad hacer permanecer mas tiempo en el polo al buen Johnson. Su sol de los trópicos le aguarda. Vamos á acostarnos.

CAPITULO XI.

HUELLAS ALARMANTES.

Durante la noche del 26 al 27 de Abril varió el tiempo. El termómetro bajó sensiblemente, y los habitantes del Doctor's-House lo notaron por el frio que se deslizaba debajo de sus mantas. Altamont, de guardia junto á la estufa, tuvo mucho cuidado del fuego, y se vió en la precision de alimentarlo muy abundantemente para mantener la temperatura interior á 50° sobre 0 (+10° centíg.

Aquel enfriamiento, de que se alegró el doctor, anunciaba el fin de la tempestad, y de consiguiente se iban á emprender de nuevo las ocupaciones habituales, la caza, las escursiones, el reconocimiento del terreno, lo que pondria un término á aquellos ocios solitarios, durante los cuales llegan á agriarse los mejores caracteres.

Al dia siguiente por la mañana, el doctor se levantó temprano, y se abrió un camino por entre los hielos acumulados hasta el cono del faro.

El viento habia saltado al Norte; la atmósfera era pura, y anchas sábanas blancas ofrecian al pie un tapiz firme y resistente.

Muy pronto los cinco compañeros de invernada habian salido todos de Doctor's-House siendo su primer cuidado descargar la casa de las moles de hielo que sobre ella pesaban. La meseta estaba desconocida, y hubiera sido imposible descubrir en ella los vestigios de una habitacion, porque la tempestad, colmando las desigualdades del terreno, lo habia nivelado todo, levantándolo por lo menos 15 pies.

Era menester despejar la meseta, y luego volver á dar al edificio una forma mas arquitectónica, rehacer sus líneas menoscabadas y restablecer su aplomo. La operacion no era difícil, y quitados los hielos, muy pronto se podia devolver á las paredes su grosor normal.

Despues de dos horas de un trabajo sostenido, apareció el fondo de granito, y fue practicable la entrada del polvorin y de los almacenes de víveres.

Pero como en aquellos climas variables el mismo estado de cosas podia reducirse de la noche á la mañana se rehizo una nueva provision de comestibles que fue trasportada á la cocina. Aquellos estómagos sobrescitados por las salazones sentian la necesidad de carne fresca, por lo que los cazadores se encargaron de modificar el sistema ardiente de alimentacion y se dispusieron á partir.

Sin embargo, los últimos dias de abril no son aun los de la primavera polar. La hora de la buena estacion no habia aun llegado; faltaban aun seis semanas por lo menos; los rayos del sol, demasiado débiles aun, no podian penetrar en aquellas llanuras de nieve y hacer brotar de la tierra los escuálidos productos de la tierra boreal. Era de temer que escaseasen aun mucho las aves y los cuadrúpedos. Sin embargo, una liebre, algunos pares de ptarmiganos ó una zorra jóven hubieran figurado con honra en la mesa de Doctor's-House, y los cazadores resolvieron disparar contra todo lo que pasase al alcance de su escopeta.

El doctor, Altamont y Bell se encargaron de esplorar el país. Altamont, á juzgar por sus costumbres, debia ser un cazador diestro y determinado, un gran tirador aunque algo presuntoso. Fue pues de la partida, é igualmente Duk, que en su género valía tanto como él, teniendo la ventaja de ser menos hablador.

Los tres compañeros de aventura se encaramaron por el cono del Este y se internaron por las inmensas llanuras blancas; pero no tuvieron necesidad de ir lejos, pues numerosas huellas se descubrieron á menos de 2 millas del fuerte, las cuales huellas bajaban hasta la orilla de la bahía Victoria, y enlazaban al parecer el Fort-Providenze con sus círculos concéntricos.

Despues de seguir con curiosidad aquellas pisadas, los cazadores se miraron.

—¿Y qué? dijo el doctor, la cosa me parece clara.

—Demasiado clara, respondió Bell, son huellas de un oso.

—Escelente caza, respondió Altamont, pero que hoy me parece que peca por una cualidad.

—¿Cuál? preguntó el doctor.

—La abundancia, respondió el americano.

—¿Qué quereis decir? repuso Bell.

—Quiero decir que hay aquí huellas de cinco osos, perfectamente distintas, y cinco osos son mucho para cinco hombres.

—¿Estais seguro de lo que decís? preguntó el doctor.

—Mirad, y vos mismo juzgareis. Hé aquí una huella que no se parece á otra; las garras de esta están mas separadas que las de aquella. Hé aquí las pisadas de un oso mas pequeño. Comparad bien, y en un reducido círculo hallareis las huellas de cinco animales diferentes.

—Es evidente, dijo Bell, despues de haber examinado con atencion.

—Entonces dijo el doctor no hagamos alarde de un valor inútil, y procuremos estar en guardia. Los osos, al concluirse un invierno riguroso, estan muy

hambrientos, y pueden ser sumamente peligrosos, y puesto que no es posible dudar de su número...

—Ni aun de sus intenciones, replicó el americano.

—¿Creeis, dijo el doctor, que han descubierto nuestra presencia en esta costa?

—Sin que me quepa duda, á no ser que hayamos caido en un paso de osos; pero entonces, ¿por qué esas huellas se estienden circularmente, en lugar de alejarse hasta perderse de vista? ¡Mirad! esos animales han venido del Sudeste, y se han detenido en este sitio, y aquí han empezado el reconocimiento del terreno.

—Teneis razon, dijo el doctor, y hasta es indudable que han venido esta noche.

—Y sin duda las anteriores, respondió Altamont, solo que la nieve ha borrado sus pisadas.

—No, replicó el doctor, es mas probable que hayan aguardado el fin de la tempestad. Impelidos por el hambre, han avanzado por el lado de la bahía, con intencion de sorprender algunas focas, y entonces nos habrán olido.

—Es lo que yo creo, respondió Altamont; además, es fácil averiguar si vuelven ó no esta noche.

—¿Cómo? preguntó Bell.

—Borrando sus pisadas en una parte del terreno que han recorrido, y si mañana encontramos huellas nuevas, será evidente que el Fort-Providenze es el objeto en que los osos tienen puestas sus miras.

—Bueno, respondió el doctor, asi sabremos al menos á qué atenernos.

Los tres cazadores, rascando la nieve, hicieron muy pronto desaparecer las pisadas de un espacio de unas cien toesas.

—Es, sin embargo, singular, dijo Bell, que esos animales nos hayan olido desde tanta distancia, pues no hemos quemado ninguna sustancia grasienta propia para atraerlos.

—¡Oh! respondió el doctor, los osos están dotados de una vista muy perspicaz y de un olfato muy sutil; son además, muy inteligentes, los mas inteligentes tal vez de todos los animales, y han olido por aquí algo á que no están acostumbrados.

—¿Y quién nos dice, repuso Bell, que durante la tempestad no hayan avanzado hasta la meseta?

—Entonces, respondió el americano, ¿por qué se habrian detenido en este límite?

—Sí, no hay nada que replicar á eso, dijo el doctor y debemos creer que poco á poco estrecharán el círculo de sus investigaciones alrededor del Fort-Providenze.

—Allá veremos, respondió Altamont.

—Entre tanto, prosigamos nuestra marcha, dijo el doctor, pero ojo alerta.

Los cazadores vigilaron con atencion, pues podian temer que algunos osos se hubieran emboscado detrás de los montecillos de hielo. Mas de una vez tomaron los gigantescos témpanos por osos, pues muchos tenian su tamaño y su blancura. Pero al cabo, con gran satisfaccion suya, comprendieron que todo eran ilusiones.

Regresaron, en fin, al cono, y desde allí su mirada no descubrió ningun peligro desde el cabo Washington hasta la isla Johnson.

Nada vieron; todo era inmovilidad y blancura; nada oyeron, ni un rumor, ni un chasquido.

Entraron en la casa de nieve.

Pusieron á Hatteras y á Johnson al corriente de la situacion, y se resolvió vigilar con la atencion mas escrupulosa. Vino la noche; nada turbó su calma espléndida, nada se oyó que indicase la inminencia de un peligro.

Al dia siguiente, al rayar el alba, Hatteras y sus compañeros, bien armados, fueron á reconocer el estado de la nieve, y en ella encontraron huellas idénticas á las de la víspera, pero mas cercanas. Evidentemente, los enemigos tomaban sus disposiciones para el sitio de Fort-Providenze.

—Han abierto su segunda paralela, dijo el doctor.

—Y hasta han establecido un punto avanzado, respondió Altamont; ved esas huellas que están mas cerca de la meseta; pertenecen á un animal poderoso.

—Sí, esos osos nos estrechan poco á poco, dijo Johnson, es evidente que tienen intencion de atacarnos.

—No cabe duda, respondió el doctor, procuremos no dejarnos ver. No somos bastante fuertes para combatir con éxito.

—¿Pero dónde pueden estar esos condenados? esclamó Bell.

—Detrás de algunos témpanos del Este, desde donde nos acechan; no vayamos á aventurarnos imprudentemente.

—¿Y la caza? dijo Altamont.

—Aplacémosla para dentro de algunos dias, respondió el doctor; borremos las huellos mas cercanas, y veremos mañana por la mañana si se han renovado. Asi estaremos al corriente de las maniobtas de nuestros enemigos.

Siguióse el consejo del doctor, y volvieron todos á acuartelarse en el fuerte. La presencia de aquellas terribles fieras impedia todas las escursiones. Se vigilaron atentamente las inmediaciones de la bahía Victoria. Se echó abajo el faro, que no era entonces de ninguna utilidad, y podia llamar la atencion de los animales. Se metieron dentro de la casa el fanal y los hilos eléctticos, y despues se puso uno en observacion en la meseta superior. La centinela se iba relevando.

Asi la soledad se hacia mas enojosa, ¿pero habia medio de obrar de otra manera? Los náufragos no podian empeñar una lucha desigual, y era demasiado preciosa la vida de cada uno para arriesgarla imprudentemente. Los osos, no viendo á nadie, acaso se desorientarian, y si se presentaban aisladamente, se les podia atacar con probabilidades de triunfo.

En medio de aquella inaccion, habia cierta agitacion en los ánimos. Habia que vigilar y ninguno dejaba de estar alerta.

El dia 28 de abril se pasó sin que los enemigos diesen señal de existencia. Al dia siguiente, se fueron á reconocer las huellas con un vivo sentimiento de curiosidad, que fue seguido de esclamaciones de asombro.

No habia ni siquiera una pisada, y la nieve desplegaba á lo lejos su tapiz intacto.

—¡Bueno! esclamó Altamont, ¡los osos han perdido la pista! ¡No han tenido perseverancia! ¡Se han cansado de esperar! ¡Se han marchado! ¡Buen viaje! ¡Y ahora, nosotros, á cazar!

—¡Poco á poco! replicó el doctor, ¿quién sabe? Para mayor seguridad os pido, compañeros, un dia mas de vigilancia. Verdad es, que el enemigo no ha vuelto esta noche, al menos por este lado...

—Demos vuelta alrededor de la meseta, dijo Altamont, y sabremos á qué atenernos.

—Corriente, dijo el doctor.

Pero por mas que se examinó con cuidado todo el espacio en un radio de dos millas, fue imposible encontrar el menor vestigio.

—Pues bien, ¿no cazamos? preguntó el impaciente americano.

—Aguardemos á mañana, respondió el doctor.

—Pues hasta mañana, dijo Altamont, resignándose á pesar suyo.

Volvieron al fuerte. No obstante, lo mismo que la víspera cada cual estuvo en su puesto de observacion por espacio de una hora.

Cuando llegó la vez á Altamont, fue á relevar á Bell á la cúspide del cono.

Apenas salió, Hatteras llamó á sus compañeros. El doctor dejó su cuaderno de notas y Johnson sus hornillos.

Podia creerse que Hatteras iba á hablar de los peligros de la situacion, pero ni siquiera pensaba en ellos.

—Amigos, dijo, aprovechémonos de la ausencia del americano para hablar de nuestros asuntos. Hay cosas con las cuales nada tiene él que ver, y no quiero que se meta en ellas.

Los interlocutores del capitan se miraron, no sabiendo donde iria á parar.

—Deseo, dijo, entenderme con vosotros acerca de nuestros proyectos futuros.

Ataque de los osos á la casa de nieve.

—Bien, bien, respondió el doctor, hablemos, ya que estamos solos.

—Dentro de un mes, repuso Hatteras, ó todo lo mas dentro de seis semanas, va á llegar el momento de las grandes escursiones. ¿Habeis pensado en lo que convendria emprender durante el verano?

—¿Y vos, capitan? preguntó Johnson.

—Yo puedo decir que no pasa una hora de mi vida en que no me halle en presencia de mi idea ¿Supongo que ni uno solo de vosotros tendrá la intencion de retroceder?...

Esta insinuacion quedó sin respuesta inmediata.

—En cuanto á mí, repuso Hatteras, aunque tuviera que ir solo, iria hasta el polo Norte, del cual nos hallamos, todo lo mas, á 360 millas. Nunca otros hombres se habian aproximado tanto á este término apetecido, y yo no perderé esta ocasion propicia sin haberlo intentado todo, hasta lo imposible. ¿Cuales son acerca del particular vuestros proyectos?

—Los vuestros, respondió al momento el doctor.

—¿Y los vuestros, Johnson?

—Los del doctor, respondió el contramaestre.

—Ahora, hablad vos: Bell, dijo Hatteras.

—¡Capitan, respondió el carpintero, nosotros, en verdad, no tenemos familia que nos aguarde en Inglaterra, pero en fin, el país es el país! ¿No pensais, pues, en regresar?

—El regreso, repuso el capitan, se puede verificar lo mismo despues del descubrimiento del polo. Mejor aun. Las dificultades no aumentarán, porque, remontando, nos alejamos de los puntos mas frios del globo. Tenemos aun combustible y provisiones para mucho tiempo. Nada puede, pues, detenernos, y seríamos culpables si no llegásemos hasta el estremo.

—Pues bien, respondió Bell, todos somos de vuestra opinion, capitan.

—Bien, respondió Hatteras. Yo no he dudado jamás de vosotros. Triunfaremos, amigos mios, y de

Inglaterra será toda la gloria de nuestro triunfo.

—Pero hay un americano entre nosotros, dijo Johnson.

Hatteras al oir esta observacion, no pudo reprimir un gesto de cólera.

—Lo sé, dijo con voz grave.

—Y no podemos abandonarle, repuso el doctor.

—¡No! ¡no podemos! respondió maquinalmente Hatteras.

—Y él irá á donde vayamos.

—¡Sí, irá! pero ¿quién mandará?

—Vos, capitan.

—Y obedeciéndome vosotros, ¿se negará este yankee á obedecerme?

Explosion de la mina.

—No lo creo, respondió Johnson, pero ¿y si no quisiera someterse á nuestras órdenes?

—Entonces la cuestion seria entre él y yo.

Los tres ingleses miraron á Hatteras y callaron. El doctor volvió á tomar la palabra.

—¿Cómo viajaremos? dijo.

—Siguiendo la costa en cuanto sea posible, respondió Hatteras.

—Pero si hallamos el mar libre, como es probable...

—Lo pasaremos.

—¿De qué modo? no tenemos embarcacion.

Hatteras no respondió. ¿Qué podia responder?

—Tal vez se podria, dijo Bell, construir una lancha con los despojos del *Porpoise*.

—¡Jamás! esclamó violentamente Hatteras.

—¡Jamás! repitió Johnson.

—El doctor meneaba la cabeza, comprendió la repugnancia el capitan.

—¡Jamás! volvió á decir éste. ¡Una lancha hecha con la madera de un buque americano, seria americana!

—¡Pero, capitan!... repuso Johnson.

El doctor hizo una seña al contramaestre para que no insistiese en aquel momento. Era preciso reservar aquella cuestion para un momento mas oportuno, y el doctor, que, al mismo tiempo que comprendia las repugnancias de Hatteras, no participaba de ellas, se prometió obligar con el tiempo á su amigo á revocar una decision tan absoluta.

Habló de otra cosa, de la posibilidad de remontar la costa directamente hasta el Norte, y de aquel punto desconocido del globo que se llama polo boreal.

Dió á la conversacion un giro que no fuese ocasionado á compromisos, hasta el momento en que terminó de pronto, es decir, hasta el momento de entrar Altamont.

Este no tenia nada que decir.

Así concluyó el dia, y la noche se pasó tranquilamente. Los osos habian evidentemente desaparecido,

CAPITULO XII.

LA CARCEL DE HIELO.

Al dia siguiente, se trató de organizar una cacería, en la cual debian tomar parte Hatteras, Altamont y el carpintero. Las huellas alarmantes no se habian renovado, y los osos habian renunciado decididamente á su proyecto de ataque, ya fuese por miedo á sus enemigos desconocidos, ya por no haberles revelado nada nuevo la presencia de séres animados bajo aquella mole de nieve.

Durante la ausencia de los tres cazadores, el doctor debia llegar hasta la isla de Johnson, para reconocer el estado de los hielos, y hacer algunas observaciones hidrográficas. El frio era muy intenso, pero los invernadores lo soportaban bien, habiéndose ya su epidermis acostumbrado á temperaturas exageradas.

El contramaestre debia permanecer en Doctor's-House, es decir, quedarse para guardar la casa.

Los tres cazadores hicieron sus preparativos de marcha. Todos llevaban escopetas de dos tiros, de cañon rayado y balas cónicas; tomaron una provisioncilla de pemmican, para el caso de que la noche les sorprendiese antes de concluir su escursion, y se armaron además con el inseparable cuchillo de nieve, que es el utensilio mas indispensable en aquellas regiones, y con una hacha puesta en la cintura encima de un chaqueton de piel de gamo.

Asi equipados, vestidos y armados, podian ir lejos, y diestros y audaces como eran, podian prometerse de su caza un buen resultado.

Estuvieron dispuestos á las ocho de la mañana, y partieron. Duk les precedia retozando; se encaramaron por la colina del Este, doblaron el cerro del faro, y se hundieron en las llanuras del Sur limitadas por el Bell Mount.

El doctor, por su parte, despues de haberse convenido con Johnson acerca de la señal de alarma que debian darse en caso de peligro, descendió hácia la playa para llegar á los témpanos multiformes de que se hallaba erizada la bahía Victoria.

El contramaestre se quedó solo en Fort-Providenze, pero no mano sobre mano. Empezó por soltar los perros groenlandeses, que se impacientaban en el Dog-Palace. Apenas se vieron libres, se revolcaron por la nieve. Johnson se ocupó luego de los complicados pormenores caseros. Tenia que renovar el combustible y las provisiones, poner en órden los almacenes, recomponer algunos utensilios rotos, reparar las mantas que se hallaban en mal estado, y remendar el calzado para las largas escursiones del verano.

Trabajo no faltaba, y el contramaestre desplegaba en él la habilidad del marino para quien no hay ningun oficio que le sea desconocido.

Entre tanto, reflexionaba sobre la conversacion de la víspera. Pensaba en el capitan, y sobre todo en su obstinacion muy heróica y muy honrosa, que no le permitia tolerar que un americano y una lancha americana alcanzasen antes que él ó con él el polo del mundo.

—Me parece difícil, sin embargo, se decia, pasar el Océano sin buque, y si tenemos delante el mar libre, fuerza será someterse á la necesidad de navegar. Ni el mejor inglés de la tierra puede andar á nado 300 millas. El patriotismo tiene sus límites. En fin, veremos. Aun nos queda tiempo para pensarlo todo; el señor Clawbonny no ha dicho aun sobre la cuestion su última palabra; él sabe dónde le aprieta el zapato, y es muy capaz de hacer desistir al capitan de su idea. Seguro estoy de que, recorriendo hoy la costa de la isla, dedicara una ojeada á los restos del *Porpoise*, y sabrá qué partido puede sacarse de ellos.

En este punto se hallaba Johnson de sus reflexiones, y hacia ya mas de una hora que los cazadores habian salido del fuerte, cuando á 2 ó 3 millas á sotavento se oyó un estampido fuerte y claro.

—¡Bueno! se dijo el viejo marino, ya han hallado algo, sin necesidad de ir muy lejos, puesto que se les oye distintamente. ¡Está además la atmósfera tan pura!

El segundo tiro y despues otro se repitieron casi sin intervalos.

—Veo, repuso Johnson, que han llegado á buen sitio.

Sonaron otros tres tiros mas cercanos.

—¡Seis tiros! dijo Johnson; ahora tienen las armas descargadas! La refriega ha sido ruda. ¿Si por acaso...

A la idea que se le ocurrió, Johnson se puso pálido, salió rápidamente de la casa de nieve, y en pocos instantes se encaramó por la cuesta hasta la cúspide del cerro.

Lo que vió le hizo estremecerse.

Los tres cazadores, seguidos de Duk, venian corriendo á todo correr, perseguidos por cinco animales gigantescos, á quienes no pudieron derribar sus seis balas. Los osos les acosaban de cerca; Hatteras, que era el mas rezagado, no consiguió aumentar la distancia que les separaba de los animales, sino echándoles sucesivamente su gorra, su hacha y hasta su escopeta. Los osos se detenian, segun tienen de costumbre, para olfatear el objeto echado á su curiosidad, y perdian algo de terreno. Su marcha era tan veloz que hubieran dejado atrás al caballo mas ligero.

Hatteras, Altamont y Bell, jadeantes y sufridos, llegaron junto á Johnson, y desde lo alto de la escarpa se deslizaron con él hasta la casa de nieve.

Los cinco osos les tocaban, y el capltan tuvo que parar con un cuchillo la violenta zarpada de uno de ellos.

En un abrir y cerrar de ojos, Hatteras y sus compañeros quedaron encerrados en la casa. Los animales se detuvieron en la meseta superior formada por el cono truncado.

—¡En fin, esclamó Hatteras, podremos defendernos con menos desventaja cinco contra cinco.

—¿Dónde están los cinco? esclamó Johnson aterrorizado?

—¿Cómo? dijo Hatteras.

—¡El doctor! respondió Johnson, mostrando el salon vacío.

—¡Y qué!

—¡Se ha ido por el lado de la isla.

—¡Desgraciado! esclamó Bell.

—No podemos abandonarle, gritó Altamont.

—¡Corramos! dijo Hatteras.

Abrió rápidamente la puerta, pero apenas tuvo tiempo de volverla á cerrar; poco le faltó para que un oso le rompiese el cráneo de una zarpada.

—¡Aquí están! esclamó.

—¿Todos? preguntó Bell.

—¡Todos! respondió Hatteras.

Altamont se precipitó hácia las ventanas, cuyos huecos colmó con pedazos de hielo arrancados de las paredes de la casa. Sus compañeros le imitaron sin decir una palabra, interrumpiendo únicamente el silencio los sordos ladridos de Duk.

Pero, justo es decirlo, aquellos cuatro hombres no tenian mas que un solo pensamiento, y acordándose del doctor, olvidaban su propio peligro. Pensaban en el doctor y no en sí mismos. ¡Pobre Clawbonny! ¡tan bueno! ¡tan afable! ¡él era el alma de aquella pequeña colonia! Por la primera vez se hallaba lejos de sus compañeros. Peligros estremos, una muerte espantosa le aguardaba tal vez, porque terminada su es-

cursion, regresaria tranquilamente al Fort-Providenze, y se hallaria en presencia de aquellos feroces animales.

—¿Y no habia medio de avisarle?

—Sin embargo, dijo Johnson, ó mucho me engaño, ó el doctor está prevenido. Vuestros tiros le habrán puesto en guardia, y no puede dejar de creer en algun acontecimiento estraordinario.

—¿Pero y si entonces estaba lejos? respondió Altamont: ¿y si no ha comprendido nada de lo que pasaba? ¡Lo probable es que vuelva inadvertidamente, sin pensar en ningun peligro! ¡Los osos están abrigados por la escarpa del fuerte, y no puede percibirlos!

—Es, pues, necesario desembarazarse de los osos antes que él vuelva, respondió Hatteras.

—¿Pero cómo? preguntó Bell.

La respuesta era difícil. Una salida parecia impracticable. Habíase parapetado el corredor, pero los osos podian fácilmente echar abajo aquellos obstáculos, si se les ocurria esta idea, pues sabian á qué atenerse respecto del número y la fuerza de sus adversarios, y les era fácil llegar hasta ellos.

Los prisioneros se habian distribuido por todas las estancias de Doctor's-Housse á fin de vigilar cualquier tentativa de invasion, y oian ir y venir á los osos, gruñir sordamente, y rascar las paredes de nieve con sus enormes patas.

Era menester tomar una determinacion pronta, porque el tiempo apremiaba. Altamont resolvió practicar una aspillera para hacer fuego á los sitiadores, y en pocos minutos abrió una especie de agujero en la pared de hielo; y por él introdujo su escopeta; pero apenas el cañon salió fuera, se la arrancó de las manos un poder irresistible, sin darle tiempo de dispararla.

—¡Diablos! esclamó, son mas fuertes que nosotros.

Y volvió á tapar la aspillera.

Esta situacion duraba ya hacia mas de una hora, y nada dejaba prever su término. Se discutieron entonces las probabilidades de éxito de una salida, y se vió que eran muy escasas, pues los osos no podian ser combatidos separadamente. Sin embargo, Hatteras y sus compañeros, deseosos de acabar de una vez, y avergonzados de verse presos por unos cuantos animales, iban á intentar un ataque directo, cuando el capitan ideó un nuevo sistema de defensa.

Cogió el poker (1) que servia á Johnson para descargar sus hornillos, y lo puso encima de las áscuas de la estufa, practicó luego una abertura en la pared de nieve, pero sin prolongarla hasta el esterior, de suerte que conservase hácia la parte de afuera una ligera capa de hielo.

Sus compañeros estaban mirando lo que hacia. Cuando el poker se puso rojo, Hatteras tomó la palabra y dijo:

—Esta barra candente va á servirme para rechazar á los osos, que no podrán cogerla, y nos será fácil por la aspillera hacer contra ellos un fuego nutrido, sin que puedan arrancarnos las armas.

—¡Bien pensado! esclamó Bell, apostándose cerca de Altamont.

Entonces Hatteras, sacando el poker de las áscuas, lo hundió rápidamente en la pared. La nieve, evaporándose á su contacto, silbó estrepitosamente. Dos osos acudieron, cogieron la barra enrojecida, y lanzaron un terrible aullido, al mismo tiempo que sonaron cuatro tiros.

—¡Heridos! esclamó el americano.

—¡Heridos! repitió Bell.

—Repitamos la operacion, dijo Hatteras, volviendo á tapar momentáneamente la abertura.

(1) Barra de hierro para atizar el fuego de los hornillos.

Se puso otra vez el poker encima de las áscuas, y á los pocos minutos estaba rojo.

Altamont y Bell volvieron á su puesto despues de cargar las armas. Hatteras restableció la aspillera, é introdujo por ella de nuevo el poker candente.

Pero una superficie impenetrable le detuvo.

—¡Maldicion! esclamó el americano.

—¿Qué sucede? preguntó Jhonson.

—¡Que esos malditos animales hacinan témpanos sobre témpanos; nos tapian dentro de nuestra casa, nos entierran vivos!

—¡Es imposible!

—¡Ya lo veis, el poker no puede pasar! ¡La cosa empieza ya á ser ridícula.

Mas que ridícula era alarmante. La situacion empeoraba. Los osos, como bestias muy inteligentes, empleaban aquel medio para ahogar su presa. Amontonaban los témpanos de modo que imposibilitaban la fuga de los sitiados.

—¡Es triste cosa! dijo el viejo Jhonson herido en su amor propio. Que otros hombres nos tratasen asi, pase; ¡pero osos!

Despues de esta reflexion, trascurrieron dos horas sin que se modificase sensiblemente la situacion de los encarcelados. El proyecto de salir era ya impracticable, y las gruesas paredes no permitian pasar ningun ruido esterior. Altamont se paseaba con la agitacion de un hombre audaz que se exaspera delante de un peligro superior á su denuedo. Hatteras pensaba con espanto en el doctor, y en el gravísimo peligro que le amenazaba á su regreso.

—¡Ah! esclamó Jhonson, ¡si el señor Clawbonny estuviese aquí!

—¿Y qué haria? respondió Altamont.

—¡Oh! ¡él nos sacaria de apuros!

—¡No sé cómo! respondió de muy mal humor el americano.

—Ni yo tampoco, replicó Johnson, que si lo supiera, no tendria de él necesidad. Sin embargo, creo adivinar el consejo que nos daria en este momento.

—¿Cuál?

—¡El de tomar un bocado! Eso no puede perjudicarnos. Todo lo contrario. ¡No os parece lo mismo, señor Altamont!

—Comamos, si teneis apetito, respondió el americano, aunque la situacion es bien tonta, por no decir humillante.

—Estoy seguro, dijo Johnson, de que despues de comer, encontraremos un medio cualquiera para salir de apuros.

Nadie respondió al contramaestre, y se sentaron todos á la mesa.

Johnson, educado en la escuela del doctor, trató de ser filósofo en el peligro, pero no lo consiguió y sus chanzonetas se le atravesaban en la garganta. Ademas, los sitiados empezaban á sentir cierta desazon; el aire se condensaba en aquella morada herméticamente cerrada; la atmósfera no podia renovarse por el tubo de la chimenea, y era fácil prever que, dentro de muy poco tiempo, el fuego se apagaria. Absorbido el oxígeno por los pulmones y por la lumbre, muy pronto no quedaria en aquel limitado ambiente mas que ácido carbónico, cuya mortal influencia es bien conocida.

Hatteras fue el primero que se apercibió de este nuevo peligro, y no lo quiso ocultar á sus compañeros.

—Entonces, respondió Altamont, es preciso salir á toda costa.

—¡Sí! repuso Hatteras; pero aguardemos la noche; haremos un agujero en la bóveda para renovar nuestra provision de aire, y uno de nosotros, apostándose en él, hará fuego á los osos.

—No hay mas partido que tomar, replicó el americano.

Conviniendo todos en el plan, se aguardó el momento de correr la aventura, y durante las horas sucesivas, Altamont no escatimó sus imprecaciones contra un estado de cosas en el cual decia él: «dado un número de osos y otro de hombres, no son estos últimos los que desempeñan el mejor papel.»

CAPITULO XIII.

LA MINA.

La noche llegó y la lámpara del salon empezaba ya á amortiguarse en aquella atmósfera pobre de oxígeno.

A las ocho se hicieron los últimos preparativos. Se cargaron con cuidado las armas, y se practicó una abertura en la bóveda de las snow-house.

Hacia ya algunos minutos que se estaba trabajando, y Bell daba nuevas pruebas de su destreza cuando Johnson, saliendo del dormitorio, en que estaba de observacion, se dirigió rápidamente á sus compañeros.

Estaba inquieto.

—¿Qué teneis? le preguntó el capitan.

—¿Yo? ¡nada! respondió con voz balbuciente el viejo marino, y sin embargo...

—¿Pero qué sucede? dijo Altamont.

—¡Silencio! ¿no oís un ruido singular?

—¿Hácia qué lado?

—¡Allí! ¡algo pasa en la pared del cuarto!...

Bell suspendió su trabajo, y todos escucharon.

Se percibia un ruido lejano, que parecia producido en la pared lateral, siendo evidente que se estaba abriendo un agujero en el hielo.

—¡Escarban! dijo Johnson.

—No es dudoso, respondió Altamont.

—¿Los osos? preguntó Bell.

—¡Sí! los osos.

—Han tomado otra táctica, repuso el viejo marino renuncian á ahogarnos.

—O nos creen ya ahogados, dijo el americano, cuya cólera iba en aumento.

—Vamos á ser atacados, dijo Bell.

—¡Y qué! respondió Hatteras, lucharemos cuerpo á cuerpo.

—¡Mas vale asi! esclamó Altamont, ¡lo prefiero! ¡estoy cansado de enemigos invisibles! ¡nos veremos y nos batiremos!

—Sí, respondió Johnson, pero no á tiros; á tiros es imposible en un espacio tan estrecho.

—¡Nos batiremos con el hacha y con el cuchillo!

El ruido aumentaba, se oia distintamente la escarbadura de las garras; los osos habian atacado la pared en el ángulo mismo en que se juntaba la escarpa de nieve apoyada en el peñasco.

—El animal que escarba, dijo Johnson, no está á seis pies de nosotros.

—Teneis razon, Johnson, respondió el americano; pero tenemos tiempo para prepararle la acogida que merece.

El americano cogió un hacha con una mano y con la otra su cuchillo, y apoyado en su pie derecho, con el cuerpo inclinado hácia atrás, tomó la actitud de ataque. Hatteras y Bell le imitaron. Johnson preparó su escopeta para el caso en que hubiese necesidad de usar arma de fuego.

El ruido era cada vez mas fuerte; el hielo arrancado rechinaba bajo la violenta incision de las garras de acero.

Ya solo separaba al sitiador de sus adversarios una delgada capa. Esta capa se hendió de pronto como el aro de papel tirante bajo el esfuerzo del volatinero, y apreció en el cuarto casi oscuro un cuerpo negro, enorme.

Altamont contuvo rápidamente su mano armada para herir.

—¡Deteneos! ¡por el cielo! dijo una voz bien conocida.

—¡El doctor! ¡el doctor! esclamó Johnson.

Era el doctor, en efecto, que arrastrado por su mole, cayó rodando en medio del cuarto.

—¡Buenos dias, mis valientes amigos! dijo levantándose al momento.

Sus compañeros quedaron atónitos; pero á su asombro sucedió la alegría, todos quisieron abrazar al digno hombre; Hatteras, muy conmovido, le tuvo abrazado mucho tiempo. El doctor le contestó con el mas afectuoso apreton de manos.

—¡Vos aquí, señor Clawbonni! dijo el contramaestre.

—Sí, mi querido Johnson, y vuestra suerte me tenia tan alarmado como á vosotros la mia.

—¿Pero cómo habeis sabido que estábamos sitiados por una chusma de osos? preguntó Altamont; temíamos que volviéseis tranquilamente al For-Providenze sin sospechar el peligro.

—¡Oh! yo lo habia visto todo, respondió el doctor; vuestros tiros me pusieron alerta; me hallaba en aquel momento junto á los restos del *Porpoise*; me he encaramado hasta la cima de un hummock; he percibido los cinco osos que os perseguian de cerca, y tenido miedo, miedo por vosotros. Pero en fin, vuestras volteretas desde lo alto de la colina y la vacilacion de los animales me han tranquilizado momentáneamente, y he comprendido que habíais tenido tiempo de parapetaros en la casa. Entonces, poco á poco, me he acercado, ya á arrastras, ya deslizándome entre los témpanos; he llegado junto al fuerte, y he visto á esas enormes bestias que, trabajando asi duamente como gigantescos castores, arrancaban el hielo, amontonaban témpanos, en una palabra, os enterraban vivos. Buena fortuna ha sido que no les haya pasado por el magin arrojar moles de hielo desde el vértice del cono, en cuyo caso os hubieran aplastado.

—Pero, dijo Bell, vos no estábais á salvo, señor Clawbonny. ¿No podian abandonar el asedio y lanzarse contra vos?

—No pensaban en eso. Los perros groenlandeses, soltados por Johnson, han estado muchas veces á muy poca distancia de ellos, y no les han hecho caso; estaban seguros de una caza mas sabrosa.

—Gracias por el cumplimiento, dijo Altamont riendo.

—¡Oh! no hay que envanecerse por él. Cuando comprendí la táctica de los osos, determiné unirme con vosotros. La prudencia aconseja aguardar la noche, y asi es que, á las primeras sombras del crepúsculo, me deslicé sin ruido hácia la escarpa, por el lado del polvorin. Al escoger aquel punto llevaba mi idea; queria abrir una galería. He empezado, pues, á trabajar, y he atacado al hielo con mi cuchillo de nieve, que es una herramienta que no tiene precio. He estado tres horas escarbando, ahuecando, trabajando, y aquí me teneis hambriento, quebrantado, molido; pero en fin estoy aquí.

—¿Para participar de nuestra suerte? dijo Altamont.

—Para salvarnos todos... Pero dadme un poco de galleta y de carne; estoy desfallecido.

Un instante despues el doctor hincaba sus blancos dientes en una respetable tajada de cecina. Mientras comia, contestaba á todas las preguntas que se le hacian.

—¡Salvarnos á todos! repitió Bell.

—Sin duda, respondió el doctor, procurando un lugar á su respuesta por medio de un vigoroso esfuerzo de los músculos estafilinos.

—La verdad es, dijo Bell, que puesto que el doc-

tor ha venido, por donde ha venido él, podemos irnos todos.

—¡Eso es! respondió el doctor, y dejar el campo libre á esa pícara chusma, que acabará por descubrir nuestros almacenes y saquearnos!

—Es menester permanecer aqui, dijo Hatteras.

—Sin duda, respondió el doctor, y librarnos al mismo tiempo de los animales.

—¿Hay pues un medio? preguntó Bell.

—Un medio infalible, respondió el doctor.

—¡No lo decia yo! esclamó Johnson frotándose las manos; con el señor Clawbonny no hay nada desesperado; tiene siempre en sus alforjas de sábio algun medio de salir del paso.

—¡Oh! ¡oh! mis pobres alforjas están bien desprovistas, pero registrándolas con cuidado.

—Doctor, dijo Altamont ¿no pueden los osos penetrar por la galería que habeis abierto?

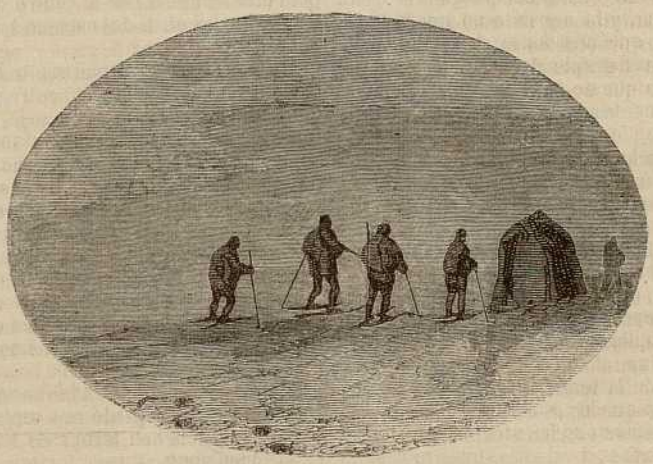
—Buen cuidado he tenido yo en tapar sólidamente la abertura, y ahora podemos ir desde aquí al polvorin sin que ellos lo noten.

—¡Bueno! ¿nos direis ahora qué medio pensais emplear para librarnos de esas incómodas visitas?

—Uno muy sencillo, y para el cuál está ya hecha una parte del trabajo.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo vereis. Pero ahora recuerdo que no he venido aquí solo.



Escursiones durante la invernada.

—¿Qué quereis decir? preguntó Johnson.

—Que tengo que presentaros un compañero.

—Y así diciendo, el doctor sacó de la galería el cuerpo de una zorra recien muerta.

—¡Una zorra! esclamó Bell.

—Mi caza de esta mañana, respondió modestamente el doctor, y ya vereis cómo nunca se ha muerto una zorra de mas provecho.

—¿Pero en fin, cuál es vuestro plan? Preguntó Altamont.

—Tengo la pretension, respondió el doctor, de volar todos los osos á la vez con cien libras de pólvora.

Miraron todos al doctor con sorpresa.

—¿Pero y la pólvora? le preguntaron.

—Está en el polvorin.

—¿Y el polvorin?

—¿Por este agujero se va á él. No sin intencion he abierto una galería de cien toesas de longitud. Podia haber atacado al parapeto mas cerca de la casa; pero tenia una idea.

—En fin, ¿dónde pretendeis establecer la mina? preguntó el americano.

—En el frente mismo de nuestra escarpa, es decir en el punto mas lejano de la casa, del polvorin y de los almacenes.

—¿Pero cómo atraereis allí todos los osos á la vez?

—Yo me encargo de ello, respondió el doctor basta de conversacion, y manos á la obra. Tenemos que abrir durante la noche cien pies de galería, y este es un trabajo penoso, pero siendo cinco, no nos cansaremos demasiado. Nos iremos relevando. Bell va á empezar, y entre tanto nosotros descansaremos un poco.

—Cuanto mas pienso en él, esclamó Johnson, tanto mejor me parece el medio del señor Clawbonny.

—Es un medio seguro, respondió el doctor.

—¡Oh! cuando vos lo decís, ya pueden los osos darse por muertos y ya me parece que tengo su piel puesta en los hombros.

—¡A la obra, pues!

El doctor, seguido de Bell, se metió en la galería. Por donde él pasaba, bien podian pasar holgadamente sus compañeros. Los dos marineros llegaron al polvorin; y fueron á salir en medio de los barriles colocados en buen órden. El doctor dió á Bell las instrucciones necesarias. El carpintero atacó la pared opuesta en que se apoyaba la escarpa, y su compañero volvió á la casa.

Bell trabajó por espacio de una hora, y abrió un conducto subterráneo que tendria de largo unos diez pies, por el cual podia pasar un hombre arrastrándose. Altamont le reemplazó, y en el mismo tiempo hizo á poca diferencia un trabajo equivalente. La nieve sacada de la galería era trasladada á la cocina, donde para que ocupase menos sitio, el doctor la hacia derretirse al calor de los hornillos.

Al americano sucedió el capitan, y á este Johnson. En diez horas, es decir, á cosa de las ocho de la mañana, la galería estaba enteramente abierta.

A los primeros resplandores de la alborada, el doctor examinó los osos por una aspillera que practicó en el polvorin.

Los pacientes animales no se habian movido de su

sitio. Allí estaban, yendo, viniendo, gruñendo, pero siempre en guardia, con una perseverancia ejemplar, y sin dejar de rondar alrededor de la casa que desaparecia debajo de los témpanos amontonados. Pero hubo, no obstante, un momento en que al parecer se habia agotado su paciencia, pues el doctor les vió de pronto separar las moles de hielo que habian acumulado.

—¡Bueno! dijo el capitan, que se hallaba junto á él.

—¿Qué hacen? preguntó Hatteras.

—¡Se me figura que quieren demoler su obra y llegar hasta nosotros! Pero tengan la bondad de aguardar aunque no sea mas que un momento, y veremos quién mata á quien. No perdamos tiempo.

El doctor se deslizó hasta el punto en que debia practicarse la mina, hizo ensanchar la galería hasta la altura de la escarpa, y bien pronto no quedó en la parte superior mas que una densa corteza de hielo que tenia todo lo mas un pie de grueso, y que fue preciso sostener para que no se viniese abajo.

Una estaca sólidamente apoyada en el suelo de granito hizo el oficio de pie derecho, y en su estremidad superior fue atado el cadáver de la zorra. Una larga cuerda atada á la parte inferior, se fue estendiendo á lo largo de la galería hasta llegar al polvorin.

Los compañeros del doctor seguian sus instrucciones sin comprenderlas enteramente.

—Hé aquí el cebo, dijo mostrando la zorra.

—Al pie de la estaca hizo colocar un barril que contendria unas cien libras de pólvora.

—Y hé aquí la mina, añadió.

—¿Pero, preguntó Hatteras, no volaremos nosotros al mismo tiempo que los osos?

—¡No! nosotros estamos suficientemente distantes del teatro de la esplosion, y además, nuestra casa es sólida. Si padece algo, tiempo tendremos de repararla.

—Bien, respondió Altamont, ¿pero cómo pretendeis operar?

—Muy fácilmente. Tirando de esta cuerda, caerá la estaca que sostiene el hielo encima de la mina, aparecerá súbitamente encima de la escarpa el cadáver de la zorra, y vos admitereis sin dificultad que animales hambrientos no vacilarán en precipitarse sobre esta presa inesperada.

—Convenidos.

—Pues bien, en aquel momento, prendo fuego á la mina, y hago que vuelen á la vez el cebo y los convidados.

—¡Bien! ¡bien! esclamó Johnson, que seguia la conversacion con el mas vivo interés.

Hatteras, teniendo en su amigo una confianza absoluta, no pedia ninguna esplicacion. Aguardaba. Pero Altamont queria saberlo todo.

—Doctor, dijo, ¿cómo calculareis la duracion de vuestra mecha con una precision tal que la esplosion sobrevenga en el momento oportuno?

—Muy sencillamente, respondió el doctor, no calcularé nada.

—¿Teneis pues una mecha de cien pies de longitud?

—No.

—¿Hareis, pues, simplemente un reguero de pólvora?

—¡Tampoco! el reguero podia faltar.

—¿Será, pues, preciso que alguno se sacrifique y prenda fuego á la mina?

—Si hace falta un hombre de buena voluntad, dijo Johnson al momento, yo me ofrezco con mucho gusto.

—No es necesario, mi digno amigo, respondió el doctor tendiendo la mano al viejo contramaestre; nuestras cinco existencias son preciosas; y Dios mediante, las conservaremos por ahora.

—Entonces, dijo el americano, renuncio á adivinar.

Veamos, respondió el doctor sonriéndose; si en circunstancias como esta no supiese un hombre salir de apuros, ¿de qué le serviria haber estudiado física?

—¡Ah! esclamó Johnson con entusiasmo, ¡la física!

—¡Sí! ¿No tenemos aquí una pila eléctrica, con hilos de una longitud, suficiente, los mismos que servian para nuestro faro?

—¿Y qué?

—Pues bien, prenderemos fuego á la mina cuando nos plazca, inmediatamente y sin peligro.

—¡Hurrah! esclamó Johnson.

—¡Hurrah! repitieron sus compañeros, sin cuidarse de si les oian ó no sus enemigos.

Los hilos eléctricos fueron inmediatamente tendidos á lo largo de la galería desde la casa hasta la mina. Una de sus estremidades quedó rollada á la pila, y la otra se hundió en el centro del barril, quedando colocados los otros dos estremos á poca distancia uno de otro.

A las nueve de la mañana todo quedó terminado. Ya era tiempo; los osos se entregaban con furor á su ansia de demolicion.

—El doctor juzgó llegado el momento. Johnson se colocó en el polvorin, y se encargó de tirar de la cuerda atada á la estaca. Ocupó su puesto.

—Ahora, dijo el doctor á sus compañeros, preparad las armas para el caso de que los sitiadores no mueran de pronto, y colocaos junto á Johnson; inmediatamente despues de la esplosion, echaos fuera.

—Corriente, respondió el americano.

—Y ahora, nosotros hemos hecho todo lo que es dado hacer á hombres. Nos hemos ayudado. ¡Qué el cielo nos ayude!

Hatteras, Altamont y Bell se trasladaron al polvoriu. El doctor se quedó solo junto á la pila.

Oyó luego la voz lejana de Johnson que gritaba:

—¡Atencion!

—Todo va bien, respondió el doctor.

Johnson tiró vigorosamente de la cuerda, y derribó la estaca; despues se precipitó á la aspillera y atisbo.

La superficie de la escarpa se habia derrumbado.

El cuerpo de la zorra aparecia encima de los témpanos de hielo. Los osos sorprendidos en un principio, no tardaron en precipitarse en grupo hácia aquella nueva presa.

—¡Fuego! gritó Johnson.

El doctor estableció inmediatamente entre sus hilos la corriente eléctrica; se produjo una esplosion formidable: la casa vaciló como en un terremoto; las paredes se hundieron. Hatteras, Altamont y Bell se precipitaron fuera del polvorin, dispuestos á hacer fuego.

Pero sus armas fueron inútiles. De los cinco osos, cuatro, envueltos en la esplosion, cayeron á pedazos, desfigurados, mutilados, carbonizados, en tanto que el otro medio asado, huia precipitadamente.

—¡Hurrah! ¡hurrah! ¡hurrah! esclamaron los compañeros de Clawbonny, mientras este les iba abrazando á todos sonriéndose.

CAPITULO XIV.

LA PRIMAVERA POLAR.

Los cautivos estaban libres, y manifestaros su alegría dando al doctor las mas espresivas gracias. El viejo Johnson sintió no poder aprovechar las pieles de los osos, que estaban quemadas é inservibles, pero este sentimiento no era de tal magnitud que influyese ostensiblemente en su buen humor.

Se pasó el dia reparando en la casa de nieve, que se habian resentido mucho de la esplosion. Se la desembarazó de los témpanos hacinados por los animales y se compusieron sus paredes. El trabajo se hizo con

rapidez, al compás de las alegres canciones que cantaba el contramaestre.

Al dia siguiente la temperatura, mejoró, mucho, y por un repentino salto de viento, el termómetro subió á 15° sobre 0 (—9° centíg.) De una diferencia tan considerable se resintieron vivamente los hombres y las cosas. La brisa del Sur aparecia acompañada de los primeros indicios de la primavera polar.

Aquel calor relativo duró algunos dias. El termómetro, al abrigo del viento; señaló hasta el 31° sobre 0 (—1° centíg.) y empezaron á manifestarse síntomas de deshielo.

El hielo se agrietaba. Algunos arroyos de agua salada brotaban en distintos puntos como las fuentes de un parque inglés, y algunos dias despues la lluvia caia abundantemente.

Un inmenso vapor se elevaba de las nieves, lo que era de buen agüero, y la licuacion de aquellas inmensas moles parecia próxima. El disco pálido del sol tendia á enrrojecerse, y trazaba espirales mas prolongadás encima del horizonte. La noche duraba apenas tres horas.

Otro síntoma habia no menos significativo. Algunos ptarmiganos, gamos boreales, chorlitos y ortegas regresaban á bandadas, y el aire se poblaba poco á poco de atronadores gritos de que se acordaban aun los navegantes de la última primavera. Numerosas liebres, de las cuales se cazaron muchas aparecieron en la playa de la bahía, é igualmente los ratones árticos, cuyos terrenos forman un sistema de alvéolos regulares.

El doctor hizo notar á sus compañeros que casi todos aquellos animales empezaban á perder el pelo ó la pluma blanca del invierno para tomar su trage de verano. «Se primaverizaban» decia él, y al mismo tiempo la naturaleza empezaba á ofrecerles su pasto en forma de musgos, amapolas, saxifragas y menudo césped. Se veia que una nueva existencia atravesaba las nieves descompuestas.

Pero con los animales inofensivos volvieron sus enemigos famélicos. Las zorras y lobos llegaron acechando su presa, y lúgubres aullidos resonaban durante la corta oscuridad de las noches.

El lobo de aquellas comarcas es muy próximo pariente del perro; ladra como él, y ladra de un modo que hace incurrir en error á los oidos mas ejercitados, á los de la misma raza canina. Hasta hay quien dice que aquellos animales se prevalen sagazmente de esta facultad para atraer á los perros y deborarlos. Este hecho fue observado en las tierras de la bahía de Hudson, y el doctor pudo verlo confirmado en Nueva-América. Johnson se abstuvo de soltar á sus perros de tiro, que habrian podido caer en el lazo.

En cuanto á Duk, tenia demasiada esperiencia y era demasiado listo para ponerse él mismo en la boca del lobo.

Se cazó mucho por espacio de quince dias. Abundaron las provisiones de carnes frescas. Se mataron perdices, ptarmiganos y verdáulas de nieve, que son un bocado delicioso. Los cazadores no se alejaban del Fort-Providenze, porque la caza menor parecia salirles al encuentro, y animaba singularmente con su presencia aquellas playas silenciosas. La bahía Victoria tomaban un aspecto nuevo que regocijaba los ojos.

Los quinces dias que sucedieron á la gran refriega de los osos se emplearon en ocupaciones diversas. El deshielo hizo visibles progresos, el termómetro ascendió al 32° sobre 0 (0° centíg.); los torrentes empezaban á mugir en las barrancas, y millares de cataratas se improvisaron en las laderas de las colinas.

El doctor, despues de haber preparado cierta estension de terreno, sembró en ella berros, acederas y coclearias, cuya influencia antiescorbútica es celente. Veia salir de la tierra algunos verdes tallos, cuando de repente, con una rapidez inconcebible, el frio reapareció y recobró su imperio.

En una sola noche, sobreviniendo una violenta brisa del Norte, volvió á perder el termómetro cerca pe 4°, pues descendió á los 8° bajo 0 (—22° centíg.) Todo quedó helado. Aves, cuadrúpedos, anfibios, todos desaparecieron como por encanto, volviéronse á cerrar los agujeros de las focas; desaparecieron las quebrajas; el hielo recobró su dureza de granito, y las cascadas, detenidas en su caida, se convirtieron en prolongados carámbanos de cristal.

Era aquella una metamórfosis que se veia realizar. se produjo en la noche del 11 al 12 de mayo, y cuando Bell por la mañana sacó las narices al aire libre, estuvo espuesto á quedarse sin ellas.

—¡Oh naturaleza boreal! esclamó el doctor un poco desazonado, ¡qué salidas de tono tienes! ¡Paciencia! tendré que empezar otra vez mi sementera.

Hatteras tomaba las cosas menos filosoficamente, por la impaciencia con que esperaba la ocasion de proseguir sus descubrimientos. Pero fuerza era resignarse.

—¿Durará mucho esta temperatura? preguntó Johnson.

—No, amigo mió, no, respondió Clawbonny; este esfueszo es el último del frio. Haceros cargo de que él está aquí en su casa, y no se deja desalojar sin resistencia.

—Se defiende bien, replicó Bell frotándose la cara.

—¡Sí! pero yo debí haberlo previsto todo, replicó el doctor, y no sacrificar mis granos como un ignorante, tanto mas cuanto que podia, en rigor, haber los hecho germinar junto á los hornillos de la cocina.

—¡Cómo dijo Altamont; debiais vos habes previsto esta variacion de temperatura?

—Sin duda, y sin ser adivino. Debí haber puesto mis semillas bajo la proteccion inmediata de San Mamerto, de San Pancracio y de San Segundo, cuya fiesta cae en los dias 11, 12 y 13 de este mes.

—¿Vais á decirme, doctor, esclamó Altamont, la influencia que sobre la temperatura tienen los tres santos que habeis nombrado?

—Una muy grande, segun los labradores, que los llaman «los tres santos de hielo.»

—¿Y por qué?

—Porque generalmente se produce un frio periódico en el mes de mayo, y el mayor descenso de temperatura suele ser del 11 al 13 de este mes. Es un hecho, y hé aquí todo.

—Es curioso, ¿pero se esplica? preguntó el americano.

—Sí, de dos maneras: ó por la interposicion en esta época de año entre la tierra y el sol de un número mayor de estoides. (1), ó simplemente por la disolucion de las nieves que, licuándose, absorben necesariamente una cantidad mayor de color. Las dos causas son plausibles, ¿mas se pueden admitir de una manera absoluta? Lo ignoro; pero si no estoy seguro del valor de la esplicacion, lo estoy de la autenticidad del hecho, y de consiguiente no debí comprometer mis plantaciones.

El doctor decia bien. Por una razon ú otra, el frio fue muy intenso durante el resto del mes de mayo, y tuvieron que interrumpirse las cacerías, no tanto por el rigor de la temperatura como por la falta completa de caza. Afortunadamente, no se habia aun agotado, ni con mucho, la reserva de carne fresca.

Los invernadores se hallan pues, condenados á una nueva inaccion. Por espacio de quince dias, desde el 11 al 25 de mayo, su existencia monotona no ofrece-

(1) Estrellas errantes, probablemente residuos de un gran planeta.

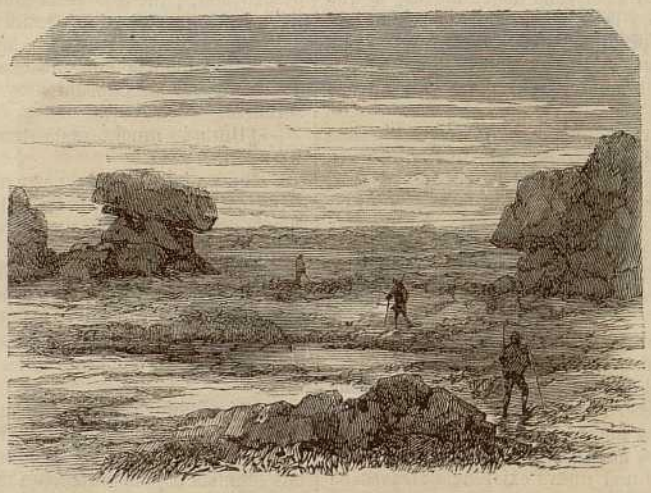
ció mas que un solo incidente, una enfermedad grave, una angina membranosa que atacó inopinadamente al carpintero. Al ver sus amigdalas sumamente hinchadas y la falsa membrana que las tapizaba, el doctor no podia equivocar el diagnóstico de tan terrible dolencia, pero él se hallaba en su elemento, y la enfermedad, que sin duda no habia contado con esto, fue rápidamente contrarestada. El tratamiento fue muy sencillo, y el medicamento se tenia muy á mano pues el doctor se limitó á introducir algunos pedacitos de hielo en la boca del enfermo, con lo que empezó á disminuir la hinchazon y desapareció la falsa membrana. Veinticuatro horas despues, Bell pudo levantarse.

—El doctor, viendo que á todos causaba maravilla el plan curativo, respondió:

—Este es el pais de las anginas; preciso es que el remedio se halle cerca del mal.

El remedio, y sobre todo el médico, añadió Johnson, en cuya mente el doctor tomaba proporciones piramidales.

Durante estos nuevos ocios, el doctor resolvió tener con el capitan una conversacion importante. Tratábase de hacer desistir á Hatteras de su propósito de emprender de nuevo el camino del Norte sin proveerse de una lancha, de un vote cualquiera, de un pedazo de palo, de algo en fin con que cruzar los brazos de mar ó los estrechos. El capitan, tan ab-



Los deshielos en la region polar.

oluto en sus ideas, se habia formalmente pronunciado contra el uso de una embarcacion hecha con los restos de un buque americano.

El doctor no sabia cómo entrar en materia, y sin embargo importaba mucho que la cuestion se resolviese muy pronto porque en el mes de junio llegaba la época de las grandes escursiones. En fin, despues de haber reflexionado mucho tiempo, llamó un dia á Hatteras á parte, y con su característica bondad le dijo:

—Hatteras, ¿creeis que soy vuestro amigo?

—Sin duda, respondió el capitan al momento, el mejor y tal vez el único.

—Si os doy un consejo, repuso el doctor, un consejo que no me podís, ¿lo jusgareis desinteresado?

—Sí, porque sé que el interés personal no ha sido jamas vuestro móvil pero ¿dónde quereis ir á parar con vuestras preguntas?

—Escuchad, Hatteras, aun tengo que haceros otra: ¿Me creeis un buen inglés como vos, y ambicioso de gloria para mi país.

Hatteras fijó en el doctor una mirada de sorpresa.

—Sí, respondió, procurando adivinar el objeto de su pregunta.

—Quereis llegar al polo Norte, repuso el doctor; concibo vuestra ambicion, de la cual participo. pero para llegar á este objeto es preciso hacer lo necesario.

—¿Y qué? ¿hasta ahora no lo he sacrificado todo para lograrlo?

—No, Hatteras, no habeis sacrificado vuestras repulsiones personales, y en este mismo momento os veo dispuesto á rechazar los medios indispensables para alcanzar el polo.

—¡Ah! respondió Hatteras, aludis á esa lancha, á ese hombre...

—Veamos, Hatteras, reciocinemos sin pasion, con frialdad, y examinemos la cuestion bajo todos sus aspectos. La costa en que acabamos de invernar puede ser interrumpida, nada nos prueba que se prolongue 6° mas al Norte, si los datos que hasta ahora os han guiado se justifican, debemos, durante los meses de verano, hallar una vasta estension de mar libre. Y en presencia del Océano ártico, desembarazado de hielos y propicio para una navegacion fácil, ¿cómo lo haremos, si nos faltan los medios de atravesarlo?

Hatteras no respondió.

—¿Quereis, pues, hallaros á algunas millas del polo Norte sin poder llegar á él?

Hatteras habia dejado caer de nuevo la cabeza entre sus manos.

—Y ahora, repuso el doctor, examinemos la cuestion bajo su punto de vista moral. Yo concibo que un inglés sacrifique su fortuna y su existencia para dar á Inglaterra una nueva gloria. ¿Pero la circunstancia de que una lancha formada con unas cuantas tablas arrancadas á un buque americano, á una embarcacion náufraga y sin valor, haya tocado la costa nueva ó recorrido el Océano desconocido, podra menoscabar en lo mas mínimo la honra del descubrimiento? ¿Acaso si vos mismo hubieseis encontrado en esta playa el casco de un buque abandonado, habriais vacilado en serviros de él? ¿No es por ventura el jefe de la es-

pedicion á quien pertenece únicamente el beneficio del éxito? Y yo os pregunto si esta lancha, construida por cuatro ingleses, tripulada por cuatro ingleses, no será inglesa desde la quilla hasta la borda.

Hatteras seguia callando.

—No, dijo Clawbonny, hablemos francamente, no es la lancha vuestra pesadilla, es el hombre.

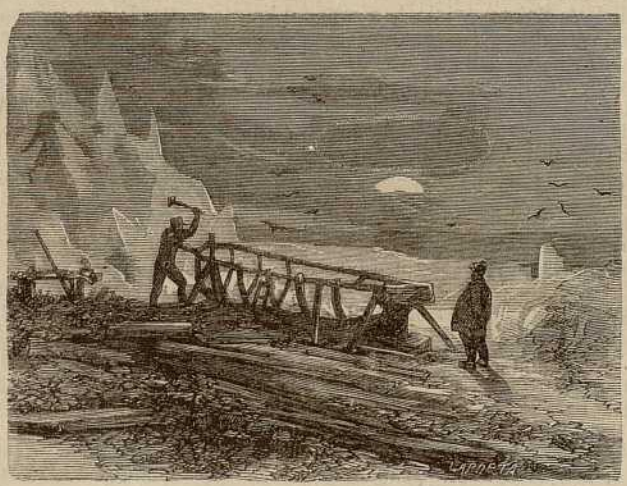
—Sí, doctor, sí, respondió el capitan, yo aborrezco con todo el ódio de un inglés á ese americano, á ese hombre que la fatalidad ha interpuesto en mi camino.....

—¡Para salvaros!

—Para perderme! Me parece que se burla de mí, que habla aqui como amo, que se figura tener entre sus manos mi destino y que ha adivinado mis proyectos. ¿No se ha quitado enteramente la máscara cuando se ha tratado de dar nombre á estas tierras nuevas? ¿Ha confesado jamás lo que venia á hacer bajo estas latitudes? No me quitareis de la cabeza una idea que me mata, y es que ese hombre es el jefe de una espedicion de descubrimiento enviada por el gobierno de la Union.

—Y aun cuando asi sea, Hatteras, ¿quién prueba que esa espedicion trataba de ganar el polo? América puede intentar como Inglaterra, hallar el paso del Noroeste. De todos modos, Altamont ignora absolutamente vuestros proyectos, porque ni Johnson, ni Bell, ni vos, ni yo, hemos dicho delante de él una palabra acerca de ellos.

—¡Pues bien! ¡qué los ignore siempre!



Fenómeno observado el 20 de mayo.

—Acabará necesariamente por conocerlos, porque nosotros no podemos dejarle aquí solo.

—¿Y por qué no? preguntó el capitan con cierta violencia; ¿no puede él quedarse en Fort Providenze?

—El no lo consentiria Hatteras, y además, abandonar á ese hombre sin estar seguros de encontrarle á nuestro regreso, seria mas que imprudente, seria inhumano. Altamont irá con nosotros, es necesario que vaya. Pero como es inútil darle ahora noticias de que carece, no le diremos nada, y construiremos una lancha destinada en apariencia al reconocimiento de estas nuevas costas.

Hatteras no podia resignarse á prohijar las ideas de su amigo, y este aguardaba una respuesta que no obtenia.

—¿Y si ese hombre no consintiese en el destrozo de su buque? dijo en fin el capitan.

—En tal caso, tendríais de vuestra parte el derecho, y construiríais la lancha á pesar suyo, sin que él pudiese hacer mas que tener paciencia.

—¡Quiera el cielo que no consienta! esclamó Hatteras

—Antes de una negativa, respondió el doctor, es necesaria una peticion, y de esta yo me encargo.

En efecto, aquella misma noche, durante la cena, Clawbonny provocó una conversacion sobre ciertos proyectos de escursiones durante los meses de verano, con objeto de proceder á la observacion hidrográfica de las costas.

—Creo, Altamont, dijo el doctor, que sereis de los nuestros.

—Y creeis bien, réspondio Altamont, fuerza es saber hasta dónde se estiende esta tierra «de Nueva América.»

Durante esta respuesta de su rival, Hatteras le miraba fijamente.

—Y para eso, repuso Altamont, es necesario aprovechar como se pueda los restos del *Porpoise*. Construyamos, pues, una lancha sólida y que nos lleve lejos.

—Ya lo oís, Bell, dijo al momento el doctor; desde mañana, manos á la obra.

CAPITULO XV.

EL PASO DEL NOROESTE.

Al dia siguiente Bell, Altamont y el doctor se trasladaron al *Porpoise*. La madera no escaseaba. La antigua lancha de la fragata, abierta por el choque de los témpanos, podia aun suministrar las partes principales de la nueva. El carpintero se puso á trabajar inmediatamente. Se necesitaba una embarcacion capaz de resistir el oleaje, y bastante ligera al mismo tiempo para poder trasportarla en el trineo.

La temperature se elevó durante los últimos dias de mayo; el termómetro subió al grado de congelacion; la primavera volvió de buena fe, y los invernadores tuvieron que aligerarse de ropa y dejar sus abrigos. Las lluvias eran frecuentes, y la nieve empezó luego á aprovecharse de los menores declives del terreno para conventirse en saltos y cascadas.

Hatteras no pudo contener su satisfaccion al ver los campos helados dar las primeras señales de deshielo. Para él la libertad era el mar libre.

Pronto iba á saber si sus predecesores se engañaron ó no acerca de la gran cuestion del golfo polar, de lo que dependia todo el éxito de su empresa.

Una noche, despues de un dia bastante caluroso, durante el cual los síntomas de descomposicion de los hielos se manifestaron mas claramente, hizo girar la conversacion sobre el mar libre, que era para él el mas interesante de los objetos.

Repitió la serie de argumentos que le eran familiares, y halló como siempre en el doctor un acérrimo partidario de su doctrina. Sus conclusiones no dejaban de ser justas.

—Es evidente, dijo, que si el Océano se libra de sus hielos delante la bahía Victoria, su parte meridional será igualmente libre hasta Nuevo-Cornouailles y hasta el canal de la Reina. Asi lo han visto Penny y Becher, y lo han visto bien sin duda alguna.

—Creo lo mismo que vos, Hatteras, respondió el doctor, y no hay nadie autorizado para poner en duda la buena fé de tan ilustres marinos. Se ha querido suponer que se habian dejado engañar por un efecto de espejismo; pero se mostraban demasiado afirmativos para no estar seguros del hecho.

—Yo he opinado siempre del mismo modo, dijo Altamont, que tomó entonces la palabra; el golfo polar se estiende no solo hácia el Oeste, sino tambien hácia el Este.

—Asi es de suponer, en efecto, respondió Hatteras.

—Es de suponer, repuso el americano, porque el mar libre, que los capitanes Penny y Belcher vieron cerca de las costas de la tierra de Grinnel, Morton, el teniente de Kane, lo percibió igualmente en el estrecho que lleva el nombre del atrevido sabio.

—No estamos en el mar de Kane, respondió con sequedad Hatteras, y por consiguiente no podemos cerciorarnos del hecho.

—Es de suponer al menos, dijo Altamont.

—Seguramente, replicó el doctor, que queria evitar una discusion inútil. Lo que piensa Altamont debe ser la verdad. No oponiéndose á ello disposiciones particulares de los terrenos circunstantes, los mismos efectos se producen bajo las mismas latitudes. Asi pues, yo creo en el mar libre en el Este lo mismo que en el Oeste.

—¡De todos modos, poco nos importa! dijo Hatteras.

—No digo yo lo mismo, Hatteras, respondió el americano, á quien la indiferencia afectada del capitan empezaba á exasperar; la cosa podrá tener para nosotros cierta importancia.

—¿Cuando?

—Cuando pensemos en la vuelta.

—¡En la vuelta! esclamó Hatteras. ¿Y quién piensa en ella?

—Nadie, respondió Altamon, pero supongo que al cabo nos detendremos en alguna parte.

—¿Dónde? preguntó Hatteras.

Por la primera vez se dirigia al americano esta pregunta desemboza lamente. El doctor hubiera dado para detener aquella discusion uno de sus brazos.

Viendo que Altamont no respondia, el capitan renovó su pregunta.

—¿Dónde? dijo con insistencia.

—¡Donde vayamos, respondió tranquilamente el americano.

—¿Y quién lo sabe? dijo el conciliador doctor.

—Yo sostengo, repuso Altamont, que si queremos aprovecharnos del golfo polar para regresar, podremos intentar ganar el mar de Kane, que nos conducirá mas directamente al mar de Baffin.

—¿Lo creeis? dijo irónicamente el capitan.

—Lo creo, como creo que si alguna vez estos mares boreales se hacen practicables, se llegará á ellos por el camino de Kane, que es el mas directo. ¡Oh! ¡qué gran descubrimiento el del doctor Kane!

—¿De veras? dijo Hatteras mordiéndose los labios.

—Sí, dijo el doctor, no se puede negar, y es preciso dejar á cada cual su mérito.

—Sin contar que antes de este célebre marino, repuso el obstinado americano, nadie habia avanzado tanto hácia el Norte.

—Me complazco en creer, replicó Hatteras, que en la actualidad le han dejado atrás los ingleses.

—¡Y los americanos! dijo Altamont.

—¡Los americanos! respondió Hatteras.

—¿Qué soy yo, pues? esclamó Altamont con altanería.

—Vos sois, respondió Hatteras con una saña dificilmente contenida, vos sois un hombre que pretende otorgar á la casualidad y la ciencia una misma parte de gloria. Vuestro capitan americano avanzó mucho hácia el Norte, pero la casualidad...

—¡La casualidad! esclamó Altamont, ¿os atrevereis á decir que Kane no debe á su energía y su saber este gran descubrimiento?

—Digo, replicó Hatteras, que el nombre de Kane no es un nombre que merezca ser pronunciado en un pais esclarecido por los Parry, los Franklin, los Ross, los Belcher, los Penny, en estos mares que han franqueado el paso del Noroeste al inglés Mac Clure...

—¡Mac-Clure! respondió el americano; ¿citais á Mac-Clure, y os sublevais contra los beneficios de la casualidad? ¿No es acaso la casualidad, y no mas que la casualidad, quien le ha favorecido?

—¡No, respondió Hatteras animándose, no! Es su valor, su obstinacion en pasar cuatro inviernos en medio de los hielos...

—Ya lo creo, respondió el americano; ¡estaba cogido, no podia regresar, y concluyó por abandonar su buque el *Investigador* para volver á Inglaterra!

—Amigos, dijo el doctor...

—Además, repuso Altamont, interrumpiéndole, dejemos al hombre, y veamos el resultado. Hablais del paso del Noroeste; pues bien, no se ha encontrado aun este paso.

Al oir esta frase, Hatteras dió un salto; nunca entre dos nacionalidades rivales se habia suscitado una cuestion mas irritante.

El doctor trató nuevamente de intervenir.

—No teneis razon, Altamont, dijo.

—La tengo, y me afirmo en mi opinion, repuso obstinadamente; ¡no se ha encontrado aun, no se ha salvado el paso del Noroeste! ¡Mac-Clure no le remontó, y hasta hoy ningun buque salido del estrecho de Behring ha llegado al mar de Baffin!

El hecho era cierto, hablando de una manera absoluta. ¿Qué se podia responder al americano?

Hatteras, sin embargo, se levantó y dijo:

—¡Yo no sufriré que en mi presencia la gloria de un capitan inglés sea por mas tiempo atacada!

—¡Vos no lo sufrireis! respondió el americano levantándose igualmente, pero los hechos son hechos, vuestro poder no alcanza á destruirlos.

—¡Caballero! dijo Hatteras pálido de cólera.

—¡Amigos, dijo el doctor, un poco de calma! ¡Discutimos un punto científico!

El buen Clawbonny no queria ver mas que una discusion de ciencia donde el ódio de un americano estaba en pugna con el de un inglés.

—¡Los hechos! voy á esponerlos, repuso Hatteras en son de amenaza y sin querer oir nada.

—¡Y yo, yo hablaré! respondió el americano.

Johnson y Bell no sabian qué actitud tomar.

—Señores, dijo el doctor con energía, permitidme tomar la palabra. Quiero tomarla. Conozco los hechos

tambien como vosotros; mejor que vosotros, y no os atrevereis á dudar de mi imparcialidad.

—¡Sí! ¡sí! dijeron Bell y Johnson, á quienes alarmaba el giro que habia tomado la discusion, y crearon una mayoría favorable al doctor.

—Hablad, señor Clawbony, dijo Johnson, esos señores os escucharán, y nos instruiremos todos.

—¡Hablad, pues! dijo el americano.

Hatteras volvió á sentarse haciendo un ademan de aquiescencia, y se cruzó de brazos.

—Quiero contar los hechos tales como han pasado, dijo el doctor, sin omitir ni alterar ninguno.

—Os conocemos, señor Clawbonny, respondió, Bell, y sabemos que no sois capaz de faltar á la verdad á sabiendas.

—Hé aquí la carta de los mares polares, repuso el doctor, que se habia levantado para ir á buscar las piezas del proceso; fácil os será seguir la navegacion de Mac-Clure, y podreis juzgar con conocimiento de causa.

El doctor estendió sobre la mesa una de las escelentes cartas publicadas por órden del Almirantazgo, la cual contenia los decubrimientos más modernos hechos en las regiones árticas, y luego se espresó en los siguientes términos:

—En 1848, dos buques, de los cuales, como sabeis, el uno era el *Herald*, capitan Kellet, y el otro el *Plover*, comandante Moore, fueron enviados al estrecho de Behring, para averiguar el paradero de Franklin. Sus investigaciones fueron infructuosas. En 1850, se les unió Mac-Clure, que mandaba el *Investigator*, buque en que acababan de hacer la campaña de 1849 á las órdenes de James Ross. Seguia á éste el capitan Collinson, su jefe, que mandaba la *Entreprise*: pero James Ross le ganó la delantera, y llegado al estrecho de Behring, declaró que no aguardaria ya más tiempo, que partiria solo bajo su propia responsabilidad, y oidme bien, Altamont, que descubriria el paradero de Francklin ó el paso.

Altamont no dió indicios de aprobar ni desaprobar.

El 5 de agosto de 1850, siguió el doctor, despues de haberse puesto por última vez en comunicacion con el *Plover*, Mac-Clure penetró muy adentro en los mares del Este por un camino casi desconocido. Mirad, apenas en esta costa se ven indicadas algunas tierras. El 30 de agosto, el jóven oficial doblaba el cabo Bathurst: el 6 de setiembre descubria la tierra de Behring, que despues vió que formaba parte de la tierra de Banks, y luego la tierra del Príncipe Alberto, y entonces entró resueltamente en el prolongado estrecho que separa las dos grandes islas, dándole el nombre de estrecho del Príncipe-de-Gales. Entrad mentalmente en él con el valeroso navegante. El esperaba, y no sin razon, poder desembarcar en el golfo de Melville que nosotros hemos atravesado: pero en la estremidad del estrecho los hielos le opusieron una barrera inaccesible. Entonces, detenido en su marcha, Mac-Clure inverna desde 1850 hasta 1851, y durante la invernada atraviesa el banco para asegurarse de la comunicacion del estrecho con el golfo de Melville.

—Sí, dijo Altamont, pero no lo atravesó.

—Aguardad, respondió el doctor. Durante la invernada, los oficiales de Mac-Clure recorren las costas circunstantes, Creswell la tierra de Bring, Haswell la tierra del Príncipe Alberto al Sur, y Wynniat el cabo Walter al Norte. En julio, á los primeros deshielos, Mac-Clure procura de nuevo arrastrar el *Investigator* al golfo de Melville, del cual se aproxima á la distancia de 20 millas, no mas que 30 millas; pero los vientos le lanzan irresistiblemente al Sur, sin que pueda vencer el obstáculo. Entonces se decide á volver á bajar por el estrecho del Príncipe-de-Gales y á rodear la tierra de Banks para intentar por el Oeste lo que no ha podido conseguir por el Este. Vira en redondo, y el 18 dobla el cabo Kellet, el 19 el cabo del Príncipe-Alberto, dos grados mas arriba, y despues de una tremenda lucha con los ince-bergs, queda como soldado en el paso de Banks, á la entrada de aquel laberinto de estrechos que conducen al mar de Baffin.

—Pero no pudo pasarlos, respondió Altamont.

—Aguardad aun, y tened la paciencia de Mac-Clure. El 26 de setiembre tomó sus posiciones de invierno en la bahía de Mercy, al Norte de la tierra de Banks, y permaneció allí hasta 1852. Al llegar abril, Mac-Clure no tenia provisiones mas que para diez y ocho meses. Sin embargo, no quiere regresar; y parte, y atraviesa en trineo el estrecho de Banks, y llega á la isla Melviller. Sigámosle. El tenia esperanza de encontar en aquellas costas los buques del comandante Austin enviados á su encuentro por el mar de Baffin y el estrecho de Lancastre. El 28 toca en Winter-Harbour, en el mismo punto en que Parry habia invernado treinta y tres años antes; pero no vió buque alguno, y solamente descubrió en un cairn un documento por el cual supo que Mac-Clitock, el teniente de Austin, habia pasado allí el año procedente y se habia marchado. Donde se hubiera desesperado cualquier otro, Mac-Clure no se desespera. Coloca, por lo que pudiera valer, en el cairn un nuevo ducumento, en que anuncia su intencion de volver á Inglaterra por el paso del Noroeste que ha encontrado, ganando el estrecho de Lancastre y el mar de Raffin. Si no se oye hablar mas de él, es por que ha sido arrastrado al Norte ó al Oeste de la isla Melville. Despues sin desalentarse, vuelve á la bahía de la Mercy para una tercera invernada, desde 1852 á 1853.

—Yo no he puesto en duda su valor, respondió Altamont, sino su éxito.

—Sigámosle aun, replicó el doctor. En marzo, reducido á dos terceras partes de racion, á consecuencia de un invierno muy riguroso en que faltó la caza, Mac-Clure determinó enviar á Inglaterra la mitad de su tripulacion; ya fuese por el mar dé Baffin, ya por el rio Mackensie y la bahía de Hudson. La otra mitad debia reconducir el *Investigator* á Europa. Escogió los hombres mas valetudinarios, á quienes hubiera sido funesta una cuarta invernada, y todo estaba dispuesto para su partida que se habia fijado el 15 de abril, cuando el 6, mientras se paseaba por los hielos con su teniente Creswell, Mac-Clure vió venir hácia él de la parte del Norte á un hombre, y aquel hombre era el teniente Pim, del *Herald*, el teniente de aquel mismo capitan Kellet, á quien, como os he dicho al empezar, habia dejado dos años antes en el estrecho de Behring. Kellet, al llegar á Winter-Harbou, habia encontrado el documento que habia dejado Mac-Clure, por el cual se informó de su situacion en la bahía de Mercy, y le envió su teniente Pim. Seguia á este un destacamento de marineros del *Herald* entre los cuales se hallaba un alférez de navío francés, Mr. de Bray, el cual servió en clase de voluntario en el estado mayor del capitan Kellet. ¿Supongo que no dudais de ese encuentrro de nuestros compatriotas?

—De ninguna manera, respondió Altamont.

—Pues bien, veamos lo que sucedió despues, y si el paso de Noroeste ha sido salvado. Notad que si se eslabonasen los descubrimientos de Parry con los de Mac-Clure, hallaríamos que se ha dado la vuelta entera á las costas septentrionales de América.

—Pero no la ha dado ningun buque, respondió Altamont.

—No, pero la ha dado un hombre. Prosigamos. Mac-Clure fue á la isla Melville para visitar al capitan Kellet, y en doce dias anduvo 170 millas que separan la bahía de la Mercy de Winter-Harbour. Convino con el comandante del *Herald* en enviarle sus enfermos, y volvió á su buque. Otro en lugar de Mac-Clure, hubiese creido haber hecho ya bas-

tante, pero el intrépido jóven quiso aun probar fortuna. Entonces, y sobre eso llamo particularmente vuestra atencion, entonces su teniente Creswell, acompañando á los enfermos é inválidos del *Investigator*, salió de la bahía de Mercy, ganó Winter-Harbour, y desde allí, despues de un viaje entre los hielos de 470 millas, alcanzó el 2 de junio, la isla Beechey, y algunos dias despues, con doce hombres, pasó á bordo del *Phenix*.

—Donde yo servia entonces, dijo Jhoson, con el capitan Inglefield, y regresamos á Inglaterra.

Y el 7 de octubre de 1853, prosiguió el doctor, Creswell llegaba á Lóndres despues de haber salvado todo el espacio comprendido entre el estrecho de Bebring y el cabo Farewell.

—Pues bien, dijo Hatteras, haber llegado por un lado y salido por otro es lo que se llama «haber pasado.»

—Sí, respondió Altamont, pero atravesando 470 millas sobre los hielos.

—¿Y eso que importa?

—Importa mucho respondió el americano. ¿Fue el buque de Mac-Clure quien hizo la travesía?

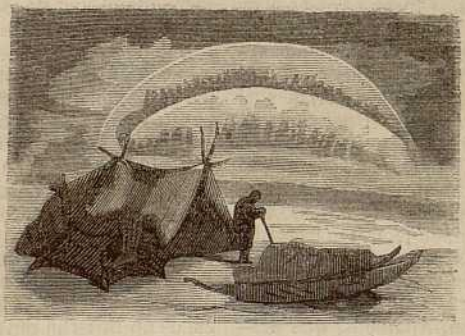
—No, respondió el doctor, porque, despues de una cuarta invernada, Mac-Clure tuvo que abandonarlo en medio de los hielos.

—Pues bien, en un viaje marítimo quien ha de pasar es el buque y no el hombre. Si alguna vez se dice que la travesía del Noroeste es practicable será por haber hecho esta travesía en buques, y no en trineos. Es preciso que sea el buque quien lleve á cabo el viaje, ó, á falta del buque, la lancha.

—¡La lancha! esclamó Hatteras, que vió una intencion evidente en las palabras del americano.

—Altamont, dijo al momento el doctor, haceis una distincion pueril, y, respecto del particular, decimos todos que no teneis razon.

—Fácil os es quitármela, respondió el americano, sois cuatro contra uno. Mas no por eso dejaré de conservar mi opinion.



Otra aurora boreal.

—Conservadla en hora buena, esclamó Hatteras, pero procurad conservarla de modo que nadie la conozca.

¿Y con que derecho me hablais así? dijo el americano enfurecido.

—¡Con mi derecho de capitan! respondió Hatteras con cólera.

—¡Estoy, pues, bajo vuestras órdenes! replicó Altamont.

—¡Sin duda alguna! y ¡desgraciado de vos si!...

El doctor, Jhoson y Bell intervinieron. Ya era tiempo; los dos enemigos se median con la mirada. El doctor estaba muy afectado.

Sin embargo despues de algunas palabras conciliadoras, Altamont se fué á acostar silbando el canto nacional del *Yankee Doodle*, y durmió ó no durmió, pero no dijo una sola palabra.

Hatteras salió de la tienda, y se paseó á paso acelerado por espacio de una hora, despues de la cual volvió á entrar y se acostó sin despegar tampoco los labios.

CAPITULO XVI.

LA ARCADIA BOREAL.

El 20 de mayo fue el primer dia del año en que no hubo puesta de sol. El disco del astro luminoso no hizo mas que tocar el estremo del horizonte, rozándolo apenas, y se levantó enseguida. Se entraba en período de los dias sin noche, de los dias de veinticuatro horas. Al dia siguiente el radiante planeta apareció rodeado de un halo magnífico, círculo luminoso que brillaba con todos los colores del prisma. La aparicion muy frecuente de semejantes fenómenos llamaba siempre la atencion del doctor, el cual no dejaba nunca de anotar la fecha, las dimensiones y la apariencia. El que observó en aquel dia presentaba, por su forma elíptica, disposiciones aun poco conocidas.

Pronto reaparecieron aves en gran número. Bandadas de abutardas, ejércitos de gansos canadenses procedentes de las lejanas comarcas de la Florida ó del Arkans, cruzaban hácia el Norte con una rapidez asombrosa, teniendo la primavera debajo de sus alas. El doctor logró matar algunas, é igualmente tres ó cuatro grullas precoces y hasta una cigüeña solitaria.

Las nieves, sin embargo, se licuaban en todas direcciones bajo la accion del sol; el agua salada, derramada sobre el ice-field por las quebrajas y los agujeros de los fosos, aceleraba su descomposicion, y el hielo, mezclado con el agua del mar, formaba una especie de fango sucio llamado *slush* por los navegantes árticos. Dilatadas ciénagas se formaban en las sierras próximas á la bahía, y el terreno descubierto parecia brotar como una produccion de la primavera boreal.

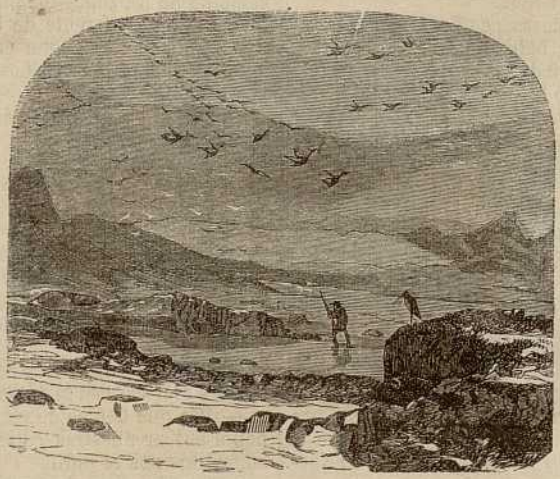
El doctor renovó entonces sus plantaciones. No le faltaban semillas, y además le sorprendió la presencia de una especie de amapola que nació espontaneamente entre las piedras secas, pues no podia dejar de admitir aquella fuerza creadora de la naturaleza

que tan poca cosa necesitaba para manifestarse. Sembró berros, cuyos tiernos tallos, tres semanas despues, habian ya adquirido diez líneas de longitud.

Los brezos empezaron tambien á manifestar tímidamente sus florecillas de un color de rosa dudoso y casi pálido, como si fuese un color que una mano inhábil hubiese aguado demasiado. En resúmen, la flora de la Nueva América dejaba mucho que desear y sin embargo se veia con gusto aquella vegetacion escasa y medrosas, única que podian vivificar los rayos debilitados del sol, último recuerdo de la Providencia que no habia olvidado completamente aquellas comarcas lejanas.

Empezó en fin á hacer verdadero calor. El 15 de junio el doctor notó que el térmometro señalaba 57° sobre 0 (+14° centíg.), y apenas podía dar credito á sus ojos, pero tuvo que rendirse á la evidencia. El pais se trasformaba; innumerables y ruidosas cascadas caian de todas las cimas acariciadas por el sol; el hielo se dislocaba, y la gran cuestion del mar libre iba en fin á decidirse. Conmovia el aire el estrépito de los aludes que desde lo alto de las colinas se precipitaban á los valles, y los chasquidos del ice-field producian estampidos atronadores.

Se hizo una escursion hasta la isla Jhonson, la cual, no era realmente mas que un islote sin importancia, árido y desierto; mas no por eso el viejo contramaestre se sentia menos satisfecho por haber él dado su



La primavera polar.

nombre á aquellas peñas perdidas en el mar. Hasta intentó grabarlo en una roca, y por poco se desnuca al encaramarse por ella.

Durante sus paseos, Hatteras habia reconocido cuidadosamente las tieras hasta mas allá del cabo Washington. La licuacion de las nieves modificaba sensiblemente la comarca, apareciendo valles y cerros donde el vasto tapiz blanco del invierno parecia cubrir llanuras uniformes.

La casa y los almacenes amenazaban derretirse, y era preciso repararlos incesantemente. Afortunadamente, las temperaturas de 57° son raras bajo aquellas latitudes, siendo su término medio superior apenas al punto de congelacion.

A mediados de Junio, la lancha estaba ya muy adelantada y tomaba buen aspecto. Mientras Bell y Johnson se ocupaban en su construcion, se realizaron algunas cacerías que fueron asaz productivas. Hasta se mataron renos, que son animales que dificilmente dejan acercarse; pero Altamot adoptó el método de los indios de su pais, que cosiste en arrastrarse por el suelo procurando figurar con el fusil y los brazos la cornamenta de uno de aquellos tímidos cuadrúpedos, única manera de acercarse á ellos y tirarles á boca de jarro.

Pero la caza por escelencia, el toro almizclado, de que hallo Parry numerosas manadas en la isla de Melville, no parecia que se hallase en las costas de la bahía Victoria. Se resolvió por lo tanto practicar una escursion lejana que al mismo tiempo que para cazar tan precioso animal, sirviese para reconocer las tierras orientales. Verdad es que, Hatteras no se proponia dirigirse al polo por aquella parte del continente, pero el doctor deseaba adquirir una idea general del país. Se decidió, pues encaminarse hácia el Este de Fort-Providenze. Altamont contaba con cazar. Duk formó naturalmente parte del cuerpo espedicionario.

El lunes 17 de junio, con un dia hermoso, marcando el térmometro 41° (+5° centíg.) en una atmósfera tranquila y pura, los tres cazadores, armado cada cual con su correspondiente escopeta de dos cañones y un cuchillo de nieves, salieron de Doctor's-House seguidos de Duk, á las seis de la mañana. Se dispusieron para una escursion que debia durar dos ó tres dias y se llevaron provisiones al efecto

A las ocho de la mañana, Hatteras y sus dos compañoros habian salvado una distancia de unas 7 millas, sin haber visto ni un solo ser viviente que les hiciese gastar un grano de pólvora, y parecia de consiguiente que su espedicion, bajo el punto de vista venatorio habia de ser muy poco fructuosa.

Aquel pais nuevo ofrecia vastas llanuras que se perdian mas ellá del alcance de la vista. Arroyos nacidos el dia anteaior serpenteaban por ellas en gran número, y dilatadas lagunas, inmóviles como estanques, reverberaban los oblicuos rayos del sol. Las capas de hielo disuelto permitian ver un terreno perteneciente á la gran division de los sedimentarios debidos á la accion de las aguas, que tan estendidos se hallan en la superficie del globo.

Veíanse, sin embargo, algunas moles erráticas de una naturaleza muy diferente de la del suelo que cubrian, esplicándose dificilmente su presencia. Pero las esquinas pizarreñas, los distintos productos de los

terrenos calizos, abundaban considerablemente, y se encontraban sobre todo especies de cristales curiosos transparentes, incoloros, y dotados de la refraccion particular del espejuelo ó espato de Islandia.

Pero el doctor, aunque no cazaba, no tenia tiempo de hacer observaciones geológicas. No podia ser sabio sino al trote, porque sus compañeros avanzaban rápidamente. El, sin embargo, estudiaba el terreno, y hablaba mas que un descosido, pues sin él hubiera reinado un silencio absoluto. Altamont no tenia ningun deseo de hablar al capitan, ni éste ningun deseo tampoco de hablar á Altamont.

Acosa de las diez de la mañana, los cazadores habian avanzado hácia el Este unas 12 millas. El mar se ocultaba debajo del horizonte. El doctor propuso hacer un alto para almorzar, y se almorzó en efecto, pero de prisa y corriendo. Al cabo de media hora, se emprendió de nuevo la marcha.

El terreno formaba nuevas pendientes, y ciertos copos de nieve, que se habian conservado por la esposicion ó por el declive de las rocas, le daban una apariencia vedijosa, como la de las olas en la alta mar azotadas por una fresca brisa.

La comarca presentaba llanuras sin vegetacion que al parecer no habian sido nunca frecuentadas por ningun ser animado.

Decididamente dijo Altamont al doctor, no somos felices en nuestras cacerías. Convengo en que el pais ofrece pocos recursos á los animales, pero los de las tierras boreales no tienen el derecho de manifestarse difíciles de contentar y podrian haber sido mas complacientes.

—No desesperemos, respondió el doctor; la estacion de verano empieza ahora, y pues Parry encontró tantos animales diversos en la isla da Melville, no hay ninguna razon para que á nosotros aquí nos falten.

—Sin embargo nosotros nos hallamos mas al Norte, respondió Hatteras.

—Sin duda pero el Norte en esta cuestion no es mas que una palabra. El polo del frio es lo que debemos considerar, es decir quella inmensidad glacial en medio de la que hemos invernado con el *Forward* pues á medida que subimos, nos elejamos de la parte mas fria del globo, y debemos por tanto encontrar mas allá lo que mas acá encontraron Parry, Ross y otros navegantes.

—¡En fin dijo Altamont lanzando un suspiro, hasta ahora mas parecemos viajeros que cazadores!

—Paciencia, respondió el doctor, el pais tiende á variar poco á poco, y me llevaré un solemne chasco si no encontramos caza en las ondonadas en que la vegetacion haya encontrado algun medio de deslizarse.

—¡Preciso es confesar, replicó el americano, que atravesamos una comarca bien inhabitada y bien inhabitable!

—¡Oh! eso de inhabitable es una palabra hueca, respondió el doctor, yo no creo que haya comarcas inhabitables. El hombre á fuerza de sacrificios gastando una generacion trás otra, y con todos los recursos de la ciencia agrícola acabaria, por fertilizar este pais.

—¿Lo creeis asi? dijo Altamont.

—No me cabe duda. Si recorrieseis las comarcas célebres de los primeros dias del mundo, los lugares en que fue Tebas, en que fue Nínive, en que fue Babilonia, aquellas villas fértiles de nuestros padres, os pareceria imposible que el hombre haya podido jamás vivir en ellas, y hasta la atmósfera se ha viciado allí desde la desaparicion de los séres humanos. Una ley general de la naturaleza vuelve insalubres lo mismo las comarcas en que no hemos vivido nunca, que las comarcas en quo no vivimos ya. Sabedlo, el hombre mismo es quien forma él su pais, con su presencia, con sus costumbres, con su industria, diré mas, con su aliento. El modifica poco á poco las exhalaciones del suelo, y las condiciones atmósfericas y sanea por lo mismo que respira. Estamos pues de acuerdo en que hay parages inhabitados ¿pero inhabitables? ninguno.

Y mientras hablaban, convertidos en naturalistas, los cazadores seguian andando, y llegaron á una especie de valle muy despejado, en cuyo fondo serpenteaba un riachuelo casi deshelado, cuya esposicion al Mediodia habia determinado en sus orillas y hasta la mitad de la costa una especie de vegetacion. La tierra manifestaba allí una verdadera intencion de fertilizarse; no pedia mas para producir, que unas cuantes pulgadas de tierra vegetal. El doctor hizo observar estas tendencias manifiestas.

—Ahí lo teneis, dijo, ¿no podrian en rigor algunos colonos emprendedores establecerse en este valle? Con industria y perseverancia harian de él, no una campiña de las zonas templadas, no digo tanto, pero una cosa muy diferente de lo que es, un pais aceptable. ¡Mirad! si no me engaño, veo algunos habitantes de cuatro patas. Los pícaros conocen las buenos sitios.

—¡Toma! ¡son liebres polares! esclamó Altamont, amartillando la escopeta.

—¡Aguardad esclamó el doctor; aguardad cazador furioso. Son unos pobres animales que no piensan en huir. Dejadles hacer; vienen hácia nosotros.

En efecto tres ó cuatro lebratos retozando entre los matorrales y los nuevos musgos avanzaban hácia los tres cazadores, cuya presencia no les inspiraba ningun recelo. Corrian inocentemente y con gracia, pero esta gracia no parecia suficiente para desarmar á Altamont.

Muy pronto pasaron entre las piernas del doctor, y este les acarició con la mano diciendo;

—¿Por qué hemos de recibir á tiros á los que vienen á buscar nuestras caricias? ¡La muerte de esos animalitos nos es inútil.

—Teneis razon, doctor, respondió Hatteras, dejémosles que vivan.

—¡Y esos ptarmiganos que vuelan hácia nosotros! esclamó Altamont; ¡esos caballeros que avanzan gravemente montados sobre sus largas zancas.

Una inmensa caterva de volatería salia al encuentro de los cazadores, no sospechando el peligro que la presencia del doctor acababa de conjurar. El mismo Duk, conteniéndose, estaba como asombrado.

Ofrecian un espectáculo curioso y patético aquellos hermosos animales que corrian, saltaban y revoloteaban sin desconfianza, que se posaban en los hombros del buen Clawbonny, que se echaban á sus pies que mendigaban sus caricias, que hacian al parecer todo lo posible para recibir debidamente á sus huéspedes desconocidos. Las numerosas aves, lanzando alegres gritos, se llamaban unas á otras, y se las veia acudir de todos los puntos de la hondonada. El doctor parecia verdaderamente un hechicero. Los cazadores prosiguieron su camino á lo largo de los húmedos ribazos del riachuelo, seguidos de aquella familar muchedumbre, y al llegar á una ribera que formaba el valle, percibieron un grupo de ocho ó diez renos que pacian algunos líquenes medio separados por la nieve. Daba gusto ver aquellos animales graciosos y tranquilos, con sus ramosos mogotes que coronaban la cabeza de las hembras lo mismo que la de los machos. Su pelaje, que parecia lanar, abandonaba ya la blancura invernal para tomar el color pardo y ceniciento del verano. Tampoco aquellos renos parecian mas ariscos y menos afectuosos que las liebres y las aves de aquella pacífica comarca. Tales debieron ser las relaciones de los primeros hombres con los primeros animales; en la infancia del mundo.

Los cazadores llegaron en medio del grupo sin que ninguno de los que lo componian diese un paso para

huir, y eso no obstante al doctor le costó no poco refrenar los instintos de Altamont, que no podia ver tranquilamente aquella magnífica caza sin que se le subiese á la cabeza una embriaguez de sangre. Hatteras miraba conmovido á aquellas apacibles criaturas que restregaban su hocico entre los vestidos del doctor, el amigo de todos los séres animados.

—¿A qué hemos venido aquí? decia Altamont, ¿hemos venido ó no para cazar.

—¡Para cazar el toro almizclado, respondió Clawbonny, y no otra cosa! No sabríamos qué hacer de los renos que cazasémos, pues nuestras provisiones son suficientes. Dejadnos gozar por tanto de este espectáculo patético del hombre que se pone en cierta intimidad con estos animales sin inspirarles la menor desconfianza.

—Lo que prueba que no le han visto nunca, dijo Hatteras.

—Evidentemente, respondié el doctor, y de vuestra observacion se deduce que estos animales no son de procedencia americana.

—¿Y por qué? dijo Altamont.

—Si hubiesen nacido en tierras de la América septentrional, sabrian á que atenerse respecto del mamífero bípedo y bimano que se llama hombre, y hubieran huido al vernos. No, no son de orígen americano. Es probable que hayan venido del Norte, que sean oriundos de aquellas comarcas desconocidas de Asia á que no se han acercado nunca nuestros semejantes, y que hayan atravesado los continentes próximos al polo. Así pues, Altamont, no teneis el derecho de reclamarlos como compatriotas.

—Lo que menos importa á un cazador, respondió Altamont, es la patria de los animales. La caza es siempre del pais del que la mata.

—¡Calmaos, valeroso Nemrod! ¡calmaos! En cuanto á mí, antes que sembrar el espanto en esta poblacion encantadora, renunciaria á volver á coger una escopeta en todos los dias de mi vida. Ya lo veis, hasta el mismo Duk fraterniza con tan hermosos animales. Creedme, seamos buenos mientras podamos. La bondad es una fuerza.

—Bien, bien, respondió Altamont, que comprendia poco esta sensibilidad; pero yo quisiera veros sin mas armas que vuestra bondad en medio de una manada de osos ó de lobos.

—¡Oh! yo no pretendo dominar á las bestias feroces, replicó el doctor; creo poco en los hechizos de Orfeo. Además, los osos y los lobos no nos saldrian afectuosamente al encuentro como estas liebres, perdices y renos.

—¿Por qué no, respondió Altamont, si no hubiesen visto nunca hombres?

—Porque son animales naturalmente feroces, y la ferocidad, como la maldad, engendra la sospecha, observacion que puede hacerse en el hombre lo mismo que en los animales. Quien dice malvado, dice desconfiado, y el miedo es propio de los que lo inspiran.

Con esta lecioncilla de filosofía natural terminó la observacion.

Todo el dia se pasó en aquel valle que el doctor quiso llamar la Arcadia-Boreal, á lo que sus compañeros no se opusieron en lo mas mínimo, y, llegada la noche, despues de una cena que no habia costado la vida á ninguno de los habitantes de aquella comarca, los tres cazadores se durmieron en el hueco de una roca dispuesto espresamente para ofrecerles un cómodo abrigo.

CAPITULO XVII.

EL DESQUITE DE ALTAMONT.

Al dia siguiente, el doctor y sus dos compañeros se dispertaron, habiendo pasado la noche en la mas perfecta tranquilidad. El frio, sin ser intenso, les habia desazonado algo antes de amanecer, pero se abrigaron bien, y durmieron profundamente bajo la salvaguardia de los animales pacíficos

Como el tiempo seguia bueno, resolvieron dedicar otro dia al reconocimiento del pais y á la caza de toros almizclados. Preciso era poner á Altamont en la posibilidad de cazar un poco, y se convino en que aun cuando los toros almizclados fuesen los animales mas inofensivos del mundo, tendria el derecho de tirarles. Además, su carne, aunque muy impregnada de musco, forma un alimento sabroso, y los cazadores deseaban llevar al For-Providenze algunos pedazos de aquella carne fresca y saludable.

Nada de particular, que digno de contar sea, ofreció el viaje en las primeras horas de la mañana. El país, hácia el Nordeste, empezaba á variar de fisonomía. Algunas prominencias, primeras ondulaciones de una comarca montuosa, hacian presagiar un terreno nuevo. Si aquella tierra de la Nueva América no formaba un continente, era al menos una isla importante; pero no se trataba de dilucidar este punto geográfico.

Duk corria á lo lejos, y no tardó en ponerse de muestra, habiendo rastreado algunos toros almizclados, y luego, tomando la delantera con una rapidez suma, no tardó en desaparecer á la vista de los cazadores.

Estos se guiaron por sus ladridos claros y distintos, cuya precipitacion les hizo comprender que el leal perro habia, en fin, descubierto el objeto de sus afanes.

Siguieron adelante, y, despues de una hora y media de marcha, se hallaron en presencia de dos animales bastante corpulentos y un aspecto verdaderamente imponente. Aquellos singulares cuadrúpedos estaban al parecer asombrados de los ataques de Duk, pero no los temian. Pacian una especie de musgo sonrosado que aterciopelaba la tierra desprovista de nieve. El doctor les reconoció fácilmente por su mediana talla, por sus cuernos muy aplastados y soldados en la base, por su falta de geta; por la conformacion de su testuz parecido al del carnero y por su cola muy corta. Por el conjunto de su estructura los naturalistas llaman al toro almizclado «obibos» palabra compuesta que recuerda las dos naturalezas de animales de que participan. Forman su pelage una borra espesa y larga y una especie de seda parda y larga.

Al ver á los cazadores, los dos animales huyeron, y los cazadores corrieron tras ellos con toda la ligereza de sus piernas.

Pero era difícil que alcanzasen á los toros unos hombres á quies una carrera sostenida que duró media hora quitó casi todo el aliento. Hatteras y sus compañeros se detuvieron jadeando.

—¡Diablos! dijo Altamont.

—Diablos son sin duda, respondió el doctor, que apenas podia respirar. De esos rumiantes sí que digo que son americanos, y me parece que no tienen formada de vuestros compatriotas una idea muy ventajosa.

Lo que prueba que somos buenos cazadores, respondió Altamont.

No viéndose ya perseguidos, los toros almizclados se detuvieron en una actitnd de asombro. Era evidente que no se les podia rendir corriendo tras-

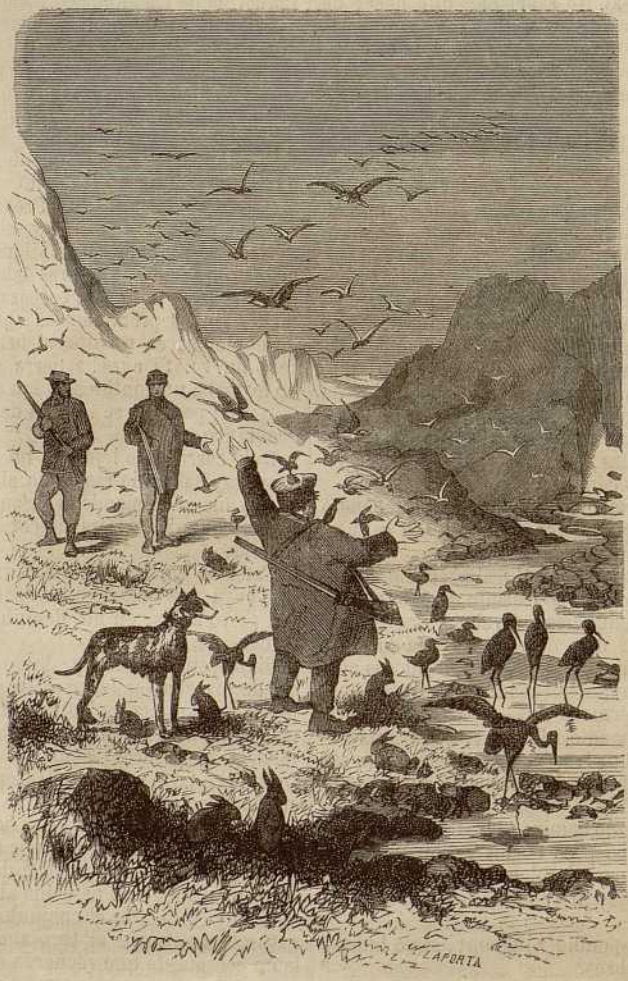
ellos, por lo que se pensó en acorralarlos, prestándose á esta maniobra la meseta que ocupaban. Los cazadores, dejando á Duk que hostigase á los animales, bajaron por las hondonadas circunstantes, de modo que pudiesen cercar la meseta. Altamont y el doctor se escondieron en una de sus estremidades detrás de una roca, mientras Hatteras, subiendo de improviso por el estremo opuesto, debia rechazarlos.

—Al cabo de media hora, cada cual ocupaba su puesto.

—¿Esta vez, dijo Altamont, no os opondreis á que reciba á tiros á esos cuadrúpedos?

—¡No! les haremos una guerra de buena ley, respondió el doctor, el cual, no obstante su apacibilidad natural, era cazador en el fondo del alma.

Aquí estaban de la conversacion, cuando vieron



La arcadia boreal.

agitarse á los toros almizclados, cuyos corvejones casi mordia Duk, y mas lejos á Hatteras que, lanzando grandes gritos, los impelia hácia el doctor y el americano que se colocaron delante de aquella magnífica presa.

Entonces los toros se detuvieron, y espantándole menos la presencia de un solo enemigo, se dirigieron á Hatteras. Este les aguardó á pie firme, apuntó al cuadrúpedo que tenia mas cerca, é hizo fuego, sin que su bala, hiriendo al animal en medio del testuz, le contuviese en su arremetida. El segundo tiro de Hatteras no produjo mas efecto que volver mas furiosos á los animales, los cuales se arrojaron contra el cazador desarmado y le derribaron en un instante.

—¡Está perdido! esclamó el doctor.

En el momento de pronunciar Clawbonny estas palabras con el acento de la desesperacion, Altamont dió un paso hácia adelante para volar al socorro de Hatteras, pero se detuvo, luchando contra sí mismo y contra sus preocupaciones

—¡No! esclamó, ¡seria una felonía!

Y se lanzó al teatro del combate con Clawbonny.

Su vacilacion no habia durado mas que medio segundo. Pero si el doctor vió lo que pasaba en el alma del americano, Hatteras lo comprendió, y se hubiera dejado matar antes que implorar la intervencion de su rival. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de darse cuenta de nada, porque Altamont apareció junto á él.

Hatteras, derribado, procuraba parar las cornadas y coces de los dos animales, pero la lucha no podia prolongarse mucho tiempo.

Iba inevitablemente á ser despedazado, cuando resonaron dos tiros. Hatteras oyó el silbido de las balas que le rozaron casi la cabeza.

—¡Valor! esclamó Altamont, el cual, tirando el arma descargada, se precipitó contra los furiosos animales.

Uno de los toros, atravesado el corazon, cayó como herido por un rayo. El otro, en el colmo del furor, iba á despanzurrar al desgraciado capitan, cuando Altamont, colocándose á su frente, hundió entre sus mandíbulas abiertas, su mano armada del cuchillo de nieve, y con la otra le hendió la cabeza de un hachazo.

Todo pasó con una rapidez tan maravillosa, que á la luz de un solo relámpago se hubiera podido ver toda la escena. El segundo toro dobló sus corvejones y cayó muerto.

—¡Hurrah! ¡hurrah! esclamó Clawbonny.

Hatteras estaba salvado.

¡Debia, pues, la vida al hombre que detestaba mas en el mundo! ¡Qué pasó en su alma en aquel instante? ¿Qué movimiento humano que no pudo dominarse produjo en ella?

Hay en el corazon secretos cuya análisis es imposible.

Ello es que Hatteras, sin vacilar, se dirigió á su rival, y le dijo con voz grave:

Me habeis salvado la vida, Altamont.

Duck hostigando á los toros almizclados.

—Vos me habeis salvado la mia, respondió el americano.

Hubo un momento de silencio, y luego, Altamont, añadió:

—¡Estamos en paz, Hatteras!

—No, Altamont, respondió el capitan; cuando el doctor os sacó de vuestra tumba de hielo, yo ignoraba quien erais vos, y vos, sabiendo quien soy yo, me habeis salvado la vida con peligro de la vuestra.

—Porque vos sois mi semejante, respondió Altamont, y un americano será lo que se quiera, pero no un infame, ni un cobarde.

—¡No en verdad! esclamó el doctor, ¡es un hombre! ¡un hombre como vos, Hatteras!

—Y como yo, participará de la gloria que nos está reservada.

—La gloria de ir al polo Norte! dijo Altamont.

—¡Sí! respondió el capitan con un acento soberbio.

—¡Lo habia, pues, adivinado! esclamó el americano. ¡Os habeis atrevido á concebir semejante proyecto! ¡Habeis intentado alcanzar el punto innaccesible! ¡Ah! ¡eso es magnífico! ¡Yo os lo digo, es sublime!

—¿Pero vos, preguntó Hatteras con voz rápida, no os lanzabais, como nosotros, por el camino del polo?

Altamont parécia vacilar en responder.

—¿Qué decís? preguntó el doctor.

—¡Pues bien, no! respondió el americano. ¡No! ¡la verdad antes que el amor propio! ¡No! yo no he tenido el gran sentimiento que os ha arrastrado hasta aquí. Yo queria con mi buque salvar el paso del Noroeste y hé aquí todo.

—Altamont, dijo Hatteras, tendiendo la mano al americano, sed, pues, nuestro compañero de gloria y acompañadnos á descubrir el polo Norte.

Los dos se apretaron la mano afectuosamente, una mano franca y leal.

Cuando se volvieron hácia el doctor, este lloraba.

—¡Ah! amigos mios, murmuró, restregándose los ojos, ¡cómo puede mi corazon contener en este momento su alegría! ¡Ah! ¡mis queridos compañeros! habeis sacrificado, para reuniros en una empresa comun, las miserables cuestiones de nacionalidad! Os habeis dicho que Inglaterra y América nada tienen que ver en el asunto, y que una estrecha simpatía debia unirnos contra los peligros de nuestra espedicion. Si el polo Norte se alcanza, ¿qué importará que lo hayan descubierto unos ú otros? ¿Por qué rebajarnos individualmente, y acordarnos de si somos americanos ó ingleses, cuando podemos gloriarnos de ser hombres?

El buen doctor abrazaba á los enemigos reconciliados; no podia contener su alegría, y los dos nuevos amigos se sentian mas unidos aun por la amistad que el digno hombre profesaba á los dos. Clawbonny, sin poder reprimirse, hablaba de la vanidad de las competencias, de la locura, de las rivalidades, y del acuerdo, tan necesario entre hombres abandonados lejos de su país. Sus palabras, sus lágrimas, sus caricias, todo salió de lo mas íntimo de su corazon.

Se calmó despues de haber abrazado veinte veces á Altamont y á Hatteras.

—¡Y ahora, dijo, manos á la obra! Puesto que como cazador no he tenido ocasion de lucirme, utilicemos alguna otra de mis aptitudes.

Y empezó á despedazar al toro, al cual llamaba «el toro de la reconciliacion,» pero con tanta destreza, que parecia un cirujano, practicando una autopsia delicada.

Sus dos compañeros le miraban sonriéndose. En pocos minutos, el hábil práctico sacó del cuerpo del animal un centenar de libras de escelente carne; la dividió en tres partes, cargando cada cual con la suya, y emprendieron los tres directamente el camino del Fort-Providenze.

A las diez de la noche, marchando á la claridad de los oblícuos rayos del sol, los cazadores llegaron á Doctors-House, donde Johnson y Bell tenian preparada una buena cena.

Pero, antes de sentarse á la mesa, el doctor esclamó con acento de triunfo, indicando á Johnson sus dos compañeros de caza:

—Amigo Johnson, salieron de aquí conmigo, un inglés y un americano, ¿no es verdad?

—Sí, señor Clawbonny, respondió el contramaestre.

—Pues bien, vuelvo con dos hermanos.

Los marineros tendieron alegremente la mano á Altamont, el doctor les refirió lo que el capitan americano habia hecho por el capitan inglés, y aquella noche la casa de nieve albergó á cinco hombres completamente dichosos.

CAPITULO XVIII.

ULTIMOS PREPARATIVOS.

Al dia siguiente varió el tiempo, habiendo una rerecrudescencia de frio; la nieve, la lluvia y los torbellinos se sucedieron durante algunos dias.

Bell habia terminado su falúa, que correspondia perfectamente al objeto á que se la destinaba. Con su carroza á popa, y alta de borda, podia contrarestar una mar gruesa sin mas que su trinqnete y su foque, pudiendo por su ligereza ser conducida en el trineo sin agobiar demasiado á los perros.

En fin, se preparaba para los invernadores una alteracion de la mayor importancia en el estado del golfo polar. Los hielos en medio de la bahía empezaban á quebrantarse, y los mas altos, incesantemente minados por los choques, no necesitaban mas que una tempestad algo fuerte para desprenderse de la playa y convertirse en ice bergs movedizos. Hatteras no quiso, sin embargo, para empezar su escursion aguardar á que se consumara la dislocacion del campo del hielo. Puesto que el viaje tenia que hacerse por tierra, poco les importaba que el mar estuviese ó no libre. Fijó su marcha para el 25 de junio, á cuya fecha podian estar enteramente terminados todos los preparativos. Johnson y Bell se ocuparon en reparar perfectamente el trineo; se reforzaron sus asientos y se renovaron sus patines. Los viajeros contaban con poder aprovechar para su escursion algunas semanas de buen tiempo que la naturaleza concede á las regiones hiperbóreas. No eran, pues, tan crueles los padecimientos que habia que arrostrar, ni tan difíciles de vencer los obstáculos.

Algunos dias antes de la marcha, el 20 de junio, los hielos dejaron entre sí algunos pasos libres, de que los viajeros se aprovecharon para probar su falúa en un paseo hasta el cabo de Washington. El mar no estaba ni con mucho enteramente libre, pero, en fin, no presentaba ya una superficie sólida, y hubiera sido imposible intentar á pie una escursion por entre los icefields quebrantados.

Aquel medio dia de navegacion permitió apreciar las buenas cualidades náuticas de la falúa.

Durante su regreso, los navegantes fueron testigos de una escena curiosa, que consistió en la caza de una foca, llevada á cabo por un oso gigantesco. Este, afortunadamente se hallaba demasiado ocupado para percibir la falúa, pues de otra suerte no hubiera dejado de perseguirla. Estaba al acecho junto á una quebaja del ice-field, por la cual la foca se habia evidentemente sumergido. El oso espiaba, pues, su reaparicion con la paciencia de un cazador, ó por mejor decir, de un pescador, pues verdaderamente pescaba. Acechaba silencioso, sin moverse, ni dar señal alguna de vida.

Pero de repente se agitó algo en el agujero, y era el anfibio que subia para respirar; entonces el oso se tendió á lo largo sobre el campo helado, y con sus dos patas delanteras cerró el contorno de la quebraja.

Un instante despues apareció la foca con la cabeza fuera del agua, pero no tuvo tiempo de volverla á sumergir, porque las patas del oso, como distendidas por un resorte, se juntaron, apretaron al animal con un vigor irresistible, y lo arrancaron de su elemento predilecto.

La lucha fue rápida. La foca se defendió durante algunos segundos, y quedó estrujada contra el pecho de su colosal abversario. Este, llevándosela sin trabajo, aunque ella era de gran tamaño, y saltando ligeramente de un témpano á otro, hasta la tierra firme, desapareció con su presa.

—¡Buen viaje! dijo Johnson, el tal oso tiene á su disposicion demasiadas patas.

La falúa ganó muy pronto el ancon que Bell le habia preparado entre los hielos.

Cuatro dias faltaban aun á Hatteras y sus compañeros para emprender su marcha. Hatteras activaba los últimos preparativos. Tenia prisa en dejar aquella Nueva América, aquella tierra que no era suya, á que él no habia dado nombre, y en la cual se consideraba estranjero.

El 22 de junio se empezaron á trasportar al trineo los efectos de campamento, la tienda y las provisiones. Los viajeros se llevaban doscientas libras de carne salada, tres cajas de legumbres y de carnes en conserva, cincuenta libras de salmuera y de limeprice, cinco cuarters (1) de harina, paquetes de berros y de coclearia procedentes de las plantaciones del doctor, y además doscientas libras de pólvora, los instrumentos, las armas y otros utensilios. Todo junto con la falúa, el Haltk-Boat y el peso del trineo, formaba una carga de cerca de mil quinientas libras, que era muy pesada para cuatro perros, tanto mas cuanto que, contra la costumbre de los esquimales que no les hacen trabajar mas que cuatro dias seguidos, no teniendo quienes les reemplazasen, habian de tirar todos los dias. Pero los viajeros se prometian ayudarles en caso necesario, y no pensaban hacer sino jornadas cortas. La distancia de la bahía Victoria al polo era todo lo mas de 150 millas, y á 12 millas diarias se necesitaba un mes para salvarla. Además, cuando faltase la tierra, la falúa permitiria concluir el viaje sin fatiga para los perros ni para los hombres.

Estos gozaban de buena salud. La de todos era escelente: el invierno, aunque rudo, terminaba con suficientes condiciones de bienestar, pues todos, habiéndose dejado guiar por los consejos del doctor, se habian librado de las enfermedades inherentes á tan duros climas. Algo habian enflaquecido, sin embargo, de lo que se alegraba mucho el digno Clawbonny; pero habian acostumbrado el alma y el cuerpo á aquella áspera existencia, y aclimatados ya, podian sobrellevar sin sucumbir, las mas brutales pruebas de la fatiga y del frio.

Por otra parte, iban ya directamente al objeto de su viaje, á aquel polo inaccesible, y despues ya no tendrian que pensar mas que en la vuelta. La sim-

(1) 380 libras.

patía que unia á unos con otros á aquellos cinco hombres de la espedicion debia ayudarles á llevar felizmente á cabo su atrevido viaje, y ninguno de ellos dudaba del éxito de la empresa.

Previendo una espedicion lejana, el doctor habia obligado á sus compañeros á prepararse á ella con anticipacion y á desprenderse cuidadosamente del tejido celular superfino por medio de un ejercicio activo.

—Amigos mios, les decia, yo no os pido que imiteis á los corredores ingleses, cuyo peso disminuye diez y ocho libras en dos dias de carrera y veinticinco en cinco dias; pero es menester hacer algo para colocarse en las mejores condiciones posibles que requiere un largo viaje. Lo primero, en el corredor como en el jockey, es suprimir la grasa, lo que se consigue por medio de purgantes, traspiraciones y ejercicios violentos. Esos gentleman saben que este procedimiento cuesta menos que las medicinas á que sin él tendrian que recurrir, y obtienen resultados verdaderamente prodigiosos. De algunos se cuenta que antes de adoptar este método no podian correr el espacio de una milla sin sofocarse, y que despues de adoptarlo han podido fácilmente correr el espacio de 25. Se cita á un tal Townsed que, sin detenerse, andaba 100 millas en doce horas.

—¡Magnífico resultado! respondió Johnson, y aunque nosotros no estamos muy gordos, si es preciso enflaquecer aun mas...

—Es inútil, Jonhson, pero podemos decir sin exagerar, que el procedimiento produce buenos efectos; da mas resistencia á los huesos, mas elasticidad á los músculos, mas perspicacia al oido, mas claridad á la vista, y por tanto no lo olvidemos.

En fin, olvidando ó no el procedimiento, los viajeros estuvieron en disposicion de partir el 23 de junio, y como era domingo, se pasó todo el dia en un absoluto reposo.

El instante de la partida se acercaba, y los habitantes del Fort-Providenze no le veian llegar sin cierta emocion. No sin cierto dolor en el corazon dejaban aquella choza de nieve, què tan bien habia desempeñado su oficio de casa, y aquella bahía Victoria, aquella playa hospitalaria en que habian pasado los últimos meses de invernada. ¿Hallarian á su regreso aquellas construcciones? ¿Los rayos del sol acabarian de licuar sus frágiles paredes?

Allí se habian pasado muy buenos ratos, que el doctor durante la cena recordó á sus compañeros, y no se olvidó de dar gracias al cielo por su visible proteccion.

Llegó al fin la hora del sueño. Todos se acostaron para levantarse muy de mañana. Tal fue la última noche pasada en Fort-Povidenze.

CAPITULO XIX.

MARCHA AL NORTE.

Al dia siguiente, al rayar el alba, Hatteras dió la señal de marcha. Los perros fueron enganchados al trineo. Bien alimentados y descansados, despues de un invierno pasado en muy buenas condiciones, no tenian ninguna razon para no prestar grandes servicios durante el verano. No se hicieron, pues, de rogar para ponerse sus arneses de viaje.

Eran aquellos perros groenlandeses muy honrados animales. Su salvaje naturaleza se habia modificado poco á poco; perdian cada dia mas la semejanza que tenian con el lobo, para irse pareciendo á Duk, el mas acabado modelo de la raza canina; en una palabra, se civilizaban.

Duk podia indudablemente reclamar una parte en su educacion, él les habia dado lecciones de compañerismo y predicaba con el ejemplo; en su cualidad de inglés, muy puntilloso en cuestiones de urbanidad, tardó mucho tiempo en familiarizarse con perros «que no le habian sido presentados en debida forma,» y al principio no les dirigió la palabra; pero á fuerza de participar de los mismos peligros, de las mismas privaciones y de la misma fortuna, contrajo poco á poco relaciones íntimas con animales de raza tan diferente. Duk, que tenia buen corazon, dió los primeros pasos, y toda la gente de cuatro patas formó luego una sola familia.

El doctor acariciaba á los groenlandeses, y Duk no tenia envidia á aquellas caricias distribuidas entre sus congéneres.

No se hallaban los hombres en peor estado que los animales, y si estos debian tirar mucho, aquellos se habian propuesto no andar menos.

Se partió á las seis de la mañana estando el tiempo hermoso. Despues de haber dado vuelta á la bahía y doblado el cabo Washington, Hatteras trazó directamente el camino hácia el Norte, y á las siete los viajeros perdian de vista en el Sur el cono del faro y el Fort-Providenze.

El viaje se presentaba bien, y sobre todo mucho mejor que la espedicion en busca de carbon emprendida en pleno invierno. Hatteras dejaba entonces en pos, á bordo de su buque, la revuelta y la desesperacion, sin estar seguro de la existencia del objeto hácia el cual se dirigia, abandonaba una tripulacion medio muerta de frio; partia con compañeros debilitados por las miserias de un invierno ártico, y él, el hombre del Norte, volvia hácia el Sur. Ahora, al contrario, rodeado de amigos vigorosos y sanos, sostenido, alentado, empujado, marchaba al polo, al sueño dorado de toda su vida. Nunca hombre alguno habia estado tan próximo á adquirir esta gloria inmensa para su país y para sí mismo.

¿Pensaba en todas estas cosas tan naturalmente inspiradas por la situacion presente? El doctor se complacia en suponerlo, y de ello no podia dudar viéndole tan afanoso. El buen Clawbonny gozaba pensando en lo que gozaba su amigo, y desde la reconciliacion de los dos capitanes de sus dos amigos, se consideraba el mas feliz de los hombres, él, la mejor de las criaturas, incapaz de concebir una idea de odio, envidia ó competencia. ¿Cuál seria el resultado de aquel viaje? Lo ignoraba, pero empezaba bien y esto era ya mucho.

En el Oeste la costa occidental de la Nueva-América se prolongaba mas allá del cabo Washington formando sucesivas bahías. Los viajeros, para evitar aquella inmensa curva, despues de haber salvado las primeras pendientes de Bell Mont, se dirigieron hácia el Norte por las mesetas superiores. Así se economizaba mucho camino. Hatteras queria, á no ser que á ello se opusiesen obstáculos imprevistos de estrecho ó de montaña, tirar una línea recta de trescientas cincuenta millas desde el Fort Providenze hasta el Polo.

El viaje se hácia comodamente. Las llanuras alteradas ofrecian vastos tapices blancos, sobre los cuales el trineo, con los aros debidamente azufrados, se deslizaba con facilidad, y los hombres, calzados con sus snow-shoes, andaban con paso seguro y rápido.

El termómetro indicaba 37° (+3° centíg.) El tiempo no era absolutamente fijo, pues tan pronto se presentaba claro como nebuloso; pero ni el frio, ni los torbellinos hubieran detenido á viajeros tan decididos á seguir adelante.

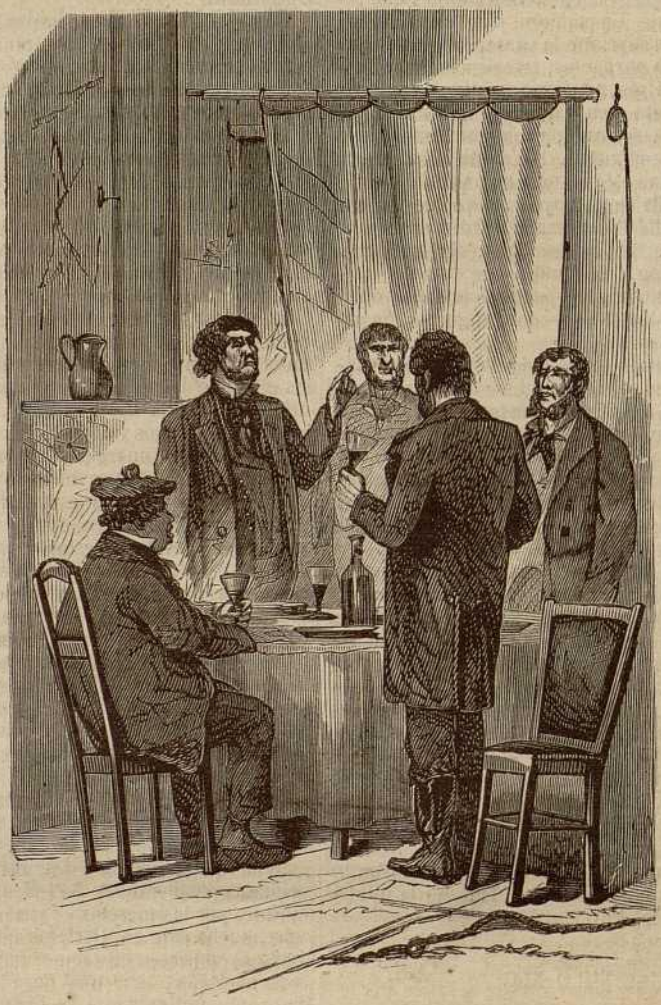
El camino con el compás náutico se trazaba fácilmente. Alejándose del polo magnético, la aguja se volvia menos perezosa, y ya no oscilaba. Verdad es que, dejando atrás el punto magnético, la aguja se volvia bácia él, y marcaba, si así puede decirse, el Sur á gentes que marchaban hácia el Norte, pero

esta indicacion inversa no complicaba ni dificultaba ningun cálculo.

Además, el doctor inventó un sistema de miras de alineacion muy sencillo, que evitaba recurrir incesantemente á la brújula. Una vez establecida la posicion, los viajeros en los dias claros se fijaban en un objeto exactamente colocado al Norte y situado á dos ó tres millas de donde ellos se hallaban. Entonces marchaban hácia él hasta que lo habian alcanzado, despues escogian otro siguiendo la misma direccion, y así sucesivamente.

Durante los primeros dias del viaje, anduvieron á razon de veinte millas por doce horas. El resto del tiempo se invertia en comer y descansar, bastando la tienda para preservar del frio durante las horas del sueño.

La temperatura tendia á elevarse. La nieve se licuaba enteramente en algunos puntos espuestos al



Ultima cena en la casa de nieve.

sol, al paso que otros conservaban su blancura inmaculada. Charcos de agua y hasta verdaderos estanques, que podian casi pasar por lagos, se formaban en distintas direcciones, hundiéndose á veces en ellos hasta media pierna los viajeros, lo que les hacia reir mucho; sobre todo al doctor, á quien hacian feliz aquellos baños inesperados.

El agua, decia él, no tiene en este país permiso para mojarnos. Es un elemento que aquí solo tiene derecho al estado sólido y al estado gaseoso. En cuanto al estado líquido, es un abuso. Hielo ó vapor, corriente, pero agua, nunca.

Durante la marcha, no se habia olvidado la caza para procurarse una alimentacion fresca. Altamont y Bell, sin separarse demasiado, recorrian los barrancos próximos, y mataban ptarmiganos, gansos y algunas liebres grises; pero no tardaron los animales en volverse tímidos y ariscos, y huian desde muy lejos. Sin Duk, los cazadores algunos dias hubieran hecho muy poco negocio.

Hatteras les recomendaba que no se alejesen mas allá de una milla, porque no queria perder un dia, ni una hora, y no podia contar mas que con tres meses de buen tiempo.

Era, además, preciso que ocupasen todos su puesto junto al trineo cuando se llegaba á algun punto difícil, á alguna garganta estrecha, á algunas cuestas muy pendientes que tenian que pasarse. Entonces todos tiraban del vehículo ó lo empujaban ó lo sostenian, y mas de una vez hubo necesidad de descargarlo de

todo, lo que no era aun suficiente para prevenir choques, y por consiguiente averías, que Bell reparaba del mejor modo posible.

El tercer dia, miercoles 26 de junio, los viajeros encontraron un lago que tenia bastante estension, y se hallaba aun enteramente helado á consecuencia de su orientacion al abrigo del sol, siendo su hielo bastante duro para soportar el peso de los viajeros y del trineo. Aquel hielo procedia al parecer de un invierno lejano, pues el lago, atendida su posicion, no debia deshelarse nunca. Era un espejo compacto contra el cual nada podian los veranos árticos, y esta observacion se hallaba confirmada por sus orillas rodeadas de una nieve seca, cuyas capas inferiores pertenecian sin duda á años precedentes.

Desde aquel momento el pais se deprimió sensiblemente, de lo que el doctor dedujo que no podia tener mucha estension hácia el Norte, siendo ademas muy verosímil que la Nueva-América no fuese mas que una isla y no se desenvolviese hasta el mismo polo. El terreno poco á poco se iba haciendo llano, y solo hácia el Oeste se levantaban algunas humildes colinas niveladas por el alejamiento y envueltas en una bruma azulada.

Hasta entonces la espedicion se hizo sin fatiga. Lo único que molestaba á los viajeros era la reverberacion en la nieve de los rayos solares. Aquella reflexion interna podia acarrearles snow-blindness (1) que era imposible evitar. Para evitar este inconveniente, en cualquier otro tiempo hubieran viajado de noche, pero entonces no habia noche. Afortunadamente, la nieve tendia á derretirse, y perdia mucho de su brillo cuando estaba próxima á convertirse en agua.

El 28 de junio la temperatura se elevó á 45° sobre cero (+7° centíg.) Esta subida termométrica se presentó acompañada de una lluvia abundante, que los viajeros recibieron estóicamente, y hasta con gusto, porque aceleraba la descomposicion de las nieves. Fue menester ponerse el calzado de piel de gamo, y variar el sistema de deslizamiento del trineo. La marcha sufrió algun retraso, pero, como no habia obstáculos serios, se avanzaba mas ó menos.

Algunas veces el doctor cogia en el camino piedras redondeadas ó chatas, á la manera de los guijarros gastados por el movimiento de las olas, y entonces se creia muy cerca del golfo polar. Sin embargo, la llanura se estendia sin cesar á cuanto alcanzaba la vista.

La llanura no ofrecia ningun vestigio de habitacion, ni chozas, ni cairns, ni escondrijos de esquimales. Nuestros viajeros eran evidentemente los primeros que pisaban aquella nueva comarca. Los groenlandeses, cuyas tribus pueblan las tierras árticas, no llegaban nunca tan lejos, y sin embargo en aquel pais la caza hubiera sido fructuosa para aquellos desgraciados siempre hambientos. Se veian de cuando en cuando algunos osos á sotavento que seguian á la pequeña caravana, sin manifestar intencion de atacarla. A lo lejos aparecian toros almizclados formando numerosas manadas. Se veian tambien renos, de que el doctor hubiera querido apoderarse para reforzar el tiro del trineo, pero se manifestaban muy recelosos y era imposible coger ningun vivo.

El 29 Bell mató una zorra, y Altamont tuvo la fortuna de derribar un toro almizclado de regular tamaño, despues de haber dado á sus compañeros una alta idea de su destreza y sangre fria. Era verdaderamente un cazador maravilloso, y el doctor, que sabia lo que era caza, le admiraba mucho. El toro fue hecho pedazos, y suministró un alimento fresco y abundante.

Aquellas casuales comidas sanas y suculentas eran siempre bien recibidas. Los menos glotones no podian abstenerse de dirigir miradas de satisfaccion á la tajadas de carne viva. El doctor se reia de sí mismo, cuando se sorprendia en éxtasis delante de ellas.

—No nos hagamos los desganados decia, la comida es una cosa importante en las espediciones polares.

—Sobre todo, respondió Johnson, cuando depende de un tiro mas ó menos certero.

—Teneis razon, estimado Johnson, replicaba el doctor, y se piensa menos en comer cuando se sabe que están los pucheros cociendo con regularidad, en los hornillos de la cocina.

El 30, el pais, contra todas las previsiones, se presentó muy accidentado, como si le hubiese sacudido una conmocion volcánica. Los conos y los picahos agudos se multiplicaron hasta lo infinito, y algunos eran gigantescos.

Empezó á soplar con violencia una brisa de Sudeste que degeneró pronto en un verdadero huracan. Mugia por entre los peñascos coronados de nieve y las montañas de hielo, las cuales, no obstante hallar se en tierra firme, afectaban formas de hummooks y de ice-bergs. Su presencia en aquellas elevadas mesetas era inesplicable hasta para el doctor, que sabia esplicarlo todo.

Sucedió á la tempestad un tiempo caliente y húmedo, que produjo un general deshielo. Resonaban en todas direcciones los chasquidos de los témpanos mezclados con el estrépito mas imponente de los aludes.

Los viajeros evitaban cuidadosamente el paso por las laderas de las colinas, y hasta se abstenian de hablar alto, porque el ruido de la voz podia, agitando el aire, determinar catástrofes. Eran testigos de derrumbamientos frecuentes y terribles que no habrian tenido tiempo de prever, porque el carácter principal de los aludes polares es una espantosa instantaneidad, en lo que diferencian de los de Suiza y Noruera, donde se forma una bola, poco considerable en un principio, que creciendo por la justaposicion ó asimilacion de las nieves y de las rocas que encuentra al paso, cae con una rapidez progresiva, devasta los bosques, derriba las aldeas, pero emplea en precipitarse un tiempo susceptible de ser apreciado. No sucede lo mismo en las comarcas atacadas por el frio ártico. La dislocacion de la mole de hielo es en ellas inesperada, fulminante. Parte y cae instantáneamente, y el que la viese oscilar en su línea de proyeccion seria inevitablemente aplastado por ella. No es mas rápida la bala de cañon, no es mas pronto el rayo. Desprenderse, caer y aplastar es todo una sola cosa para el alud de las tierras borealeas, el cual rueda con el formidable retumbo de los truenos, encontrando repercusiones estrañas de ecos mas plañideros que ruidosos.

Asi, pues, delante de los espectadores atónitos, se producian algunas veces verdaderas trasformacione; que podia seguir la vista. El pais se metamorfoseabas la montaña se convertia en llanura bajo la atraccion de un deshielo repentino; cuando el agua del cielo, infiltrada en las hendiduras de las grandes moles, se solidificaba por el frio de una sola noche, rompia entonces todo obstáculo por su irresistible espansion, mas poderosa aun pasando al estado de hielo que pasando al estado de vapor, y el fenómeno se cumplia con una espontaneidad espantosa.

Afortunadamente, ninguna catástrofe sobrevino al trineo y á sus conductores. Se tomaron precauciones, y se evitó todo peligro. Ademas, aquel pais, erizado de crestas, de picos, de lomas y de ice-bergs, no tenia una grande estension, y tres dias despues, el 3 de julio, los viajeros se encontaron en las llanuras mas fáciles.

(1) Enfermedad palpebral ocasionada por la reberveracion de las nieves.

Pero entonces un nuevo fenómeno sorprendió sus miradas, un fenómeno que por espacio de mucho tiempo escitó las pacientes investigaciones de los sabios de los dos mundos. La pequeña caravana seguia una cordillera de colinas que tendrian unos cincuenta pies de estension, la cual cordillera se estendia á muchas millas, y su vértice oriental estaba cubierta de nieve, pero de una nieve enteramente roja.

Se concibe la sorpresa que esperimentaron todos. Se conciben sus esclamaciones, y hasta el primer efecto algo aterrador de aquella larga cortina carmesí. El doctor se apresuró, ya que no á tranquilizar, al menos á instruir á sus compañeros, conocia aquella particularidad de las nieves rojas, y los trabajos de análisis química hechos sobre el particular por Wollaston, de Candolle y Baüer. Dijo, pues, que aquella nieve se encuentra, no solo en las comarcas árticas, sino tambien en Suiza, en medio de los Alpes. De Sausure recogió de ella una gran cantidad en el Breven, en 1760, y despues los capitanes Ross, Sabine y otros navegantes la recogieron en abundancia en sus espediciones boreales.

Altamont interrogó al doctor sobre la naturaleza de aquella sustancia estraordinaria, y el doctor le dijo que aquel color procedia únicamente de la presencia de corpúsculos orgánicos. Durante mucho tiempo los químicos se preguntaron si aquellos corpúsculos eran de naturaleza animal ó vegetal; pero reconocieron en fin que pertenecian á la familia de los hongos microscópicos del género «Uredo,» llamado por Baffier «Uredo nivalis.»

Entonces el doctor, hundiendo en la nieve su baston con punta de hierro, hizo ver á sus compañeros que la capa de color de escarlata media 9 pies de profundidad, y les dió á entender el número que en un espacio de muchas millas podia hacer de aquellos hongos, de los cuales los sabios contaron 43,000 en un centímetro cuadrado.

Aquel color, segun la disposicion de la vertiente, debia remontarse á un tiempo muy remoto, porque aquellos hongos no se descomponen por la evaporacion ni por la licuacion de las nieves, y su color no se altera.

El fenómeno aun despues de esplicado, no pareció menos estraño á los compañeros del doctor. El color rojo se halla poco esparcido en dilatadas estensiones en la naturaleza. La reverberacion de los rayos del sol en aquel tapiz de púrpura producia efectos estraños, dando á los objetos circunstantes, á las rocas, á los hombres y á los animales, un matiz de fuego, como si estuviesen alumbrados por una antorcha interior, y cuando aquella nieve se licuaba, parecia que arroyos de sangre corrian debajo de los pies de los viajeros.

El doctor que no habia podido examinar aquella sustancia cuando la vió, en los Crimson-cliff del mar de Baffin, teniéndola entonces á discrecion, cogió no poca y la embotelló cuidadosamente.

Aquel terreno rojo, aquel «Campo de sangre,» como él le llamó, no se dejó atras sino despues de tres horas de marcha, y el pais recobró su habitual aspecto.

CAPITULO XX.

HUELLAS EN LA NIEVE.

El dia 4 de julio se pasó en medio de una niebla muy espesa. El camino al Norte no se pudo seguir sino con las mayores dificultades, siendo á cada instante preciso el compás náutico para verificarlo. Por fortuna, no sobrevino durante la oscuridad mas accidente que el de haber perdido Bell sus snow-shoes, que se compieron contra el corte de una roca.

—A fe mia, dijo Johnson, yo me figuraba que despues de haber frecuentado la Mersey y el Támesis tenia el derecho de manifestarme difícil en materia de nieblas, pero veo que me engañaba.

—Pues bien, respondió Bell, deberíamos encender antorchas como en Lóndres ó en Liverpool.

—¿Por qué no? replicó el doctor; la idea es buena; no se alumbraria mucho el camino, pero al menos se veria el guia, y seguiriamos mejor la línea recta.

—¿Pero cómo lo haríamos, dijo Bell, para procurarnos antorchas?

—Con estopa empapada en espíritu de vino y puesta en un estremo de nuestros palos.

—Bien pensado, respondió Johnson, y es cosa que puede hacerse desde luego.

Un cuarto de hora despues, la comitiva volvia á emprender su marcha al resplandor de las antorchas en medio de la húmeda oscuridad.

Pero aunque se seguia mejor la línea recta, no por eso andaba mas de prisa, y los tenebrosos vapores no se disiparon hasta el 6 de julio, en cuya época se enfrió la atmósfera, y un viento del Norte bastante fuerte se llevó toda aquella niebla como los harapos de una túnica destrozada.

El doctor fijó inmediatamente la posicion, y vió que los viajeros durante la niebla no habian andado por término medio mas que 8 millas diarias.

El 6 se trató de ganar el tiempo perdido, y se partió muy de madrugada. Altamont y Bell formaron la vanguardia, sondeando el terreno y procurando levantar la caza. Duk les acompañaba. El tiempo con su asombrosa movilidad se habia puesto muy claro y muy seco, y aunque los guias se hallaban á 2 millas del trineo, el doctor no perdia de vista ninguno de sus movimientos.

Quedó asombrado viéndoles detenerse de repente y tomar una actitud de sorpresa. Parecia que miraban ansiosamente á lo lejos como si interrogasen al horizonte.

Despues, hagachándose, examinaban con atencion y se levantaban sorprendidos. Bell al parecer queria seguir adelante, pero Altamont le contuvo.

—¿Qué están haciendo? dijo el doctor á Johnson.

—Los examino como vos, señor Clawbonny, respondió el viejo marino, y no comprendo sus ademanes.

—Habrán encontrado huellas de animales, dijo Hatteras.

—No puede ser, contestó el doctor.

—¿Por qué?

—Porque Duk ladraria.

—Huellas son, sin embargo, lo que observan.

—Adelante, dijo Hatteras, pronto sabremos á qué atenernos.

Johnson escitó á los perros, los cuales tomaron un trote mas rápido.

Veinte minutos despues, los cinco viajeros estaban reunidos, y Hatteras, el doctor y Johnson participaban de la sorpresa de Bell y Altamont.

En efecto, huellas de hombres, visibles, incontestables y frescas como si fuesen de la víspera, se veian diseminadas por la nieve.

—Son esquimales, dijo Hatterrs.

—En efecto, respondió el doctor, hé aquí las impresiones de sus abarcas.

—¿Lo creeis? dijo Altamont.

—Es indudable.

—¿Pero esta pisada? repuso Altamont indicando una huella varias veces repetida.

—¿Esta pisada?

—¿Os parece que es de un esquimal?

El doctor miró atentamente y quedó atónito. La impresion de un zapato europeo con sus clavos, su suela y su tacon, estaba profundamente marcdada en la nieve. No cabia duda; un hombre, un estranjero habia pasado por allí.

—¡Europeos aquí! esclamó Hatteras.

—Evidentemente, dijo Johnson.

—Y sin embargo, dijo el doctor, es el hecho tan improbable, que es preciso pensarlo mas de una vez antes de decidirse.

El doctor examinó de nuevo las pisadas, y las volvió á examinar, y se vió obligado á reconocer su orígen estraordinario.

No quedó mas asombrado el héroe de Daniel de Foe cuando encontró la huella de un pie en la arena de su isla; pero lo que él esperimentó fue miedo, y lo que esperimentaba Hatteras era despecho. ¡Un europeo tan cerca del polo!

Se siguió adelante para reconocer aquellas huellas, que se repetian en un trayecto de un cuarto de milla, mezcladas con vestigios de abarcas y alpargatas, y luego se continuaban hácia el Oeste.

Llegados á este punto, los viajeros se preguntaron si debian continuar siguiendo aquella pista.

—No, respondió Hatteras, vámonos ..

Fue interrumpido por una esclamacion del doctor, que se encontró en la nieve un objeto aun mas convincente, acerca de cuyo orígen no podia caber duda. Era el objetivo de un anteojo de bolsillo.

—¡Ahora, dijo, no se puede ya dudar de la presencia de un estranjero en esta tierra!

—¡Adelante! esclamó Hatteras.

Y con tanta energía pronunció esta palabra, que todos le siguieron. El trineo volvió á emprender su marcha un momento interrumpida.

Todos examinaban el horizonte con ansiedad, todos, menos Hatteras, á quien animaba una cólera sorda y no queria ver nada. Sin embargo, como se corria el riesgo de tropezar con un destacamento de viajeros, era menester tomar precauciones. Era en verdad una gran desgracia verse precedido en aquel camino ignorado. El doctor, sin esperimentar la cólera de Hatteras, no dejaba de sentir cierto despecho, á pesar de su filosofía natural. Altamont parecia tambien vejado, y Johnson y Bell murmuraban entre dientes palabras amenazadoras.

—Paciencia, dijo en fin el doctor, hagamos de las tripas corazon.

—Presiso es confesar, dijo Johnson, sin que Altamont le oyese, que tendria lances hacer un viaje al polo, y encontrar el sitio tomado.

—Y sin embargo, respondió Bell, no cabe la menor duda...

—Ninguna, replicó el doctor, yo me devaneo los sesos para esplicarme la aventura, y porque me parece improbable, imposible, tengo que rendirme á la evidencia. Aquel zapato no habria dejado huella su la nieve sin hallarse en el estremo de una pierna, y sin que esta pierna estuviese unida á un cuerpo humano. Si fuesen esquimales, pase, ¡pero un europeo!

—El hecho es, respondió Johnson, que si encontramos que nos han cogido las camas en la posada del estremo del mundo, el chasco será solemne.

—Muy solemne, respondió Altamont.

—En fin, allá veremos, dijo el doctor.

Y se siguió la marcha.

Aquel dia pasó sin que ningun hecho nuevo confirmase la presencia de estranjeros en aquella parte de la Nueva América, y los viajeros establecieron su campamento para pasar la noche.

Habiendo saltado al Norte un viento bastante fuerte, fue preciso buscar para la tienda un abrigo seguro en una hondonada. El cielo estaba amenazador; prolongadas nubes surcaban el aire con mucha rapidez, besando casi la tierra, y la vista podia difícilmente seguirlas en su desenfrenado curso. Algunas veces, girones de aquellas nubes se arrastraban por el suelo, y no sin grandes dificultades podia la tienda contrarestar el huracan.

—Mala noche se prepara, dijo Johnson, despues de cenar.

—No será fria, pero será estrepitosa, respondió el doctor; tomemos precauciones, y aseguremos la tienda con grandes piedras.

—Teneis razon, señor Clawbonny; si el huracan se nos llevase nuestro abrigo de lienzo, Dios sabe dónde lo alcanzaríamos.

Se tomaron las mas minuciosas precauciones para conjurar aquel peligro, y los viajeros fatigados procuraron dormirse.

Pero no les fue posible. La tempestad se habia desencadenado, y se precipitaba del Sur al Norte con una incomparable violencia. Las nubes se desparramaban por el espacio como el vapor fuera de una caldera que acaba de reventar; los últimos aludes, á impulsos del huracan, caian al fondo de los valles, y los ecos les contestaban con sordas repercusiones; la atmósfera parecia ser teatro de un combate á muerte entre el aire y el agua, dos elementos formidables en sus cóleras, y solo el fuego faltaba á la batalla.

El oido sobrescitado percibia en la confusion general de los ruidos particulares, no el rumor que acompaña la caida de los cuerpos pesados, sino el chasquido claro de los cuerpos que se rompen. Se oian distintamente sonidos francos y tersos, como los del acero que se rompe, en medio de los mugidos prolongados de la tempestad.

Estos últimos se esplicaban naturalmente por los aludes que los torbellinos retorcian, pero el doctor no sabia á qué atribuir los otros.

Aprovechándose de los instantes de silenciosa ansiedad, durante los cuales parecia que el huracan tomaba aliento para soplar con mas violencia, los viajeros se daban cuenta unos á otros de sus respectivas suposiciones.

Se producen choques, decia el doctor, como si hubiese un combate de los ice-begs y de los ice-fields.

—Sí, respondió Altamont, diríase que la corteza de la tierra salta toda entera. ¿Oís?

—Si estuviésemos cerca del mar, añadia el doctor, creeria verdaderamente en un rompimiento de los hielos.

—En efecto, respondió Johnson, este ruido no tiene otra esplicacion.

—¡Si habremos llegado á la costa! dijo Hatteras.

—No seria imposible, respondió el doctor; oid, añadió despues de un chasquido sumamente violento, ¿no se diria que tenemos cerca una dislocacion de los hielos? Muy posible es que estemos cerca del Océano.

—Si asi fuese, repuso Hatteras, no vacilaria en lanzarme por entre los campos de hielo.

—¡Oh! esclamó el doctor, una tempestad semejante ha de haber quebrantado necesariamente los hielos. Mañana veremos; lo que es esta noche, si hay alguno que viaje, le compadezco con toda mi alma.

El huracan duró diez horas sin interrupcion, y ninguno de los huéspedes de la tienda pudo cerrar los ojos, pues pasaron toda la noche profundamente inquietos.

—En efecto, en circunstancias como aquellas, cualquiera incidente nuevo, una tempestad, un alud, podia ocasionar retrasos graves. El doctor hubiera querido salir de la tienda para reconocer el estado de la atmósfera; ¿pero cómo aventurarse estando el viento tan desencadenado?

Afortunadamente, al amanecer se apaciguió el huracan, y se pudo salir de la tienda, la cual habia resistido valerosamente. El doctor Hatteras y Johnson se dirigieron á una colina que tendria unos trescientos pies de elevacion, y con bastante facilidad se encaramaron por ella.

Sus miradas se pasearon entonces por un país metamorfoseado, compuesto de rocas vivas, de agudos picos, y completamente desprovisto de hielo. Aquello era el verano que sucedia de improviso al invierno espulsado por la tempestad; la nieve, cortada por el huracan como por una hoja afilada, no habia tenido tiempo de convertirse en agua, y aparecia la tierra con toda su aspereza primitiva.

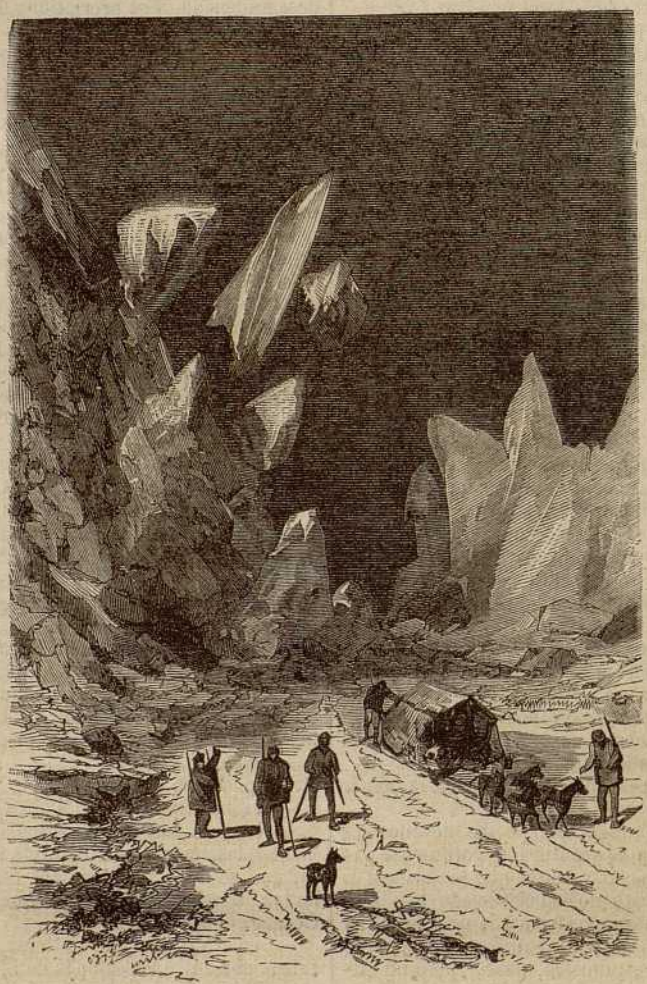
Pero hácia el Norte se dirigieron rápidamente las miradas de Hatteras, y allí el horizonte parecia bañado en negros vapores.

—Aquellos vapores oscuros, dijo el doctor, podrian muy bien estar producidos por el Océano.

—Teneis razon; respondió Hatteras, el mar debe estar allí.

—Aquel color es el que nosotros llamamos el «blinck» del agua libre, dijo Johnson.

—Precisamente, repuso el doctor.



La partida al Norte.

—¡Pues bien, al trineo! esclamó Hatteras, ¡y marchemos á este nuevo Océano!

—Eso os alegra el corazon, dijo Clawbonny al capitan.

—Sí, por cierto, respondió éste con entusiasmo, ¡antes de muy poco, habremos alcanzado el polo! ¿Y á vos, mi querido doctor, no os hace feliz esta perspectiva?

—¡Oh! ¡á mí me hace todo feliz, y principalmente la felicidad de los otros!

Los tres ingleses volvieron á la hondonada, y preparado el trineo, se levantó el campo. Volvióse á emprender la marcha, temiendo todos encontrar de nuevo las huellas del dia anterior; pero durante el resto del camino, no se presentó en el suelo ningun vestigio de pasos estranjeros ni indígenas. Tres horas despues, los viajeros llegaban á la costa.

—¡El mar! el mar! clamaban todos á la vez.

—¡Y el mar libre! gritó el capitan.

Eran las diez de la mañana.

En efecto, el huracan habia barrido el golfo polar; los témpanos, quebrantados y removidos, se agitaban en todas direcciones; los mayores, formando ice-bergs, acababan de «levar el ancla,» segun la espresion de los marinos, y flotaban en el mar libre. El campo habia sido rudamente asaltado por el viento, y un granizo de hojas delgadas, rebabas y polvo de hielo estaba esparcido por los peñascos circunstantes. Lo poco que quedaba del ice-fiel al nivel del

la playa parecia podrido; en las rocas, en que se estrellaban las olas, verdeaban anchas algas marinas entre algunos copos de una ova descolorida.

El Océano se estendia mas allá del alcance de la vista, sin que ninguna isla, ninguna tierra nueva, limitase el horizonte.

La costa, en el Este y el Oeste, formaba dos cabos que en suave pendiente iba á perderse en medio de las olas. El oleaje se rompia en su estremidad, y una ligera espuma se agitaba á impulsos del viento como una blanca sábana. Asi moria la tierra de la Nueva América en el Océano polar, sin convulsiones, tranquila y ligeramente inclinada. Se redondeaba en forma de bahía muy abierta y constituia una ensenada de herradura limitada por los dos promontorios. En el centro, una roca saliente formaba un ancon natural abrigado por tres lados, que penetraba en la tierra por el ancho lecho de un rio, el cual era el camino ordinario de las nieves licuadas despues del invierno, y que en aquella ocasion era un torrente.

Hatteras, despues de darse cuenta de la configu-

La falúa.

racion de la costa, resolvió hacer en aquel mismo dia los preparativos de marcha, echar al mar la falúa, desmontar el trineo y conservarlo para las escursiones sucesivas.

Todos los preparativos podian ocupar el resto del dia. Se levantó, pues, la tienda, y despues de una comida abundante empezóse á trabajar. Entre tanto, el doctor cogió sus instrumentos para orientarse y levantar el plano hidrográfico de una parte de la bahía.

Hatteras activaba el trabajo, porque tenia mucha prisa en partir, deseando pisar la tierra firme y coger la delantera, en el caso de que llegase al mar algun destacamento.

A las cinco de la tarde Johnson y Bell podian ya cruzarse de brazos. La falúa se balanceaba graciosamente en el pequeño ancon, con el palo erguido, arriado el foque y cargado el trinquete. A ella se habian trasportado las provisiones y las partes desmontadas del trineo, no quedando mas para embarcar al dia siguiente que la tienda y algunos avios de campamento.

El doctor, á su vuelta, halló terminados todos los aprestos. Viendo la falúa tranquila y al abrigo de los vientos, pensó en dar un nombre á la rada, y propuso el de Altamont.

La proposicion se admitió sin discutirse, y á todos pareció perfectamente justa.

La rada fue en consecuencia llamada Altamont-Harbour.

Segun los cálculos del doctor, se hallaba situado á los 87° 05' de latitud y 118° 5' de longitud al oriente de Greenvich, es decir, á menos de 3° del polo. Los viajeros habian salvado una distancia de 200 millas desde la bahía Victoria hasta el puerto de Altamont.

CAPITULO XXI.

EL MAR LIBRE.

Al dia siguiente por la mañana, Johnson y Bell procedieron al embarque de los efectos de campamento. A las ocho, los preparativos de marcha estaban terminados. En el momento de dejar aquella costa, el doctor empezó á pensar en los viajeros cuyas huellas se habian encontrado, incidente que no dejaba de preocuparle.

¿Querian aquellos hombres ganar el polo Norte? ¿tenian á su disposicion algun medio de pasar al Océano polar? ¿Se les volveria á encontrar en aquel camino nuevo?

En tres dias ningun vestigio habia descubierto la presencia de aquellos viajeros, y en verdad que cualesquiera que ellos fuesen, no debian haber llegado á Altamont-Harbour, que era un lugar enteramente vírgen aun de pasos humanos.

El doctor, sin embargo, perseguido por sus pensamientos, quiso echar al país la última ojeada, y se encaramó á una eminencia que tendria todo lo mas cien pies de elevacion, pudiendo desde ella recorrer su mirada todo el horizonte del Sur.

Llegado á la cima, miró con el anteojo. ¡Pero cuál fue su sorpresa al notar que nada veia, no ya á lo lejos en las llanuras, sino ni aun á la distancia de dos pasos! Esto le pareció muy singular, examinó de nuevo, y en fin, miró su anteojo... le faltaba el objetivo.

—¡El objetivo! esclamó.

Se comprende la revelacion súbita que se hacia en su mente. Dió un grito bastante fuerte para que sus compañeros le oyesen, y la curiosidad de estos fue grande viéndole á toda prisa bajar de la colina.

—¿Y bien, que sucede? preguntó Johnson,

El doctor, sofocado, no pudo en un principio pronunciar una palabra; pero en fin dejó oir las siguientes:

—Las huellas... los pasos... el destacamento...

—¿Y qué? preguntó Hatteras, ¿estranjeros aquí?

—¡No!... ¡no!... respondió el doctor, el objetivo... mi objetivo...

Y mostraba su incompleto anteojo.

—¡Ah! esclamó el americano... ¿habeis perdido?...

—¡Sí!

—Asi, pues, aquellas huellas...

—¡Eran las nuestras, amigos, las nuestras! esclamó el doctor. ¡Nos hemos estraviado en la niebla, describimos un círculo, y tropezamos con nuestros propios pasos!

—¿Pero aquella impresion de zapatos? dijo Hatteras?

—Los zapatos de Bell, del mismo Bell, el cual, despues de haber hecho pedazos sus snow-shoes, anduvo todo el dia por encima de la nieve.

—Es verdad, dijo Bell.

Y el error fue tan evidente, que todos soltaron una carcajada, á escepcion de Hatteras, el cual no era, sin embargo, el que menos se alegraba del descubrimiento.

—Nos hemos puesto bien en ridículo, repuso el doctor, cuando la hilaridad se hubo calmado. ¡Qué suposiciones hemos hecho! ¡Estranjeros en esta costa! ¡al diablo no se le ocurre semejante disparate! Decididamente, aquí es necesario reflexionar antes de hablar. En fin, puesto que respecto del particular podemos estar tranquilos, no nos queda que hacer mas que partir.

—¡En marcha! dijo Hatteras.

Un cuarto de hora despues, cada cual ocupaba su respectivo asiento en la falúa, y ésta, con su trinquete desplegado é izado su foque, zarpó rápidamente de Altamont-Harbour.

Aquella travesía marítima empezaba el miércoles 10 de julio. Los navegantes se hallaban del polo á una distancia muy corta, exactamente á 175 millas, y habiendo una tierra situada en aquel punto del globo, la navegacion por mar debia ser muy breve.

El viento era escaso, pero favorable. El termómetro marcaba 50° sobre 0 (+ 10° centíg.) Habia en realidad calor.

La falúa no habia sufrido nada en su viaje en el trineo. Se hallaba en perfecto estado, y se manejaba fácilmente. Johnson estaba en el timon, y el doctor, Bell y el americano se habian recostado lo mejor posible entre los efectos de viaje, de los cuales algunos habia sobre la cubierta y otros debajo.

Hatteras, colocado en la proa, tenia fija la mirada en aquel punto misterioso hácia el cual se sentia atraido por una fuerza irresistible, como la aguja imantada hácia el polo magnético. En el caso de presentarse alguna costa, queria ser él el primero en reconocerla. Tan grande honor le pertenecia realmente.

Notaba, además, que la superficie del océano polar estaba formada de olas pequeñas, tales como se producen en los mares encajonados. En esto veia el indicio de una tierra próxima, y el doctor participaba acerca del particular de su opinion.

Fácil es comprender los motivos que tenia Hatteras para desear con tanto afan encontrar un continente en el Polo Norte. ¡Qué tristeza se hubiera apoderado de él si hubiese visto el mar incierto estenderse allí donde una porcion de tierra, por pequeña que fuese, era necesaria á sus proyectos! ¿Cómo dar un nombre especial á un espacio de océano indeterminado? ¿Cómo enarbolar en pleno mar el pabellon de su país? ¿Cómo tomar posesion en nombre de Su Graciosa Majestad de una parte del elemento líquido?

Asi es, que sin pestañear y con la brújula en la mano, Hatteras devoraba el Norte con sus miradas.

Nada, sin embargo, limitaba la estension del golfo polar hasta la línea del horizonte. El golfo se confundia con el cielo puro de aquellas zonas. Algunas montañas de hielo, huyendo por los lados, querian al parecer abrir paso á aquellos intrépidos navegantes.

El aspecto de aquella region ofrecia caractéres irregularísimos. ¿Dependia aquella impresion de la disposicion de ánimo de viajeros muy conmovidos y supra nerviosos? Difícil es decirlo. El doctor, sin embargo, en sus notas diarias, pinta aquella fisonomía estraña del Océano; habla de ella como habla Penny, segun el cual aquellas comarcas presentan un aspecto que «ofrece el mas raro contraste de un mar animado por millones de criaturas vivientes.»

La llanura líquida, matizada de una manera vaga, se mostraba muy trasparente y estaba dotada de un increible poder de dispersion, como si hubiese estado formada de carburo de azufre. Aquella diafanidad permitia registrar el mar con la mirada hasta profundidades inconmensurables. Parecia que el golfo polar estaba alumbrado por debajo á la manera de un inmenso acuario. Algun fenómeno eléctrico, producido en el fondo de los mares, iluminaba sin duda las capas mas remotas. Asi es, que la falúa parecia suspendida sobre un abismo sin fondo.

Sobre la superficie de aquellas aguas asombrosas, volaban las aves en numerosas bandadas, semejantes á nubes densas y preñadas de tempestades. Aves de paso, aves de rio, aves nadadoras, ofrecian en su conjunto todo el mostruario de la gran familia acuática, desde el albátros, tan comun en las comarcas australes, hasta el pájaro niño de los mares árticos, pero con proporciones gigantestas. Sus gritos producian un ensordecimiento contínuo. El doctor, considerándolas, perdia su ciencia de naturalista; se le escapaban de la memoria los nombres de aquellas especies prodigiosas, y se sorprendia hasta el punto de bajar la cabeza, cuando sus alas azotaban el aire con un poder indescriptible.

Algunos de aquellos mónstruos aéreos desplegaban hasta veinte pies de envergadura; cubrian enteramente la falúa bajo sus alas, y habia allí, por legiones, aves cuya nomenclatura no pareció jamás en el «Index Ornithologus» de Lóndres.

El doctor estaba aturdido, y veia su ciencia en derrota.

Despues, cuando su mirada, dejando las maravillas del cielo, se deslizaba por la superficie de aquel Océano tranquilo, encontraba producciones del reino animal no menos asombrosas, y, entre otras, medusas, que tenian hasta treinta pies de longitud, servian para la alimentacion general de la muchedumbre aérea, y flotaban como verdaderos islotes en medio de algas y de fucos gigantescos. ¡Qué objeto de asombro! ¡Qué diferencia entre ellas y aquellas otras medusas microscópicas observadas por Scoresby en los mares de Groenlandia, cuyo número evaluó aquel navegante en veinte y tres millones ochocientos ochenta y ocho billones de millones en un espacio de dos millas cuadradas (1)!

En fin, cuando mas allá de la superficie líquida, la mirada se abismaba en las aguas trasparentes, no era menos sobrenatural el espectáculo que ofrecia aquel elemento surcado por millares de peces de todas las especies, que tan pronto se hundian rápidamente en lo mas profundo del abismo, y se les veia disminuir poco á poco, decrecer, borrarse á la manera de es-

(1) Resistiéndose este número á toda apreciacion del espíritu, el ballenero inglés, á fin de volverlo mas comprensible, decia que ochenta mil individuos hubieran tardado en contarlo, sin hacer otra cosa ni de noche ni de dia, desde la creacion del mundo.

pectros fantasmagóricos, como dejaban las profundidades del Océano, y subian creciendo á la superficie de las olas. Los mónstruos marinos no se asustaban en lo mas mínimo al ver la falúa; la acariciaban, al pasar, con sus enormes aletas, y allí donde los balleneros de oficio se hubieran con mucha razon amilanado, los navegantes no tenian siquiera la conciencia de que estaban corriendo algun peligro; y sin embargo algunos de aquellos habitantes del mar alcanzaban formidables proporciones.

Las vacas marinas jóvenes retozaban; el narval, fantástico como el unicornio, armado de su espada larga, estrecha y cónica, instrumento maravilloso que le sirve para serrar los campos de hielo, perseguia á los cetáceos mas tímidos; innumerables ballenas, que arrojaban por sus espiráculos columnas de agua y de mucílago, poblaban el aire de silbidos muy singulares; el nord-caper, de suelta cola y anchas aletas caudales, hendia las olas con una velocidad inconmensurable, nutriéndose de paso á espensas de animales tan rápidos como él, de gados y de sarghos, en tanto que la ballena blanca, mas perezosa, se engu'lia pacíficamente moluscos tranquilos é indolentes como ella.

A mayor profundidad, los ballenópteros de hocico puntiagudo, los anarnacos groenlandeses prolongados y negruzcos, los cachalotes gigantescos, especie difundida en el seno de todos los mares, nadaban en medio de bancos de ámbar gris, en que se daban batallas homéricas que enrojecian el Océano en una superficie de muchas millas, y los fisalos cilíndricos, y el voluminoso tegusik del Labrador, y los delfines de aleta dorsal en forma de sab'e, y toda la familia de focas y de morsas, los perros, los caballos, los osos marinos, los leones, los elefantes de mar estaban al parecer paciendo en las húmedas praderas del Océano. El doctor contemplaba aquellos innumerables animales con tanta facilidad como se pueden contemplar los crustáceos y los peces al trasluz de los depósitos de cristal del *Zoological Garden*.

¡Qué belleza, qué variedad, qué poder en la naturaleza! ¡Cuán estraño y prestigioso parecia todo en el seno de aquellas regiones circumpolares!

La atmósfera adquiria una pureza sobrenatural; hubiérase dicho que estaba sobrecargada de oxígeno; los navegantes absorbian con afan aquel aire que les daba una vida mas ardiente; sin darse cuenta del resultado, eran presa de una verdadera combustion, de que no es posible dar ni la mas remota idea; sus funciones afectivas, digestivas respiratorias, se ejercian con una energía sobrehumana; las ideas, sobreescitadas en su cerebro, se desenvolvian hasta lo grandioso: vivian en una hora la vida de un dia entero.

En medio de tantos asombros y maravillas, la falúa avanzaba pacíficamente al blando soplo de un viento moderado que los grandes albatros activaban algunas veces con sus estensas alas.

A la caida de la tarde, Hatteras y sus compañeros perdieron de vista la costa de la Nueva-América. Las horas de la noche sonaban para las zonas templadas lo mismo que para las equinociales; pero en estas el sol, ensanchando sus espirales, trazaba un círculo rigurosamente paralelo al del Océano. La falúa, sumergida en sus rayos oblícuos, no podia dejar aquel centro luminoso que se dislocaba con ella.

Los seres animados de las regiones hiperbóreas sintieron, sin embargo, venir la noche, como si el astro luminoso se hubiese sepultado detrás del horizonte. Las aves, los peces, los cetáceos desaparecieron. ¿Dónde? ¿A lo mas profundo del cielo? ¿á lo mas profundo del mar? ¿Quién puede decirlo? Pero á sus gritos, á sus silbidos, el estremecimiento de las olas agitadas por la respiracion de los mónstruos marinos, sucedió luego la silenciosa inmovilidad; las aguas se mecieron soñolientas en una insensible ondulacion y la noche recobró su pacífica influencia bajo las miradas centelleantes del sol.

Desde que zarpó de Altamont-Harbour, la falúa habia ganado un grado hácia el Norte, y al dia siguiente nada aparecia aun en el horizonte, ni los altos picos que indican de lejos las tierras, ni los signos particulares que hacen presentir á un marino la aproximacion de las islas ó de los continentes.

El viento se sostenia, sin ser fuerte; el mar estaba poco picado; la muchedumbre de aves y de peces volvió á presentarse tan numerosa como la víspera, y el doctor, inclinado sobre las olas, pudo ver á los cetáceos salir de su profundo retiro y subir poco á poco á la superficie. Solo algunos ice-bergs y témpanos diversos alteraban la inmensa monotonía del Océano.

Pero los hielos eran escasos é impotentes para oponerse á la marcha de un buque. Es de notar, que la falúa se encontraba entonces á 10° encima del polo del frio, que bajo el punto de vista de los paralelos de temperatura era lo mismo que si se hubiera encontrado debajo 10°. Nada, además, tenia de particular que el mar estuviese libre en aquella época, como debia estarlo en la bahía de Disko, en el mar de Baffin. Asi pues, un buque hubiera tenido allí libertad de movimiento durante los meses de verano.

Esta observacion tiene una grande importancia práctica, porque si alguna vez los balleneros pueden elevarse hasta el golfo polar, ya sea por los mares del Norte de América, ya por los del Norte del Asia, están seguros de hacer allí rápidamente su cargamento, porque parece que aquella parte del Océano es el criadero universal, el reservatorio general de ballenas, focas y demás animales marinos.

Hácia la parte del Mediodía, la línea de agua se confundia aun con la línea del cielo, y el doctor empezaba á dudar de la existencia de un continente bajo aquellas latitudes elevadas.

Pero, reflexionando, se veia forzosamente inducido á creer en la existencia de un continente boreal. En los primeros dias del mundo, despues del enfriamiento de la cosa terrestre, las aguas, formadas por la condensacion de los vapores atmosféricos, debieron obedecer á la fuerza centrífuga, lanzarse flácia las zonas ecuatoriales y abandonar las estremidades inmóviles del globo, de lo que se debe deducir la emersion necesaria de las comarcas vecinas del polo. El doctor encontraba muy justo este razonamiento.

A Hatteras le parecia lo mismo.

Asi es, que sus miradas se afanaban en taladrar las brumas del horizonte. No dejaba ni un momento el anteojo. Buscaba en el color de las aguas, en la forma de las olas, en el soplo del viento, los indicios de una tierra próxima. Su frente se inclinaba hácia delante, y cualquiera, aunque no hubiera conocido sus pensamientos, le hubiera admirado por los enérgicos deseos y ansiosas interrogaciones que su actitud revelaba.

CAPITULO XXII.

LAS CERCANIAS DEL POLO.

Reinaba cierta incertidumbre. Nada se descubria en aquella circunferencia con tanta limpieza trazada. Ni un punto que no fuese mar ó cielo. Ni siquiera se veia flotar en la superficie de las olas un tallo de aquellas yerbas terrestres que hicieron palpitar el corazon de Cristóbal Colon cuando marchaba al descubrimiento de América.

Hatteras seguia mirando.

En fin, á las seis de la tarde, un vapor de forma indecisa, pero sensiblemente elevado, apareció sobre el

nivel del mar. Parecia un penacho de humo. El cielo estaba perfectamente puro, y de consiguiente aquel vapor, que desaparecia y reaparecia á cada instante, como agitado, no podia ser una nube.

Hatteras fue el primero que observó aquel fenómeno, aquel punto indeciso, aquel vapor inesplicable, y con su anteojo lo examinó sin descanso por espacio de una hora.

De repente cierto indicio, cierta apariencia sorprendió su mirada, pues estendió los brazos hácia el horizonte gritando con entusiasmo:

—¡Tierra! ¡tierra!

Al oir estas palabras, todos se levantaron como movidos por un sacudimiento eléctrico.

Una especie de humo se elevaba sensiblemente encima del mar.

—¡La veo! ¡la veo! esclamó el doctor.

—Sí, es verdad, sí, Johnson.

—Es una nube, dijo Altamont.

—¡Tierra! ¡tierra! respondió Hatteras con una conviccion inquebrantable.

Los cinco navegantes examinaron con la mayor atencion.

Pero como sucede con frecuencia con los objetos cuya distancia vuelve indecisos, parecia que el punto observado habia desaparecido. En fin, las miradas se apoderaron de él nuevamente, y el doctor hasta creyó sorprender un resplandor rápido á veinte ó veinte y cinco millas hácia el Norte.

—¡Es un volcan! esclamó.

—¿Un volcan? preguntó Altamont.

—Sin duda.

—¡Bajo una latitud tan elevada!

—¿Por qué no? repuso el doctor; ¿no es acaso la Islandia una tierra volcánica y hasta pudiéramos decir formada de volcanes?

—¡Sí! la Islandia, repuso el americano, ¡pero tan cerca del polo!

—¿Y qué? nuestro ilustre compatriota, el comodoro James Ross, no comprobó en el continente austral la existencia del *Erebus* y del *Terror*, dos montes ignívonos en plena actividad á los 170° de longitud y 78 de latitud? ¿Por qué, pues, no han de poder existir volcanes en el polo Norte?

—Es posible, en efecto, respondió Altamont.

—¡Ah! esclamó el doctor, lo veo muy distintamente: ¡es un volcan!

—Pues bien, dijo Hatteras, corramos hácia él.

—Empezamos á tener viento de proa, dijo Johnson.

—Toquemos, pues, el aparejo, y naveguemos de vuelta á vuelta. Ciñamos el viento todo lo posible.

Pero esta maniobra dió por resultado alejar la falúa del punto observado, y las miradas mas atentas no pudieron volver á cogerlo.

Sin embargo, no era posible dudar de la proximidad de la costa, y aquella costa era el objeto del viaje entero, entrevisto ya que no alcanzando, y no habian de pasar veinticuatro horas sin que aquella nueva tierra fuese pisada por un pie humano. La Providencia, despues de haber permitido á los viajeros acercarse tanto al polo, no impediria que á él llegasen.

Eso no obstante, en aquellas circunstancias, nadie manifestó la alegría que debia producir semejante descubrimiento. Cada cual se encerraba en sí mismo y se preguntaba lo que podia ser aquella tierra del polo. Los animales huian al parecer de ella; al llegar la noche, las aves, en lugar de buscar en ella un refugio, volaban hácia el Sur con toda la fuerza de sus alas. ¿Tan inhospitalaria era, pues, aquella tierra, que ni una gaviota, un ptarmigano podian encontrar en ella asilo? Los mismos peces, los grandes cetáceos abandonaban con rapidez aquella costa atravesando as trasparentes aguas. ¿De dónde procedia aquel sentimiento de repulsion, ya que no de terror, comun á todos los seres animados que habitaban aquella parte del globo?

Los navegantes habian esperimentado la impresion general, se dejaban llevar de los sentimientos de su situacion, y poco á poco sintieron todos ellos que el sueño pesaba en sus párpados.

—¡Tocó á Hatteras estar de vigilante! Se puso en el timon, en tanto que Altamont, Johnson y Bell, tendidos sobre los bancos, se durmieron uno tras otro, y se abismaron en el mundo de los sueños.

Hatteras hizo para resistir el sueño esfuerzos desesperados. No queria perder un instante de aquel tiempo precioso; pero el pesado movimiento de la falúa le mecia insensiblemente, y cayó á pesar suyo en una irresistible somnolencia.

La embarcacion apenas se movia, no llegando el viento á hinchar su vela desplegada. A lo lejos, hácia el Oeste, algunos témpanos inmóviles reflejaban los rayos luminosos y formaban manchas incandescentes en pleno Océano.

Hatteras empezó á soñar. Su pensamiento rápido recorrió toda su existencia. Remontó el camino de su vida con aquella velocidad propia de los sueños, que ningun sabio ha podido aun calcular; se contrajo á sus dias pasados; volvió á ver su invernada, la bahía Victoria, el Fort-Providenze, la casa del doctor, el encuentro del americano sepultado en el hielo.

Entonces retrocedió mas lejos aun en el pasado. Soñó con su buque, con el *Forward* incendiado, con sus compañeros, con los traidores que le habian abandonado. ¿Qué era de ellos? Pensó en Shandon, en Wall, en el brutal Pen. ¿Dónde estaban? ¿Habian podido ganar el mar de Baffin atravesando los hielos.

Despues su imaginacion de soñador se cernió aun mas arriba y se encontró á su salida de Inglaterra, y se refirió á sus viajes anteriores, á sus tentativas abortadas, á sus desgracias. Entonces olvidó su situacion presente, su próximo triunfo, sus esperanzas medio realizadas. Su sueño le arrojó desde la alegría á la angustia.

Así pasó dos horas. Despues su pensamiento tomó un nuevo curso, y le recondujo al polo. Se vió al fin con un pie puesto en aquel continente inglés desplegando el pabellon del Reino-Unido.

Y mientras soñaba, una nube enorme de color de olivo, ganaba el horizonte y oscurecia el Océano.

Nadie puede figurarse la fulminante rapidez con que los huracanes invaden los mares árticos. Los vapores engendrados en las comarcas ecuatoriales se condensan encima de los inmensos hielos del Norte, y llaman con una violencia irresistible torrentes de aire para que les reemplacen. Asi se puede esplicar la energía de las tempestades boreales.

Al primer choque del viento el capitan y sus compañeros se habian arrancado de los brazos del sueño, dispuestos á maniobrar.

Henchian el mar erguidas olas de base poco desenvuelta. La falúa, traqueada por un violento oleaje, se abismaba en profundas simas, oscilaba sobre el lomo de una ola, inclinándose en ángulos de mas de cuarenta y cinco grados.

Hatteras habia vuelto á coger con mano firme la caña del timon que giraba con ruido alrededor del gobernalle, y algunas veces, empujada violentamente por una declinacion del rumbo, le rechazaba y encorvaba á pesar suyo. Johnson y Bell se ocupaba sin descanso en echar fuera de la chalupa el agua que introducia la marejada.

—Hé aquí una tempestad con la cual no contábamos, dijo Altamon agarrándose á su banco.

—Aquí es preciso contar con todo, respondió el doctor.

Estas palabras se cruzaban entre los silbidos del viento y los bramidos de las olas, reducidas por la violencia del aire á un impalpable polvo líquido. El

estrépito era tal, que era casi imposible oirse unos á otros.

Era difícil mantener el rumbo hácia el Norte. La densa oscuridad no dejaba entrever el mar mas allá de algunas toesas, y habia desaparecido todo punto de mira.

Aquella tempestad súbita, en el momento de ir á alcanzar el objeto, parecia una severa advertencia, y se presentaba á los ánimos sobrescitados como una prohibicion de ir mas lejos. ¿La naturaleza queria que el polo fuese inaccesible? ¿Estaba aquel punto del globo rodeado de una fortificacion de huracanes y borrascas que no permitian acercarse á él.

Sin embargo, al ver el semblante enérgico de aquellos hombres, se comprendia que no cederian ni al viento ni á las olas, y que irian á su objeto.

Asi lucharon durante todo el dia, desafiando la muerte á cada instante, sin ganar nada hácia el Norte, pero sin perder tampoco nada, envueltos en una lluvia tibia y mojados por las olas con que la tempestad abofeteaba su rostro. Algunas veces con los silbidos del aire se mezclaban siniestros gritos de aves.

Pero á cosa de las seis de la tarde, en medio de una recrudescencia del furor de las olas vino una calma súbita. El viento cesó como por un milagro

El doctor echa de menos el objetivo de su anteojo.

El mar se presentó tranquillo y llano, como si las olas no le hubieran henchido por espacio doce horas. Parecia que el huracan habia respetado aquella parte del Occéano polar.

¿Qué pasaba, pues? Un fenómeno estraordinario, inesplicable, y del cual ya el capitan Sabine habia sido testigo durante sus viajes á los mares groenlandeses.

La niebla; sin disiparse, se habia vuelto estrañamente luminosa.

La falúa navegaba en una zona de luz eléctrica, en un inmenso fuego de San Telmo que, sin dar calor, resplandecia. El mástil, la vela, la jarcia se destacaban en el fondo fosforescente del cielo con un incomprensible rigor de perfil, los navegantes estaban como sumergidos en un baño de rayos transparentes, y se flejos inflamados enrojecian sus facciones.

La calma repentina de aquella porcion del Océano procedia sin duda del movimiento ascendente de las columnas de aire, en tanto que la tempestad, perteneciente al género de los cyclones (1), giraba con rapidez alrededor de aquel centro pacífico.

Pero aquella atmósfera de fuego engendró un pensamiento en la mente de Hatteras.

—¡El volcan! esclamó.

—¿Es posible? dijo Bell.

—¡No! ¡no! respondió el doctor; nos ahogariamos si sus llamas llegasen hasta nosotros.

—Acaso; dijo Altamont sea un reflejo en la niebla.

—Tampoco. Para eso seria preciso admitir que nos hallamos cerca de la tierra, en cuyo caso oiriamos los estampidos de la erupcion.

—¿Pero entonces?... preguntó el capitan.

(1) Tempestades giratorias.

Es un fenómeno cósmico, respondió el doctor, fenómeno poco observado hasta ahora. Si continuamos nuestra marcha, no tardaremos en salir de esta esfera luminosa para volver á encontrar la oscuridad y la borrasca.

—¡Como quiera que sea, adelante! respondió Hatteras.

—¡Adelante! esclamaron sus compañeros, que no pensaron siquiera en tomar aliento en aquel mar tranquilo.

La vela, con sus pliegues de fuego, caia á lo largo del palo centellante. Los remos se hundieron en las ardientes olas, y levantaban al parecer chorros de centellas formadas de gotas de agua vivamente iluminadas.

Hatteras, con la brújula en la mano volvió á tomar el camino del Norte. Poco á poco la niebla perdió su luz luego su trasparencia; el viento hizo oir sus rugidos á algunas toesas, y muy pronto la falúa inclinándose á impulsos de una violenta ráfaga, entró de nuevo en la zona de las tempestades.

Afortunadamente, el huracan habia caido algo hácia el Sur, y la embarcacion pudo navegar viento en popa en direccion al polo, corriendo gran peligro de zozobrar pero precipitándose con una velocidad insensata. Un escollo cualquiera, roca ó témpano, podia á cada instante salir de las olas y hacerla irremisiblemente pedazos.

Sin embargo, ni uno solo de aquellos hombres se permitian la menor objecion, ni uno solo dejaba oir la voz de la prudencia. Estaban todos dominados por el vértigo del peligro. Les acosaba la sed de lo desconocido. Asi iban no ciegos sino cegados, pareciéndoles la espantosa rapidez en su marcha demasiado

lenta para su impaciencia. Hatteras mantenia la proa en su imperturbable direccion, en medio de las olas que echaban espumà bajo el látigo de la tempestad.

Se dejaba sentir, no obstante, la aproximacion de la costa. Habia en el aire síntomas estraños. De repente, la niebla se hendió como una cortina destrozada por el viento, y durante un espacio de tiempo que no duró mas que un relámpago, se pudo ver en el horizonte un inmenso penacho de llamas que subia al cielo.

—¡El volcan! ¡el volcan!

Tal fue la palabra que se escapó de todos los labios; pero la fántastica vision habia desaparecido, y el viento, saltando al Sudeste, cogió á la embarcacion de lado, y la obligó á huir de nuevo de aquella tierra inaccesible.

—¡Maldicion! esclamó Hatteras, entablando el trinquete; ¡estábamos á 3 millas de la costa!

Hatteras no podia sobre ponerse á la violencia de la tempestad, pero sin ceder á ella, torció ciñendo el viento, que se desencadenaba con un furor indescriptible. A veces la falúa se inclinaba sobre un costado de tal manera, que era de temer que su quilla se sumergiese enteramente. Sin embargo, se levantaba de nuevo bajo la accion del gobernalle, como un caballo cuyos corvejones se doblan y á quien su ginete obliga á levantarse con la brida y las espuelas.

Hatteras, desgreñado, con la mano soldada en la caña del timon, parecia ser el alma de aquella barca y no formar con ella mas que un solo cuerpo, como el hombre y el caballo del tiempo de los centáuros.

De repente, se ofreció á sus miradas un espectáculo espantoso.

A menos de 10 toesas, un témpano se balanceaba sobre el lomo palpitante de las olas. Bajaba y subia como la falúa, y la amenazaba con caerse encima de ella, cuando solo con tocarla la hubiera aplastado.

Pero con aquel peligro de precipitarla en el abismo, se presentaba otro no menos terrible, porque aquel témpano gigantesco, corriendo el azar; estaba cargado de osos blancos, apiñados unos contra otros, y locos de terror.

—¡Osos! ¡osos! esclamó Bell con voz ahogada.

Y todos aterrorizados, vieron lo que él veia.

El témpano declinaba de una manera espantosa, sin órden ni concierto. Algunas veces se inclinaba en ángulos tan agudos, que los animales rodaban mezclados los unos con los otros. Entonces, lanzaban mugidos que luchaban con el estrépito de la tempestad, y un formidable concierto salió de aquella flotante casa de fieras.

Si llegaba á desplomarse aquella almadia de hielo, los osos se precipitarian contra la embarcacion intentando el abordaje.

Durante un cuarto de hora, largo como un siglo, el barquichuelo y el témpano navegaron de conserva, tan pronto á la distancia de 20 toesas como próximos á chocar; algunas veces el uno dominaba al otro, y los monstruos no habrian tenido que hacer mas que dejarse caer. Los perros groenlandeses temblaban de espanto. Duk permanecia inmovil.

Hatteras y sus compañeros estaban mudos. Ni siquiera se les ocurrió la idea de virar para separarse de aquel terrible vecindario, y se mantenia en su camino con un rigor inflexible.

Un sentimiento vago, que mas tenia de asombro que de terror, se apoderaba de su cerebro. Admiraban, y aquel aterrador espectáculo completaba la lucha de los elementos.

En fin, el témpano se alejó poco á poco, impelido por el viento, al cual las falúa resistia con su trinquete entablado, y desapareció en medio de la niebla, indicando de cuando en cuando su presencia los mugidos lejanos de su tripulacion monstruosa.

En aquel momento arreció la tempestad. Hubo un desencadenamiento sin nombre de las ondas atmósfericas. La embarcacion, levantada fuera de las olas empezó á dar vueltas con una velocidad vertiginosa; su trinquete arrancado huyó entre las sombras como una grande ave blanca; un agujero circular, un nuevo Maelstroem se formó en el remolino de las olas, los navegantes, envueltos en aquel torbellino, corrieron con una rapidez tal, que sus líneas de agua les parecian inmóviles, á pesar de su velocidad inculpable. Se hundian poco á poco. En el fondo del abismo habia una aspiracion poderosa, una succion irresistible, que les atraia y engullia vivos.

Los cinco se habian levantado. Miraban con una mirada estraviada. Se habia apoderado de ellos el vértigo. Llevaban en sí el sentimiento indefinible del abismo.

Pero de pronto la fulúa se levantó perpendicularmente. Su proa dominó las líneas del torbellino; la velocidad de que estaba dotada la hecho fuera del centro de atraccion, y escapándose por la tangente de aquella circunferencia que daba mas de mil vueltas en un segundo, fue arrojada fuera con la velocidad de una bala de cañon.

Altamont, el doctor. Jhonson y Bell fueron derribados en sus bancos. Cuando se levantaron, Hatteras habia desaparecido.

CAPITULO XXIII.

EL PABELLON DE INGLATERRA.

Un grito, salido de cuatro pechos, sucedió al primer instante de estupor.

—¡Hatteras! dijo el doctor.

—¡Desaparecido! esclamaron Johnson y Bell.

—¡Perdido!

Miraron alrededor. Nada apareció en aquel mar tumultuoso. Duk ladraba con un acento desesperado queria precipitarse en medio de las olas, y Bell podia difícilmente contenerle.

—¡Colocaos en el gobernalle, Altamont, dijo el doctor, y hagamos cuanto humanamente pueda hacerse para encontrar á nuestro desventurado capitan.

Johnson y Bell volvieron á sus bancos. Altamon cogió la caña del timon, y la falúa, errante, se entregó al viento.

Johnson y Bell empezaron á vogar vigorosamente, y se pasó mas de una hora en el lugar de la catástrofe. Todas las investigaciones fueron inútiles. El desgraciado Hatteras, arrebatado por el huracan, estaba perdido.

—¡Perdido! ¡y tan cerca del polo! ¡tan cerca del objeto que no habia hecho mas que entrever!

El doctor gritó, llamó, disparó sus armas; Duk unia á su voz los mas lamentables ladridos; nada respondió á los dos amigos del capitan. Entonces un profundo dolor se apoderó de Clawbonny; su cabeza cayó sobre sus manos, y sus compañeros le oyeron llorar.

En efecto, á aquella distancia de la tierra, sin un remo, sin un pedazo de tabla para sostenerse. Hatteras no podia vivo haber ganado la costa, y si algo suyo llegaba en fin á aquella tierra tan deseada, seria su cadáver entumecido y magulledo.

Despues de una hora de investigaciones, fue preciso tomar de nuevo el camino hácia el Norte, y luchar contra los últimos furores de la tempestad.

El 11 de Julio, á las cinco de la mañana cayó el viento, las olas se apaciguaron poco á poco; recobró el cielo su claridad polar, y á menos de 3 millas, la tierra, se ofreció con todo su esplendor.

Aquel nuevo continente no era mas que una isla, ó, por mejor decir, un volcan levantado como un faro en el polo boreal del mundo.

La montaña, en plena erupcion, vomitaba un diluvio de piedras abrasadoras y de rocas incandescentes; parecia agitarse bajo sacudimientos repetidos como una respiracion de gigante; las moles arrojadas subian por el aire á una grande altura, en medio de surtidores de una llama intensa, y arroyos de lava corrian por sus flancos como torrentes impetuosos. Serpientes de llamas se enroscaban entre los peñascos humeantes, ardientes cascadas caian en medio de un vapor purpúreo, y mas abajo un rio de fuego, formado por mil riachuelos ígneos, se echaba al mar por una hirviente desembocadura.

El volcan no tenia al parecer mas que un cráter único, del cual se escapaba la columna de fuego, cruzada de relámpagos trasversales, como si la electricidad desempeñase un papel en aquel magnífico fenómeno.

Encima de las llamas jadeantes ondeaba un inmenso penacho de humo, rojo en su base, negro en su vértice. Se elevaba con una magestad incomparable, y se deshacia pródigamente en anchas y copiosas virutas.

El cielo á una grande altura, era de un color ceniciento. La oscuridad esperimentada durante la tempestad, y de la cual el doctor no habia podido darse cuenta, procedia evidentemente de las columnas de ceniza desplegadas delante del sol como una impenetrable cortina. Entonces se acordó de un hecho semejante sobrevenido en 1812 en la isla de la Barbada, la cual, en pleno dia, quedó abismada en profundas tinieblas por la inmensidad de cenizas que arrojaba el cráter de la isla de San Vicente.

Aquel enorme peñasco ignívomo, colocado en medio del Océano, media 1,000 toesas de elevacion, la cual es á poca diferencia la del Hecla.

La línea tirada desde su cima á su base formaba con el horizonte un ángulo de unos 11°.

Parecia ir saliendo poco á poco del seno de las olas, á medida que se acercaba la falúa. No presentaba ningun vestigio de vegetacion. Ni siquiera tenia una playa, pues sus costados caian al mar como cortados á pico.

—¿Podremos atracar? dijo el doctor.

—El viento nos arrastra, respondió Altamont.

—¡Pero yo no veo un pedazo de playa en que poder sentar el pie!

—Así parece desde lejos, respondió Johnson; pero hallaremos donde anclar nuestra embarcacion, y es todo lo que necesitamos.

—¡Vamos, pues! respondió melancólicamente Clawbonny.

El doctor no tenia ya miradas para aquel estraño continente que se levantaba ante sus ojos. ¡La tierra del polo estaba allí; pero no el hombre que la habia descubierto!

A 500 pasos de las rocas, el mar hervia bajo la accion de los fuegos subterráneos. La isla que él rodeaba podia tener, todo lo mas, de ocho á diez millas de circunferencia, y se hallaba, segun cálculo, muy cerca del polo, ya que no pasase exactamente por ella el eje del mundo.

En las inmediaciones de la isla, los navegantes notaron un ancon en miniatura suficiente para el abrigo de una embarcacion, y se dirigieron á él inmediatamente, con el miedo de hallar el cuerpo del capitan echado á la costa por la tempestad.

Sin embargo, difícil parecia que allí reposase un cadáver. No habia playa, y el mar azotaba escuetas rocas. Una ceniza densa y vírgen de toda huella humana cubria su superficie mas allá del alcance de las olas.

En fin, la falúa se deslizó por una abertura estrecha entre dos rompientes á flor de agua, y allí se encontró perfectamente libre de resaca.

Duk entonces multiplicó sus lamentables aullidos.

El pobre animal llamaba el capitan en su lenguaje conmovido, y se lo pedia á aquel mar sin piedad, á aquellas rocas sin eco. Ladraba en vano, y el doctor le acariciaba con la mano sin poderle calmar, cuando el fiel perro, como si hubiese querido reemplazar á su amo, dió un salto prodigioso y se lanzó á las rocas, en medio de un polvo de ceniza que formó una nube en torno suyo.

—¡Duk aquí! aquí Duk! gritó el doctor.

Pero Duk desapareció sin hacerle caso. Se procedió entonces al desembarque; Clawbonny y sus tres compañeros saltaron á tierra, y amarraron sólidamente la falúa.

Altamont se disponia á encaramarse por un monton enorme de piedras, cuando á alguna distancia resonaron los aullidos del Duk con insólita energía. Aquellos aullidos no espresaban cólera, sino dolor.

—¡Escuchad! dijo el doctor.

—¿Algun animal estraviado? dijo el contramaestre.

—¡No! ¡no! respondió el doctor estremeciéndose; ¡estos aullidos son quejumbrosos! ¡son un llanto! allí está el cuerpo de Hatteras.

A estas palabras, los cuatro viajeros se lanzaron en pos de Duk, en medio de las cenizas que les cegaban, y llegaron al fondo de una pequeña cala, de un espacio de 10 pies, en la cual las olas morian insensiblemente.

Allí, Duk aullaba junto á un cadáver envuelto en el pabellon de Inglaterra.

—¡Hatteras! ¡Hatteras! esclamó el doctor precipitándose hácia el cuerpo de su amigo.

Pero prorumpió luego en una esclamacion que no es susceptible de espresarse.

Aquel cuerpo ensangrentado, exánime en apariencia, acababa de palpitar bajo su mano.

—¡Vivo! ¡vivo! esclamó.

—Sí, dijo una voz débil, vivo en la tierra del polo, á que me ha arrojado la tempestad! ¡vivo en la *isla de la Reina*!

—¡Hurrah! ¡por Inglaterra! gritaron de acuerdo los cinco hombres.

—¡Y por América! repuso el doctor, tendiendo una mano á Hatteras y otra al americano,

Tambien Duk gritaba hurrah á su manera, que valia tanto como otra cualquiera.

Durante los primeros instantes, aquellos valientes se entregaron no mas que á la alegría de volver á ver á su capitan, y sus ojos estaban inundados de lágrimas.

El doctor se aseguró del estado de Hatteras. El capitan no estaba herido gravemente. El viento le habia arrojado á la costa, cuyo abordaje era muy peligroso. El intrépido marino, varias veces echado mar adentro, consiguio, en fin, á fuerza de energía, asirse de una roca, y pudo izarse encima de las olas.

Allí perdió el conocimiento, despues de haberse envuelto en el pabellon de Inglaterra, y volvió en sí entre las caricias de Duk y sus aullidos de queja.

Despues de los primeros cuidados, Hatteras pudo levantarse, y apoyado en el brazo del doctor, tomó el camino del ancon en que estaba la falúa.

—¡El polo! ¡el polo Norte! repetia andando.

—¡Sois feliz! le decia el doctor.

—¡Sí, feliz! ¿Y vos, amigo mio, no sois feliz tambien? ¿no os llena de alegría el encontraros aquí? ¡Esta tierra que pisamos es la tierra del polo! ¡Este mar que hemos atravesado es el mar del polo! Este aire que respiramos es el aire del polo! ¡Oh! ¡el polo Norte, el polo Norte!

Hablando así, Hatteras estaba dominado por una exaltacion violenta, por una especie de calentura, y el doctor trató en vano de tranquilizarle. Sus ojos

brillaban de una manera estraordinaria, y sus pensamientos hervian en su cerebro. Clawbonny atribuyó su estado de sobrescitacion á los espantosos peligros que el capitan acababa de arrostrar.

Hatteras tenia mucha necesidad de reposo, y se buscó un sitio á propósito para acamparse.

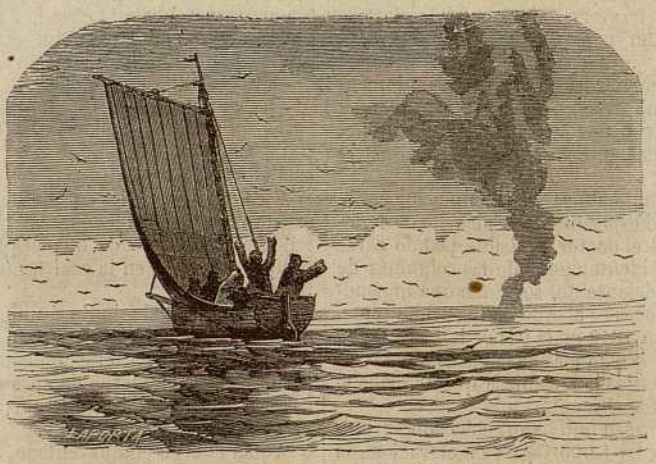
No tardó Altamot en hallar una gruta formada de peñascos que, al caer, se habian colocado de modo que constituian una caverna. John y Bell metieron en ella las provisiones y soltaron los perros groenlandeses.

A cosa de las once estuvo dispuesta la comida. La tela de la tienda sirvió de mantel y la comida, compuesta de pemmican, de carne salada, de té y de café, estaba puesta en tierra y aguardando á los viajeros.

Pero antes Hateras exigió que se levantase el plano de la isla, pues queria saber exactamente á qué atenerse respecto de su posicion.

El doctor y Altamont tomaron entonces sus instrumentos, y obtuvieron por observacion, precisando la posicion de la gruta, 89° 59′ 15″ de latitud. La longitud, á aquella altura, no tenia la menor importancia, porque algunos centenares de pies mas arriba, todos los meridianos se confundian.

—En realidad, pues, la isla se hallaba situada en el



Apareció sobre el nivel de mar como una humareda.

polo Norte, y los 90° de latitud no se hallaban de allí mas que á 45 segundos, exactamente á $^3/_4$ de milla. es decir, hácia la cima del volcan.

Cuando Hatteras conoció este resultado, quiso que se consignase en un proceso verbal por duplicado, el cual proceso debia depositarse en un cairn levantado en la costa.

Inmediatamente despues de la sesion, el doctor tomó la pluma y redactó el siguiente documento, del cual se conserva un ejemplar en los archivos de la Sociedad Real geográfica de Lóndres.

«El 11 de julio de 1861, á los 89° 59′ 15″ de lati»tud septentrional, ha sido descubierta la *isla de la* »*Reina*, en el polo Norte, por el capitan Hatteras, »que mandaba el bergantin *Forward*, de Liverpool, »el cual firma, é igualmente sus compañeros.

»Se suplica al que encuentre este documento, que »lo haga llegar al almirantazgo.

»Firmado: John Hatteras, comandante del *For»ward*; doctor Clawonny; Altamont, comandante »del *Porpoise*; Johnson, contramaestre; Bell, car»pintero.»

—¡Y ahora, amigos mios, á comer! dijo alegremente el doctor.

CAPITULO XXIV.

CURSO DE COSMOGRAFÍA POLAR.

No es necesario decir que para comer, los viajeros se sentaban en el suelo.

—Pero, decia Clawonny, ¿quién no daria todas las mesas y todos los comedores del mundo por comer á los 89° 59′ y 15″ de latitud boreal?

Todos los pensamientos se referian, en efecto, á la situacion presente, estando los ánimos subordinados á la predominante idea del polo Norte. Los peligros que se habian arrostrado para alcanzarlo y los que habia que arrostrar para el regreso á Inglaterra se olvidaban, al considerar aquel éxito sin precedente que se habia obtenido. Lo que ni los antiguos ni los modernos, lo que ni los europeos, ni los americanos ni los asiáticos habian podido hacer hasta entonces, acababa de llevarse á cabo.

Así es, que el doctor fue escuchado con mucha atencion por sus compañeros cuando les contó todo lo que la ciencia y su inagotable memoria habia podido recoger de lo que podia referirse á su situacion actual.

Fue acogida con verdadero entusiasmo su proposicion de brindís á la salud del capitan.

—¡A la salud de John Hatteras! dijo·

—¡A la salud de John Hatteras! contestaron unánimes sus compañeros.

—¡Brindo al polo Norte! respondió el capitan con un acento de entusiasmo que parecia estraño en aquel sér hasta entonces tan frio y tan contenido, y á la sazon dominado por una sobrescitacion imperiosa.

Las tazas se chocaron y siguieron á los brindis calurosos aprotones de manos.

—¡Hé aquí, pues, dijo el doctor, el hecho geográfico mas importante de nuestra época! ¡Quién habia de decir que este descubrimiento precederia á los del centro de Africa ó de Australia! En verdad Hatteras, estais muy por encima de los Sturt y de los Livingtone, de los Burton y de los Barth. ¡Gloria á vos!

—¡Teneis razon, doctor, respondió Altamont, pues parece que, por las dificultades de la empresa, el polo Norte debia ser el último punto de la tierra que

se descubriese. El dia en que un gobierno hubiese querido conocer á toda costa el centro de Africa, lo hubiera conseguido inevitablemente á fuerza de hombres y de dinero; pero aquí no hay nada mas inseguro que el éxito, y podian presentarse obstáculos absolutamente insuperables.

—¡Insuperables! esclamó Hatteras con vehemencia, ¡no hay obstáculos insuperables! ¡hay voluntades mas ó menos enérgicas, y hé aquí todo!

—En fin, dijo Johnson, ya hemos llegado, lo que no es poco. ¿Pero ahora, señor Clawbonny, quereis decirme lo que tiene de particular este polo!

—Tiene de particular, amigo Johnson, que es el único punto del globo inmóvil, en tanto que todos los demás puntos giran con una rapidez suma.

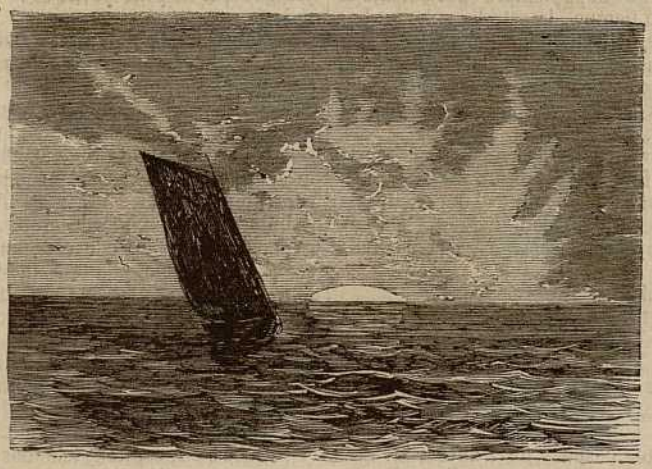
—Pero yo no noto, respondió Johnson, que estemos aquí mas inmóviles que en Liverpool.

—Porque en Liverpool no notais vuestro movimiento y esto depende de que en ambos casos, participais vos mismo del movimiento ó de la inmovilidad. Pero el hecho es cierto. La tierra está dotada de un movimiento de rotacion que se consuma en veinte y cuatro horas, y se supone que este movimiento se verifica alrededor de un eje, cuyas estremidades pasan por el polo Norte y por el polo Sur. Pues bien, nosotros nos hallamos en una de las estremidades de este eje necesariamente inmóvil.

—¿Así, pues, dijo Bell, mientras nuestros compatriotas giran rápidamente, nosotros estamos quietos?

—No del todo, porque no estamos absolutamente en el polo.

—¡Teneis razon, doctor! dijo Hatteras con tono grave y sacudiendo la cabeza, ¡nos faltan aun cuarenta y cinco segundos para llegar al punto preciso!



La falúa navegaba en una zona de luz eléctrica.

—Es poca cosa, respondio Altamont, y podemos considerarnos como inmóviles.

—Sí, repuso el doctor, al paso que los habitantes de este punto del ecuador hacen 396 leguas por hora.

—¡Y eso sin cansarse! dijo Bell.

—Justamente, respondió el doctor.

—Pero, repuso Johnson, independientemente de este movimiento de rotacion, ¿no está dotada la tierra de otro movimiento alrededor del sol?

—Sí, un movimiento de rotacion que se cumple en un año.

—¿Es mas rápido que el otro? preguntó Bell.

—Infinitamente mas, y debo decir que, aunque nos hallemos en el polo, nos arrastra como á todos los demas habitantes de la tierra. Así, pues, nuestra pretendida inmovilidad no es mas que una quimera: inmóviles relativamente á los demás puntos del globo, sí; pero relativamente al sol, no.

—¡Y yo, dijo Bell, con un acento de dolor cómico, que me creia tan tranquilo! ¡Fuerza es renunciar á esta ilusion! Decididamente, no se puede tener en este mundo un instante de reposo.

—Dices bien, Bell, replicó Johnson; y vos, señor Clawbonny, ¿nos direis cuál es la velocidad de este movimiento de traslacion?

—Es considerable, respondió el doctor; la tierra gira alrededor del sol con una velocidad setenta y seis veces mayor que la de una bala de á veinte y cuatro, la cual avanza, sin embargo, 195 toesas por segundo. Ya lo veis, su movimiento de traslacion es, por lo tanto, de 7 leguas 6 décimas por segundo, cosa bien distinta de la dislocacion de los puntos del ecuador.

—¡Diablo! esclamó Bell, ¡lo que decís parece increible, señor Clawbonny! ¡Mas de 7 leguas por segundo, cuando tan fácil hubiera sido permanecer inmóviles, si Dios hubiese querido!

—¿Sabeis lo que decís, Bell? dijo Altamont: en una tierra, segun vuestros deseos, no habria ni dia, ni noche, ni primavera, ni otoño, ni verano, ni invierno.

—Y sucederia, además, una cosa horrible, repuso el doctor.

—¿Qué sucederia? preguntó Johnson.

—¡Una friolera! ¡caeríamos sobre el sol!

—¡Sobre el sol! replicó Bell con sorpresa.

—Sin duda. Si este movimiento de traslacion se detuviese, la tierra se precipitaria sobre el sol en sesenta y cuatro dias y medio.

—¡Una caida de sesenta y cuatro dias! replicó Johnson.

—Ni mas ni menos, respondió el doctor, porque hay que recorrer una distancia de 38.000,000 de leguas.

—¿Cuál es, pues, el peso del globo terrestre? preguntó Altamont.

—El globo terrestre pesa cinco mil ochocientos ochenta y un cuatrillones de toneladas.

—¡Caramba! esclamó Johnson, ¡números son esos que nada dicen al oido! ¡no los alcanzo!

—Por lo mismo, querido Johnson, voy á daros dos términos de comparacion que os quedarán en la memoria. Procurad recordar que se necesitarian 75 lunas para constituir el peso de la tierra, y 350,000 tierras para constituir el peso del sol.

—¡Todo eso asombra! dijo Altamont.

—Decís bien, asombra, respondió el doctor. Pero volvamos al polo, puesto que nunca habrá sido mas oportuna una leccion de cosmografía en esta parte de la tierra, en el supuesto de que el cuento no os parezca fastidioso.

—¡Seguid, doctor, seguid! dijo Altamont.

—Os he dicho, repuso el doctor, el cual tenia tanto gusto en enseñar como sus compañeros en instruirse, os he dicho que el polo era un punto inmóvil, relativamente á los demás puntos de la tierra. Pues bien, lo que he dicho no puede ser enteramente exacto.

—¡Cómo! dijo Bell, ¿será menester rebajar algo?

—Sí, Bell, el polo no ocupa siempre exactamente el mismo sitio. En otro tiempo, la estrella polar se hallaba mas lejos que en la actualidad del polo celeste. Nuestro polo, de consiguiente, está dotado de cierto movimiento; describe un círculo de unos 26,000 años, lo que depende de la precesion de los equinoccios, de que os hablaré luego.

—¿Pero, dijo Altamont, no podria suceder que la dislocacion del polo fuese mayor algun dia?

—Mi querido Altamont, respondió el doctor, tocais una gran cuestion que los sabios dilucidaron por espacio de mucho tiempo, á consecuencia de un singular descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento?

—Hélo aquí. En 1771 se encontró el cadáver de un rinoceronte en las orillas del mar Glacial, y en 1799 el de un elefante en las costas de la Siberia. ¿Cómo aquellos cuadrúpedos de los países calientes se encontraban bajo una latitud semejante? De aquí nacieron varias controversias entre los geólogos que no eran tan sabios como lo fue despues un francés, M. Elie de Beaumont, el cual demostró que aquellos animales vivian bajo latitudes ya elevadas, y que los torrentes y los rios habian conducido sus cadáveres donde se les habia encontrado. Pero como esta esplicacion no se habia emitido aun, ya podeis figuraros lo que inventó la imaginacion de los sabios.

—Los sabios son capaces de todo, dijo Altamont riendo.

—Sí, de todo, para esplicar un hecho. Pues bien, supusieron que el polo de la tierra se hallaba en otro tiempo en el ecuador, y el ecuador en el polo.

—¿De veras?

—Como con toda seriedad os lo digo. Pero si así hubiese sido, como la tierra tiene en el polo un aplastamiento de mas de cinco leguas, los mares, trasportados al nuevo ecuador por la fuerza centrífuga, habrian cubierto montañas dos veces mas altas que el Himalaya, y todos los paises próximos al círculo polar, Suecia, Noruega, Rusia, Siberia, la Groenlandia, la Nueva Bretaña, habrian sido sepultadas debajo de cinco leguas de agua, al paso que las regiones ecuatoriales rechazadas al polo, habrian formado montañas de cinco leguas de altura.

—¡Qué trastorno! esclamó Johnson.

—El trastorno no asustaba á los sabios.

—¿Y cómo lo esplicaban? preguntó Altamont.

—Por el choque de un cometa. El cometa es el *Deux ex machina;* cuantas veces hay en cosmografía alguna dificultad, se recurre á un cometa para allanarla. En el astro mas complaciente que conozco, y á la menor señal de un sabio, se desarregla él para arreglarlo todo.

—Entonces, señor Clawbonny, dijo Johnson, es, segun vos, imposible semejante trastorno?

—Imposible.

—¿Y si sobreviniese?

—Si sobreviniese, el ecuador se helaria en veinte y cuatro horas.

—Pues estaríamos aviados, si sobreviniese en la actualidad! dijo Bell, ¡capaz sería la gente de decir que no hemos estado en el polo!

—Tranquilizaos, Bell. Volviendo á la inmovilidad del eje terrestre, resulta lo siguiente, y es, que si estuviésemos durante el invierno en este sitio, veríamos las estrellas describiendo á nuestro alrededor un círculo perfecto. En cuanto al sol, el dia del equinoccio de la primavera, el 23 de marzo, nos pareceria (no tengo en cuenta la refraccion) nos pareceria exactamente cortado en dos por el horizonte, y subiria poco á poco formando curvas muy prolongadas, pero aquí, lo que hay de notable, es, que desde que aparece, no se pone, y permanece visible durante seis meses; despues su disco roza de nuevo el horizonte en el equinoccio de otoño, el 22 de setiembre, y desde que se pone ya no se le vuelve á ver en todo el invierno.

—Habeis hablado del aplastamiento de la tierra en los polos, dijo Johnson; ¿quereis esplicármelo, señor Clawbonny?

—Sí, Johnson. Siendo la tierra fluida en los primeros dias del mundo, ya comprendeis que entonces su movimiento de rotacion debió arrojar una parte de su masa movible al ecuador, donde la fuerza contrífuga se hacia sentir mas vivamente. Si la tierra hubiese estado inmóvil, hubiera quedado una esfera perfecta; pero, á consecuencia del fenómeno que acabo de describir, presenta una forma elíptica, y los puntos del polo están cosa de cinco leguas y un tercio de legua mas cerca del centro que los puntos del ecuador.

—¿Así, pues, dijo Johnson, si nuestro capitan quisiera conducirnos al centro de la tierra, tendríamos que andar para llegar á él cinco leguas menos?

—Tal como suena, amigo mio.

—Pues bien, capitan, tenemos ya andada una parte del camino. Hé aquí una ocasion que no debemos desperdiciar...

Hatteras no respondió. Evidentemente, no estaba en la conversacion, ó bien escuchaba sin oir.

—¡A fe mia! respondió el doctor, al decir de ciertos sabios, este sería tal vez el caso de intentar la espedicion.

—¡Ah! ¿de veras? dijo Johnson.

—Pero, dejadme concluir, dijo el doctor, y os hablaré de eso mas adelante. Quiero ahora esplicaros como el aplastamiento de los polos es la causa de la precesion de los equinoccios, es decir, porque cada año el equinoccio de primavera llega un dia antes de lo que llegaria si fuese la tierra perfectamente redonda. Eso procede simplemente de que la atraccion del sol se verifica de una manera diferente en la parte henchida del globo, situada en el ecuador, que esperimenta entonces su movimiento retrógrado. Subsecuentemente, eso es lo que disloca un poco este polo, como os he dicho antes. Pero independientemente de este efecto, el aplastamiento deberia tener otro mas curioso y mas personal, de que nos apercibiríamos si estuviésemos dotados de una sensibilidad matemática.

—¿Qué efecto es ese? preguntó Bell.

—Que somos aquí mas pesados que en Liverpool.

—¿Mas pesados?

—Sí; nosotros, nuestros perros, nuestros fusiles, nuestros instrumentos.

—¿Es posible?

—Es indudable, por dos razones: la primera es que nos hallamos mas cerca del centro del globo, el cual, por consiguiente, nos atrae mas, y esta fuerza atractiva no es otra cosa mas que el peso. La segunda, es que la fuerza de rotacion, nula en el polo, es

muy marcada en el ecuador; los objetos tienen en el polo una tendencia á separarse de la tierra, y son por lo tanto menos pesados.

—¡Cómo! dijo Johnson, ¿no tenemos el mismo peso en todas partes?

—No, Johnson. Segun la ley de Newton, los cuerpos se atraen en razon directa de las masas, y en razon inversa del cuadrado de las distancias. Aquí yo peso mas porque estoy mas cerca del centro de atraccion, y en otro planeta pesaria mas ó menos, segun las masas del planeta.

—¡Cómo! exclamó Bell; ¿en la luna?...

—En la luna, mi peso, que es de doscientas libras en Liverpool, no seria mas que de treinta y dos.

—¿Y en el sol?

—¡Oh! en el sol, pesaria mas de cinco mil libras.

—¡Gran Dios! exclamó Bell, se necesitaria entonces una máquina para levantar vuestras piernas.

—¡Probablemente! respondió el doctor riéndose de la salida de Bell; pero aquí la diferencia no es sensible, y desplegando un esfuerzo igual de los músculos de la pantorrilla, Bell saltará á tanta altura aquí como en los malecones de la Mersey.

—¡Sí! pero ¿en el sol? replicó Bell, que no volvia en sí de su asombro.

—Amigo mio, le respondió el doctor, la consecuencia de todo es, que estamos bien donde estamos y que es inútil ir á otra parte.

—Habeis dicho antes, repuso Altamont, que el caso en que nos hallamos seria tal vez el mas propio para intentar una escursion al centro de la tierra; ¿se ha pensado alguna vez en emprender semejante viaje?

—Sí, y con eso termina lo que tengo que deciros relativamente al polo. No hay punto del mundo que haya dado origen á mas hipótesis y quimeras. Los antiguos, muy ignorantes en cosmografía, calculaban aquí el jardin de las Hespérides. En la Edad Media, se supuso que la tierra descansaba sobre garrones ó quicios colocados en los polos, á cuyo rededor giraba; pero cuando se vió que los círculos se movian libremente en las regiones circumpolares, fue preciso renunciar á semejante género de sustentáculo. Mas adelante se encontró un astrónomo francés, Bailly el cual sostuvo que el pueblo civilizado y perdido de que habla Platon, las Atlántidas, vivia aquí mismo. En fin, en nuestros dias, se ha pretendido que existia en los polos una inmen a abertura, de donde se desprendia la luz de las auroras boreales, y por la cual podia penetrar en el interior del globo; despues, en la esfera hueca, se imaginó la existencia de dos planetas, Pluton y Proserpina, y un aire luminoso á consecuencia de la fuerte presion que esperimentaba.

—¿Todo eso se ha dicho? preguntó Altamont.

—Y se ha escrito muy formalmente. El capitan Synness, uno de nuestros compatriotas, propuso á Humphry Davy, Humboldt y Arago intentar el viaje. Los tres sabios se negaron.

—Y creo que hicieron perfectamente.

—Creo lo mismo. Como quiera que sea, ya veis, amigos mios, que la imaginacion ha hecho de las suyas respecto del polo, y que es preciso tarde ó temprano volver á la simple realidad.

—Además, allá veremos, dijo Johnson, que no abandonaba su idea.

—Pues bien, guardemos las escursiones para mañana, respondió el doctor, sonriéndose al ver al viejo marino poco convencido, y si hay una abertura particular para ir al centro de la tierra, iremos juntos.

CAPITULO XXV.

EL MONTE HATTERAS.

Despues de esta conversacion sustancial, cada cual acomodándose en la gruta lo mejor que pudo, concilió muy pronto el sueño.

Lo conciliaron todos, á escepcion de Hatteras. ¿Por qué no durmió aquel hombre estraordinario?

¿No habia alcanzado acaso el objeto de su vida? ¿No habia cumplido los atrevidos proyectos que hacian palpitar su corazon? ¿Por qué la calma no sucedia á la agitacion en aquella alma ardiente? No era de creer que, realizados sus propósitos, Hatteras caeria en una especie de abatimiento, y que sus nervios distendidos aspirarian al descanso? Despues del éxito parecia natural que se apoderase de él el sentimiento de tristeza que suele seguir á los deseos satisfechos.

Pero no. Se mostraba mas sobreescitado. No era, sin embargo, lo que le agitaba el pensamiento de la vuelta? ¿Queria ir aun mas lejos? ¿Su ambicion de viajero no tenia, pues ningun límite, y hallaba el mundo demasiado pequeño porque él habia dado la vuelta á su alrededor?

Ello es que no pudo dormir. Y sin embargo, aquella primera noche, pasada en el polo del mundo, fué pura y tranquila. La isla estaba absolutamente inhabitada. Ni un pájaro en su atmósfera inflamada, ni un animal en su suelo de ceniza, ni un pez en sus aguas hirvientes. Solamente, á lo lejos, los sordos ronquidos de la montaña sobre cuya frente se erizaban melenas de humo incandescente.

Cuando Bell, Jhonson, Altamont y el doctor se despertaron, no hallaron junto á sí á Hatteras. Salieron de la gruta inquietos, y vieron al capitan en pie sobre una roca. Su mirada permanecia invariablemente fija en la cima del volcan. Tenia en la mano sus instrumentos, y acababa evidentemente de fijar con toda exactitud la posicion de la montaña.

El doctor le siguió y le dirigió varias veces la palabra antes de sacarle de su contemplacion. En fin, el capitan pareció comprenderle.

—¡En marcha! dijo el doctor, que le examinaba atentamente; ¡en marcha! vamos á dar la vuelta al rededor de nuestra isla; todo está preparado para nuestra última escursion.

—La última, dijo Hatteras con esa entonacion de voz característica de los que sueñan en voz alta; sí, la última, en efecto. ¡Pero tambien, añadió con una animacion suma, la mas maravillosa!

Así hablaba, pasando sus dos manos por su frente para calmar la fermentacion de su cerebro.

En aquel momento, Altamont, Johnson y Bell se le agregaron; pareció entonces que Hatteras salia de su estado de alucinamiento.

—¡Amigos mios, dijo con voz conmovida, gracias por vuestro valor, gracias por vuestra perseverancia, gracias por vuestros esfuerzos sobrehumanos, que nos han permitido poner el pie en esta tierra!

—Capitan, dijo Johnson, nosotros no hemos hecho mas que obedecer, y á vos corresponde toda la gloria.

—¡No! ¡no! respondió Hatteras con el mayor entusiasmo; ¡á vosotros todos como á mí! ¡á Altamont como á todos nosotros, como al doctor mismo! ¡Oh! ¡Dejad que mi corazon se esplaye en vuestras manos! ¡No puede contener su alegría y su reconocimiento!

Hatteras estrechaba las manos de los valientes compañeros que le rodeaban. Iba, venia, no era dueño de sí mismo.

—No hemos hecho mas que cumplir con nuestro deber de ingleses decia Bell.

—Nuestro deber de amigos, respondia el doctor

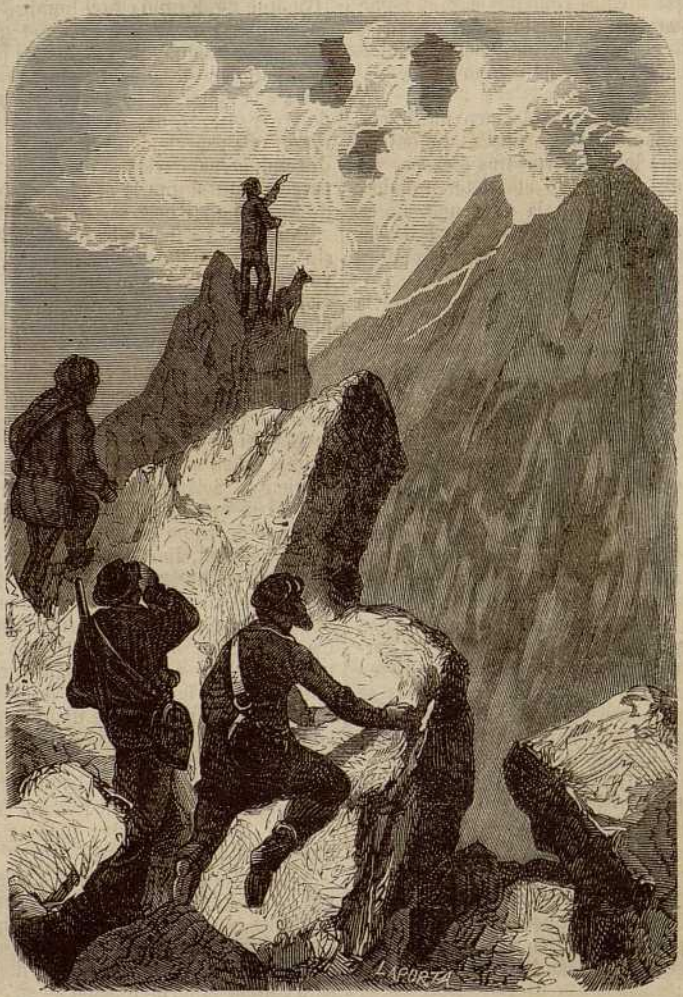
—Si, repuso Hatteras, pero este deber no todos han sabido cumplirlo. ¡Algunos han sucumbido! ¡Es preciso, sin embargo, perdonarles, perdonar á los que nos han hecho traicion y á los que se han dejado arrastrar á la traicion? ¡Desventurados! ¡Les perdono! ¿Ois, doctor?

—Sí, respondió el doctor, á quien la exaltacion de Hatteras inspiraba serias inquietudes.

—Así, pues, repuso el capitan, yo no quiero que pierdan la pequeña fortuna que habian venido á buscar tan lejos. ¡No! ¡no modifico en lo mas mínimo mis disposiciones, y serán ricos... si regresan un dia ú otro á Inglaterra.

Difícil era no conmoverse al oir el acento con que Hatteras pronunció estas palabras.

Pero capitan, dijo Johnson afectando buen humor, cualquiera diria que estais haciendo vuestro testamento.



La mirada de Hatteras estaba fija en la cumbre del volcan.

—Tal vez, respondió gravemente Hatteras.

—Sin embargo, teneis delante una hermosa y larga existencia de gloria, repuso el viejo marino.

—¿Quién sabe? dijo Hatteras.

A estas palabras siguió un silencio bastante largo. El doctor no se atrevia á interpretar el sentido de las últimas palabras del capitan.

Pero este se hizo comprender luego, porque con voz precipitada, que contenia difícilmente, repuso:

—Amigos mios, escuchadme: Mucho hemos hecho ya, pero aun queda mucho que hacer.

Los compañeros del capitan se miraron con profundo asombro.

—Sí estamos en la tierra del polo, pero no estamos en el mismo polo.

—¿Qué querrá decir? preguntó Altamont.

—¡Por ejemplo! exclamó el doctor que temia adivinar.

—¡Sí! añadió Hatteras con fuerza, he dicho que un inglés pondria el pie en el polo del mundo; lo he dicho, y un inglés lo pondrá.

—¿Cómo?... respondió el doctor.

—Distamos aun 45'' del punto desconocido, repuso Hatteras con una animacion creciente, y donde está este punto iré yo.

—¡Está en la cima del volcan! dijo el doctor.

—Iré.

—¡Es un cono inaccesible!

—Iré.

—¡Es un cráter abierto, inflamado!

—Iré.

No puede espresarse la enérgica conviccion con

que Hatteras pronunció estas palabras. Sus amigos estaban atónitos. Miraban con terror la montaña que balanceaba en el aire su penacho de llamas.

El doctor volvió á tomar la palabra, insistió, apremió á Hatteras para que renunciase á su proyecto; dijo cuanto su corazon y su mente pudieron sugerirle, pasando de las súplicas á las amenazas amistosas; pero nada obtuvo del capitan, cuyo ánimo exaltado estaba sujeto á una especie de locura que podríamos llamar «la locura polar.»

No habia mas que medios violentos para detener á aquel insensato que corria á su perdicion. Pero previendo que acarrearian graves desórdenes, no quiso el doctor recurrir á ellos sino en el último estremo.

Esperaba, además, que imposibilidades físicas, obstáculos insuperables detendrian á Hatteras en la ejecucion de su proyecto.

—Pues quereis ir, dijo, os seguiremos.

—¡Sí, respondió el capitan, hasta la mitad de la montaña! ¡No mas allá! ¿No es acaso preciso que lleveis á Inglaterra el proceso verbal que atestigüe nuestro descubrimiento, sí?...

—¡Sin embargo!...

¡Al Norte! ¡Al Norte! gritaba.

—Es cosa decidida, respondió Hatteras con un tono inquebrantable, y puesto que no bastan los ruegos del amigo, el capitan manda.

El doctor no quiso insistir mas, y algunos instantes despues la pequeña caravana, equipada para una ascension difícil, y precedida de Duk, se puso en marcha.

El cielo resplandecia. El termómetro marcaba 52° (+ 11° centíg.) La atmósfera se impregnaba abundantemente de la claridad particular á aquel alto grado de latitud. Eran las ocho de la mañana.

Hatteras tomó la delantera con su valiente perro; Bell y Altamont, el doctor y Johnson le seguian de cerca.

—Tengo miedo, dijo Johnson.

—No, no hay nada que temer, respondió el doctor, estamos nosotros aquí.

¡Singular islote! ¡Cómo copiar su fisonomía particular, que era lo imprevisto, la novedad, la juventud! Aquel volcan no debia ser viejo, y los geólogos hubieran podido señalar á su formacion una fecha reciente.

Las rocas, hacinadas unas sobre otras, no se sostenian sino por un milagro de equilibrio. La montaña, propiamente hablando, no era mas que un monton de piedras caidas de arriba. Nada de tierra, ni el menor musgo, ni el mas pobre líquen, ni un vestigio de vegetacion. El ácido carbónico, vomitado por el cráter, no habia tenido aun tiempo de combinarse con el hidrógeno del agua ni con el amoniaco de las nubes, para formar, bajo la accion de la luz, las materias organizadas.

Aquella isla, perdida en el mar, no se debia mas que á la agregacion sucesiva de las deposiciones volcánicas. Asi es como se han formado varias montañas del globo; lo que han echado de su seno, ha bastado para construirlas. El Etna ha vomitado ya un volúmen de lava mas considerable que su misma mole, y el Monte-Nuevo, junto á Nápoles, fue engendrado por escorias en el corto espacio de cuarenta y ocho horas.

El cúmulo de rocas de que se componia la isla de la Reina habia salido evidentemente de las entrañas de la tierra. Tenia en el mas alto grado el carácter plutónico. Donde estaba, se estendia en otro tiempo el mar inmenso, formado desde los primeros dias de la creacion por la condensacion de los vapores de agua en el globo enfriado, pero á medida que se apagaron ó, por mejor decir, se taparon los volcanes del antiguo y del nuevo mundo, tuvieron que ser reemplazados por nuevos cráteres ignívomos.

Se puede comparar la tierra con una vasta caldera esferóidea. Bajo la influencia del fuego central se engendran cantidades inmensas de vapores almacenados á un término de millares de atmósferas, que harian saltar el globo sin las válvulas de seguridad abiertas al esterior.

Las válvulas son los volcanes. Cuando una se cierra, otra se abre, y en el punto de los polos, donde, sin duda á consecuencia del aplastamiento, la corteza terrestre es menos gruesa, no es asombroso que un volcan se haya formado impensadamente por el levantamiento de la tierra encima de las olas.

El doctor, mientras seguia á Hatteras, notaba estas estrañas particularidades. Sus pies pisaban una

lava volcánica y depósitos de piedra pómez formados de escorias, cenizas y rocas eruptivas, parecidas á los sideróxidos y granitos de la Islandia.

Pero si atribuia al islote un orígen casi moderno, debíase á que el terreno sedimentario no habia tenido aun tiempo de formarse.

Faltaba tambien el agua. Si la isla de la Reina hubiese contado muchos siglos de existencia, habrian brotado de su seno fuentes termales, como en las inmediaciones de los volcanes. Y no solamente no se encontraba en ella una molécula líquida, sino que los vapores que se elevaban de los arroyos de lava eran, al parecer, absolutamente anhidros.

Así, pues, aquella isla era de formacion reciente, y del mismo modo que habia aparecido, podia desaparecer, y sumergirse de nuevo en el fondo del Océano.

A medida que los viajeros subian, iba siendo mas difícil la ascension; los costados de la montaña se acercaban á la perpendicular, y era preciso tomar grandes precauciones para evitar los derrumbamientos. Con frecuencia, columnas de cenizas se enroscaban alrededor de los viajeros y amenazaban asfixiarles, y con frecuencia tambien torrentes de lava les cerraban el paso. En algunas superficies horizontales, los arroyos, enfriados y solidificados en la parte superior, dejaban que la lava hirviendo corriese bajo su costra endurecida. Los viajeros tenian que ir sondeando el terreno para no abismarse de pronto en aquellas materias en fusion.

De cuando en cuando, el cráter vomitaba pedruzcos enrojecidos en el seno de los gases inflamados, Algunos de ellos estallaban en la atmósfera como bombas, y sus cascos, lanzados á larga distancia, se dispersaban en todas direcciones.

Se concibe de cuán innumerables peligros estaba rodeada aquella ascension, y cuán loco era preciso que estuviese un hombre para intentarlo.

Hatteras, sin embargo, subia con una agilidad sorprendente, y desdeñando el apoyo de su baston con punta de hierro, trepaba sin vacilar por las mas rápidas pendientes.

Llegó luego á un peñasco circular, que formaba una especie de meseta de 10 pies de anchura La cercaba un rio candente, despues de haberse bifurcado en la cresta de una roca superior, sin dejar mas que un paso estrecho, por el cual Hatteras se deslizó resueltamente.

Allí se detuvo, y sus compañeros pudieron alcanzarle. Pareció entonces que media con la mirada el intervalo que tenia aun que salvar: horizontalmente, no se hallaba á mas de 100 toesas del cráter, es decir, del punto matemático del polo; pero verticalmente, tenia aun que elevarse á mas de 1,500 pies.

Tres horas hacia ya que duraba la ascension; Hatteras no parecia hallarse fatigado; sus compañeros no podian con su alma.

La cima del volcan parecia inaccesible. El doctor resolvió impedir á toda costa á Hatteras subir mas alto. Trató de convencerle nuevamente, pero la exaltacion del capitan llegaba ya al delirio. Durante el camino habia dado todos los indicios de una locura creciente, la cual no podia sorprender á los que le conocian, á los que le habian seguido en las varias peripecias de su dramática existencia. A medida que Hatteras se elevaba encima del Océano, su sobreexcitacion aumentaba; no vivia ya en la region de los hombres; creia crecer con la montaña misma.

—¡Basta, Hatteras! le dijo el doctor; no podemos mas.

—Quedaos, pues, aquí, respondió el capitan con una voz estraña, yo iré mas arriba.

—¡No! ¡Lo que haceis es inútil! ¡Aquí estais en el polo del mundo!

—¡No! ¡no! ¡mas arriba!

—¡Amigo mio! soy yo quien os habla, soy el doctor Clawbonny. ¿No me conoceis?

—¡Mas arriba! ¡mas arriba! repetia el insensato.

—¡Pues bien, no! nosotros no consentiremos...

Antes de concluir el doctor la frase, Hatteras, por un esfuerzo sobrehumano, pasó el rio de lava y se encontró fuera del alcance de sus compañeros.

Estos lanzaron un grito; creian que Hatteras se habia abismado en el torrente de fuego; pero el capitan habia ganado el borde opuesto, seguido de su perro Duk, qué no queria dejarle.

Desapareció detrás de una cortina de humo, y se oyó su voz cada vez mas débil y mas lejana.

—¡Al Norte! ¡Al Norte! gritaba: ¡A la cima del Monte-Hateras! ¡Acordaos del Monte-Hatteras!

No habia que pensar en alcanzar al capitan. Habia veinte probabilidades contra una de quedar en el punto por donde él habia pasado con la buena fortuna y la destreza que es peculiar de los locos. Era imposible salvar aquel torrente de fuego é imposible tambien franquearlo. En vano intentó Altamont pasarlo. Estuvo próximo á perecer queriendo cruzar el rio de lava, y sus compañeros tuvieron que detenerle á pesar suyo.

—¡Hatteras! ¡Hatteras! gritaba el doctor.

Pero el capitan no respondió, y solo resonaron en la montaña los ladridos de Duk, apenas perceptibles.

Hatteras, sin embargo, se dejaba ver por intervalos entre las columnas de humo y los torbellinos de ceniza. Tan pronto aparecia uno de sus brazos como su cabeza. Despues desaparecia y volvia á presentarse mas arriba y agarrado á las rocas. Su talla disminuia con la rapidez fantástica de los objetos que se elevan en el aire. Media hora despues, parecia ya reducido á la mitad.

Poblaban la atmósfera los sordos rumores del volcan; la montaña resonaba y roncaba como una caldera hirviendo; se sentia el estremecimiento de sus flancos. Hatteras subia incesantemente. Duk le seguia.

De cuando en cuando, se producia detrás de ellos un derrumbamiento, y alguna roca enorme, despeñada con una velocidad creciente y saltando de una á otra cresta, iba á abismarse en el fondo del golfo polar.

Hatteras ni siquiera volvia la cabeza. Se habia servido de su palo como de un asta para enarbolar el pabellon inglés. Sus compañeros azorados no perdian uno solo de sus movimientos. Sus dimensiones se hacian poco á poco microscópicas, y Duk parecia reducido al tamaño de un raton.

Hubo un momento en que el viento corrió sobre ellos un inmenso vélo de llama. El doctor lanzó un grito de angustia; pero Hatteras reapareció erguido, tremolando su bandera.

El espectáculo de aquella espantosa ascension duró mas de una hora, una hora de lucha con las rocas vacilantes, con las barrancas de ceniza en que aquel héroe de lo imposible desaparecia hasta la mitad del cuerpo. Tan pronto se izaba, apuntalándose con las rodillas y los lomos contra las escabrosidades de la montaña, tan pronto, asiéndose de alguna roca viva, oscilaba al viento como una rama seca.

Llegó, en fin, á la cúspide del volcan, á la abertura misma del cráter. El doctor concibió entonces la esperanza de que el desgraciado, conseguido su objeto, volveria tal vez sin tener que arrostrar mas que los peligros del regreso.

Lanzó el último grito:

—¡Hatteras! ¡Hatteras!

El grito del doctor fue tal, que conmovió al americano hasta el fondo del alma.

Yo le salvaré, esclamó Altamont.

Despues, pasando de un salto el torrente de fuego con peligro de caer en él, desapareció en medio de las rocas.

Clawbonny no habia tenido tiempo de detenerle.

Sin embargo, Hatteras, llegado á la cima de la montaña, avanzaba hácia el abismo de pie en una roca ya vencida, en una roca que se desplomaba. Las piedras llovian en torno suyo. Duk le seguia siempre. El pobre animal parecia ya arrastrado por la atraccion vertiginosa del abismo. Hatteras agitaba su pabellon que resplandecia con reflejos incandescentes, y al fondo rojo del estambre se desplegaba magníficamente al soplo del cráter.

Hatteras con una mano tremolaba la bandera. Con la otra, indicaba en el cenit el polo de la esfera celeste. Sin embargo, parecia vacilar. Buscaba aun el punto matemático en que se reunen todos los meridianos del globo, en el cual, en su obstinacion sublime, queria sentar el pie.

De repente, le faltó la roca. Desapareció. Un grito terrible de sus compañeros subió hasta la cima de la montaña. ¡Trascurrió un segundo, un siglo! Clawbonny creyó á su amigo perdido y sepultado para siempre en las profundidades del volcan. Pero Altamont estaba allí, y Duk tambien. El hombre y el perro habian cogido al desgraciado en el momento de ir á desaparecer en el abismo. Hatteras estaba salvado, salvado á pesar suyo, y una hora despues el capitan del *Forvard*, privado de todo sentimiento, descansaba en brazos de sus compañeros desesperados.

Cuando volvió en sí, el doctor interrogó su mirada con una angustia muda. Pero aquella mirada inconsciente, como la de un ciego que mira sin ver, no le respondió.

—¡Gran Dios! dijo Johnson, ¡se ha vuelto ciego!

—¡No! respondió Clawbonny, ¡no! ¡Mis pobres amigos, no hemos salvado mas que el cuerpo de Hatteras! ¡Su alma ha quedado en la cima del volcan! ¡Su corazon ha muerto!

—¡Loco! esclamaron consternados Johnson y Altamont.

—¡Loco! respondió el doctor.

Y copiosas lágrimas brotaron de sus ojos.

CAPITULO XXVI.

REGRESO AL SUR.

Tres horas despues del triste desenlace de las aventuras del capitan Hatteras, Clawbonny, Altamont y los dos marineros se hallaban reunidos en la gruta al pie del volcan.

—Todos suplicaron á Clawbonny que diese su opinion acerca de lo que convenia hacer.

—Amigos mios, dijo el doctor, no podemos prolongar nuestra permanencia en la isla de la Reina; tenemos delante un mar libre y una cantidad suficiente de provisiones. Es menester partir y volver á toda prisa al Fort-Providenze, donde invernaremos hasta el verano próximo.

—Soy del mismo parecer, respondió Altamont; el viento es bueno, y mañana nos haremos á la mar.

Hubo durante todo el dia un profundo abatimiento. La locura del capitan era de un funesto presagio, y cuando Johnson, Bell y Altamont pensaban en la vuelta, se consideraban como abandonados, y sentian flaquear su ánimo. Les hacia falta el alma intrépida de Hatteras.

Sin embargo, á fuer de hombres enérgicos, se apresturon á luchar de nuevo contra los elementos, y hasta contra sí mismos, si alguna vez se sentian desfallecer.

Al dia siguiente, sábado, 13 de julio, se embarcaron los efectos de campamento, y quedó todo dispuesto para la marcha.

Pero antes de dejar aquel peñasco para nunca mas volverlo á ver, el doctor, siguiendo las intenciones de Hatteras, hizo levantar un cairn en el punto mismo en que el capitan habia abordado la isla. Se formó el cairn con grandes rocas sobrepuestas, de modo que formase una prominencia perfectamente visible, en el supuesto de que los azares de la erupcion le respetasen.

En una de las piedras laterales, Bell grabó al cincel esta sencilla inscripcion:

JHON HATTERAS.

1861.

El documento original fue depositado dentro del cairn en un tubo de hoja de lata perfectamente cerrado, y asi quedó abandonado en aquellas desiertas rocas el testimonio del gran descubrimiento.

Entonces los cuatro hombres y el capitan, un pobre cuerpo sin alma, y su fiel Duk, triste y quejumbroso, se embarcaron para el viaje de vuelta. Eran las seis de la mañana. Con el lienzo de la tienda se hizo una nueva vela. La falúa, viento en popa, dejó la isla de la Reina, y al anochecer el doctor, de pie encima de su banco, dió un último adios al Monte-Hatteras que resplandecia en el horizonte.

La travesía fue muy rápida. El mar, constantemente libre, ofreció una navegacion fácil, y en verdad que parecia que era mas cómodo huir del polo que acercarse á él.

Pero Hatteras no se hallaba en estado de comprender lo que pasaba en torno suyo Permanecia echado en la falúa, con la boca muda, con la mirada apagada, con los brazos cruzados sobre el pecho, con Duk echado á sus pies. En vano el doctor le dirigia la palabra. Hatteras no le oia.

Por espacio de cuarenta y ocho horas; el viento fue favorable y el mar estaba poco picado. Clawbonny y sus compañeros se dejaban llevar de la brisa del Norte. El 15 de julio, distinguieron Altamont-Harbour en el Sur; pero como el Océano polar estaba libre en toda la costa, resolvieron, en lugar de atravesar en trineo la tierra de la Nueva-América, costearla y ganar por mar la bahía Victoria.

El trayecto era mas rápido y mas fácil. El espacio que los viajeros habian tardado quince dias en recorrer en trineo, lo salvaron en ocho navegando, y despues de haber seguido las tortuosidades de una costa orlada de numerosos peñascos, cuya configuracion determinaron, llegaron el lunes por la tarde, 23 de julio, á la bahía Victoria.

La falúa quedó sólidamente amarrada á la playa, y todos se dirigieron precipitadamente al Fort-Providenze. ¡Pero qué devastacion! La casa del Doctor, los almacenes, el polvorin, las fortificaciones, todo se habia convertido en agua bajo la accion de los rayos solares, y las provisiones habian sido saqueadas por los animales carniceros.

¡Triste y desconsolador espectáculo!

Los navegantes estaban muy escasos de provisiones, y contaban con rehacerlas en For-Providenze. La imposibilidad de pasar allí el invierno era evidente. Como hombres acostumbrados á tomar rápidamente su partido, resolvieron ganar el mar de Baffin por el camino mas corto.

—No podemos hacer otra cosa, dijo el doctor; el mar de Baffin está á menos de 600 millas; navegaremos en tanto que no falte agua á nuestra falúa, ganaremos el estrecho de Jones, y desde allí los establecimientos dinamarqueses.

—Sí, respondió Altamont, reunamos todas las provisiones que quedan, y partamos.

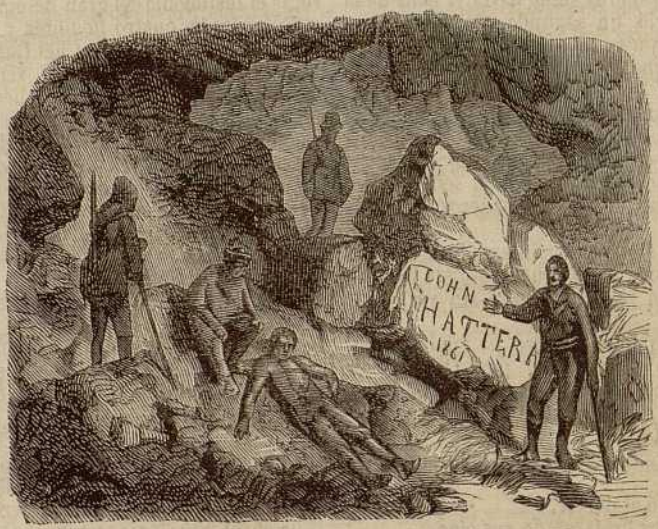
Buscando mucho, se encontraron algunas cajas de pemmican dispersas sin órden ni concierto, y dos barriles de carne en conserva, que se habian librado de la devastacion. En resúmen, se recogieron provisiones para seis semanas y una suficiente cantidad de pólvora. Todo se juntó en un momento; se empleó el resto del dia en calafatear la falúa para ponerla en buen estado, y al dia siguiente, 24 de julio, se volvió á emprender la marcha.

El continente, á los 83° de latitud, torcia hácia el Este. Era posible que se juntase con las tierras conocidas bajo el nombre de tierra Grinnel, Eltesmer y el Lincoln-Septentrional, que forman la línea costanera del mar de Baffin. Podia, pues, tenerse por seguro que el estrecho de Jones penetraba en los mares interiores, á la manera del estrecho de Lancastre.

La falúa navegó desde entonces sin grandes dificultades, y evitaba fácilmente los témpanos flotantes. El doctor, previendo retrasos posibles, redujo á sus compañeros á media racion de víveres; pero la fatiga era poca y la salud se conservaba en buen estado.

Además, no dejaban de disparar algunos tiros, y mataron gansos, ánades y urías, que les proporcionaban una alimentacion fresca y sana. En cuanto á su aguada, la rehacian fácilmente con témpanos de agua dulce que se encontraban en el camino, porque habia cuidado en no alejarse de las costas, no permitiendo la fragilidad de la falúa echarse mar adentro.

En aquella época del año el termómetro estaba ya constantemente bajo el punto de congelacion, y el tiempo, despues de haber estado metido en agua, se



hizo de nieve y puso oscuro, pues el sol empezaba ya á rozar el estremo horizonte, y cada dia su disco se dejabo notar mas al sesgo. El 30 de julio, los viajeros le perdieron de vista por la primera vez, es decir, que tuvieron ya una noche de algunos minutos.

Sin embargo, la falúa avanzaba bien, llegando algunas veces á andar en veinticuatro horas de 60 á 65 millas. No habia ni un instante de detencion. Los viajeros sabian cuántas fatigas tendrian que arrostrar y cuántos obstáculos les opondria el camino de tierra, si era preciso tomarlo, y aquellos mares no podian tardar en helarse. Habia ya témpanos nuevos diseminados por distintos puntos. El invierno bajo las altas latitudes sucede inmediatamente al verano, sin primavera ni otoño. Las estaciones intermedias faltan. Era, pues, preciso darse prisa.

El 31 de julio, estando el cielo despejado al ponerse el sol, se percibieron las primeras estrellas en las constelaciones del zenit. Desde aquel dia reinó sin cesar una espesa niebla, que dificultó considerablemente la navegacion.

El doctor, viendo multiplicarse los síntomas del invierno, concibió grandes zozobras. Sabia cuántas dificultades esperimentó sir John Ross para ganar el mar de Baffin, despues del abandono de su buque. Aquel audaz marino, despues de haber intentado por primera vez pasar los hielos, se vió obligado á volver á su buque y á sufrir una cuarta invernada. Pero él al menos tenia un abrigo para la mala estacion, y provisiones, y combustible.

Si semejante desgracia sobrevenia á los sobrevivientes del *Forvard*, si se veian obligados á detenerse ó á retroceder, estaban perdidos. El doctor no reveló sus zozobras á sus compañeros, pero les dió prisa para que ganaran todo lo posible hácia el Este.

En fin, el 15 de agosto, despues de treinta dias de una navegacion bastante rápida, despues de haber luchado por espacio de cuarenta y ocho horas contra los témpanos que se acumulaban en los pasos, despues de haber arriesgado cien veces su frágil falúa, los navegantes se vieron absolutamente detenidos, sin poder ir mas lejos. El mar estaba helado en todas direcciones, y en término medio no señalaba mas que 15° sobre 0 (—9° centíg.)

Por otra parte, en todo el Norte y el Este fue fácil reconocer la proximidad de una costa que las piedras chatas y redondeadas que las olas desgastan en las playas, y por el hielo de agua dulce que se encontraba mas frecuentemente.

Altamont hizo sus observaciones con escrupulosa exactitud, y obtuvo 77° 15′ de latitud y 88° 02′ de longitud.

—Así, pues, dijo el doctor, nuestra posicion exacta es la siguiente: hemos alcanzado el Lincoln. Septentrional, precisamente en el cabo Eden; entramos en el estrecho de Jones; con un poco mas de buena

suerte, lo habríamos encontrado libre hasta el mar de Baffin. Pero no podemos quejarnos. Si mi pobre Hatteras hubiese encontrado un mar tan fácil, hubiera llegado rápidamente al polo. Sus compañeros no le hubieran abandonado, y él no habria perdido la cabeza bajo el peso de las mas terribles angustias.

—Entonces, dijo Altamont, el único partido que podemos tomar es abandonar la falúa y pasar en trineo á la costa oriental del Lincoln.

—Estoy conforme en abandonar la falúa y tomar el trineo, respondió el doctor; pero, en lugar de atravesar el Lincoln, propongo pasar en trineo el estrecho de Jones y ganar el Devon-Septentrional.

—¿Y por qué? preguntó Altamont.

—Porque cuanto mas nos acerquemos al estrecho de Lancastre mas probabilidades tendremos de encontrar balleneros.

—Teneis razon, doctor, pero mucho temo que los hielos, poco consistentes aun, no nos ofrezcan un paso practicable.

—Probaremos, respondió Clabwbonny.

Se descargó la falúa; Bell y Johnson reconstruyeron el trineo, cuyas piezas estaban todas en buen estado, y al dia siguiente se engancharon á él los perros, y se tomó á lo largo de la costa para ganar el Ice-field.

Entonces volvió á empezar aquel viaje tantas veces descrito, tan peligroso y lento. Razon habia tenido Altamont en desconfiar del estado del hielo; no se pudo atravesar el estrecho de Jones, y hubo necesidad de seguir la costa de Lincoln.

El 21 de agosto, los viajeros, cortando al sesgo, llegaron á la entrada del estrecho de Glacier, donde se aventuraron por el ice-field, y al dia siguiente alcanzaron la isla de Coburgo, que atravesaron en menos de dos dias en medio de borrascas de nieve.

Pudieron entonces volver á tomar el camino mas fácil de los campos de hielo, y en fin, el 24 de agosto pusieron los pies en el Devon Septentrional.

Ahora, dijo el doctor, no nos queda mas que atravesar esta tierra y ganar el cabo Warender á la entrada del estrecho de Lancastre.

Pero el tiempo se puso espantoso y muy frio; las ráfagas de nieve y los torbellinos recobraron su violencia invernal, y los viajeros sentian agitarse sus fuerzas. Las provisiones estaban casi apuradas, y todos tuvieron que reducirse á una tercera parte de racion para poder dar á los perros una alimentacion proporcionada á su trabajo.

La naturaleza del terreno aumentaba mucho las fatigas del viaje. Aquella tierra del Devon Septentrional ara sumamente escabrosa, y fue preciso salvar los montes Trauter por gargantas impracticables, luchando contra todos los elementos desencadenados. Allí estuvieron próximos á sucumbir el trineo, los hombres y los perros, y mas de una vez la desesperacion se apoderó de la comitiva, no obstante ser tan aguerrida y estar tan acortumbrada á las fatigas de una espedicion polar. Pero aquellas pobres gentes, sin poderse dar de ello razon, estaban gastadas moral y físicamente. No se arrostran impunemente 18 meses de incesantes fatigas y una sucesion enervadora de esperanzas y desesperaciones. Es, además, de notar que la idea se verifica con un entusiasmo, una conviccion, una fe que faltan á la vuelta. Asi es que los desgraciados se arrastraban con trabajo, se puede decir que marchaban por rutina, por un resto de energía animal casi independiente de su voluntad.

Hasta el 30 de agosto no salieron de aquel cáos de montañas, de las cuales la orografía de las zonas bajas no podia dar ninguna idea, pero salieron magullados y medio helados. El doctor no acertaba á alentar á sus compañeros, porque se sentia desfallecer él mismo.

Los montes Trauter terminaban en una especie de llanura conmovida por el primitivo levantamiento de la montaña. Allí fue indispensable tomar un descanso de algunos dias, pues los viajeros podian difícilmente tenerse en pie, y ya dos de los perros de tiro habian muerto estenuados.

La comitiva se abrigó detrás de un témpano, con un frio de 2° bajo cero (—90° centig.) Ninguno se sintió con fuerzas para levantar la tienda.

Las provisiones eran muy escasas, y á pesar de la estremoda parsimonia con que se gastaban, no podian durar mas allá de ocho dias. La caza era casi nula, obligándola el invierno á buscar climas menos rudos. La muerte por hambre se presentaba, pues, amenazadora delante de sus víctimas estenuadas.

Altamont, que mostraba una grande adhesion y una abnegacion verdadera, aprovechó un resto de su fuerza y resolvió procurar por medio de la caza algun alimento á sus compañeros.

Cogió una escopeta, llamó á Duk y penetró en las llanuras del Norte. El doctor, Bell y Johnson le vieron alejarse casi con indiferencia. En una hora no oyeron un solo tiro y vieron regresar al americano sin haberlo disparado. El americano corria con cierto azoramiento.

—¿Qué sucede? le preguntó el doctor.

—¡Allá abajo! ¡en la nieve! respondió Altamont con un acento de horror, indicando un punto del horizonte.

—¿Qué?

—¡Una porcion de hombres!...

—¿Vivos?

—Muertos... helados y hasta...

El americano no se atrevió á concluir su pensamiento, pero su fisonomía espresaba el horror mas indecible.

El doctor, Johnson y Bell, reanimados por aquel incidente, hallaron medios de levantarse y se arrastraron en pos de Altamont, hácia aquella parte de la llanura que él habia indicado.

Llegaron luego á un espacio cerrado, en el fondo de una barranca profunda, y allí ¡qué espectáculo se ofreció á su vista!

Cadáveres ya tiesos, medio envueltos en un sudario de nieve, estaban diseminados en distintos puntos; aquí un brazo, allá una pierna, mas lejos manos crispadas, cabezas que conservaban aun su fisonomía amenazadora y desesperada.

El doctor se acercó, y retrocedió, pálido, con las facciones descompuestas, en tanto que Duk aullaba de una manera siniestra.

—¡Horror! ¡horror! esclamó Clawbonny.

—¿Y qué? preguntó el contramaestre.

—¿No les habeis conocido? dijo el doctor con voz alterada.

—¿Qué quereis decir?

—¡Mirad!

Aquella barranca habia sido el teatro de una última lucha de hombres contra el clima, contra la desesperacion, contra el hambre misma, pues por ciertos despojos horriblee se comprendia que los desgraciados se habian saciado en cadáveres humanos, en carne tal vez palpitante aun, y entre ellos, el doctor reconoció á Shandon, á Pen, la miserable tripulacion del *Forwaad*; las fuerzas de aquellos desventurados se agotarian, les faltarian víveres; su lancha probablemente fue hecha trizas por los aludes y se precipitó en un abismo, y no pudieron aprovecharse del mar libre; se puede suponer tambien que se se estraviaron en medio de aquellos continentes desconocidos. Además, hombres que habian marchado bajo la escitacion de la revuelta no podian permanecer ligados entre si por aquella unidad de miras que permite llevar á cabo las grandes empresas. Un jefe de sediciosos no tiene nunca en las manos mas que un

poder dudoso. Sin duda la autoridad de Shandon fue muy pronto desconocida.

Lo evidente es que aquella tripulacion pasó por mil tormentos, por mil desesperaciones antes de llegar á tan espantosa catástrofe; pero el secreto de sus miserias queda sepultado con ellos para siempre en las nieves del polo.

—¡Huyamos! ¡huyamos! esclamó el doctor.

Y arrastró á sus compañeros lejos del lugar del desastre. El horror les devolvió una energía momentánea. Se pusieron en marcha.

CAPITULO XXVII.

CONCLUSION.

—¿De qué sirve ocuparse de las desventuras que abrumaron sin tregua á los sobrevivientes de la espedicion? Ellos mismos no pudieron hallar jamás en su memoria el recuerdo circunstanciado de los ocho dias que trascurrieron desde el horrible descubrimiento de los restos de la tripulacion. Sin embargo, el 9 de setiembre, por un milagro de energía, se hallaron en el cabo Horsburgo, á la estremidad del Devon-Septentrional.

Estaban estenuados de hambre. Hacia 48 horas que no habian probado un bocado, y su última comida se debió á la carne de su último perro esquimal. Bell no podia ir mas lejos, y el viejo Johnson se sentia morir.

Se hallaban á las orillas del mar de Baffin, helado en parte, es decir, en el camino de Europa. A 3 millas de la costa, las olas libres se estrellaban con ruido contra los témpanos del campo de hielo.

Era preciso aguardar el paso problemático de un ballenero, ¿y cuántos dias aun?

Pero el cielo tuvo piedad de aquellos desgraciados, pues, al dia siguiente, Altamont distinguió perfectamente una vela en el horizonte.

¡Cuántas angustias acompañan á esas apariciones de buque! ¡Cuántos recelos de ver frustrada la última esperanza! Parece que el buque se aproxima y aleja sucesivamente para hacerse desear mas. Son horribles aquellas alternativas de esperanza y desesperacion, y con frecuencia, en el momento de creerse los náufragos salvados, la vela entrevista se aleja y se borra en el horizonte.

Por todas estas amarguras pasaron el doctor y sus compañeros. Habian llevado al límite occidental del campo de hielo, llevándose, empujándose unos á otros, y veian desaparecer poco á poco aquel buque, sin que él hubiese notado su presencia. ¡Le llamaban, pero en vano!

Entonces fue cuando el doctor tuvo la última inspiracion de aquel industrioso genio que tan bien le habia servido hasta entonces.

¡Un témpano, arrastrado por la corriente, chocó contra el ice-field!

—¡Este témpano! dijo, mostrándolo con la mano.

No le comprendieron.

—¡Embarquémonos! ¡embarquémonos! esclamó.

Aquello fue para todos un rayo de luz.

—¡Ah! ¡señor Clawbonny! ¡señor Clawbonny! repetia Johnson besando las manos del doctor.

Bell, auxiliado de Altamont, cortó al trineo; se trajo de él uno de los montantes; lo plantó en el témpano como un mástil, y lo sostuvo con cuerdas. Se hizo pedazos la tienda para formar bien ó mal una vela. El viento era favorable. Los infelices abandonados se colocaron precipitadamente en la frágil almadia y se dirigieron mar adentro.

Al cabo de dos horas, despues de esfuerzos inauditos, los últimos hombres del *Forward* eran recogidos á bordo del *Hans Christien*, ballenero dinamarqués que volvia á ganar el estrecho de Davis.

El capitan recibió como hombre de corazon á aquellos espectros que no tenian ya apariencia humana. A la vista de sus padecimientos, comprendió su historia; les prodigó los mas solícitos cuidados, y consiguió conservarles la vida.

Diez dias despues, Clawbonny, Johnson, Bell, Altamont y el capitan Hatteras desembarcaron en Korsœur, en el Seeland, en Dinamarca; un buque de vapor les condujo á Kiel; desde allí, por Altona y Hamburgo, se dirigieron á Lóndres, donde llegaron el 13 del mismo mes, apenas repuestos de sus largos padecimientos.

El primer cuidado del doctor fue solicitar de la Sociedad Real geográfica de Lóndres el favor de dirigirla una comunicacion, y fue admitido á la sesion del 15 de julio.

Grande fue el asombre de aquella sabia asamblea, la cual acogió con hurras entusiastas la lectura del documento de Hatteras.

Aquel viaje, único en su especie, sin precedente en los fastos de la historia, reuna todos los descubrimientos anteriores hechos en el seno de las regiones circumpolares; eslabonaba unas con otras las espediciones de los Parry, de los Ross, de los Franklin, de los Mac Clure; completaba, entre el 100° y el 175° meridiano, la costa de las comarcas hiperbóreas, y terminaba, en fin, en aquel punto del globo inaccesible hasta entonces, en el polo mismo.

—¡No, nunca, nunca habia conmovido el corazon de Inglaterra atónita una noticia tan inesperada!

Los ingleses son apasionados á los grandes hechos geográficos. Se sintieron conmovidos y halagados en su amor propio, lo mismo el lord que el cokney, lo mismo el banquero que el trabajador de los doks.

La noticia del gran descubrimiento circuló por todos los hilos telegráficos del Reino-Unido con la rapidez del rayo; los periódicos inscribieron el nombre de Hatteras al frente de sus columnas como el de un mártir, é Inglaterra se estremeció de orgullo.

Se festejó al doctor y á sus compañeros, los cuales fueron presentados á su Graciosa Magestad por el lord Gran Canciller en audiencia solemne.

El gobierno confirmó los nombres de la Isla de la Reina, para el peñasco del polo Norte, de Monte-Hatteras, adjudicado al mismo volcan, y de Altamont-Harbourg dado al puerto de la Nueva-América.

Altamont no se separó nunca mas de sus compañeros de miseria y de gloria, que fueron sus mas íntimos amigos, y siguió al doctor, á Bell y á Johnson hasta Liverpool, que les victoreó á su regreso, despues de haberles creido desde mucho tiempo muertos y sepultados en los hielos eternos.

Pero el doctor Clawbonny refirió sin cesar aquella gloria al que entre todos la merecia principalmente. En la relacion de su viaje, titulada: «The English at the North-Pole,» publicada un año despues por cuenta de la Sociedad Real de geografía, coloca á John Hatteras al lado de los mas grandes viajeros, émulo de los hombres audaces que se sacrifican en cuerpo y alma á los progresos de la ciencia.

Sin embargo, aquella triste víctima de una pasion sublime vivia pacíficamente en el hospital de Stea-Cottage, cerca de Liverpool, donde la hizo entrar su mismo amigo el doctor. Su locura era tranquila, pero no hablaba, ni comprendia, y parecia que su palabra habia desaparecido con su razon. No le enlazaba con el mundo esterior mas que un solo sentimiento, la amistad que profesaba á Duk, del cual no se le separó.

Aquella enfermedad, «aquella manía polar,» seguia pues tranquilamente su curso, y no presentaba ningun síntoma particular, cuando un dia el doctor Clawbonny, que visitaba con frecuencia al pobre en-

fermo, quedó sorprendido al ver su modo de andar. Desde algun tiempo el capitan Hatteras, seguido de su fiiel perro que le miraba con ojos dulces y tristes, se paseaba todos los dias por espacio de muchas horas. Pero en su paseo seguia invariablemente un sentido determinado en la direccion de cierta alameda de Sten-Cottage. El capitan, al llegar á la estremidad de la alamedâ, andaba á reculones. Si alguno le detenia, indicaba con la mano un punto fijo en el cielo. Si se le queria obligar á volverse de cara, se irritaba, y Duk participando de su cólera, labraba con furor.

El doctor observó atentamente una manía tan estraña, y comprendió el motivo de aquella obstinacion singular; adivinó la razon que habia para que aquel paseo se verificase siempre en la misma dirreccion, y si asi puede decirse, bajo la influencia de una fuerza magnética.

El capitan John Hatteras marchaba invariablemente hácia el Norte.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

INDICE.

			PÁGINAS.
CAPITULO I.	—	El inventario del doctor.	1
II.	—	Las primeras palabras de Almamont.	4
III.	—	Diez y siete dias de marcha.	7
IV.	—	La última carga de pólvora.	10
V.	—	La foca y el oso.	13
VI.	—	El *Porpoise*.	15
VII.	—	Una discusion cartológica.	19
VIII.	—	Escursion al Norte de la bahía Victoria.	22
IX.	—	El frio y el calor.	25
X.	—	Las delicias de la invernada.	27
XI.	—	Huellas alarmantes.	30
XII.	—	La cárcel de hielo.	34
XIII.	—	La mina.	36
XIV.	—	La primavera polar.	38
XV.	—	El paso del Noroeste.	41
XVI.	—	La arcadia boreal.	44
XVII.	—	El desquite de Altamont.	47
XVIII.	—	Los últimos preparativos.	50
XIX.	—	Marcha al Norte.	51
XX.	—	Huellas en la nieve.	54
XXI.	—	El mar libre.	57
XXII.	—	Las cercanías del polo.	59
XXIII.	—	El pabellon de Inglaterra.	62
XXIV.	—	Curso de cosmografía polar.	64
XXV.	—	El monte Hatteras.	67
XXVI.	—	Regreso al Sur.	71
XXVII.	—	Conclusion.	74